LOS CÓDIGOS DE LA *RIQUEZA JUDÍA*



Una guía para la planificación patrimonial

Samuel Mancilla Juárez

LOS CÓDIGOS DE LA RIQUEZA JUDÍA

SAMUEL MANCILLA JUÁREZ

UNIÓN MEXICANA INTEROCEÁNICA

Abraham Sandoval Jiménez

Aaron Omaña Pliego

Antonio Rosas Manriquez

Administración

Enoc Márquez Yépez
Diseño de portada y diagramación

Jorge E. Martínez Ramos
Formato Editorial

Karina Martínez Cabrera
Asistente Editorial

A menos que se indique lo contrario, los textos bíblicos pertenecen a la versión Reina Valera 1995.

Copyright © 2026

Está prohibida y penada por la ley la reproducción total o parcial de esta obra (texto, ilustraciones, diagramación), su tratamiento informático y transmisión, ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia o cualquier otro medio, sin permiso previo y por escrito de los editores.

Puebla, Puebla, Agosto 2026

Impreso en México por:

CONTENIDO

PRÓLOGO 12

INTRODUCCIÓN 15

1. BENDECIDOS PARA BENDECIR 19

¿Por qué todos los seres humanos desean ser bendecidos? 19

Definición lingüística de bendición 21

Berajá (בְּרָכָה) 22

Barak (בָּרַךְ) 22

Eulogía (εὐλογία) 22

La bendición como acto 23

La bendición como resultado 24

La bendición como pacto 25

La bendición como favor divino 26

Dios como fuente de toda bendición 27

La bendición en la creación 28

La bendición sobre los animales 29

La bendición sobre Adán y Eva 31

La bendición sobre el tiempo 32

La bendición sobre Abraham 33

La bendición en la historia de Israel 34

La bendición en el Nuevo Testamento 36

Cristo como la máxima bendición de Dios para la humanidad 37

El propósito de la bendición 38

“Serás bendición” como misión de vida 39

Aplicaciones para la vida de un inversionista cristiano 40

2. LAS BENDICIONES INCONDICIONALES 47

3. LAS BENDICIONES CONDICIONALES 53
El amor invita a responder 53
La obediencia es la respuesta del amor al Dios del pacto 56
El pacto prometía una vida diferente 58
Mucho más que una tierra prometida, Dios estaba formando un pueblo 61
¿Por qué Dios puso condiciones? 63
Las bendiciones te alcanzarán 65
"Y vendrán sobre ti todas estas bendiciones": el retrato de una vida bajo el gobierno de Dios 68
Las bendiciones condicionadas a la obediencia 71
Aplicaciones para la mayordomía cristiana 72

4. LA BENDICIÓN DE DIOS SOBRE LAS MANOS QUE EMPRENDEN 77
Cuando Dios pone una empresa en las manos de un creyente 77
¿Por qué un hijo de Dios debe emprender para generar dinero? 80
El emprendimiento comienza con una decisión, pero se construye con un plan 83
Primera etapa: descubrir el propósito 85
Segunda etapa: descubrir una necesidad 86
Tercera etapa: identificar los recursos que Dios ya puso en tus manos 86
Del propósito al proyecto: cómo planificar un emprendimiento que Dios pueda bendecir 87
Primer paso: escribir una visión clara 88
Segundo paso: definir la misión del emprendimiento 89
Tercer paso: identificar el problema que resolverás 90
Cuarto paso: escribir el plan 91
Otra opción 91

Los siete pasos para planificar un emprendimiento con propósito 92
Confirmar el propósito delante de Dios 92
Identificar los talentos y recursos disponibles 92
Descubrir una necesidad real 92
Diseñar una solución excelente 92
Elaborar un plan escrito 92
Comenzar con diligencia 93
Evaluar, aprender y mejorar continuamente 93
La mujer virtuosa: el mejor modelo bíblico de emprendimiento 93
Una emprendedora que investiga antes de producir 94
Una emprendedora que comprende el valor del tiempo 95
Una emprendedora que invierte para producir riqueza 95
La mujer virtuosa: una empresaria que genera riqueza para bendecir 97
La reputación: el activo más valioso de todo emprendimiento 99
El emprendimiento como ministerio 99
«Hagan negocios con este dinero»: el mandato de Cristo para producir y multiplicar 100
Del talento al patrimonio: la decisión de convertir las capacidades en riqueza 103
El dinero sigue al valor 105
Emprender es una decisión de obediencia 106
Emprender: una decisión que puede cambiar una vida 107

5. LA GENERACIÓN DEL DINERO 113
El dinero nunca ha sido el punto de partida 113
¿Qué es realmente el dinero? 116
¿Cómo nace realmente el dinero? 120
Los propósitos bíblicos del dinero 123
El dinero satisface las necesidades legítimas de la vida 124

El dinero honra a Dios 125
El dinero es un indicador del carácter 125
El dinero sostiene la familia y fortalece la comunidad 127
El dinero financia la misión de Dios 127
El dinero debe seguir produciendo bendición 130
La ley bíblica de la creación de valor 130
Principios para generar dinero bajo la bendición de Dios 131
Conclusión 132

6. LA ADMINISTRACIÓN DEL DINERO 135
Administrar el dinero es administrar la confianza de Dios 135
Los principios bíblicos de la administración financiera 137
Dios ocupa el primer lugar 138
La planificación es una expresión de sabiduría 138
Vivir dentro de las posibilidades que Dios concede 139
Pensar en el mañana también es un acto de mayordomía 139
Administrar con una visión eterna 139
El plan de administración financiera familiar 140
Apéndice: Plan de Administración Financiera 149

7. EL AHORRO: PREPARANDO HOY LAS BENDICIONES DEL MAÑANA 157
Preparar responsablemente el futuro 157
La enseñanza bíblica del ahorro 159
¿Cuándo comenzar a ahorrar? 162
¿Cuánto debe ahorrar una persona? 165
¿Cómo ahorrar? Del deseo al hábito permanente 167
Cuatro hábitos que fortalecen el ahorro 169
El ahorro no es el destino; es el comienzo 170

El Plan Personal de Retiro: preparar el invierno de la vida 170
Un plan de retiro con perspectiva cristiana 172
Una fórmula práctica para calcular el retiro 173

8. LAS INVERSIONES: HACIENDO FRUCTIFICAR EL CAPITAL 179
Qué hacer con el capital acumulado 179
¿Existe realmente un fundamento bíblico para invertir? 180
Lo que la Biblia dice sobre la inversión 181
Unas palabras hebreas que iluminan 182
«...a su tiempo recibirás ganancias» 184
«Coloca tus inversiones en varios lugares» 185
«Porque no sabes el mal que vendrá sobre la tierra.» 187
¿Qué es inversión? 188
Invertir no es lo mismo que ahorrar 189
Invertir no es especular 189
Invertir tampoco significa apostar 189
Toda inversión implica riesgo 190
La inversión comienza mucho antes del dinero 190
La relación entre riesgo y rendimiento 191
El riesgo no siempre es negativo 191
Riesgo y rendimiento suelen caminar juntos 192
La prudencia protege al inversionista 193
Desconfiar de las ganancias extraordinarias 193
El verdadero objetivo no es eliminar el riesgo 194
La confianza permanece en Dios 194
La Bolsa de Valores: mucho más que un lugar para comprar y vender acciones 195
¿Qué es una acción? 198
¿Cómo gana dinero un accionista? 200
Los dividendos: participar de las utilidades 200
La plusvalía: cuando la empresa vale más 201

¿Cómo reconocer una buena inversión? 202
No todas las inversiones son para todas las personas 203
El mayordomo que piensa como inversionista 204
¿Dónde puede invertir un mayordomo inversionista? 205
Instrumentos gubernamentales 206
Bonos 206
Fondos de inversión 206
Acciones 206
Bienes raíces 207
Negocios propios 207
¿Cuál debería ser mi primera inversión? 207
Instrumentos gubernamentales: un buen lugar para comenzar 209
Bonos: prestar dinero a cambio de un interés 210
Fondos de inversión: invertir acompañado por especialistas 210
Construyendo un portafolio de inversión 211
Planificando la independencia financiera 212
Plan Personal de Retiro: construyendo hoy la libertad financiera del mañana 213
Del conocimiento a la acción 214
Los diez principios del mayordomo que piensa como inversionista 215

CAPÍTULO 9: CÓMO ADMINISTRAR UN NEGOCIO RENTABLE 219
Un negocio no fracasa por falta de ventas 219
La diferencia entre vender y ganar dinero 220
Costos, gastos y utilidades: tres conceptos que todo dueño de una tienda, negocio o empresa debe dominar 222
Cómo fijar correctamente el precio de venta 223
La utilidad: el premio por administrar bien 225
Un caso práctico: La Panadería "El Buen Pan" 226
El flujo de efectivo: la sangre que mantiene vivo un negocio 227

Principios para administrar un negocio rentable 228
El punto de equilibrio: ¿cuánto necesita vender un negocio para no perder dinero? 229
La reinversión: el secreto del crecimiento sostenible 230
El negocio no es su cartera: aprenda a separar las finanzas 232
Errores que debe evitar 233

CAPÍTULO 10: CONSTRUYENDO UN PATRIMONIO CON PROPÓSITO 237
¿Por qué algunas personas construyen patrimonio y otras no? 237
¿Por qué ocurre esta diferencia? 237
La inflación: el enemigo silencioso del patrimonio 239
El interés compuesto: cuando el dinero comienza a trabajar para usted 239
El costo de oportunidad: el precio oculto de cada decisión financiera 240
Los cuatro pilares de un patrimonio sólido 242
El primer pilar: generar ingresos 242
El segundo pilar: conservar lo que se ha ganado 242
El tercer pilar: hacer crecer el patrimonio 242
El cuarto pilar: proteger el patrimonio 243
Errores que destruyen un patrimonio 243
Vivir permanentemente por encima de los ingresos 243
No planificar el futuro 243
Buscar ganancias rápidas 244
Descuidar la preparación financiera 244
Olvidar el propósito del patrimonio 244

CAPÍTULO 11: CODICIA Y AVARICIA: CUANDO LA NEGLIGENCIA SE DISFRAZA DE ESPIRITUALIDAD 247
¿Por qué muchos cristianos tienen miedo a prosperar? 247
La falsa dicotomía entre la espiritualidad y la prosperidad 249

La codicia: cuando el deseo desplaza la voluntad de Dios 250
La avaricia: cuando las riquezas ocupan el lugar de Dios 252
Los cristianos que leen la Biblia evitan: 254
La mayordomía: el equilibrio entre la negligencia y la codicia 254

CAPÍTULO 12: EL TESTAMENTO: LA ÚLTIMA DECISIÓN DE UN SER HUMANO 259
¿Por qué un cristiano debería preparar su testamento? 259
La herencia: una responsabilidad espiritual antes que una obligación legal 261
El testamento: una expresión de amor, previsión y protección para la familia 262
¿Cómo elaborar un testamento? 264
Haga un inventario de su patrimonio 265
Defina quiénes serán sus herederos 265
Nombre un albacea de absoluta confianza 265
Acuda con un notario público 265
Revise periódicamente su testamento 266
Aspectos legales que todo testador debe conocer 266
La última decisión también revela el corazón 268
Apéndice: testamento 273

CAPÍTULO 13: EL LEGADO QUE PERMANECE: DEVOLVER EL PATRIMONIO AL DUEÑO 279
Dios sigue siendo el Dueño 279
Dios transfirió el derecho de usufructo a sus criaturas, pero Él siguió siendo el Dueño 281
La idea de la propiedad en fideicomiso nació en la mente de Dios 284
El huerto del Edén: el primer modelo de administración fiduciaria
Devolver al Dueño 286

La donación a favor de la iglesia: una decisión espiritual con respaldo jurídico 291
La recompensa 293
Apéndice: donación a Asociaciones Religiosas 299
Bibliografía 304

PRÓLOGO

Vivimos en una época en la que la información financiera abunda, pero la sabiduría para administrar los recursos continúa siendo escasa. Nunca las personas habían tenido acceso a tantos cursos, libros y herramientas sobre ahorro, inversiones, emprendimiento y planificación patrimonial; sin embargo, millones siguen enfrentando problemas económicos que no se originan únicamente en la falta de conocimientos técnicos, sino en la ausencia de principios que orienten correctamente el uso del dinero.

La Biblia aborda este tema desde una perspectiva diferente. Las Escrituras no presentan las finanzas como un asunto exclusivamente económico, sino como una expresión de la relación entre el ser humano y Dios. Antes de enseñar cómo obtener recursos, enseñan quién es el verdadero Dueño de ellos. Antes de hablar de patrimonio, hablan de responsabilidad. Antes de tratar las inversiones, presentan el carácter del administrador. Ese es el aporte de este libro.

El libro no pretende competir con los manuales tradicionales de economía, administración o inversiones. Tampoco busca sustituir la asesoría profesional en materia financiera o jurídica. Su propósito es integrar la revelación bíblica con los principios universales de la buena administración, demostrando que la fe y las finanzas no pertenecen a mundos separados.

A lo largo de estas páginas, el lector descubrirá que trabajar con excelencia, elaborar un presupuesto, ahorrar, invertir, emprender, generar altas utilidades, construir un patrimonio, proteger a la familia mediante un testamento y planificar un legado para la misión forman parte de una misma vocación: administrar fielmente aquello que Dios ha puesto en nuestras manos.

Uno de los aspectos más valiosos de este libro es que evita dos extremos igualmente perjudiciales. Por un lado, rechaza la idea de que la espiritualidad consiste en despreciar los recursos materiales. Por otro, también rechaza la noción de que el éxito económico constituye el propósito supremo de la vida cristiana. El autor demuestra que la prosperidad encuentra su verdadero significado cuando se convierte en un instrumento para servir a Dios, bendecir a la familia y contribuir al bienestar de los demás.

Especialmente resulta novedoso el tratamiento del patrimonio desde la perspectiva bíblica. Al relacionar el verbo hebreo shāmar con el principio de la administración fiduciaria, el autor ofrece una reflexión original que invita al lector a comprender la propiedad, la custodia y la rendición de cuentas desde una visión profundamente teológica. Lejos de ser un simple ejercicio académico, esta propuesta conduce a decisiones prácticas relacionadas con la planificación patrimonial, el testamento y el financiamiento de la misión.

Quien lea esta obra encontrará explicaciones claras, fundamentos bíblicos sólidos y aplicaciones concretas para la vida cotidiana. Descubrirá que la verdadera riqueza no consiste únicamente en lo que una persona posee, sino en la fidelidad con la que administra aquello que Dios le ha confiado.

Este libro contribuirá a formar creyentes capaces de honrar al Señor no solo con sus palabras, sino también con la manera en que trabajan, administran, invierten, ganan dinero, comparten y, finalmente, deciden el destino del patrimonio que recibieron para cuidar durante su vida. Porque, al final, la mejor administración no es la que produce la mayor riqueza, sino la que glorifica al verdadero Dueño de todas las cosas.


ESTADOS UNIDOS MEXICANOS
Pesos
Banco de México
ACUEDUCTO DE MORELIA, MICH.

INTRODUCCIÓN

Existen personas comprometidas con Dios que enfrentan dificultades económicas porque nunca recibieron educación financiera. Al mismo tiempo, hay personas con amplios conocimientos sobre negocios e inversiones que han alcanzado prosperidad material, pero carecen de una visión trascendente sobre el propósito de la riqueza. Esta separación nunca fue el plan de Dios. La Biblia no presenta el trabajo, el ahorro, las inversiones, el emprendimiento o la planificación patrimonial como actividades ajenas a la vida espiritual. Por el contrario, muestra que la administración de los recursos constituye una parte esencial del discipulado cristiano. Desde Génesis Dios llama a sus hijos a administrar con fidelidad aquello que Él mismo les ha confiado.

Este libro expone la sabiduría de los principios financieros de las Escrituras y la teoría actual que se pone al día con las enseñanzas de Dios. Ambos elementos no se contraponen. No encontrará aquí fórmulas para enriquecerse rápidamente ni promesas de prosperidad automática. Tampoco encontrará un tratado técnico reservado para especialistas. Mi propósito ha sido presentar, en un lenguaje accesible y cuidadosamente fundamentado, los principios financieros de origen divino que toda persona necesita conocer, enriquecidos por el aporte de autores especializados en teología, finanzas, administración y derecho.

A lo largo de los capítulos aprenderá que elaborar un presupuesto es un acto de responsabilidad; ahorrar es una expresión de previsión; invertir exige prudencia y conocimiento; emprender puede ser una

forma de servicio; construir un patrimonio responde al deber de cuidar de la familia; y planificar el destino final de los bienes también forma parte de una administración fiel.

Sin embargo, descubrirá algo todavía más importante. El verdadero tema de este libro nunca ha sido el dinero. Aunque abunda información sobre finanzas. El verdadero tema es sobre el Proveedor y su administrador temporal. Cada capítulo busca responder una pregunta diferente, pero todas conducen a una misma conclusión: Dios sigue siendo el Dueño de todas las cosas y nosotros administramos, por un tiempo, los recursos que Él ha puesto bajo nuestro cuidado.

Esa convicción transforma la manera de trabajar, de convertir las bendiciones en riquezas materiales, de generar el dinero, de administrar, de ahorrar, de invertir, de generar ganancias, de compartir, de consumir, de heredar y de planificar el futuro patrimonial.

Deseo que estas páginas no solo amplíen su conocimiento financiero, sino que la acerquen al Proveedor, que fortalezcan su confianza y dependencia en Dios, le inspiren a vivir con mayor sabiduría y bienestar. Si al terminar este libro usted incrementa sus ingresos, eleva su nivel socioeconómico, administra mejor sus recursos, genera mayores utilidades, protege con mayor responsabilidad a su familia y decide poner su patrimonio en las manos de Dios, este esfuerzo habrá cumplido su objetivo. Porque las finanzas bíblicas nunca consisten únicamente en administrar dinero. Consisten en administrar la vida que Dios nos ha confiado.



1. | BENDECIDOS PARA BENDECIR

¿Por qué todos los seres humanos desean ser bendecidos?

Antes de que existieran las bolsas de valores, los bancos centrales, los mercados bursátiles o los complejos sistemas financieros que gobiernan la economía moderna, ya existía una búsqueda que acompañaba silenciosamente a cada ser humano: el deseo de tener altos ingreso, tener una vida de bienestar, y vivir una vida bendecida. Ese anhelo trasciende culturas, idiomas, épocas y condiciones sociales. Lo encontramos en el agricultor que espera una buena cosecha, en el estudiante que se esfuerza por alcanzar sus metas, en el empresario que inicia un nuevo proyecto y en la familia que anhela estabilidad, salud y bienestar. Aunque las formas externas cambian, el deseo permanece inalterable: todos quieren experimentar una vida plena de bienestar.

La razón de esta búsqueda no es meramente psicológica ni cultural. La Biblia enseña que el ser humano fue creado para vivir bajo la bendición y las provisiones de Dios. El relato de Génesis presenta una humanidad que surge en medio de un entorno saturado de provisión, abundancia y propósito. Adán y Eva no fueron colocados en un desierto para sobrevivir, sino en un jardín lleno de abastecimientos para su vida. No fueron creados para vivir bajo la angustia de la escasez, sino bajo la seguridad del suministro divino. Desde el principio, la bendición formó parte del diseño original de Dios para la humanidad.

Cuando el pecado irrumpió en la historia humana, muchas cosas cambiaron. La armonía fue sustituida por el conflicto. La abundancia

fue acompañada por el esfuerzo. La tranquilidad dio paso a la incertidumbre. Sin embargo, la necesidad de bendición permaneció grabada en el corazón humano. Lo que se perdió en el Edén continuó siendo buscado por cada generación posterior. De alguna manera, el ser humano sigue intentando regresar a aquella condición de plenitud para la cual fue creado.

El sabio Salomón expresó esta realidad con palabras profundas: "Todo lo hizo hermoso en su tiempo; y ha puesto eternidad en el corazón de ellos, sin que alcance el hombre a entender la obra que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin" (Eclesiastés 3: 11).

Existe en el interior del ser humano una conciencia de que fue creado para algo más grande que la mera supervivencia. Viktor E. Frankl observó que el ser humano puede soportar enormes dificultades cuando encuentra un propósito que dé significado a su existencia.[1] Del mismo modo, Agustín de Hipona escribió una de las frases más conocidas de la historia cristiana: "Nos hiciste para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti".[2] Ambas declaraciones reflejan una misma realidad: el ser humano busca algo que el mundo por sí mismo no puede ofrecer.

La cultura contemporánea suele identificar la bendición con la prosperidad económica, la fama, el éxito profesional o la acumulación de bienes. Sin embargo, la experiencia demuestra que ninguna de estas cosas puede satisfacer plenamente el corazón humano. Existen personas con abundantes recursos materiales que viven atormentadas por el vacío interior, mientras que otras con recursos limitados experimentan una profunda paz. La diferencia radica en comprender que la bendición bíblica es mucho más amplia que la simple posesión de bienes.



Santiago escribió: "Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación" (Santiago 1: 17).

La verdadera bendición tiene su origen en Dios. Todo lo que produce vida, crecimiento, plenitud y propósito procede de él. Craig L. Blomberg señala que un estudio de los bienes materiales debe comenzar reconociendo que el ser humano no es propietario absoluto de cuanto posee, sino administrador de dones que proceden del Creador.[3] Esta afirmación constituye uno de los fundamentos de la inteligencia humana y de toda comprensión correcta de la prosperidad.

Por esta razón, antes de hablar de inversiones, patrimonio, emprendimiento o generación de riqueza, es necesario saber de dónde proceden el dinero y las riquezas materiales; así como comprender qué significa realmente ser bendecido.

Definición lingüística de bendición

Cuando estudiamos el concepto bíblico de bendición, descubrimos que estamos ante uno de los términos más ricos y profundos de toda la Escritura.

En el Antiguo Testamento, la palabra más frecuente para bendición es ***berajá*** (בְּרָכָה), derivada del verbo ***barak*** (בָּרַךְ). Ambos términos aparecen cientos de veces y constituyen una parte esencial del lenguaje hebreo. Willem A. VanGemeren explica que estos vocablos abarcan la idea de favor, prosperidad, fecundidad, protección, bienestar y plenitud otorgados por Dios.[4]

En el Nuevo Testamento aparece el término griego ***eulogía*** (εὐλογία), que conserva la riqueza conceptual del hebreo, pero añade nuevos matices relacionados con la gracia, la alabanza y la obra redentora de Cristo. Gerhard Kittel señala que ***eulogía*** puede referirse tanto a la bendición concedida por Dios como a la alabanza dirigida hacia Dios por parte del creyente.[5]

La bendición, por lo tanto, no debe reducirse a un acontecimiento favorable. Tampoco puede entenderse únicamente como una expresión verbal de buenos deseos. En la Biblia, la bendición describe la acción efectiva de Dios produciendo vida, crecimiento, restauración y propósito en aquello que toca.

La bendición es una realidad que transforma, no es sola una palabra pronunciada.

Berajá (בְּרָכָה)

El sustantivo hebreo ***berajá*** aparece frecuentemente para describir los beneficios concretos que proceden de Dios. Puede referirse a abundancia material, fertilidad, protección, paz, descendencia o prosperidad. Sin embargo, limitarla a beneficios visibles sería reducir significativamente su significado.

En la mentalidad hebrea, una bendición nunca estaba separada de la presencia de Dios. El valor de la bendición no residía únicamente en lo recibido, sino en la relación con Aquel que la otorgaba. Por esta razón, la bendición sacerdotal de Números 6: 24-26 coloca en el centro el rostro de Dios: "Jehová te bendiga, y te guarde; Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz". La bendición consistía en vivir bajo la mirada favorable del Creador. Allí se encontraba la verdadera seguridad.

Barak (בָּרַךְ)

El verbo ***barak*** significa bendecir. Describe la acción mediante la cual Dios comunica su favor a sus criaturas. También puede describir la respuesta humana de adoración y gratitud hacia Dios.

Resulta significativo que la primera acción de bendición registrada en las Escrituras provenga directamente de Dios. Él bendice antes de exigir. Bendice antes de juzgar. Bendice antes de corregir. La historia bíblica comienza con un Dios que derrama favor sobre su creación.

Este detalle revela algo esencial acerca del carácter divino: Dios no actúa impulsado por la escasez, sino por la abundancia. Él bendice porque es generoso. Bendice porque ama. Bendice porque su naturaleza es dar.

La bendición divina siempre produce efectos. Cuando Dios bendice, algo cambia. Lo estéril produce fruto. Lo pequeño crece. Lo débil encuentra fortaleza. Lo ordinario adquiere propósito.

Eulogía (εὐλογία)

El Nuevo Testamento utiliza la palabra griega ***eulogía*** para ampliar aún más la comprensión de la bendición. Literalmente significa "hablar bien" o "pronunciar una buena palabra". Sin embargo, en el contexto bíblico describe la manifestación de la gracia divina a través de Jesucristo.



Pablo escribe: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” (Efesios 1: 3). La bendición adquiere aquí una dimensión cristocéntrica. Ya no se limita a la provisión material. Incluye redención, perdón, adopción, reconciliación, esperanza y vida eterna.

La mayor bendición no es algo que Dios da. La mayor bendición es alguien que Dios entregó. Todas las bendiciones anteriores encuentran su culminación en Cristo.

La bendición como acto

En la Biblia, la bendición no debe entenderse únicamente como un estado de bienestar o como un conjunto de beneficios recibidos. Antes que cualquier otra cosa, la bendición es un acto. Es una acción deliberada que surge de Dios, y tiene como propósito producir vida, desarrollo y plenitud. La bendición no ocurre por accidente ni es el resultado de fuerzas impersonales del universo. La bendición tiene un origen personal porque procede de un Dios personal.

Desde las primeras páginas de las Escrituras observamos que Dios actúa bendiciendo. Génesis 1 presenta una secuencia extraordinaria de actos divinos: Dios crea, Dios habla, Dios ordena y Dios bendice. El acto de bendecir forma parte del proceso creador mismo. No solamente crea a los seres vivos; también los capacita para cumplir el propósito para el cual fueron creados. La bendición, por lo tanto, no es un añadido posterior a la creación. Forma parte integral del diseño original de Dios.

La primera vez que aparece el verbo “bendecir” en la Biblia se encuentra en Génesis 1: 22: “Y Dios los bendijo, diciendo: Fructificad y multiplicaos, y llenad las aguas en los mares, y multiplíquense las aves en la tierra”. Aquí la bendición se presenta como una acción divina que transmite capacidad para crecer, reproducirse y cumplir un propósito específico. Dios no se limita a pronunciar palabras positivas. Su bendición comunica poder para alcanzar aquello que Él mismo ordena.



Roy E. Gane señala que en el pensamiento hebreo la bendición implica una acción eficaz que produce resultados concretos en la vida de quienes la reciben.[6] La bendición bíblica no es una simple expresión de buenos deseos. Es una intervención activa de Dios en favor de sus criaturas.

Esta comprensión tiene implicaciones para la mayordomía cristiana. Muchas personas desean los resultados de la bendición, pero pocas reflexionan sobre el origen de la bendición. El creyente entiende que toda capacidad para trabajar, emprender, administrar recursos, desarrollar talentos y generar valor procede inicialmente de un acto divino. Antes de cualquier esfuerzo humano existe una iniciativa de Dios.

Elena G. White escribió: "Todo buen don y toda facultad perfecta proceden de Dios. El hombre depende continuamente de su Creador para la vida y para cuanto posee".[7] Esta declaración recuerda que la bendición comienza siempre con Dios. La capacidad de pensar, planificar, producir y administrar no nace de manera autónoma. Es parte de los recursos que el Creador concede a sus hijos para que desarrollen su misión en el mundo.

La bendición como resultado

Aunque la bendición es un acto divino, también produce resultados visibles. La Escritura presenta repetidamente una relación entre la bendición de Dios y los efectos que esta genera en la vida de las personas, las familias y las naciones.

Uno de los errores más comunes consiste en confundir los resultados con la bendición misma. La prosperidad material, la salud, la paz familiar o el crecimiento de un proyecto pueden ser manifestaciones de la bendición, pero no constituyen la esencia de la bendición. Son consecuencias posibles de la acción divina. El relato de Abraham ilustra claramente este principio. Dios declaró: "Pero Jehová había dicho a

Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre; y serás bendición" (Génesis 12: 1-2).

La bendición de Dios produjo resultados concretos en la vida de Abraham: descendencia, influencia, recursos y reconocimiento. Sin embargo, ninguno de esos elementos constituía la esencia de la bendición. El verdadero tesoro de Abraham era su relación con Dios. Los demás beneficios eran expresiones visibles de una realidad espiritual más profunda.

Walter C. Kaiser Jr. explica que la bendición en el pacto con Abraham siempre tuvo una dimensión misional.[8] Dios bendecía a Abraham no solamente para favorecerlo, sino para convertirlo en un instrumento de bendición para otros. Esto nos enseña que los resultados de la bendición poseen un propósito superior. Los recursos, talentos y oportunidades que Dios concede no deben convertirse en un fin en sí mismos. Son medios mediante los cuales Dios desea extender su influencia y su amor hacia otras personas.

En el contexto de las inversiones, esta perspectiva transforma radicalmente la manera de entender el éxito. El verdadero éxito no consiste únicamente en acumular recursos. Consiste en administrar correctamente aquello que Dios ha confiado para cumplir sus propósitos.

La bendición como pacto

Una de las dimensiones más importante y solemne de la bendición bíblica aparece cuando se estudia su relación con el pacto. En las Escrituras, la bendición no es un acontecimiento aislado ni un acto arbitrario. Frecuentemente está vinculada a la relación de pacto que Dios establece con su pueblo.

El concepto de pacto ocupa un lugar central en la historia de la redención. Desde Noé hasta Abraham, desde Israel hasta el Nuevo Pacto en Cristo, Dios se relaciona con la humanidad mediante compromisos solemnes que revelan su fidelidad y su amor. Cuando Dios llamó a Abraham, estableció con él un pacto que incluía promesas extraordinarias: "Y bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra" (Génesis 12: 3). La bendición aparece aquí inseparablemente unida al pacto. Dios promete

acompañar, proteger y prosperar a Abraham dentro del marco de una relación personal con Él.

Christopher J. H. Wright señala que la bendición prometida a Abraham constituye el fundamento de la misión divina en la historia.[9] Dios escoge a una persona para bendecir a todas las naciones. Desde el principio, la bendición posee una dimensión universal.

La comprensión del pacto protege al ser humano de una visión superficial de la prosperidad. La bendición bíblica nunca se reduce a obtener cosas. Se trata de vivir dentro de una relación de fidelidad con Dios. Los beneficios del pacto son importantes, pero más importante aún es la relación con el Dios del pacto. Esta perspectiva resulta esencial para quienes desean invertir correctamente su vida. Toda inversión significativa se construye sobre relaciones confiables. Del mismo modo, la inversión más importante de la existencia humana se desarrolla dentro de la relación de pacto que Dios ofrece a sus hijos.

La bendición como favor divino

Otro aspecto fundamental consiste en entender la bendición como una expresión del favor divino. En muchas ocasiones, la Biblia presenta la bendición como una manifestación de la gracia y la bondad de Dios hacia sus criaturas.

David escribió: "Porque tú, oh Jehová, bendecirás al justo; como con un escudo lo rodearás de tu favor" (Salmo 5: 12). El paralelismo entre bendición y favor resulta significativo. La bendición expresa la actitud benevolente de Dios hacia quienes viven bajo su cuidado. No se trata simplemente de recibir cosas buenas, sino de experimentar la cercanía y la aprobación divina.

Randy Alcorn observa que una de las mayores tragedias espirituales consiste en sustituir al Dador por los dones.[10] Muchas personas desean los beneficios que Dios puede otorgar, pero no desean una relación profunda con Él. La Biblia enseña exactamente lo contrario: el mayor privilegio consiste en disfrutar la presencia del Dios que bendice. Por esta razón, la bendición auténtica produce gratitud, humildad y dependencia. Quien comprende que todo procede de Dios desarrolla una actitud diferente frente a la vida. Deja de considerarse propietario absoluto y comienza a verse como administrador. La fe cristiana surge

precisamente de esta comprensión. Los recursos, las capacidades y las oportunidades son expresiones del favor divino. Administrarlos correctamente constituye una respuesta de gratitud al Dios que los concede.

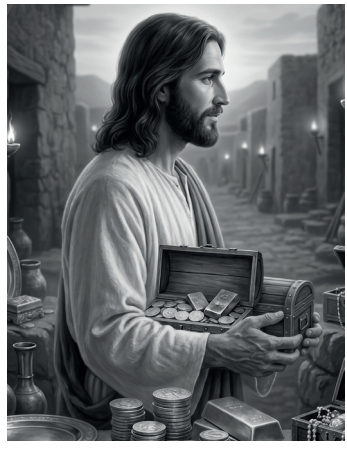
Dios como fuente de toda bendición

Una verdad recorre por todos los versículos de la Biblia: Dios es la fuente de toda bendición. Él es el origen del acto de bendecir, el autor de los resultados que la bendición produce, el garante del pacto y la fuente del favor divino.

Santiago lo expresó con absoluta claridad: "Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación" (Santiago 1: 17).

La Biblia no deja espacio para la autosuficiencia. Todo lo bueno tiene su origen en Dios. La sabiduría para tener una vida plena, la inteligencia que permite desarrollar una empresa, la salud que posibilita trabajar, las oportunidades que abren nuevas puertas y las capacidades que generan valor son expresiones de la bondad divina.

Moisés recordó esta verdad al pueblo de Israel cuando estaban a punto de entrar en la tierra prometida: "Sino acuérdate de Jehová tu Dios, porque él te da el poder para hacer las riquezas, a fin de confirmar su pacto que juró a tus padres, como en este día" (Deuteronomio 8: 18). Este texto constituye uno de los pasajes más importantes para una comprensión bíblica de las inversiones. Dios no condena la generación de riqueza. Por el contrario, reconoce la existencia de recursos y prosperidad. Lo que corrige es la tendencia humana a olvidar el origen de esas capacidades.



Elena G. White escribió que Dios es el propietario legítimo de todo cuanto existe y que los seres humanos son únicamente administradores de los bienes que Él ha confiado temporalmente a su cuidado.[11] Esta perspectiva constituye el fundamento de la sabiduría para hacer inversiones que generen altas ganancias.

Cuando una persona reconoce que Dios es la fuente de toda bendición, cambia

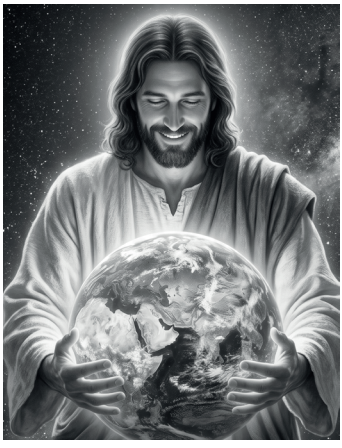
completamente su manera de entender la vida. El trabajo deja de ser una carga para convertirse en una vocación. Los recursos dejan de ser simples posesiones para convertirse en responsabilidades sagradas. Las inversiones dejan de perseguir únicamente ganancias temporales y comienzan a orientarse hacia propósitos eternos.

Toda inversión inteligente comienza identificando correctamente la fuente de valor. En la economía del Reino de Dios, toda bendición, toda capacidad y toda oportunidad encuentran su origen en el mismo lugar: el corazón generoso del Creador.

La bendición en la creación

La historia de la bendición comienza mucho antes de la existencia de las naciones, de las bolsas de valores, de los bancos centrales, de los mercados bursátiles, de los sistemas financieros, de los negocios, de las empresas, del dinero. La bendición comenzó antes de la creación de un ser humano, antes de los pactos patriarcales, antes de los sistemas de adoración organizados, antes de que apareciera una iglesia; y mucho antes de que se requiriera los diezmos y las ofrendas. La bendición aparece en las primeras páginas de las Escrituras, formando parte del diseño original de Dios para el universo. Esto significa que la bendición no surgió como una respuesta divina al pecado ni como un mecanismo para resolver los problemas humanos. La bendición existía antes de la creación del hombre y de su caída en el pecado. Formaba parte del plan perfecto de Dios para sus criaturas.

Cuando Moisés describe la creación en Génesis, presenta a un Dios que constantemente produce orden, belleza, armonía y plenitud. Cada acto creador revela intención y propósito. Nada surge al azar. Nada carece de significado. El universo aparece como la expresión visible de la sabiduría y la bondad de Dios. Dentro de ese contexto, la bendición se convierte en una de las primeras manifestaciones explícitas del carácter divino.



La creación demuestra que Dios no es solamente el autor de la vida; también es el

promotor de su desarrollo. Él no crea para abandonar. No da existencia para luego retirarse. El mismo Dios que crea es el Dios que sostiene, acompaña y bendice. Esta realidad resulta fundamental para comprender la mayordomía cristiana. Si Dios es el propietario de toda la creación y además el sustentador permanente de ella, entonces el ser humano vive siempre dentro de una realidad administrada por Dios.

Bruce K. Waltke señala que la bendición en Génesis está estrechamente relacionada con la capacidad otorgada por Dios para cumplir el propósito para el cual cada criatura fue creada.[12] La bendición no consiste únicamente en poseer recursos; consiste en tener la capacidad de desarrollar el propósito divino para la vida. Esta verdad tiene implicaciones para quienes desean invertir correctamente su existencia. La mejor inversión no consiste simplemente en acumular recursos materiales. Consiste en descubrir y desarrollar el propósito para el cual Dios creó a cada persona. Cuando una vida opera dentro del diseño divino, la bendición encuentra un terreno fértil para manifestarse.

La creación también enseña que la bendición precede al esfuerzo humano. Antes de que Adán cultivara la tierra, antes de que organizara recursos o administrara el jardín, Dios ya había preparado todo lo necesario para su bienestar. Esto no elimina la responsabilidad humana, pero sí establece el orden correcto. La provisión divina precede a la administración humana. La gracia viene antes que la responsabilidad. Dios da primero; el ser humano responde después.

Por esta razón, toda enseñanza bíblica de la prosperidad debe comenzar en la creación. La prosperidad bíblica no surge de la codicia ni de la acumulación egoísta. Surge de la intención divina de que la vida progrese bajo su dirección. Cuando la prosperidad se separa de este fundamento, pierde su significado espiritual y se convierte simplemente en una búsqueda materialista. Cuando permanece conectada con el propósito creador de Dios, se transforma en una herramienta para cumplir la misión que Él ha confiado a sus hijos.

La bendición sobre los animales

La primera bendición explícita registrada en las Escrituras no fue dirigida al ser humano. Fue dada antes de que el ser humano fuera creado. Este hecho sorprende a muchos porque normalmente se piensa que

toda la atención divina gira exclusivamente alrededor de la humanidad. Sin embargo, Génesis revela que Dios bendijo primero a los seres vivos que habitan los mares y los cielos. El texto declara: "Y Dios los bendijo, diciendo: Fructificad y multiplicaos, y llenad las aguas en los mares, y multiplíquense las aves en la tierra" (Génesis 1: 22).

La bendición registrada en Génesis 1: 22, revela algo extraordinario acerca del carácter de Dios. Él se interesa por toda la creación. La vida animal no es un elemento accidental dentro del universo, ni es el resultado de fuerzas evolutivas. Forma parte del proyecto divino de la creación. La bendición otorgada a las criaturas de orden inferior muestra que el Creador tiene un interés genuino en la preservación, continuidad y prosperidad de toda forma de vida.

Gordon J. Wenham observa que la bendición en este contexto está directamente asociada con la fecundidad y la continuidad de la creación.[13] Dios desea que la vida se multiplique. Quiere que aquello que creó alcance su máximo potencial dentro de los límites establecidos por su voluntad.

David comprendió esta realidad cuando escribió: "Los ojos de todos esperan en ti, y tú les das su comida a su tiempo. Abres tu mano, y colmas de bendición a todo ser viviente" (Salmos 145: 15-16).

El salmista presenta una imagen de la providencia divina. Toda criatura depende de Dios para vivir. Toda forma de vida encuentra sustento en la mano abierta del Creador. Ningún animal tiene conciencia moral ni capacidad para obedecer mandamientos espirituales y, aun así, Dios los sostiene. Esto demuestra que existen expresiones de la bondad divina que fluyen simplemente porque Dios es bueno.

Para los cristianos, esta verdad implica una responsabilidad importante. El ser humano fue colocado como administrador de una creación que ya había sido bendecida por Dios. No recibió autorización para destruirla ni explotarla irresponsablemente. Recibió el privilegio de cuidarla. Toda administración genuinamente cristiana debe reflejar respeto por aquello que Dios considera valioso.

En un mundo marcado por la violencia, la explotación y la degradación ambiental, la bendición divina continúa sosteniendo silenciosamente la existencia. Cada amanecer, cada ciclo reproductivo, cada



estación y cada ecosistema funcional constituyen testimonios permanentes del cuidado, de la fidelidad y las provisiones del Creador.

La bendición sobre Adán y Eva

Después de bendecir a las criaturas de los mares y los cielos, Dios dirigió una bendición especial hacia la primera pareja humana. Génesis 1: 28 declara: "Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra".

Esta bendición constituye uno de los pasajes más importantes para comprender la identidad y misión del ser humano. En ella aparecen cuatro elementos fundamentales: fecundidad, multiplicación, administración y gobierno responsable. Dios no creó a Adán y Eva simplemente para existir. Los creó para desarrollar un proyecto divino dentro de la creación.

Victor P. Hamilton señala que esta bendición incluye la capacidad y autoridad necesarias para extender el orden de Dios sobre toda la tierra.[14] El ser humano debía actuar como representante del Creador, administrando responsablemente los recursos que le habían sido confiados.

Richard M. Davidson añade que esta bendición está íntimamente vinculada con la imagen de Dios.[15] Ser creado a imagen divina implica reflejar el carácter de Dios mediante una administración sabia, amorosa y responsable. El dominio otorgado en Génesis nunca fue una licencia para la explotación. Fue una comisión para el servicio.

Aquí encontramos uno de los fundamentos más importantes de la mayordomía bíblica. La bendición otorgada a Adán y Eva incluía recursos, pero también responsabilidades. Incluía privilegios, pero también deberes. Incluía autoridad, pero también rendición de cuentas.

La sociedad contemporánea suele separar éxito y responsabilidad. Muchas personas desean autoridad sin servicio, prosperidad sin trabajo o beneficios sin compromiso. La bendición bíblica presenta exactamente



el modelo contrario. Dios bendice para que las personas administren correctamente lo recibido.

Esta verdad resulta especialmente relevante para quienes participan en actividades económicas, empresariales o financieras. El emprendimiento, la producción de riqueza y la administración de recursos encuentran su legitimidad dentro de esta bendición original. Dios creó a los seres humanos con capacidad para desarrollar, producir y generar valor. Sin embargo, esa capacidad siempre debe ejercerse reconociendo que el verdadero propietario de todo cuanto existe es Dios.

La bendición sobre el tiempo

La tercera realidad bendecida durante la semana de la creación no fue una criatura viva. Fue el sábado. Génesis 2: 3 declara: "Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación".

Este versículo constituye una declaración extraordinaria. Dios bendice a los animales. Dios bendice a la humanidad. Pero también bendice un día específico. Con ello enseña que la verdadera prosperidad no depende únicamente de la producción. Depende también de la capacidad para vivir en armonía con los ritmos establecidos por el Creador.

Walter Brueggemann afirma que el sábado representa una resistencia divina frente a los sistemas que reducen el valor humano exclusivamente al trabajo y la producción.[16] El sábado recuerda que la identidad humana no depende de cuánto produce, sino de su relación con Dios.

Elena G. White escribió que el sábado fue dado para beneficio de la humanidad y que su propósito consistía en conducir a hombres y mujeres a una comunión más profunda con el Creador.[17] El descanso sabático no es una interrupción improductiva. Es una inversión divina en la restauración integral del ser humano.

La bendición del sábado enseña una lección extraordinaria. El tiempo también es un recurso. Así como existen principios para administrar

dinero, existen principios para administrar tiempo. El sábado recuerda que algunas de las inversiones más valiosas de la vida no producen resultados inmediatos ni visibles, pero generan beneficios profundos y duraderos.

La bendición sobre el sábado constituye una de las declaraciones más revolucionarias de toda la Escritura. Dios bendijo el tiempo para enseñarnos que la verdadera prosperidad no consiste únicamente en ganar más, sino en aprender a vivir correctamente bajo su dirección.

La bendición sobre Abraham

Después de que Adán y Evan pecaron, la humanidad se alejó progresivamente del propósito original de Dios. Sin embargo, la intención divina de bendecir nunca desapareció. A lo largo de los primeros capítulos de Génesis se observa una historia marcada por la rebelión, el juicio y la gracia. Caín asesinó a su hermano. La violencia llenó la tierra en los días de Noé. La arrogancia humana alcanzó una nueva expresión en Babel. Aun así, Dios continuó desarrollando un plan para restaurar las bendiciones que la humanidad había perdido.

El plan para restaurar las bendiciones alcanza un punto decisivo en la vida de Abraham. Génesis 12 registra uno de los llamados más importantes de toda la historia bíblica: "Pero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre; y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra" (Génesis 12: 1-3). Este pasaje contiene la palabra bendición o sus derivados en varias ocasiones. No es una repetición accidental. Dios desea enfatizar que Abraham será un instrumento mediante el cual las bendiciones divinas alcanzarán al mundo entero. La promesa no se limita a riqueza, descendencia o protección. Incluye una misión universal.

Walter C. Kaiser Jr. observa que Génesis 12 constituye uno de los textos misioneros más importantes de toda la Escritura porque conecta la bendición con el propósito de alcanzar a todas las naciones.[18] Abraham no fue escogido simplemente para recibir privilegios; fue escogido para convertirse en un canal de bendición.

La bendición nunca debe convertirse en un depósito estancado. Siempre debe transformarse en una corriente que beneficie a otros. Cuando Dios concede recursos, talentos, influencia o conocimientos, lo hace con la intención de que produzcan impacto más allá de quien los recibe.

Christopher J. H. Wright señala que el llamado de Abraham revela el método de Dios para bendecir al mundo: bendice a uno para bendecir a muchos.[19] Este principio continúa vigente. Toda bendición auténtica posee una dimensión misional. La prosperidad bíblica no tiene como propósito alimentar el ego humano, ni acumular posesiones materiales más allá de las necesarias para financiar la vida actual, una vejez digna, y para beneficiar a otros necesitados.

La vida de Abraham también enseña que la bendición está profundamente relacionada con la fe. Cuando recibió el llamado divino, no tenía mapas, garantías ni explicaciones detalladas. Solamente tenía una promesa. Sin embargo, decidió confiar. El autor de Hebreos resume esta experiencia: "Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba" (Hebreos 11: 8).

Toda inversión significativa requiere confianza. Quien invierte recursos en un proyecto cree en un resultado futuro que todavía no puede ver. Del mismo modo, Abraham invirtió su vida en una promesa cuyo cumplimiento completo no alcanzó a contemplar. La bendición y la fe aparecen así estrechamente vinculadas.

La bendición en la historia de Israel

La experiencia de Abraham se convirtió en el fundamento de la historia de Israel. Lo que comenzó con una familia terminó transformándose en una nación llamada a representar el carácter de Dios ante el mundo.

Desde el éxodo hasta la entrada en Canaán, las bendiciones divinas acompañaron continuamente a Israel. Dios los liberó de la esclavitud, los alimentó en el desierto, los protegió de sus enemigos y los condujo hacia una tierra descrita como "tierra que fluye leche y miel". Sin embargo,

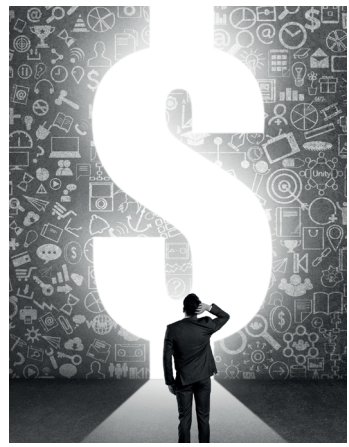
estas bendiciones no tenían como propósito simplemente mejorar las condiciones de vida del pueblo. Dios deseaba que Israel reflejara ante las demás naciones cómo es vivir bajo su gobierno.

Moisés explicó claramente esta realidad: "Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta" (Deuteronomio 4: 6). Israel debía convertirse en una demostración viviente de los beneficios que produce una relación correcta con Dios. La bendición nacional tenía una finalidad evangelizadora.

Ángel Manuel Rodríguez explica las bendiciones y los recursos materiales en el Antiguo Testamento siempre estuvieron conectados con la misión.[20] Los recursos otorgados por Dios debían utilizarse para glorificar su nombre y bendecir a otros. El pueblo no podía considerarse propietario absoluto de la tierra, porque la tierra pertenecía a Dios. Esta idea aparece claramente en Levítico 25: 23: "La tierra no se venderá a perpetuidad, porque la tierra mía es; pues vosotros forasteros y extranjeros sois para conmigo".

Desde una perspectiva moderna, la declaración de Levítico 25: 23 resulta revolucionaria. Dios afirma ser el verdadero dueño de todo. Los seres humanos son administradores temporales. Este principio constituye uno de los pilares de toda la verdad bíblica.

La historia de Israel también muestra que las bendiciones recibidas podían convertirse en una tentación cuando el pueblo olvidaba a Dios. Moisés advirtió: "Y digas en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza. Sino acuérdate de Jehová tu Dios, porque él te da el poder para hacer las riquezas" (Deuteronomio 8: 17-18). La advertencia sigue siendo relevante. El éxito puede conducir a la gratitud o a la autosuficiencia. Puede fortalecer la dependencia de Dios o alimentar el orgullo humano. La verdadera bendición siempre dirige la atención hacia el Dador.



La bendición en el Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento, el concepto de bendición alcanza un significado mayor. Las promesas dadas a Abraham, las experiencias de Israel y las expectativas proféticas convergen en una persona: Jesucristo.

La palabra griega **εὐλογία** (eulogía) aparece asociada frecuentemente a la obra salvadora de Dios. La bendición ya no se limita a una nación específica ni a una herencia territorial. Ahora alcanza a toda persona que recibe por fe la gracia de Cristo.

Pablo escribe: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo" (Efesios 1: 3). Este texto transforma la comprensión de la bendición. Las bendiciones espirituales ocupan ahora el centro de la experiencia cristiana. La adopción como hijos de Dios, el perdón, la reconciliación, la redención y la esperanza de la vida eterna constituyen tesoros infinitamente superiores a cualquier posesión material.

John R. W. Stott afirma que Efesios 1 presenta un inventario de las riquezas espirituales del creyente.[21] Estas riquezas no dependen de la economía, del lugar donde se vive ni de las circunstancias externas. Proceden directamente de la obra redentora de Cristo.

Esto no significa que Dios haya dejado de interesarse por las necesidades materiales de sus hijos. Jesús enseñó que el Padre celestial conoce nuestras necesidades y cuida de nosotros: "Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?" (Mateo 6: 26).



Sin embargo, el Nuevo Testamento establece claramente una jerarquía de valores. Las bendiciones espirituales poseen prioridad porque son eternas. Las bendiciones materiales son importantes, pero temporales. Esta perspectiva protege al creyente de convertir la prosperidad económica en el centro de su fe. El propósito supremo

de Dios no consiste simplemente en mejorar nuestras circunstancias. Consiste en transformarnos a la imagen de Cristo.

Cristo como la máxima bendición de Dios para la humanidad

Todas las bendiciones que aparecen en la Biblia encuentran su culminación en Jesucristo. La bendición sobre los animales preservó la vida. La bendición sobre Adán y Eva capacitó para administrar la creación. La bendición sobre Abraham prometió salvación para las naciones. Pero en Cristo esas bendiciones alcanzan su máxima expresión.

Juan escribe: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3: 16). La mayor bendición no consiste en algo que Dios concede. La mayor bendición consiste en que Dios se entregó a sí mismo en la persona de Jesucristo.

Christopher J. H. Wright afirma que todas las promesas de bendición encuentran su cumplimiento definitivo en Cristo.[22] Él es la descendencia prometida a Abraham, el verdadero Israel, el Rey esperado y el Salvador del mundo.

Por esta razón, Pablo declara: "Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén" (2 Corintios 1: 20).

En Cristo, la bendición deja de ser únicamente una promesa y se convierte en una persona.

Elena G. White escribió que, mediante la encarnación, la vida, la muerte y la resurrección de Jesús, el cielo derramó sobre la humanidad el mayor don que podía ofrecer.[23] Nada puede compararse con el valor de ese regalo.

Desde la perspectiva de la mayordomía, Cristo constituye también el modelo perfecto de administrador. Todo lo que recibió del Padre lo utilizó para servir. Invirtió su tiempo en restaurar vidas. Invirtió su influencia en enseñar la verdad. Invirtió su energía en aliviar el sufrimiento humano. Finalmente, entregó su propia vida para salvar a la humanidad.

La cruz representa la inversión más extraordinaria de toda la historia. Dios entregó lo más valioso para rescatar aquello que estaba perdido. Ninguna inversión humana puede compararse con ese acto de amor.

El propósito de la bendición

Mejorar las circunstancias personales no es la única razón por la que Dios bendice. Aunque la bendición ciertamente puede producir bienestar, protección, provisión y prosperidad, esos resultados no constituyen su propósito final. La Biblia enseña que toda bendición tiene un propósito superior relacionado con la gloria de Dios, el desarrollo del carácter humano y el cumplimiento de la misión divina en el mundo.

Desde la creación observamos que Dios nunca bendice sin asignar un propósito. Bendijo a los animales para que se multiplicaran. Bendijo a Adán y Eva para que administraran la tierra. Bendijo el sábado para que fuera una fuente de restauración. Bendijo a Abraham para que todas las familias de la tierra fueran alcanzadas. En cada caso, la bendición está asociada a una misión.

La mentalidad moderna suele interpretar la prosperidad desde una perspectiva centrada en el individuo. Sin embargo, la perspectiva bíblica indica que recibimos bendiciones con el propósito de ser bendición para otras vidas.

Cuando una persona comprende que sus talentos, oportunidades, conocimientos, recursos y relaciones constituyen expresiones de la bendición divina, comienza a percibir que cada uno de ellos posee una finalidad superior. Nada ha sido concedido simplemente para la satisfacción personal. Todo ha sido confiado para cumplir un propósito.

Pablo escribió: “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Efesios 2: 10). Este texto revela que Dios no solamente salva personas; también las prepara para una misión. La gracia nunca produce pasividad. La bendición auténtica siempre impulsa hacia el servicio.

Elena G. White explica que Dios concede talentos y recursos con el propósito de que sean empleados para beneficiar a otros y para extender la influencia de su reino.[24] La bendición no debe entenderse como una señal de superioridad espiritual, sino como una responsabilidad sagrada.

Cuando se comprende esta verdad, la administración de recursos adquiere una nueva dimensión. El tiempo deja de ser simplemente una sucesión de segundos, minutos y horas. Se convierte en un lapso asignado



para desarrollarnos y llegar a ser lo que Dios se propuso que fuéramos. Y cumplir con la razón por la que Dios nos permitió nacer. Ese espacio en el tiempo se convierte en una oportunidad para servirle y servir a nuestros semejantes. Los recursos económicos dejan de ser únicamente herramientas de consumo. Se transforman en instrumentos al servicio, para financiar la vida, incluyendo la vejez, y para bendecir a otras vidas. La influencia deja de ser un privilegio personal y se convierte en una plataforma para reflejar el carácter de Cristo.

Un planteamiento que deberíamos hacernos frecuentemente no es cuánto estamos ganando, sino qué estamos haciendo con aquello que Dios ha puesto en nuestras manos.

"Serás bendición" como misión de vida

Entre todas las declaraciones pronunciadas por Dios a Abraham, una sobresale por encima de las demás: "Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre; y serás bendición" (Génesis 12: 2). Estas palabras contienen uno de los principios más extraordinarios de toda la Escritura. Dios no dijo únicamente "serás bendecido". Dijo "serás bendición". La diferencia es enorme. Ser bendecido describe una condición. Ser bendición describe una misión.

Dios nunca tuvo la intención de que Abraham se convirtiera en el destino final de las bendiciones recibidas. Él debía convertirse en un canal mediante el cual esas bendiciones alcanzaran a otros. El propósito no era acumular, sino distribuir. No era retener, sino compartir. No era concentrar, sino multiplicar.

Christopher J. H. Wright señala que la misión de Abraham se convirtió en la misión de Israel y posteriormente en la misión de la iglesia.[25] El pueblo de Dios existe para bendecir al mundo. Este principio atraviesa toda la historia bíblica.

José fue bendecido en Egipto para preservar vidas durante una hambruna. Ester fue colocada en una posición de influencia para proteger



a su pueblo. Daniel recibió sabiduría para impactar imperios. Los discípulos fueron bendecidos con el evangelio para compartirlo con las naciones. La bendición siempre genera responsabilidad.

En la parábola de los talentos, Jesús describe a un señor que confía recursos a sus siervos antes de emprender un viaje. A uno le entrega cinco talentos, a otro dos y a otro uno. Cuando regresa, no pregunta cuánto poseen. Pregunta qué hicieron con lo que recibieron. Esta parábola constituye una ilustración poderosa de las bendiciones. Dios no evalúa a las personas por comparación con otros. Evalúa la fidelidad con la que administran lo que Él les ha confiado.

La misión de vida del creyente no consiste simplemente en alcanzar el éxito. Consiste en convertirse en una bendición.

Aplicaciones para la vida de un inversionista cristiano

¿Cómo debe responder un cristiano a las bendiciones que recibe de Dios? La respuesta bíblica es clara: mediante una administración fiel.

El cristianismo parte de una convicción fundamental: Dios es el propietario de todo. El salmista declara: “De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo, y los que en él habitan” (Salmos 24: 1). Si Dios es el dueño, entonces el ser humano es administrador. Esta verdad transforma completamente la relación con los recursos. Nada nos pertenece de manera absoluta. Todo ha sido confiado temporalmente a nuestro cuidado.

La primera aplicación práctica se relaciona con el tiempo. El tiempo es uno de los recursos más democráticos del universo. Todos reciben la misma cantidad de horas cada día. Sin embargo, la diferencia entre una vida productiva y una vida desperdiciada suele encontrarse en la forma en que ese tiempo es administrado. La bendición del tiempo debe convertirse en una oportunidad para crecer espiritualmente, fortalecer relaciones y servir a otros.

La segunda aplicación se relaciona con los talentos. Dios ha distribuido capacidades de manera diversa. Algunos poseen habilidades para

enseñar. Otros para liderar. Otros para administrar. Otros para emprender. Otros para crear. La parábola de los talentos enseña que cada capacidad recibida implica responsabilidad.

La tercera aplicación se relaciona con los recursos materiales. Jesús enseñó: "Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón" (Mateo 6: 21).

La forma en que una persona administra sus recursos revela sus prioridades más notables. El dinero no es únicamente una herramienta económica. También es una herramienta espiritual que pone de manifiesto los valores del corazón.

Howard Dayton señala que las decisiones financieras reflejan las verdaderas convicciones de una persona acerca de Dios, la vida y la eternidad.[26] Por esta razón, la administración financiera constituye una dimensión importante de la mayordomía cristiana.

La cuarta aplicación se relaciona con la influencia. Toda persona influye sobre otras personas. Algunas lo hacen dentro de su familia. Otras en el ámbito profesional. Otras mediante el liderazgo, la enseñanza o la amistad. La influencia es una bendición que debe utilizarse para edificar y servir.

La mayordomía cristiana implica vivir con una perspectiva eterna. Las inversiones humanas suelen orientarse hacia beneficios futuros. Sin embargo, ninguna inversión terrenal puede compararse con aquellas que producen resultados eternos. Jesús declaró: "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo" (Mateo 6: 19-20).

La enseñanza de Cristo no condena la administración responsable de los recursos. Más bien establece una jerarquía correcta de valores. Los bienes materiales son temporales. Los valores espirituales son eternos. Desde esta perspectiva, la mejor inversión de todas consiste en invertir la vida en aquello que tiene valor eterno.

Conclusión

La historia de la bendición atraviesa toda la Escritura. Comienza en la creación, cuando Dios bendice a los seres vivos, a la humanidad y al sábado. Continúa con Abraham, a quien Dios llama para convertirse en una bendición para todas las familias de la tierra. Se desarrolla en

la historia de Israel, donde la bendición se vincula con la misión y la fidelidad. Alcanza su máxima expresión en Jesucristo, la mayor bendición que el cielo ha otorgado a la humanidad. Finalmente, encuentra su aplicación práctica en la vida de cada creyente mediante la mayordomía cristiana.

La bendición bíblica es mucho más que prosperidad material. Es la manifestación del favor divino que produce vida, propósito, restauración y misión. Es la evidencia de que Dios continúa obrando en favor de sus criaturas. Es la expresión de un amor que no se limita a suplir necesidades, sino que busca restaurar plenamente a quienes confían en Él.

Al estudiar las Escrituras descubrimos que Dios nunca bendice para que sus hijos se conviertan en depósitos estancados de bendiciones. Los bendice para que se conviertan en canales de bendición. Esa fue la experiencia de Abraham.

Esa fue la misión de Israel. Ese es el llamado de la iglesia. Y ese sigue siendo el propósito de Dios para cada creyente.

La verdadera riqueza no se mide únicamente por aquello que una persona posee, sino por aquello que es capaz de hacer con lo que Dios ha colocado en sus manos. El tiempo, los talentos, los recursos, las oportunidades y la influencia constituyen expresiones de la bendición divina. Administrarlos fielmente es una responsabilidad sagrada.

Al final de la vida, cada persona descubrirá que no todas las inversiones poseen el mismo valor. Algunas producirán beneficios temporales. Otras desaparecerán con el paso de los años. Pero aquellas que fueron realizadas bajo la dirección de Dios permanecerán para siempre. La verdadera riqueza no consiste en cuánto acumulamos, sino en cuánto de nuestra vida fue invertido en aquello que tiene valor eterno.

Allí se encuentra la mejor bolsa de valores. Allí se encuentra la bendición. Allí se encuentra la inversión que jamás perderá su rendimiento.

---

[1] Viktor E. Frankl, *El hombre en busca de sentido* (Círculo de Lectores, 1999), 112–13.

[2] Agustín de Hipona, *Confesiones* (Books on Demand, 2023), 1.1.

[3] Craig L. Blomberg, *Neither Poverty Nor Riches: A Biblical Theology of Material Possessions* (Eerdmans Publishing Company, 1999), 31–35.

[4] Willem VanGemeren, *New International Dictionary of Old Testament Theology & Exegesis* (Zondervan Publishing House, 1997), 758–61.
[5] Gerhard Kittel et al., *Theological Dictionary of the New Testament* (Eerdmans, 1964), 2:754–57.
[6] Roy Gane, *Altar Call* (Diadem, 1999), 41–43.
[7] Elena G. de White, *La educación* (Editorial ACES, 2020), 137.
[8] Walter C. Kaiser, *Mission in the Old Testament: Israel as a Light to the Nations* (Baker Academic, 2000), 19–22.
[9] Christopher J. H. Wright, *The Mission of God: Unlocking the Bible's Grand Narrative* (InterVarsity Press, 2006), 194–97.
[10] Randy Alcorn, Money, *Possessions, and Eternity* (Tyndale House Publishers, 2011), 31–34.
[11] Elena G. de White, *Consejos sobre mayordomía cristiana* (Editorial ACES, 2020), 15–16.
[12] Bruce K. Waltke y Cathi J. Fredricks, Genesis: *A Commentary* (Zondervan, 2001), 67–69.
[13] Gordon John Wenham, *Genesis 1-15, Word Biblical Commentary* (Zondervan Academic, 2017), 1:33–35.
[14] Victor P. Hamilton, *The Book of Genesis, Chapters 1-17*, New International Commentary on the Old Testament (Eerdmans, 1990), 1:138–40.
[15] Richard M. Davidson, *Flame of Yahweh: Sexuality in the Old Testament* (Baker Publishing Group, 2007), 80–85.
[16] Walter Brueggemann, *Sabbath as Resistance: Saying No to the Culture of Now* (Westminster John Knox Press, 2014), 12–18.
[17] Ellen G. White, *Historia de los Patriarcas y profetas: el gran conflicto entre el bien y el mal ilustrado en la vida de los santos de la antigüedad* (Asociación Publicadora Interamericana, 2008), 47–49.
[18] Kaiser, *Mission in the Old Testament*, 11–24.
[19] Wright, *The Mission of God*, 194–201.
[20] Angel M. Rodriguez, *Stewardship Roots*, Stewardship Ministries (Department of Church Ministries, General Conference of Seventh-day Adventists, 1994), 41–46.
[21] John Stott, *The Message of Ephesians* (InterVarsity Press, 2021), 34–39.
[22] Christopher J. H. Wright, *Knowing Jesus Through the Old Testament* (Langham Publishing, 2014), 197–205.

[23] Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes* (Editorial ACES, 2020), 17–22.
[24] Elena G. de White, *Palabras de vida del gran Maestro* (Editorial ACES, 2020), 326–30.
[25] Wright, *The Mission of God*, 194–205.
[26] Howard L. Dayton Jr, *Your Money Counts: The Biblical Guide to Earning, Spending, Saving, Investing, Giving, and Getting Out of Debt* (Tyndale House Publishers, 2011), 25–34.



2. | LAS BENDICIONES INCONDICIONALES

Una de las verdades más consoladoras de las Escrituras es que existen bendiciones que nacen exclusivamente del amor de Dios, y no de los méritos del ser humano. Vivimos en una sociedad donde casi todo se obtiene a cambio de algo. El salario depende del trabajo realizado; un título académico exige años de estudio; el reconocimiento profesional suele ser el resultado del esfuerzo constante. Este modelo de intercambio ha moldeado nuestra manera de pensar. Sin darnos cuenta, muchas veces trasladamos esa lógica a nuestra relación con Dios, y llegamos a creer que toda bendición divina debe ser ganada mediante un desempeño espiritual sobresaliente. Sin embargo, la Biblia presenta una realidad mucho más profunda: antes de que el ser humano pudiera hacer algo para agradar a Dios, ya había sido objeto de su amor y de su bendición.

Desde las primeras páginas de las Escrituras descubrimos que Dios es un Dios que toma la iniciativa. Él crea antes de ser adorado, provee antes de ser obedecido y bendice antes de que el hombre pueda ofrecerle algo a cambio. La primera bendición pronunciada sobre la humanidad no fue una recompensa por una conducta ejemplar; fue un regalo nacido del corazón del Creador. Génesis declara: «Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla; y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra» (Génesis 1: 28). Adán y Eva todavía

no habían realizado ninguna obra, no habían demostrado fidelidad ni habían enfrentado prueba alguna. Aun así, Dios los bendijo. La bendición antecedió al desempeño.

Este principio revela un aspecto esencial del carácter divino. Dios no bendice únicamente como respuesta a la obediencia; también bendice porque su naturaleza es generosa. Su amor no surge como consecuencia de nuestros méritos. Surge de quien Él es. El apóstol Juan resume esta realidad cuando afirma: «Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero» (1 Juan 4: 19). La iniciativa siempre pertenece a Dios.

Roy E. Gane explica que la bendición en el Antiguo Testamento constituye una expresión del compromiso de Dios con la preservación y el desarrollo de la vida creada.[1] La bendición aparece ligada al propósito creador antes que a cualquier sistema de recompensas. Esto significa que la existencia misma constituye un don inmerecido. Respirar, pensar, amar, trabajar y contemplar la belleza de la creación forman parte de las bendiciones que Dios concede diariamente a la humanidad.

David comprendió profundamente esta realidad. Mientras contemplaba la fidelidad constante del Señor escribió: «Los ojos de todos esperan en ti, y tú les das su comida a su tiempo. Abres tu mano, y colmas de bendición a todo ser viviente» (Salmos 145: 15-16). Resulta significativo que el salmista no limite esta afirmación al pueblo de Israel ni a quienes conocen a Dios. Habla de «todo ser viviente». La lluvia cae sobre los bosques donde nunca se ha pronunciado una oración. El sol ilumina campos cultivados por creyentes y por incrédulos. Los animales encuentran alimento sin comprender la existencia del Creador. Toda la creación depende diariamente de la mano abierta de Dios.



Jesús confirmó esta verdad durante el Sermón del Monte al enseñar: «...vuestro Padre que está en los cielos hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos» (Mateo 5: 45). Estas palabras describen lo que se le suele llamar la gracia común, o las bendiciones incondicionales. Dios sostiene el universo entero

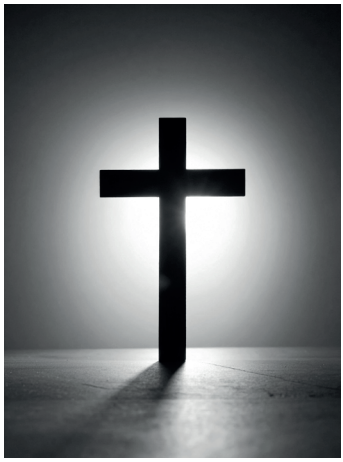
con su providencia. Ningún ser humano merece que el corazón continúe latiendo un día más, que el aire siga llenando sus pulmones o que la tierra produzca alimento. Sin embargo, Dios continúa otorgando estos dones porque su misericordia alcanza a toda la humanidad.

Elena G. White desarrolla este mismo pensamiento al afirmar que Dios derrama continuamente evidencias de su amor sobre todas las personas, incluso sobre aquellas que no reconocen su existencia. Escribe que «el sol que ilumina la tierra, la lluvia que fecunda los campos, el alimento diario y todas las bendiciones de la vida proceden de la mano del Padre celestial».[2] Esta perspectiva impide que el creyente considere las bendiciones como derechos adquiridos. Cada nuevo día constituye un regalo de la gracia divina.

Comprender las bendiciones incondicionales transforma también la manera en que entendemos la mayordomía cristiana. Si todo comienza con la iniciativa de Dios, entonces el ser humano nunca administra bienes propios en sentido absoluto. Administra regalos recibidos. El tiempo no nos pertenece; nos ha sido confiado. Los talentos no nacieron exclusivamente de nuestro esfuerzo; fueron sembrados por Dios en nuestra personalidad. La inteligencia, la creatividad, la capacidad para trabajar y la oportunidad de emprender encuentran finalmente su origen en el Creador.

Craig L. Blomberg observa que la Biblia presenta a Dios como el propietario absoluto de todos los bienes y al ser humano como un administrador responsable de aquello que ha recibido temporalmente.[3] Esta comprensión elimina tanto el orgullo como el sentimiento de autosuficiencia. Nadie puede atribuirse completamente el mérito de sus capacidades, porque incluso esas capacidades constituyen un regalo del cielo.

Las bendiciones incondicionales también revelan la paciencia de Dios. A pesar de la caída, del pecado y de la constante rebeldía humana, el Señor continúa sosteniendo el universo. Cada cosecha, cada nacimiento, cada amanecer y cada estación constituyen testimonios silenciosos de que Dios no ha abandonado la obra de sus manos. El pecado introdujo sufrimiento, enfermedad y muerte, pero no logró extinguir la benevolencia del Creador.



Esta realidad alcanza su máxima expresión en Jesucristo. Juan declara: «De su abundancia, todos hemos recibido una bendición inmerecida tras otra.» (Juan 1: 16 NTV). Antes de que la humanidad pudiera reconciliarse con Dios, Él tomó la iniciativa enviando a su Hijo. La cruz representa la mayor bendición inmerecida de toda la historia.

La Nueva Traducción Viviente hace un segundo énfasis que no es notorio en otras traducciones: enfatiza la abundancia de Dios. Y de esa abundancia emana bendiciones inmerecidas, bendiciones incondicionales.

Por ello, las bendiciones incondicionales no deben producir pasividad ni indiferencia. Deben despertar gratitud. El creyente que comprende cuánto ha recibido gratuitamente desarrolla un profundo deseo de honrar a Dios mediante una administración fiel de su vida. La obediencia deja de ser un intento de comprar el favor divino y se convierte en una respuesta agradecida al amor previamente recibido.

Aquí se encuentra uno de los principios más importantes de la mayordomía bíblica: primero Dios bendice; después el ser humano responde. Primero Dios entrega; después el creyente administra. Primero aparece la gracia; después surge la fidelidad. Toda la vida cristiana descansa sobre este orden establecido por el propio Dios.

Cuando esta verdad se comprende correctamente, desaparece la ansiedad de intentar ganar el amor divino. La seguridad ya no descansa en los méritos humanos, sino en el carácter inmutable del Dios que continúa abriendo su mano para colmar de bendición a todo ser viviente. Esa certeza produce descanso, inspira confianza y motiva una vida de gratitud, generosidad y servicio.

Las bendiciones incondicionales constituyen, por lo tanto, el fundamento sobre el cual se edificará todo lo que la Biblia enseñará posteriormente acerca de la obediencia, la fidelidad y la mayordomía. Antes de que Dios pida algo al ser humano, ya le ha dado todo lo necesario para

vivir. Y esa verdad convierte la existencia entera en la más extraordinaria de las inversiones: una vida sostenida día tras día por la gracia del Creador.

---

[1] Gane, *Altar Call*, 41–45.

[2] Elena G. de White, *El camino a Cristo* (Editorial ACES, 2020), 9–15.

[3] Craig L. Blomberg, Neither Poverty Nor Riches: *A Biblical Theology of Material Possessions* (Apollos/InterVarsity Press, 1999), 31–37.



3. | LAS BENDICIONES CONDICIONALES

«Acontecerá que, si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, para guardar y poner por obra todos sus mandamientos que yo te prescribo hoy, también Jehová tu Dios te exaltará sobre todas las naciones de la tierra. Y vendrán sobre ti todas estas bendiciones, y te alcanzarán, si oyeres la voz de Jehová tu Dios».

Deuteronomio 28: 1–2

El amor invita a responder

Hay regalos que se reciben una sola vez en la vida y hay otros que se disfrutan cada mañana sin que apenas reparemos en ellos. El aire que respiramos, la luz que anuncia un nuevo día, la capacidad de amar, de pensar, de trabajar y de soñar son regalos tan constantes que fácilmente dejan de sorprendernos. Algo semejante ocurre con las bendiciones de Dios. Al ser tan abundantes, el corazón humano corre el riesgo de acostumbrarse a ellas y olvidar que detrás de cada una existe un Dador infinitamente bueno.

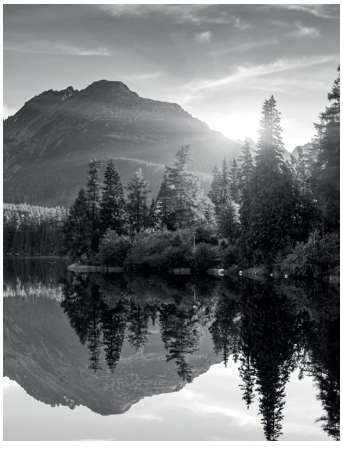
Sin embargo, llega un momento en la vida en que surge una pregunta inevitable. Si Dios ama a todos los seres humanos y su bondad alcanza incluso a quienes no lo conocen, ¿por qué la Biblia habla de bendiciones que parecen depender de la obediencia? ¿Acaso el amor de Dios cambia según la conducta de las personas? ¿Se convierte la obediencia en una moneda con la que el creyente compra el favor del

cielo? Estas preguntas no son nuevas. Han acompañado a creyentes de todas las generaciones y, cuando no se responden correctamente, producen dos errores opuestos. Algunos viven intentando ganar el amor de Dios mediante sus esfuerzos; otros concluyen que las decisiones humanas carecen de importancia porque todo depende únicamente de la gracia. Las Escrituras no respaldan ninguno de esos extremos. La verdad bíblica es mucho más hermosa y también mucho más profunda.

La historia de la salvación demuestra que Dios siempre da el primer paso. Él buscó a Adán cuando este se escondía entre los árboles del jardín. Llamó a Abraham cuando aún vivía en Ur de los caldeos. Liberó a Israel antes de entregarle la Ley en el monte Sinaí. Y envió a Jesucristo cuando la humanidad era incapaz de salvarse por sí misma. La iniciativa siempre pertenece a Dios. Su gracia nunca es una respuesta al mérito humano; es la manifestación espontánea de un amor que existe desde la eternidad.

Precisamente por eso resulta indispensable comprender qué significan las bendiciones condicionales. No representan un sistema de premios para quienes acumulan suficientes buenas obras ni un mecanismo mediante el cual Dios distribuye favores según el rendimiento espiritual de cada persona. Constituyen, más bien, la descripción de la vida cuando permanece en armonía con el diseño del Creador. Son el fruto natural de caminar con Aquel que conoce mejor que nadie el camino hacia la verdadera plenitud.

Basta contemplar la naturaleza para descubrir este principio. Un río no lucha por encontrar el mar; simplemente sigue el cauce para el cual fue creado. Un árbol no produce fruto esforzándose por parecer vivo; da fruto porque permanece unido a la tierra que lo alimenta. El universo entero funciona mediante principios establecidos por Dios. Cuando esos principios son respetados, la vida florece. Cuando se ignoran, aparecen consecuencias inevitables. No porque Dios disfrute castigando a sus criaturas, sino porque nadie puede vivir mucho tiempo al margen del orden que sostiene la creación.



Con el ser humano ocurre exactamente lo mismo. La obediencia no añade poder a

Dios ni aumenta su gloria. Quien se beneficia es la persona que decide vivir conforme a la voluntad divina. Los mandamientos no fueron dados para limitar la libertad, sino para protegerla. Cada principio revelado en las Escrituras señala el camino hacia una existencia más plena, más sabia y segura. Detrás de cada mandato se encuentra el amor de un Padre que conoce las consecuencias de cada decisión mucho antes de que sus hijos lleguen a experimentarlas.

Moisés comprendió esta realidad como pocos hombres en la historia. Durante cuarenta años observó cómo una generación completa aprendía, muchas veces de la manera más dolorosa, que alejarse de Dios siempre tiene consecuencias. Poco antes de morir reunió al pueblo frente a las puertas de la Tierra Prometida. No habló como un legislador distante ni como un gobernante preocupado por preservar su autoridad. Habló como un pastor que deseaba dejar grabada una última enseñanza en el corazón de aquellos a quienes había guiado durante décadas. Sus palabras conservan una sorprendente actualidad: «Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal; porque yo te mando hoy que ames a Jehová tu Dios, que andes en sus caminos, y guardes sus mandamientos, sus estatutos y sus decretos, para que vivas y seas multiplicado, y Jehová tu Dios te bendiga en la tierra a la cual entras para tomar posesión de ella» (Deuteronomio 30: 15–16). Es imposible leer este pasaje sin percibir el tono profundamente paternal de Dios. No presenta la obediencia como una carga pesada ni como una condición arbitraria. Coloca delante de su pueblo dos caminos y lo invita a elegir el que conduce a la vida. El énfasis no está en la amenaza, sino en la invitación. El Señor desea bendecir; por eso muestra el camino donde esas bendiciones pueden experimentarse plenamente.

Walter C. Kaiser Jr. señala que el pacto bíblico nunca debe entenderse como un contrato comercial entre Dios y el ser humano. El pacto es una relación iniciada por la gracia divina, en la cual la obediencia constituye la respuesta de amor de un pueblo que ya ha sido rescatado.[1] Richard M. Davidson añade que la obediencia, en el Antiguo Testamento, no es legalismo, sino el lenguaje de una relación restaurada.[2] Ambos autores coinciden en que separar la obediencia del amor conduce a una religión fría, mientras que separar el amor de la obediencia termina vaciando de contenido el pacto.

Elena G. White expresa esta misma verdad con una claridad admirable: «La obediencia no es un mero cumplimiento externo; nace de un corazón renovado por el amor de Cristo. Cuando ese amor gobierna la vida, los mandamientos dejan de percibirse como una carga y se convierten en el gozo de quien desea parecerse a su Señor».[3] Estas palabras permiten comprender que las bendiciones condicionales no son un premio reservado para personas impecables. Son la experiencia de quienes han permitido que la gracia transforme su corazón y, como consecuencia natural, desean caminar con Dios.

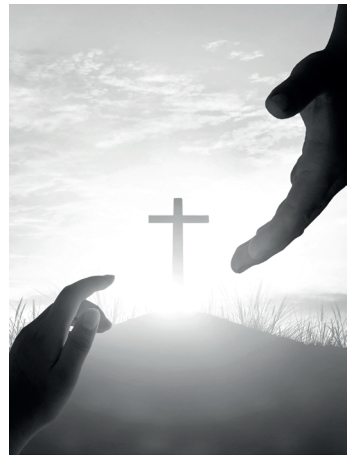
Las bendiciones condicionales recorren toda la historia bíblica. Las encontraremos en el pacto del Sinaí, en los discursos de Moisés, en la enseñanza de los profetas y también en las palabras de Jesús. Nunca contradicen la gracia, sino que revelan la manera en que la gracia transforma la vida. El propósito de Dios jamás ha sido simplemente entregar bendiciones, sino formar personas capaces de vivir, disfrutar y compartir esas bendiciones para la gloria de su nombre.

La obediencia es la respuesta del amor al Dios del pacto

Cuando la Biblia habla de obediencia, rara vez comienza con los mandamientos. Comienza con Dios. Primero presenta a un Creador que forma al ser humano con sus propias manos. Después muestra a un Padre que busca a sus hijos cuando se han perdido. Más adelante revela a un Libertador que rompe las cadenas de la esclavitud antes de pronunciar una sola exigencia. Solo entonces aparecen los mandamientos. Este orden no es casual. Es el orden del evangelio.

Muchas veces se ha leído el Antiguo Testamento como si Dios hubiera dicho al pueblo de Israel: «Obedézcanme y entonces los amaré». Sin embargo, basta leer el relato del Éxodo para descubrir exactamente lo contrario. Israel no fue liberado porque obedeciera; fue liberado porque Dios decidió cumplir la promesa hecha siglos antes a Abraham, Isaac y Jacob. La sangre del cordero pascual, el paso por el Mar Rojo y la provisión diaria del maná fueron actos de gracia mucho antes de que el pueblo escuchara la voz de Dios en el monte Sinaí.

El libro del Éxodo conserva esa secuencia con claridad. Antes de proclamar los Diez Mandamientos, Dios pronunció unas palabras que suelen pasar inadvertidas, pero que contienen el fundamento de todo el pacto: «Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre» (Éxodo 20: 2).

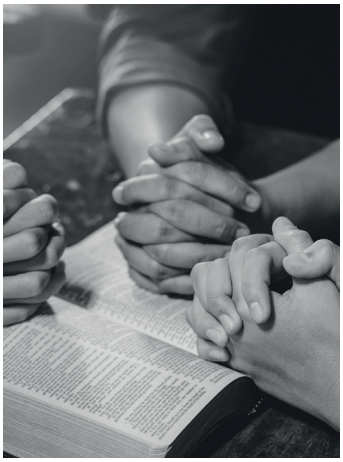


Dios no comienza diciendo: «Yo soy el Dios que les dará la libertad si obedecen». Dijo exactamente lo contrario. Primero recordó lo que ya había hecho por ellos. Primero redimió. Primero rescató. Primero manifestó su amor. Después invitó a su pueblo a vivir de una manera digna de esa nueva libertad.

Aquí aparece uno de los principios más hermosos de toda la revelación bíblica. La obediencia nunca constituye el punto de partida de la relación con Dios; constituye su consecuencia. Nadie llega a ser hijo por obedecer. Obedece porque ya pertenece a la familia. Nadie es amado porque guarda los mandamientos. Guarda los mandamientos porque ha descubierto que ya es profundamente amado. Esta verdad recorre silenciosamente toda la Escritura y alcanza su máxima expresión en Jesucristo. El apóstol Juan escribió: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados» (1 Juan 4: 10).

El cristianismo comienza siempre con un movimiento que desciende del cielo hacia la tierra. Nunca comienza con un esfuerzo humano por alcanzar a Dios. La iniciativa pertenece al Señor. Él llama, busca, perdona y restaura. La respuesta del creyente consiste en aceptar ese amor y permitir que transforme cada área de su existencia.

Comprendida desde esta perspectiva, la obediencia deja de parecer una lista de prohibiciones para convertirse en el lenguaje cotidiano de la confianza. Cuando una persona ama verdaderamente a Dios, descubre que sus mandamientos no representan un límite para la vida, sino un camino hacia una vida más plena y segura. Jesús mismo lo expresó: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Juan 14: 15). Observe el orden de las palabras. Cristo no dijo: «Si guardáis mis mandamientos, entonces os amaré». Tampoco afirmó: «Guardad mis mandamientos para demostrar que merecéis mi favor». Colocó el amor al principio de la frase. La obediencia aparece como el fruto natural de una relación viva con Él.



Richard M. Davidson observa que el pacto bíblico nunca puede reducirse a un código legal. Es, ante todo, una relación de alianza iniciada por Dios, sostenida por su gracia y respondida mediante una vida de fidelidad.[4] De forma semejante, Ángel Manuel Rodríguez explica que la obediencia, constituye el reconocimiento práctico de que Dios sigue siendo el Señor de la vida y el verdadero propietario de todo cuanto existe.[5]

Elena G. White resume admirablemente esta idea al escribir: «La obediencia que Cristo demanda es la obediencia del corazón. Cuando el alma se entrega completamente a Dios, el deber deja de ser una carga y se convierte en un privilegio. El amor hace ligero aquello que antes parecía imposible».[6] Estas palabras revelan que la transformación cristiana no comienza en las manos, sino en el corazón. Primero cambia el amor. Después cambian las decisiones. Quizá por esa razón los grandes hombres y mujeres de la Biblia nunca fueron recordados únicamente por sus logros. Abraham es recordado porque creyó. José porque permaneció fiel cuando nadie lo observaba. Daniel porque prefirió perder el favor de los hombres antes que romper su comunión con Dios. La obediencia no hizo que Dios los amara más; permitió que ellos vivieran plenamente dentro del propósito para el cual habían sido llamados.

En realidad, las bendiciones condicionales comienzan con una lista de recompensas. Comienzan con un corazón que ha descubierto que el amor de Dios merece una respuesta. Cuando esa respuesta surge libremente, la obediencia deja de ser una obligación y se convierte en el camino natural de quien ha decidido caminar cada día junto al Dios del pacto.

El pacto prometía una vida diferente

Toda gran historia tiene un momento en el que el protagonista debe decidir qué camino seguirá. No importa si se trata de una biografía o de la propia experiencia humana; siempre llega el instante en que las decisiones comienzan a construir el futuro. La historia de Israel no fue diferente. Después de siglos de esclavitud y de cuarenta años aprendiendo a depender

de Dios en el desierto, el pueblo se encontraba frente a una nueva etapa. La tierra prometida ya podía contemplarse a la distancia. El viaje estaba por terminar, pero la verdadera aventura apenas comenzaba.

Sería un error pensar que el mayor desafío consistía en conquistar ciudades fortificadas o enfrentar ejércitos poderosos. El desafío más importante era conservar el corazón unido a Dios. Las murallas podían derribarse. Los enemigos podían ser vencidos. Pero un pueblo que olvidaba a su Dios terminaría perdiendo aquello que ninguna batalla podía devolverle: la bendición de vivir bajo su dirección.

Precisamente en ese contexto aparece uno de los pasajes más significativos del libro del Éxodo. Después de entregar la Ley y de establecer el pacto con Israel, Dios comenzó a describir la clase de vida que esperaba para su pueblo. No habló primero de riqueza, de prestigio ni de poder político. Habló de su presencia. Antes de prometer una tierra, prometió caminar con ellos. Antes de anunciar victorias, aseguró que no los dejaría solos.

El relato comienza con una declaración que transmite seguridad y esperanza: «He aquí yo envío mi Ángel delante de ti para que te guarde en el camino, y te introduzca en el lugar que yo he preparado. Guárdate delante de él, y oye su voz; no le seas rebelde; porque él no perdonará vuestra rebelión, porque mi nombre está en él. Pero si en verdad oyeres su voz e hicieres todo lo que yo te dijere, seré enemigo de tus enemigos, y afligiré a los que te afligieren» (Éxodo 23: 20–22).

Estas palabras revelan un principio: Dios nunca llama a sus hijos a recorrer un camino que Él mismo no lo haya recorrido primero. El pueblo no avanzaría solo. La presencia divina sería su verdadera fortaleza. La promesa no consistía únicamente en llegar a Canaán; consistía en llegar acompañado por el Dios que había abierto el mar, hecho descender el maná y convertido una roca en fuente de agua. La mayor bendición nunca era el destino. La mayor bendición era la compañía del Señor durante el viaje.

Aquí comienza a comprenderse la naturaleza de las bendiciones condicionales. Dios no estaba diciendo: «Si me obedecen, entonces decidiré estar con ustedes». Su presencia ya había sido prometida. Lo que el Señor estaba enseñando era algo mucho más profundo: para

disfrutar plenamente de esa presencia era necesario escuchar su voz y caminar conforme a sus indicaciones. La obediencia no producía la presencia de Dios; preservaba la comunión con el Dios que ya había decidido habitar en medio de su pueblo.

Resulta significativo que las primeras promesas del pasaje no sean materiales. Antes de hablar de cosechas abundantes o de salud, Dios habla de dirección, protección y victoria sobre aquello que amenaza la vida de su pueblo. En otras palabras, el Señor comienza bendiciendo aquello que el ser humano no puede garantizar por sí mismo. Ninguna estrategia militar podía asegurar el futuro de Israel si Dios no marchaba delante de ellos. Ninguna planificación humana podía sustituir la sabiduría del cielo.

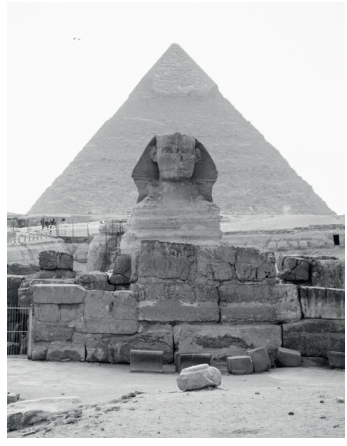
Esta verdad sigue teniendo una fuerza extraordinaria. Con frecuencia las personas dedican enormes esfuerzos a planificar cada detalle de su vida, pero pocas veces se detienen a preguntar si el camino que recorren coincide con el propósito de Dios. La Biblia nunca desprecia la planificación; al contrario, la elogia cuando nace de la sabiduría. Lo que rechaza es la ilusión de que el ser humano puede construir un futuro seguro ignorando al Creador. El libro de Proverbios lo expresa con una claridad admirable: «El corazón del hombre piensa su camino; mas Jehová endereza sus pasos» (Proverbios 16: 9). No significa que Dios anule la capacidad de decidir. Significa que la verdadera seguridad aparece cuando los proyectos humanos permanecen bajo la dirección divina. La bendición comienza mucho antes de que aparezcan los resultados visibles. Comienza cuando el corazón aprende a escuchar la voz de Dios.

Roy E. Gane observa que las promesas de Éxodo 23 forman parte del lenguaje del pacto y describen las consecuencias naturales de una relación de fidelidad con el Señor.[7] No se trata de un sistema de premios, sino de la descripción de una vida que permanece bajo el cuidado del Dios del pacto. De manera semejante, Christopher J. H. Wright afirma que la obediencia de Israel debía entenderse como una respuesta de confianza y no como un intento de controlar la acción de Dios.[8] El pueblo obedecía porque conocía al Dios que lo había rescatado, no porque intentara comprar su favor.

Elena G. White añade una reflexión que ilumina este pasaje. Al comentar la experiencia del desierto escribe que Dios conducía a Israel por caminos que fortalecían su confianza, enseñándole que la seguridad no dependía de la fuerza del ejército ni de la abundancia de recursos, sino de la presencia constante del Señor.[9] Aquella lección sigue siendo vigente. La primera condición para experimentar las bendiciones de Dios nunca fue la perfección conductual; fue la disposición de caminar diariamente bajo su dirección. Quizá aquí se encuentra una de las enseñanzas más olvidadas de nuestro tiempo. Muchas personas buscan las bendiciones de Dios sin buscar al Dios de las bendiciones. Anhelan la paz, pero no la comunión. Desean la provisión, pero no la presencia. Esperan la protección, pero no la relación. Sin embargo, la Biblia invierte completamente ese orden. Primero invita a caminar con Dios. Después, como consecuencia natural de esa relación, comienzan a florecer las bendiciones que solo Él puede conceder.

Mucho más que una tierra prometida, Dios estaba formando un pueblo

A primera vista, podría parecer que el gran sueño de Israel era llegar a la tierra prometida. Después de generaciones de esclavitud y de largos años caminando por el desierto, era natural pensar que el mayor anhelo consistía en poseer finalmente un lugar al que pudieran llamar hogar. Sin embargo, al leer cuidadosamente la historia bíblica, se descubre que Canaán nunca fue el objetivo principal de Dios. La tierra era importante, pero no era el centro del plan. El verdadero propósito del Señor era formar un pueblo que reflejara su carácter delante de todas las naciones.



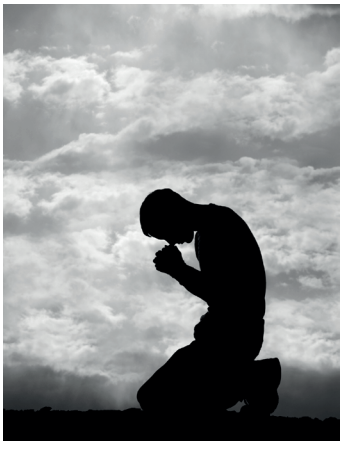
Esta perspectiva cambia por completo la manera de entender las promesas del pacto. Dios no estaba preparando simplemente agricultores, pastores o soldados. Estaba levantando un pueblo cuya forma de vivir revelaría cómo es el Reino de Dios cuando los seres humanos permiten que Él gobierne sus vidas. Cada ley y cada principio entregado en el Sinaí tenía como propósito

modelar una sociedad distinta, donde la justicia, la misericordia y la fidelidad sustituyeran la violencia, la opresión y la idolatría que caracterizaban a las naciones vecinas.

Por esa razón, cuando el Señor habló acerca de las bendiciones futuras, nunca las presentó como un privilegio egoísta. Israel sería bendecido para convertirse en una bendición. Desde el llamamiento de Abraham, el propósito había permanecido inalterable: «Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra» (Génesis 12: 2–3). Estas palabras constituyen una de las columnas que sostienen toda la historia bíblica. Dios nunca bendice para que sus hijos almacenen sus dones como quien guarda un tesoro en una caja fuerte. Bendice para que esos dones fluyan hacia otros. La bendición que se estanca termina perdiendo su propósito; la bendición que se comparte revela el corazón del Dios que la concedió.

La bendición, entonces, nunca tuvo un destino exclusivamente nacional. Siempre tuvo un alcance misionero. Dios quería que las demás naciones descubrieran su carácter al observar la vida de un pueblo que caminaba bajo su dirección. Israel debía convertirse en una demostración viviente de que la obediencia a Dios no empobrece la existencia humana; la dignifica, la fortalece y la llena de esperanza.

Christopher J. H. Wright afirma que la elección de Israel nunca fue un acto de favoritismo divino, sino el comienzo de un proyecto mediante el cual Dios buscaría alcanzar a toda la humanidad.[10] La elección implicaba privilegio, pero también misión. De manera semejante, Richard M. Davidson señala que el pacto establecía una relación inseparable entre adoración, ética y testimonio; la fidelidad del pueblo debía convertirse en la evidencia visible del gobierno de Dios sobre la tierra.[11]



Elena G. White desarrolla esta misma idea al afirmar que Dios no escogió a Israel

para encerrarlo en una posición de exclusividad espiritual, sino para convertirlo en un canal mediante el cual el conocimiento del verdadero Dios pudiera extenderse hasta los confines de la tierra.[12] La misión siempre estuvo presente en el corazón del pacto.

Aquí comienza a comprenderse otra dimensión de las bendiciones condicionales. Dios no prometía prosperidad únicamente para que Israel disfrutara de una vida cómoda. Prometía bendiciones porque deseaba que existiera un pueblo capaz de mostrar al mundo cómo vive una comunidad cuando Dios ocupa el centro de su existencia. Las bendiciones tenían un propósito mucho mayor que el bienestar inmediato: revelar el carácter del Rey del universo; quien antes de confiar mayores recursos, forma personas. Antes de ampliar la influencia, fortalece el carácter. Antes de multiplicar los dones, enseña a administrarlos con fidelidad. Así ha obrado desde el principio y así continúa obrando hoy.

¿Por qué Dios puso condiciones?

La Biblia revela que el universo entero funciona sobre principios establecidos por el Creador. Existen leyes que gobiernan el movimiento de los astros, el crecimiento de las plantas, el ciclo de las estaciones y el funcionamiento del cuerpo humano. Nadie considera que la ley de la gravedad sea una imposición arbitraria. Simplemente reconocemos que forma parte de la manera en que Dios sostiene la creación. Del mismo modo, las leyes espirituales no son decretos caprichosos. Constituyen la estructura moral sobre la cual puede florecer la vida. Por esta razón, la obediencia nunca aparece en las Escrituras como una carga impuesta desde el exterior. Brota de una realidad mucho más profunda: el reconocimiento de que Dios comprende la vida mejor que nosotros mismos. El salmista expresó esta convicción con palabras llenas de confianza: «Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino» (Salmos 119: 105). La imagen resulta extraordinariamente hermosa. En la antigüedad, una lámpara no iluminaba kilómetros de distancia; apenas permitía dar el siguiente paso con seguridad. Así actúa también la Palabra de Dios. No responde de antemano todas las preguntas sobre el futuro, pero ilumina suficientemente el camino para avanzar con confianza. La obediencia consiste, precisamente, en caminar a la luz de esa lámpara.

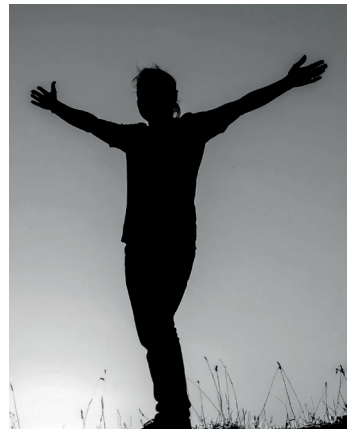
Cuando el pueblo de Israel salió de Egipto, todavía pensaba como un pueblo esclavo. Durante generaciones había vivido bajo la opresión, el temor y la incertidumbre. La libertad no consistía solamente en abandonar un territorio; requería aprender una nueva manera de vivir. Por eso Dios no entregó únicamente una tierra. Entregó principios. Cada mandamiento buscaba sanar una forma de pensar deformada por siglos de esclavitud. En realidad, Dios estaba reconstruyendo el corazón de una nación.

Este detalle suele pasar inadvertido. Muchas veces se estudian los mandamientos preguntando qué exigían, cuando quizá la pregunta más importante sea otra: **¿qué clase de personas estaba formando Dios mediante ellos?** Estaba formando hombres y mujeres que aprendieran a confiar más que a controlar, a servir más que a dominar, a compartir más que a acumular y a amar más que a temer. La obediencia no era el objetivo final; era el camino hacia una transformación interior.

Walter Brueggemann señala que la Ley entregada a Israel no debe entenderse como un simple código jurídico, sino como la descripción de una forma alternativa de vivir, radicalmente distinta a la de los imperios que rodeaban al pueblo de Dios.[13] Vivir bajo el pacto significaba adoptar una nueva manera de comprender el poder, la riqueza, la justicia y las relaciones humanas. El propósito nunca fue crear una sociedad perfecta por medio de reglas, sino formar una comunidad cuyo estilo de vida reflejara el carácter de su Dios.

Esta misma idea aparece desarrollada por Roy E. Gane, quien explica que los mandamientos eran una invitación permanente a preservar la relación con el Señor y a disfrutar las consecuencias naturales de esa comunión.[14] La obediencia protegía la relación. La relación hacía posible la bendición.

Elena G. White resume este principio: «Dios no da sus mandamientos para impedir la felicidad de sus hijos, sino para conducirlos a una felicidad que nunca podrían alcanzar apartándose de Él».[15] Esta declaración ayuda a comprender el espíritu con el que deben leerse todas las promesas y advertencias del pacto. Dios nunca actúa como un gobernante que busca controlar. Actúa como un Padre que conoce el camino que conduce a la vida.



Quizá aquí se encuentra una de las mayores diferencias entre la perspectiva bíblica y la visión predominante de nuestro tiempo. La cultura contemporánea suele identificar libertad con ausencia de límites. La Biblia propone algo distinto. Enseña que la verdadera libertad consiste en vivir conforme al propósito para el cual fuimos creados. Un pez es libre dentro del agua. Un ave es libre en el cielo. Un ser humano alcanza su verdadera libertad cuando vive en comunión con su Creador. Fuera de ese propósito puede existir independencia, pero nunca plenitud.

Por eso, antes de revelar las grandes bendiciones prometidas a Israel, Dios dedicó tiempo a formar el corazón del pueblo. Sabía que una bendición recibida por un corazón no transformado podía convertirse en motivo de orgullo, autosuficiencia o idolatría. El Señor nunca estuvo interesado únicamente en cambiar las circunstancias de sus hijos; siempre buscó transformar primero a sus hijos para que supieran vivir correctamente dentro de las nuevas circunstancias que Él mismo les concedería. Y ese principio continúa siendo tan vigente hoy como lo fue hace más de tres mil años.

Las bendiciones te alcanzarán

Hay capítulos de la Biblia que parecen haber sido escritos para ser leídos lentamente. Deuteronomio 28 es uno de ellos. Durante siglos ha sido citado para hablar de prosperidad, éxito o abundancia, pero una lectura apresurada puede hacer perder de vista el verdadero propósito del pasaje. Moisés no estaba ofreciendo una fórmula para alcanzar riqueza ni describiendo un método para garantizar una vida sin dificultades. Estaba dibujando el retrato de una existencia que permanece bajo el gobierno de Dios.

Las palabras con las que comienza el capítulo poseen una fuerza extraordinaria: «Acontecerá que, si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, para guardar y poner por obra todos sus mandamientos que yo te prescribo hoy, también Jehová tu Dios te exaltará sobre todas las naciones de la tierra.



Y vendrán sobre ti todas estas bendiciones, y te alcanzarán, si oyeres la voz de Jehová tu Dios» (Deuteronomio 28: 1–2).

Existe una expresión que merece detener toda nuestra atención: «las bendiciones te alcanzarán». La imagen es sorprendente. No presenta a un creyente corriendo desesperadamente detrás de las bendiciones, sino a las bendiciones siguiendo el camino de quien ha decidido caminar con Dios. El centro del relato no es la bendición; el centro sigue siendo la relación. Moisés no invita al pueblo a perseguir prosperidad. Lo invita a escuchar la voz del Señor. Como consecuencia de esa comunión, las bendiciones aparecen casi como un acompañante silencioso del camino.

Esta perspectiva corrige una de las ideas más difundidas en nuestro tiempo. Con frecuencia se piensa que la vida espiritual consiste en encontrar la manera de obtener más bendiciones de Dios. La Biblia propone exactamente lo contrario. Enseña que el propósito de la vida consiste en conocer más profundamente al Dios que bendice. Cuando esa relación ocupa el primer lugar, muchas de las bendiciones que el ser humano busca con ansiedad encuentran su lugar de manera natural.

Jesús retomó este mismo principio siglos después mientras enseñaba a la multitud en una ladera de Galilea. Las personas estaban preocupadas por el alimento, el vestido y las necesidades cotidianas. Con infinita paciencia, el Maestro dirigió su mirada hacia las aves del cielo y las flores del campo. Después pronunció una de las declaraciones más conocidas del Nuevo Testamento: «Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mateo 6: 33).

No es difícil advertir la semejanza entre las palabras de Jesús y las de Moisés. Ambos colocan el mismo orden. Primero Dios. Después las bendiciones. Primero el Reino. Después las añadiduras. Primero la comunión. Después los beneficios que brotan de ella. El problema nunca ha sido que las personas deseen las bendiciones; el problema aparece cuando las buscan separadas del Dios que les da sentido.

Moisés continúa describiendo aquellas bendiciones, lo hace utilizando escenas profundamente cotidianas, porque Dios siempre habla el lenguaje de la vida real: «Bendito serás tú en la ciudad, y bendito tú en el campo. Bendito el fruto de tu vientre, el fruto de tu tierra, el fruto de tus bestias, la cría de tus vacas y los rebaños de tus ovejas. Benditas serán tu canasta y tu artesa de amasar. Bendito serás en tu entrar, y bendito en tu salir» (Deuteronomio 28: 3–6).

Resulta significativo que la bendición alcance todos los espacios de la existencia. La ciudad representa el trabajo, las relaciones y la vida pública. El campo simboliza la producción, el esfuerzo y el sustento cotidiano. La canasta y la artesa hablan del alimento diario. Entrar y salir resume el ritmo completo de la vida. En otras palabras, Moisés está describiendo una existencia entera colocada bajo el cuidado providencial de Dios.

Walter C. Kaiser Jr. observa que estas promesas deben entenderse dentro del contexto del pacto y no como garantías automáticas de prosperidad individual.[16] La bendición expresa la voluntad de Dios de restaurar la vida en todas sus dimensiones: espiritual, familiar, social y económica. No se limita a la abundancia material; abarca la totalidad de la existencia.

Christopher J. H. Wright añade que Israel debía convertirse en una demostración pública de la sabiduría del gobierno divino.[17] Las bendiciones descritas en Deuteronomio no tenían un propósito exhibicionista. Debían despertar en las demás naciones una pregunta fundamental: «¿Qué clase de Dios produce una forma de vida como esta?». La bendición siempre apuntaba hacia el Dador.

Elena G. White comenta que Dios deseaba hacer de Israel un pueblo sano, fuerte, generoso y feliz, no para alimentar su orgullo nacional, sino para revelar al mundo las ventajas de vivir bajo sus principios.[18] El propósito nunca fue exaltar a Israel; fue glorificar a Dios mediante un pueblo transformado por su presencia.

Aquí aparece una enseñanza que vale la pena conservar en el corazón. Las bendiciones descritas por Moisés no constituyen un catálogo de privilegios destinados a satisfacer el ego humano. Son el reflejo visible de una relación invisible. Cuando el corazón permanece unido a

Dios, toda la vida comienza a ordenarse alrededor de esa comunión. Y cuando la vida encuentra su verdadero orden, las bendiciones dejan de ser acontecimientos aislados para convertirse en el ambiente donde el creyente aprende a vivir cada día.

"Y vendrán sobre ti todas estas bendiciones": el retrato de una vida bajo el gobierno de Dios

El pueblo estaba a punto de vivir uno de los momentos más trascendentales de su historia. Frente a ellos se extendía la tierra que Dios había prometido siglos antes a Abraham. Detrás quedaban los años de esclavitud, el desierto, las murmuraciones, las caídas y también las innumerables manifestaciones de la fidelidad divina. Moisés sabía que no cruzaría el Jordán con aquella nueva generación. Su misión estaba llegando al final, pero todavía debía entregar una última enseñanza, quizá la más importante de todas. No bastaba con conquistar una tierra; era necesario aprender a conservar la comunión con el Dios que les había dado esa tierra. Por eso reunió al pueblo y, con la solemnidad de un padre que habla por última vez a sus hijos, pronunció las palabras que hoy encontramos al inicio de Deuteronomio 28:

> «Acontecerá que, si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, para guardar y poner por obra todos sus mandamientos que yo te prescribo hoy, también Jehová tu Dios te exaltará sobre todas las naciones de la tierra. Y vendrán sobre ti todas estas bendiciones, y te alcanzarán, si oyeres la voz de Jehová tu Dios. Bendito serás tú en la ciudad, y bendito tú en el campo. Bendito el fruto de tu vientre, el fruto de tu tierra, el fruto de tus bestias, la cría de tus vacas y los rebaños de tus ovejas. Benditas serán tu canasta y tu artesa de amasar. Bendito serás en tu entrar, y bendito en tu salir. Jehová derrotará a tus enemigos que se levantaren contra ti; por un camino saldrán contra ti, y por siete caminos huirán delante de ti. Jehová te enviará su bendición sobre tus graneros y sobre todo aquello en que pusieres tu mano; y te bendecirá en la tierra que Jehová tu Dios te da. Te confirmará Jehová por pueblo santo suyo, como te lo ha jurado, cuando guardares los mandamientos de Jehová tu Dios,

> y anduvieres en sus caminos. Y verán todos los pueblos de la tierra que el nombre de Jehová es invocado sobre ti, y te temerán. Y te hará Jehová sobreabundar en bienes, en el fruto de tu vientre, en el fruto de tu bestia y en el fruto de tu tierra, en el país que Jehová juró a tus padres que te había de dar. Te abrirá Jehová su buen tesoro, el cielo, para enviar la lluvia a tu tierra en su tiempo, y para bendecir toda obra de tus manos. Y prestarás a muchas naciones, y tú no pedirás prestado. Te pondrá Jehová por cabeza, y no por cola; y estarás encima solamente, y no estarás debajo, si obedecieres los mandamientos de Jehová tu Dios, que yo te ordeno hoy, para que los guardes y cumplas» (Deuteronomio 28: 1-13).

Al leer estas palabras por primera vez, es fácil fijar la atención en la abundancia descrita por Moisés. Sin embargo, si el lector observa cuidadosamente, descubrirá que la palabra que domina todo el pasaje no es bendición, sino Jehová. Es Dios quien habla. Es Dios quien promete. Es Dios quien acompaña. Es Dios quien abre los cielos. Es Dios quien sostiene a su pueblo. Las bendiciones ocupan un lugar importante, pero nunca desplazan al Dador.

La primera expresión merece detener nuestra atención: «si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios». El verbo hebreo *shāma* ʿ no significa únicamente percibir sonidos. En la mentalidad hebrea, escuchar implica responder. Escuchar es abrir el corazón, aceptar la dirección de Dios y permitir que su palabra modele la vida. No existe una separación entre oír y obedecer. Quien realmente escucha al Señor termina caminando conforme a su voluntad. Esto explica por qué Moisés no comienza hablando de hacer, sino de escuchar. Toda obediencia auténtica nace de una escucha profunda. Antes de transformar las manos, Dios transforma el corazón. Antes de cambiar las acciones, cambia la manera de comprender la realidad. El pecado comenzó cuando la humanidad dejó de escuchar la voz del Creador y prefirió escuchar otra voz. La restauración comienza exactamente en el punto donde se produjo la ruptura: volviendo a escuchar a Dios.



La siguiente frase resulta igualmente reveladora: «Y vendrán sobre ti todas estas bendiciones, y te alcanzarán». La imagen es extraordinariamente bella. Las bendiciones aparecen casi como viajeros que siguen los pasos de quien camina con Dios. Moisés no presenta a un hombre corriendo desesperadamente detrás de la prosperidad. Presenta a un creyente que avanza detrás del Señor mientras las bendiciones lo alcanzan por el camino. La prioridad nunca consiste en perseguir los dones; consiste en permanecer cerca del Dador.

Quizá aquí se encuentre una de las mayores diferencias entre la cosmovisión bíblica y la mentalidad contemporánea. La cultura actual suele enseñar que el éxito depende de aprender a perseguir oportunidades. La Biblia enseña primero a perseguir a Dios. Cuando Él ocupa el centro de la existencia, muchas de las cosas que el ser humano busca con ansiedad encuentran su lugar adecuado. Jesús expresaría siglos más tarde exactamente el mismo principio al decir: «Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mateo 6: 33). Moisés y Jesús hablan el mismo lenguaje, porque ambos revelan el mismo corazón divino.

Walter C. Kaiser Jr. explica que Deuteronomio 28 describe el ideal de la vida del pacto: una comunidad cuya existencia manifiesta la sabiduría y la bondad del gobierno de Dios.[19] Christopher J. H. Wright añade que estas bendiciones poseen un claro propósito misionero. Las naciones debían contemplar la vida de Israel y reconocer que existía un Dios distinto de todos los dioses paganos, un Dios cuya autoridad producía justicia, paz y esperanza.[20]



Elena G. White comenta que Dios deseaba hacer de Israel «el depósito de las más ricas bendiciones espirituales», para que mediante su vida las demás naciones fueran atraídas hacia el verdadero Dios.[21] La prosperidad prometida nunca tuvo como

finalidad alimentar el orgullo nacional; debía convertirse en un testimonio visible del carácter del Señor.

Por eso, antes de leer estas promesas como una lista de beneficios personales, conviene hacer una pausa y escuchar la pregunta que el propio texto plantea al corazón: ¿Qué clase de pueblo estaba formando Dios mediante estas bendiciones? El Señor no estaba formando consumidores de bendiciones. Estaba formando hombres y mujeres cuya vida reflejara la belleza de vivir bajo su gobierno.

Las bendiciones condicionadas a la obediencia

Después de escuchar las promesas de Deuteronomio 28, podría surgir una pregunta natural: ¿por qué Dios condicionó aquellas bendiciones con la obediencia? La respuesta no se encuentra únicamente en este capítulo, sino en toda la historia bíblica. Desde el principio, el Señor mostró que toda relación auténtica se sostiene sobre la confianza. La obediencia no era una condición impuesta para demostrar autoridad; era la expresión visible de una relación viva con el Dios del pacto.

La Biblia presenta repetidamente este principio. Dios no pidió a Noé construir el arca para probar su paciencia, sino porque conocía el diluvio que estaba por venir. No pidió a Abraham abandonar su tierra para complicar su existencia, sino porque deseaba convertirlo en padre de una gran nación. Tampoco llamó a Israel a guardar sus mandamientos para restringir su libertad, sino para preservar la vida, la justicia y comunión con Él.

Moisés resumió esta verdad con extraordinaria claridad al decir: «Ahora, pues, Israel, ¿qué pide Jehová tu Dios de ti, sino que temas a Jehová tu Dios, que andes en todos sus caminos, y que lo ames, y sirvas a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma; que guardes los mandamientos de Jehová y sus estatutos, que yo te prescribo hoy, para que tengas prosperidad?» (Deuteronomio 10:12–13).

Este pasaje revela que el centro del pacto nunca fueron las normas, sino la relación. Antes de mencionar los mandamientos, Moisés habla de amar a Dios, caminar con Él y servirle con todo el corazón. La obediencia aparece como la consecuencia natural de una vida transformada por ese amor. Quien ama a Dios descubre que sus mandamientos

no son una carga pesada, sino una guía segura para vivir conforme al propósito del Creador.

Jesús confirmó este mismo principio siglos después. Al responder cuál era el mandamiento más importante, no comenzó con una lista de deberes, sino con una declaración de amor: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento» (Mateo 22: 37–38).

La continuidad entre Moisés y Jesús resulta evidente. Ambos enseñan que la obediencia nace del amor. La diferencia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento no está en el carácter de Dios, sino en la claridad con la que Cristo reveló ese carácter. El Dios que habló desde el Sinaí es el mismo que caminó por los caminos de Galilea.

Richard M. Davidson señala que la obediencia bíblica siempre debe entenderse dentro del marco de una relación de pacto, donde la gracia precede a toda respuesta humana.[22] Elena G. White coincide al afirmar que «la obediencia que Dios acepta es la que brota de un corazón renovado por su amor».[23] Ambas afirmaciones recuerdan que las bendiciones condicionales nunca son el salario del esfuerzo humano, sino el fruto de una comunión viva con Dios.

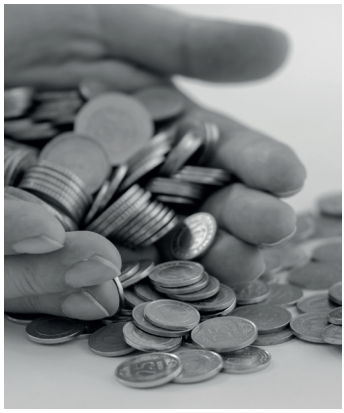
Por eso, al leer las promesas de Deuteronomio, el énfasis no debe colocarse únicamente en las bendiciones prometidas, sino en el Dios que invita a caminar con Él. Allí comienza toda verdadera prosperidad espiritual.

Aplicaciones para la mayordomía cristiana

Las bendiciones condicionales enseñan que Dios no busca simples receptores de sus dones, sino administradores fieles de ellos. Cada bendición trae consigo una responsabilidad. La salud debe administrarse; el tiempo debe aprovecharse; la familia debe cuidarse; los talentos deben desarrollarse y la influencia debe emplearse para el bien de otros. Antes de confiar mayores recursos, Dios forma el carácter de quienes habrán de administrarlos.

La obediencia, entonces, no consiste únicamente en evitar aquello que Dios prohíbe. Significa vivir de tal manera que cada área de la existencia refleje la confianza depositada en el Señor. La verdadera mayordomía comienza mucho antes de administrar bienes materiales;

comienza cuando el corazón reconoce que toda la vida pertenece a Dios.



El creyente que comprende este principio deja de preguntar: «¿Qué puedo obtener de Dios?» y comienza a preguntar: «¿Cómo puedo honrar a Dios con todo lo que Él ha puesto en mis manos?». Ese cambio de perspectiva transforma la manera de trabajar, de servir, de relacionarse con los demás y, más adelante, también transformará la manera de administrar el dinero, los negocios y las inversiones.

Conclusión

Las bendiciones condicionales no disminuyen la grandeza de la gracia; la revelan. Dios continúa siendo quien toma la iniciativa, quien llama, quien perdona y quien sostiene. La obediencia no compra su favor; abre el corazón para vivir plenamente dentro de su voluntad.

Israel fue llamado a demostrar que una vida gobernada por Dios produce justicia, paz y esperanza. Hoy ese llamado permanece vigente. Las bendiciones siguen siendo una invitación a caminar con el Señor, confiando en que sus caminos siempre conducen a la vida.

Antes de estudiar cómo Dios bendice todo lo que las manos de los obedientes emprenden, era necesario comprender esta verdad fundamental: toda bendición encuentra su verdadero significado únicamente cuando conduce a una relación más profunda con el Dios que la concede.

---

[1] Kaiser, *Mission in the Old Testament*, 29–36.

[2] Davidson, *Flame of Yahweh*, 37–42.

[3] Elena G. de White, *El camino a Cristo* (Editorial ACES, 2020), 60–63.

[4] Davidson, *Flame of Yahweh*, 43–49.

[5] Rodriguez, *Stewardship Roots*, 21–30.

[6] Elena G. White, *El discurso maestro de Jesucristo* (Inter-American Division Publishing Association, 2012), 92–95.

[7] Gane, *Altar Call*, 64–69.

[8] Wright, *The Mission of God*, 274–80.
[9] White, *Historia de los Patriarcas y profetas*, 382–87.
[10] Wright, *The Mission of God*, 281–84.
[11] Richard M. Davidson, *A Love Song for the Sabbath* (Biblical Research Institute, 1988), 34–39.
[12] Elena G. White, *Profetas y reyes* (Inter-American Division Publishing Association, 2008), 15–22.
[13] Walter Brueggemann, *Theology of the Old Testament* (Fortress Press, 1997), 173–81.
[14] Gane, *Altar Call*, 70–74.
[15] White, *Historia de los Patriarcas y profetas*, 311–15.
[16] Kaiser, *Mission in the Old Testament*, 45–52.
[17] Christopher J. H. Wright, *Old Testament Ethics for the People of God* (InterVarsity Press, 2004), 287–94.
[18] White, *Historia de los Patriarcas y profetas*, 466–71.
[19] Kaiser, *Mission in the Old Testament*, 45–54.
[20] Wright, *Old Testament Ethics for the People of God*, 287–96.
[21] White, *Historia de los Patriarcas y profetas*, 466–71.
[22] Davidson, *Flame of Yahweh*, 43–49.
[23] White, *El camino a Cristo* (Editorial ACES, 2020), 60–64.


IDEAS DE EMPRENDIMIENTO
1. Abrir un puesto de comida (tacos, snacks)
2. Tienda de ropa online (e-commerce)
3. Servicios de limpieza a domicilio
4. Creación de contenido digital (Redes S
5. Agencia de marketing digital
6. Papelería y copistería local
7. Reparación de celulares/tec
8. Clases particulares/Tutoric
9. Panadería artesanal cuitr
10. Transporte privado/
Ideas

4. | LA BENDICIÓN DE DIOS SOBRE LAS MANOS QUE EMPRENDEN

«El Señor mandará bendición a tus graneros y a todo lo que emprenda tu mano. Él te bendecirá en la tierra que el Señor tu Dios te da.»

Deuteronomio 28:8 (RVA-2015).

Cuando Dios pone una empresa en las manos de un creyente

A lo largo de la historia, millones de personas han elevado la misma oración: «Señor, bendíceme». Esa petición ha salido de labios de agricultores que esperan una buena cosecha, de padres preocupados por el sustento de sus hijos, de estudiantes que anhelan un mejor futuro y de creyentes que desean servir más plenamente a Dios. La aspiración de vivir bajo la bendición divina es legítima, porque fue el mismo Creador quien sembró en el corazón humano el deseo de experimentar una vida plena. Sin embargo, pocas personas se detienen a formular una pregunta que transforma por completo la manera de comprender la bendición: ¿de qué forma acostumbra Dios responder esa oración?

Muchos esperan que la respuesta llegue únicamente mediante acontecimientos extraordinarios. Imaginan que la bendición consistirá en una herencia inesperada, un ascenso laboral, una ayuda providencial o una intervención sobrenatural que cambie de inmediato su situación económica.

Aunque Dios puede actuar de maneras sorprendentes, la Biblia revela una forma más usual a lo largo de las Escrituras: el Señor acostumbra a bendecir a sus hijos desarrollando primero sus capacidades para producir, crear, administrar y multiplicar los recursos que Él mismo coloca en sus manos. Antes de llenar los graneros, forma las manos que habrán de llenarlos. Antes de aumentar los recursos, prepara el carácter del administrador.

Este principio atraviesa toda la revelación bíblica. Dios colocó a Adán en un huerto para que lo cultivara antes de que existiera el pecado. José aprendió a administrar en la casa de Potifar y en una prisión antes de dirigir la economía del imperio más poderoso de su tiempo. La mujer virtuosa de Proverbios 31 construyó un patrimonio mediante trabajo diligente, visión empresarial y administración prudente. Pablo fabricó tiendas mientras plantaba iglesias. Jesucristo ilustró el funcionamiento de su Reino mediante la administración de recursos, inversiones y negocios. La Biblia no presenta el trabajo productivo como una consecuencia de la caída, sino como una expresión de la dignidad con la que Dios creó al ser humano.[1]

En ese contexto aparece una de las promesas más extraordinarias de todo el Antiguo Testamento. Después de describir las bendiciones que acompañarían a un pueblo que permaneciera fiel al pacto, Moisés declaró: «El Señor mandará bendición a tus graneros y a todo lo que emprenda tu mano. Él te bendecirá en la tierra que el Señor tu Dios te da.» (Deuteronomio 28: 8, RVA-2015).

Este versículo merece una lectura pausada. El texto no afirma simplemente que Dios bendecirá el resultado del trabajo. Tampoco promete prosperidad indiscriminada. La bendición recae sobre «todo lo que emprenda tu mano». La expresión hebrea *mishlaḥ yāḏ* (מִשְׁלַח יָד) comunica la idea de aquello que la mano pone en movimiento, inicia, desarrolla o lleva adelante.[2] En otras palabras, Dios promete bendecir la iniciativa productiva de quienes viven en obediencia a su voluntad.



Durante muchos años, algunos creyentes han limitado la bendición divina al ámbito exclusivamente espiritual. Otros la han reducido al bienestar material. La Biblia presenta una visión mucho más amplia. Dios bendice la vida entera y, dentro de esa vida, también bendice el trabajo, la creatividad, la producción y el emprendimiento. El Señor no solamente alimenta; también enseña a sembrar. No únicamente provee recursos; concede inteligencia

para administrarlos. No solo abre puertas; desarrolla personas capaces de atravesarlas con sabiduría.

Walter C. Kaiser Jr. observa que las promesas de Deuteronomio forman parte del pacto y describen la vida floreciente que Dios deseaba para su pueblo cuando caminaba conforme a su voluntad.[3] La bendición, por tanto, no constituye un premio arbitrario, sino la consecuencia natural de vivir bajo los principios establecidos por el Creador. Del mismo modo, Richard M. Davidson señala que el propósito divino siempre ha consistido en restaurar integralmente al ser humano para que refleje nuevamente la imagen de Dios en todas las dimensiones de la existencia, incluyendo el trabajo y la administración responsable de los recursos.[4]

Elena G. White amplía esta perspectiva al afirmar que Dios ha concedido talentos a cada persona y espera que sean desarrollados diligentemente. Escribe: «Los talentos, usados sabiamente, aumentarán; el éxito no es el resultado de la casualidad ni del destino, sino la realización de la providencia de Dios, la recompensa de la fe y de la discreción, de la virtud y del esfuerzo perseverante».[5]

Esta declaración resume admirablemente el equilibrio bíblico entre la bendición divina y la responsabilidad humana. Dios bendice, pero espera que sus hijos trabajen. Dios abre oportunidades, pero espera que las aprovechen. Dios concede talentos, pero demanda que produzcan fruto.

La promesa de Deuteronomio 28: 8 no fue dada para alimentar la pasividad. Fue pronunciada para despertar iniciativa. El Señor no prometió bendecir las manos inmóviles, sino las manos que emprenden. Esa diferencia cambia radicalmente la forma de entender la prosperidad desde una perspectiva bíblica.

Durante demasiado tiempo muchos creyentes han pensado que el emprendimiento pertenece únicamente al mundo empresarial y que la vida espiritual transcurre por un camino diferente. Las Escrituras derriban esa separación. Cuando un hijo de Dios desarrolla con integridad una empresa, crea un producto útil, presta un servicio excelente o construye una organización que beneficia a la sociedad, no está abandonando su vocación espiritual. Está ejerciendo una forma de mayordomía. Su oficina, su taller, su negocio, su consultoría, su empresa familiar

o su proyecto productivo pueden convertirse en un espacio donde la obediencia, la excelencia y el servicio glorifiquen al Creador.

Por esa razón, este capítulo tiene un propósito, conducirte a una decisión. Si Dios promete bendecir lo que emprenden las manos obedientes, entonces cada creyente debe preguntarse con sinceridad: ¿estoy desarrollando todo el potencial que Dios colocó en mí o he permitido que talentos, ideas y oportunidades permanezcan enterrados por el temor, la comodidad o la falta de planeación?

Responder correctamente esa pregunta puede cambiar no solamente la economía de una persona o de una familia. Puede cambiar el alcance de su influencia, la capacidad para servir a otros y los recursos disponibles para cumplir la misión que Dios le ha confiado. Porque cuando Dios bendice un emprendimiento nacido de la obediencia, no solamente prospera un negocio; también se multiplican las oportunidades para bendecir al mundo.

¿Por qué un hijo de Dios debe emprender para generar dinero?

Después de leer la promesa de Deuteronomio 28: 8 surge una pregunta inevitable: si Dios promete bendecir todo lo que emprenda la mano del creyente obediente que se rige por los principios del cielo, ¿por qué tantos hijos de Dios, que son fieles, nunca emprenden? La respuesta con frecuencia se encuentra en una forma limitada de comprender la vida cristiana. Durante generaciones, muchos creyentes aprendieron a orar por sus necesidades, a trabajar largas horas con honestidad y a esperar la provisión divina. Todo eso es correcto y bíblico. Sin embargo, pocas veces fueron animados a descubrir que Dios también los llama a desarrollar iniciativas productivas capaces de generar recursos abundantes para sostener dignamente su vida actual, financiar una vejez digna, proveer lo suficiente para las necesidades de sus hijos y ampliar el alcance de su servicio.

Las Escrituras nunca presentan la dependencia permanente como el ideal para quienes poseen salud, capacidades y oportunidades para trabajar. Desde las primeras páginas de la Biblia aparece un Dios que crea, organiza, transforma y produce. El ser humano, creado a su imagen, recibe la responsabilidad de continuar esa obra administrando la creación. Emprender, en este sentido, no consiste únicamente en abrir



un negocio; consiste en participar responsablemente en la tarea de producir bienes y servicios que beneficien a otros. Cada empresa honesta que resuelve una necesidad humana constituye una expresión de esa disposición creadora que Dios depositó en la humanidad desde el principio.[6]

Esta verdad adquiere mayor claridad cuando Moisés recuerda al pueblo quién es el verdadero origen de la riqueza: «Acuérdate del Señor tu Dios, porque él es el que te da el poder para hacer riquezas, a fin de confirmar su pacto que juró a tus padres, como en este día.» (Deuteronomio 8: 18).

Este versículo merece una atención especial. El texto no afirma simplemente que Dios entrega riquezas. Declara algo mucho mejor: Él da el poder para producirlas. La palabra hebrea traducida como «poder» (*kōaḥ*) comunica la idea de fuerza, capacidad, habilidad y competencia.[7] En otras palabras, Dios no limita su bendición a entregar recursos terminados; concede inteligencia para identificar oportunidades, creatividad para resolver problemas, disciplina para perseverar, sabiduría para administrar y fortaleza para trabajar. La riqueza comienza mucho antes del dinero. Comienza en las capacidades que Dios desarrolla en sus hijos.

Esta perspectiva transforma radicalmente la manera de entender el emprendimiento. El creyente deja de esperar pasivamente que las circunstancias cambien y comienza a preguntarse cómo puede utilizar los talentos que Dios ya puso en sus manos. Descubre que la respuesta a muchas de sus oraciones puede encontrarse precisamente en aquellas habilidades que ha descuidado durante años. Un conocimiento especializado, un oficio aprendido desde la infancia, una experiencia profesional, la capacidad para enseñar, diseñar, reparar, cultivar, cocinar, organizar o crear pueden convertirse en el fundamento de un emprendimiento que produzca recursos durante décadas.

Peter F. Drucker, considerado uno de los padres de la administración moderna, sostenía que el emprendimiento no consiste principalmente



en asumir riesgos, sino en identificar oportunidades para crear valor mediante la innovación disciplinada.[8] Aunque escribió desde una perspectiva empresarial y no bíblica, su observación coincide sorprendentemente con la cosmovisión bíblica. Dios bendice a quienes observan una necesidad, diseñan una solución útil y trabajan con excelencia para servir a los demás. El emprendimiento cristiano no nace de la especulación; nace del servicio.

Howard H. Stevenson, profesor de Harvard Business School y uno de los investigadores más influyentes sobre emprendimiento, define al emprendedor como la persona que persigue oportunidades más allá de los recursos que controla en el presente.[9] Esa descripción encuentra un notable paralelo en numerosos personajes bíblicos. José no comenzó administrando Egipto; comenzó administrando una casa ajena. David no inició gobernando un reino; comenzó cuidando un pequeño rebaño. La mujer virtuosa no heredó una empresa consolidada; construyó progresivamente un patrimonio mediante decisiones sabias y trabajo constante. Todos comenzaron con recursos limitados, pero con una visión que superaba las circunstancias del momento.

Elena G. White desarrolla este mismo principio desde la perspectiva de la mayordomía cristiana. Al comentar la parábola de los talentos, afirma que Dios espera que cada persona aumente los dones recibidos mediante el esfuerzo perseverante y el uso inteligente de las oportunidades. Escribe: «Los talentos se multiplican con el uso. El éxito no depende de la casualidad, sino de la bendición de Dios sobre el esfuerzo diligente y perseverante».[10] Lejos de promover una actitud pasiva, estas palabras invitan al creyente a desarrollar plenamente las capacidades que el Señor le ha confiado.

Por esta razón, el emprendimiento no debe entenderse únicamente como una alternativa profesional entre muchas otras. Constituye una extraordinaria oportunidad para convertir conocimientos, experiencias y talentos en una fuente permanente de recursos. Un negocio

bien administrado puede producir ingresos mientras el emprendedor continúa desarrollando nuevos proyectos, formando personas, sirviendo a la comunidad y realizando su misión. La diferencia entre vender tiempo y construir un emprendimiento consiste precisamente en que este último tiene el potencial de generar valor de manera creciente, creando empleo, fortaleciendo la economía familiar y ampliando la capacidad de influir positivamente sobre otras vidas.

Aquí aparece una convicción: generar dinero no es contrario a la espiritualidad cuando ese dinero es fruto del trabajo honesto, del servicio excelente y de la bendición de Dios sobre un emprendimiento administrado con integridad. Las Escrituras nunca condenan la riqueza obtenida justamente; condenan la avaricia, la opresión, el fraude el amor al dinero, y la idolatría del dinero. La diferencia es enorme. El problema no es poseer recursos; el problema consiste en permitir que los recursos terminen poseyendo el corazón. Es decir, usado indebidamente para intentar llenar el vacío del corazón.

Por ello, todo hijo de Dios debería preguntarse con sinceridad: ¿estoy utilizando plenamente el potencial que Dios me ha dado para generar recursos o me he conformado con desarrollar solo una parte de las capacidades que Él puso en mis manos? Esa pregunta no busca despertar culpa; pretende despertar propósito. Dios no distribuye talentos para que permanezcan dormidos. Los distribuye para que produzcan fruto abundante y ese fruto se convierta en bendición para muchas personas.

Esta convicción conduce naturalmente a una decisión práctica. Si Dios concede el poder para producir riqueza, si promete bendecir lo que emprenden las manos obedientes y si el emprendimiento constituye una forma de servir al prójimo, entonces el creyente responsable no debería preguntarse únicamente si puede emprender, sino cómo comenzar a emprender con sabiduría.

El emprendimiento comienza con una decisión, pero se construye con un plan

Después de convencer al pueblo de la importancia de la obediencia, Moisés no dejó a Israel sin dirección. Dios nunca inspira un propósito sin mostrar también un camino para alcanzarlo. Ese mismo principio

permanece vigente para todo creyente que desea emprender. Las buenas intenciones nunca han construido una empresa. Los sueños, por nobles que sean, tampoco producen riqueza mientras permanezcan únicamente en la imaginación. Toda empresa que transforma vidas comienza el día en que alguien decide convertir una idea en un plan y un plan en acción.

Uno de los errores más frecuentes consiste en creer que emprender es simplemente abrir un negocio. La Biblia presenta una perspectiva mucho más amplia. Emprender significa identificar una necesidad real, diseñar una solución útil, organizar los recursos necesarios y trabajar con perseverancia hasta convertir esa solución en un beneficio permanente para otras personas. El negocio es únicamente el vehículo; el verdadero propósito consiste en crear valor.

Jesucristo enseñó un principio que hoy continúa siendo indispensable para cualquier emprendedor. Mientras hablaba acerca del costo del discipulado, utilizó una ilustración tomada del mundo de la planeación: «Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, para ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el fundamento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: "Este hombre comenzó a edificar y no pudo terminar".» (Lucas 14: 28-30).

Aunque el propósito principal del pasaje no es enseñar administración, Jesús revela un principio universal: las grandes obras comienzan con una planificación cuidadosa. Antes de construir, el hombre se sienta. Antes de invertir, calcula. Antes de iniciar, evalúa. La fe nunca ha sido enemiga de la planeación. Por el contrario, la planeación responsable constituye una expresión de sabiduría.

Peter Drucker afirmaba que los resultados rara vez son producto del azar; normalmente son consecuencia de una planificación deliberada y de una ejecución disciplinada.[11] En términos semejantes, Michael E. Gerber observa que muchos pequeños negocios fracasan porque sus propietarios dominan un oficio, pero nunca aprenden a planificar una empresa.[12] Ambas observaciones armonizan con el principio enseñado por Jesús: comenzar sin un plan aumenta considerablemente la posibilidad de abandonar el proyecto antes de alcanzar sus objetivos.

Elena G. White añade una dimensión espiritual a esta realidad. Al referirse al uso de los talentos, afirma que Dios desea que sus hijos actúen con previsión, orden y diligencia. La improvisación constante no refleja el carácter del Dios de orden revelado en las Escrituras.[13] La espiritualidad nunca debe utilizarse como excusa para descuidar la preparación. Confiar en Dios no elimina la responsabilidad de pensar, organizar y planificar.

Por esta razón, antes de invertir un solo peso, todo emprendedor debería responder por escrito algunas preguntas fundamentales. No basta con tener entusiasmo. Es necesario tener claridad.

Primera etapa: descubrir el propósito

La primera pregunta no es ¿qué negocio quiero abrir? La primera pregunta es: ¿Qué propósito quiero cumplir mediante este emprendimiento?

La Biblia enseña que toda obra comienza con un propósito definido. Nehemías reconstruyó Jerusalén porque tenía una misión. José administró Egipto porque comprendía el propósito de Dios para su vida. Pablo recorría el mundo conocido porque sabía que había recibido un llamado específico.

Del mismo modo, un emprendimiento sólido nace cuando el propósito está claramente definido. Ganar dinero forma parte del proyecto, pero no constituye el propósito final. El dinero es el resultado; el propósito es el motivo por el cual vale la pena construir la empresa.

Escriba una frase sencilla que responda esta pregunta: ¿Por qué quiero emprender?



Una respuesta bíblica puede incluir varios elementos:

- sostener dignamente a la familia;
- servir mediante un producto o servicio excelente;
- generar empleo;
- desarrollar plenamente los talentos recibidos;
- producir recursos para apoyar la misión de Dios.

Cuando el propósito permanece claro, las dificultades dejan de ser razones para abandonar el proyecto y se convierten en desafíos que deben superarse.

Segunda etapa: descubrir una necesidad

Todo emprendimiento exitoso resuelve un problema o satisface una necesidad. Esta verdad aparece repetidamente en las Escrituras. José solucionó la crisis alimentaria del antiguo Egipto. Bezalel resolvió las necesidades de construcción del santuario. La mujer virtuosa produjo bienes que otras personas necesitaban. Pablo fabricó tiendas para responder a una demanda concreta de su tiempo.

Los grandes emprendimientos no nacen preguntando: ¿qué quiero vender? Nacen preguntando: ¿qué necesidad importante puedo satisfacer o qué problema puedo resolver mejor que otras personas?

Howard Stevenson explica que el emprendedor identifica oportunidades donde otros únicamente observan circunstancias.[14] Esa capacidad puede desarrollarse mediante la observación cuidadosa de la realidad. Cada problema cotidiano representa una posible oportunidad para crear valor.

Por ello, antes de diseñar un producto, conviene elaborar una lista de necesidades presentes en la comunidad, la ciudad o el sector profesional donde se desea trabajar. Muchas veces la mejor idea de negocio se encuentra escondida dentro de un problema que todos consideran normal.



Tercera etapa: identificar los recursos que Dios ya puso en tus manos

Uno de los mayores errores consiste en esperar hasta tener todo para comenzar. La Biblia muestra exactamente lo contrario. Cuando Dios llamó a Moisés, utilizó una vara. Cuando llamó a David, utilizó una honda. Cuando multiplicó el alimento de

la multitud, comenzó con cinco panes y dos peces. Cuando Pablo inició su ministerio en Corinto, comenzó con un oficio aprendido muchos años antes.

Dios suele comenzar con aquello que ya está disponible. Por esa razón, el emprendedor cristiano debería hacer un inventario antes de buscar financiamiento.

Pregúntese:

- ¿Qué conocimientos poseo?
- ¿Qué experiencia he acumulado?
- ¿Qué habilidades reconocen otras personas en mí?
- ¿Qué herramientas ya tengo?
- ¿Qué contactos pueden abrir puertas?
- ¿Qué recursos económicos puedo destinar al proyecto?
- ¿Qué puedo comenzar esta misma semana sin esperar condiciones perfectas?

Con frecuencia, la respuesta a esas preguntas revela que el capital más importante nunca fue el dinero. El capital más valioso siempre ha sido la persona que Dios está formando para administrar fielmente la bendición prometida sobre todo lo que emprenda su mano.

Del propósito al proyecto: cómo planificar un emprendimiento que Dios pueda bendecir

Existe una diferencia enorme entre desear emprender y estar preparado para hacerlo. Todos los años miles de personas comienzan negocios impulsadas por el entusiasmo del momento. Algunas renuncian a su empleo sin haber estudiado el mercado; otras invierten todos sus ahorros en una idea que nunca fue analizada; muchas más abandonan sus proyectos durante los primeros meses porque confundieron inspiración con planeación. La buena intención jamás sustituirá una buena estrategia. Dios bendice las manos que emprenden, pero también bendice las mentes que planifican con sabiduría.

La Biblia muestra que Dios jamás actúa de manera improvisada. Antes de enviar el diluvio, dio instrucciones precisas para construir el arca. Antes de levantar el santuario, entregó planos detallados a Moisés. Antes de introducir a Israel en Canaán, preparó durante décadas a una

nueva generación. Antes de enviar al Mesías, preparó la historia durante siglos. El orden, la previsión y la planeación forman parte del carácter de Dios. Por esa razón, quien desea emprender conforme a los principios del Reino debe aprender a planificar antes de ejecutar.

El sabio Salomón expresó este principio con extraordinaria claridad: «Los pensamientos del diligente ciertamente tienden a la abundancia; mas todo el que se apresura alocadamente, de cierto va a la pobreza.» (Proverbios 21: 5). Este proverbio resume una ley que continúa vigente en el mundo empresarial. La abundancia rara vez es producto de la improvisación. Generalmente es el resultado de decisiones cuidadosamente pensadas, de objetivos claramente definidos y de una ejecución disciplinada. El contraste que presenta Salomón resulta revelador. De un lado aparece el diligente que piensa, organiza y persevera; del otro, quien actúa precipitadamente y termina enfrentando pérdidas que pudieron evitarse.

Jim Collins, después de estudiar durante años empresas que lograron un crecimiento extraordinario, llegó a una conclusión semejante: las organizaciones verdaderamente exitosas no se distinguen por actuar más rápido que las demás, sino por combinar disciplina, visión y constancia durante largos períodos de tiempo.[15] Aunque su investigación pertenece al ámbito empresarial, armoniza con un principio profundamente bíblico: la bendición de Dios no elimina la necesidad de actuar con sabiduría.

Elena G. White establece un principio sobre la importancia de la previsión. Al referirse al desarrollo de la obra de Dios, afirma que «el éxito exige orden, previsión y trabajo perseverante».[16] Estas palabras recuerdan que la fe jamás debe utilizarse para justificar la desorganización. Esperar la bendición divina mientras se desprecia la planificación contradice el modelo que las Escrituras presentan una y otra vez.

Primer paso: escribir una visión clara

Todo emprendimiento comienza con una visión. No basta con decir: «Quiero tener un negocio». Esa expresión resulta demasiado vaga para orientar una empresa. La visión responde a unas preguntas: ¿qué realidad quiero transformar mediante este emprendimiento dentro de diez o veinte años? ¿Dónde vamos a estar en diez, veinte, o cincuenta años?



La visión no describe únicamente cuánto dinero se desea ganar. Describe el impacto que el emprendimiento producirá en la vida de las personas. Un negocio verdaderamente exitoso no existe solo para vender productos; existe para resolver problemas, mejorar la vida de otros y generar valor de manera permanente.

Nehemías comprendía perfectamente este principio. Antes de reconstruir Jerusalén, podía describir con claridad la ciudad que soñaba contemplar al finalizar la obra. La visión precedió al trabajo.

Por esa razón, escriba en una sola frase la visión de su emprendimiento. Debe ser suficientemente clara para que cualquier persona pueda comprenderla y suficientemente inspiradora para sostener el esfuerzo durante los años difíciles.

_____

_____

_____

_____.

Segundo paso: definir la misión del emprendimiento

La visión habla del futuro. La misión explica el presente.

Responde a la pregunta:

¿Qué hace exactamente mi emprendimiento?

Muchos pequeños negocios fracasan porque sus propietarios nunca logran responder con precisión qué ofrecen realmente. No venden solamente alimentos; ofrecen soluciones para quienes necesitan comer bien. No venden únicamente ropa; ayudan a las personas a vestir con dignidad. No venden asesorías; ayudan a otros a tomar mejores decisiones.

Simon Sinek ha mostrado que las organizaciones más influyentes comienzan explicando claramente por qué existen antes de explicar qué hacen.[17] Aunque su enfoque procede del liderazgo empresarial, encuentra un sorprendente paralelo en la Escritura. Dios siempre revela primero el propósito y después la tarea.



Por ello, la misión del emprendimiento debe responder las preguntas:

- ¿Qué hacemos, o a qué nos dedicamos?
- ¿Qué necesidad satisface?
- ¿A quién sirve?
- ¿De qué manera lo hace mejor que otras alternativas?
- ¿A qué se dedica de manera específica?

Cuando estas respuestas permanecen claras, resulta mucho más sencillo tomar decisiones coherentes.

_____

_____

_____

_____

_____.

Tercer paso: identificar el problema que resolverás

El dinero siempre sigue al valor.

Esta afirmación puede parecer una ley económica moderna, pero en realidad constituye un principio profundamente bíblico. José recibió autoridad porque resolvió una crisis nacional. La mujer virtuosa prosperó porque produjo bienes útiles. Pablo encontró clientes porque fabricaba un producto necesario para los viajeros de su tiempo.

Todo emprendimiento saludable comienza resolviendo un problema real, o satisfaciendo necesidades tangibles. Por ello, antes de diseñar un producto o servicio, el emprendedor debería elaborar una lista de necesidades observadas en su comunidad.

Pregúntese:

- ¿Qué dificultad enfrentan diariamente las personas?
- ¿Qué servicio reciben actualmente con poca calidad?
- ¿Qué problema podría resolver utilizando mis conocimientos y experiencia?
- ¿Qué necesidad todavía no está siendo atendida adecuadamente?

Peter Drucker afirmaba que el propósito de toda empresa consiste

en crear un cliente.[18] Desde una perspectiva bíblica podríamos expresar la misma idea de otra manera: el propósito del emprendimiento consiste en servir tan bien a las personas que ellas estén dispuestas a intercambiar parte de sus recursos por el valor que reciben. Cuando el servicio ocupa el primer lugar, el dinero deja de ser el objetivo principal y se convierte en la consecuencia natural de haber creado valor.

Cuarto paso: escribir el plan

Aquí muchos proyectos se detienen.

Las ideas permanecen durante años en conversaciones informales, pero nunca llegan al papel. Mientras no exista un plan escrito, el emprendimiento continuará siendo únicamente una posibilidad o un sueño.

Habacuc recibió una instrucción que conserva plena vigencia para todo emprendedor: «Y Jehová me respondió, y dijo: "Escribe la visión y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella."» (Habacuc 2: 2).

Aunque el contexto inmediato se refiere a la visión profética, el principio resulta extraordinariamente útil: las grandes tareas requieren claridad. Lo que no se escribe difícilmente puede organizarse, evaluarse o mejorarse.

El plan inicial no necesita ser complejo. Basta con responder por escrito preguntas como estas:

- ¿Qué voy a ofrecer?
- ¿Quién será mi cliente?
- ¿Cómo llegará mi producto o servicio hasta él?
- ¿Cuánto necesito para comenzar?
- ¿Cuáles serán mis primeros tres objetivos?
- ¿En qué fecha iniciaré?

Un plan escrito convierte un sueño en un compromiso. Y un compromiso constituye el primer paso hacia una empresa capaz de crecer bajo la bendición de Dios.

Otra opción

Investigadores como Saras D. Sarasvathy han demostrado que muchos emprendedores exitosos no comenzaron preguntándose cuánto dinero necesitaban, sino qué recursos, conocimientos, relaciones y habilidades ya tenían disponibles para iniciar.[19] Sin saberlo, este enfoque

moderno coincide con una verdad presente desde hace siglos en la Escritura: Dios suele comenzar grandes obras utilizando aquello que ya ha colocado en las manos de sus hijos.

Los siete pasos para planificar un emprendimiento con propósito

La Biblia no presenta un formato de plan de negocios como los manuales modernos, pero sí revela principios suficientes para construir uno. Integrando la enseñanza bíblica con las mejores prácticas contemporáneas, todo creyente que desee emprender debería recorrer, al menos, los siguientes pasos:

1. Confirmar el propósito delante de Dios

Todo emprendimiento debe responder primero a la pregunta: ¿Por qué quiero iniciar este proyecto? Si la única respuesta es ganar dinero, el fundamento será insuficiente. El propósito debe incluir el sostenimiento digno de la familia, el servicio a la sociedad y el financiamiento de la misión que Dios ha confiado.

2. Identificar los talentos y recursos disponibles

Dios nunca llama a una persona sin haberle concedido capacidades para responder a ese llamado. Conviene hacer un inventario honesto de conocimientos, habilidades, experiencias, contactos y recursos materiales ya disponibles.

3. Descubrir una necesidad real

Los negocios saludables nacen resolviendo problemas concretos. La mujer virtuosa observó necesidades, produjo bienes de calidad y creó valor para otros antes de recibir beneficios económicos (Proverbios 31: 13–24). El emprendimiento bíblico comienza sirviendo.

4. Diseñar una solución excelente

La excelencia honra a Dios. No basta con ofrecer un producto o servicio; es necesario procurar que sea útil, confiable y digno de la confianza de quienes lo recibirán.

5. Elaborar un plan escrito

Jesús enseñó: «¿Quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos?» (Lucas 14: 28). La planeación no contradice la fe; es una expresión de prudencia. Un buen plan incluye objetivos, recursos, presupuesto inicial, cronograma, riesgos y estrategias de crecimiento.

6. Comenzar con diligencia

Muchas personas permanecen años esperando el momento perfecto. La Biblia enseña otra actitud: actuar con sabiduría cuando llega la oportunidad. El perfeccionismo excesivo puede convertirse en una forma elegante de postergar la obediencia.

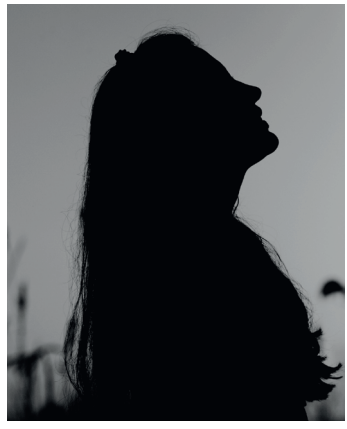
7. Evaluar, aprender y mejorar continuamente

Ningún emprendimiento madura sin correcciones. La humildad para aprender forma parte de la sabiduría bíblica. Cada avance y cada dificultad deben convertirse en oportunidades para crecer.

Estos pasos no sustituyen la dependencia de Dios; la complementan. La oración no reemplaza la planeación, así como la planeación nunca reemplaza la oración. Ambas caminan juntas cuando el emprendimiento nace para la gloria de Dios y el bien del prójimo.

La mujer virtuosa: el mejor modelo bíblico de emprendimiento

Entre todos los personajes dedicados al trabajo y a la administración descritos en las Escrituras, ninguno presenta un perfil empresarial tan completo como la mujer virtuosa de Proverbios 31. Durante siglos este pasaje ha sido leído principalmente como un ideal para la vida familiar. Sin embargo, una lectura detenida revela que Salomón está describiendo también a una extraordinaria emprendedora. Ella no depende pasivamente de las circunstancias económicas; las transforma. No espera que la prosperidad llegue por casualidad; trabaja, planifica, invierte y administra con sabiduría. Su historia demuestra que la espiritualidad y el emprendimiento no solo pueden convivir, sino fortalecerse mutuamente.



El capítulo comienza con una declaración que establece el fundamento de todo lo demás: «Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? Porque su estima sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas.» (Proverbios 31: 10).

La palabra hebrea traducida como «virtuosa» es *ḥáyil* (חַיִל). Este término no describe únicamente la conducta moral de una persona. En el Antiguo Testamento también se utiliza para referirse a personas valientes,

líderes competentes, guerreros capaces y personas de extraordinaria fortaleza.[20] Aplicado a esta mujer, el término comunica la idea de alguien competente, diligente, emprendedor y digno de confianza. Salomón no presenta una figura pasiva; describe a una mujer cuya fortaleza se expresa mediante la administración responsable de todos los recursos puestos bajo su cuidado.

Esta observación resulta decisiva para comprender el resto del pasaje. La mujer virtuosa no administra únicamente un hogar. Administra una economía familiar, identifica oportunidades, toma decisiones de inversión, organiza procesos de producción, comercializa bienes y reinvierte las utilidades para continuar creciendo. Si trasladáramos su actividad al lenguaje empresarial contemporáneo, podríamos decir que dirige una pequeña empresa familiar con una visión de largo plazo.

Richard M. Davidson observa que la descripción de Proverbios 31 presenta a una persona cuya sabiduría se manifiesta en todas las áreas de la existencia, incluyendo el trabajo productivo y la administración de los bienes recibidos.[21] La excelencia espiritual nunca aparece separada de la excelencia en el trabajo. Ambas forman parte del mismo carácter transformado por Dios.

Una emprendedora que investiga antes de producir

El primer detalle empresarial aparece pronto: «Busca lana y lino, y con voluntad trabaja con sus manos.» (Proverbios 31:13).

El texto comienza con un verbo significativo: **busca**. Antes de producir, investiga. Antes de fabricar, selecciona cuidadosamente la materia prima. Este principio continúa siendo uno de los fundamentos del emprendimiento moderno. Ninguna empresa sostenible comienza improvisando; comienza estudiando los recursos disponibles y procurando la mejor calidad posible.



Peter Drucker afirmaba que toda innovación responsable comienza observando cuidadosamente la realidad antes de actuar.[22] La mujer virtuosa hace exactamente

eso. No produce cualquier cosa. Escoge deliberadamente los materiales con los cuales trabajará porque comprende que la calidad del resultado depende, en gran medida, de la calidad de los insumos utilizados.

Aquí aparece la primera lección para quien desea emprender: Todo emprendimiento comienza observando.

-Observe el mercado.

-Observe las necesidades.

-Observe los recursos.

-Observe a las personas.

Quien aprende a observar correctamente descubre oportunidades donde otros solamente ven rutina.

Una emprendedora que comprende el valor del tiempo

Salomón continúa diciendo: «Es como nave de mercader; trae su pan de lejos. Se levanta aun de noche y da comida a su familia y ración a sus criadas.» (Proverbios 31: 14-15).

El propósito del texto no consiste en promover jornadas interminables de trabajo. El énfasis recae sobre la diligencia y la buena administración del tiempo. Ella organiza sus actividades, anticipa las necesidades y dirige responsablemente a quienes colaboran con ella.

Jim Collins, después de investigar durante años las empresas que alcanzaron resultados extraordinarios, concluyó que la disciplina constituye uno de los factores decisivos del crecimiento sostenible.[23] Esta observación coincide plenamente con la sabiduría de Proverbios. El éxito rara vez depende de un golpe de suerte; normalmente es el resultado de miles de decisiones disciplinadas tomadas durante largos períodos de tiempo.

Elena G. White coincide con esta perspectiva al afirmar que la diligencia y la perseverancia desarrollan el carácter y preparan al creyente para responsabilidades mayores. Escribe que Dios no puede confiar grandes recursos a quienes descuidan las pequeñas responsabilidades cotidianas.[24] La fidelidad diaria constituye el mejor entrenamiento para administrar mayores bendiciones.

Una emprendedora que invierte para producir riqueza

Quizá el versículo más sorprendente de todo el capítulo sea el siguiente: «Considera la heredad y la compra, y planta viña del fruto de

sus manos.» (Proverbios 31: 16). Este texto revela una capacidad empresarial extraordinaria. Primero analiza, después compra y, finalmente, desarrolla un proyecto productivo. Nada ocurre por impulso.

Todo responde a una decisión cuidadosamente pensada. La mujer virtuosa no gasta inmediatamente los recursos disponibles. Los convierte en un activo capaz de producir riqueza en el futuro. Aquí encontramos uno de los principios financieros más importantes de toda la Escritura: las personas sabias transforman parte de sus recursos presentes en activos que generen nuevos recursos mañana.

Howard Stevenson sostiene que el emprendimiento consiste en perseguir oportunidades con visión de largo plazo y no únicamente en reaccionar ante las circunstancias inmediatas.[25] Exactamente eso hace la mujer virtuosa. Su mirada no termina en la compra del terreno; contempla la producción futura de la viña.

Esta enseñanza posee una enorme relevancia para el emprendedor. Muchas personas desean mejorar su situación económica, pero destinan la totalidad de sus ingresos al consumo. La Biblia propone otro camino. Enseña a convertir parte de los recursos actuales en instrumentos que continúen produciendo valor durante los años venideros.

Aquí aparece una verdad que se desarrollará en los capítulos posteriores, pero que conviene introducir desde ahora: los hijos de Dios no deberían limitarse a gastar dinero; deberían aprender a convertir parte de ese dinero en activos que produzcan nueva riqueza para financiar la vida futura bajo la bendición del Señor.

No se trata de acumular por egoísmo. Se trata de administrar con sabiduría para que la bendición recibida continúe multiplicándose y sirviendo a muchas más personas.

La mujer virtuosa demuestra que la espiritualidad no se opone a la visión empresarial. Por el contrario, cuando el corazón permanece sometido a Dios, el emprendimiento se convierte en un instrumento para proteger a la familia, generar bienestar para otros y ampliar las posibilidades de servicio. En ella se unen la fe, la diligencia, la excelencia y la capacidad de crear riqueza mediante un trabajo honesto. Ese equilibrio continúa siendo uno de los modelos más completos que las Escrituras ofrecen a todo creyente que decide emprender.

La mujer virtuosa: una empresaria que genera riqueza para bendecir



Uno de los mayores errores al leer Proverbios 31 consiste en pensar que la mujer virtuosa simplemente trabaja mucho. En realidad, el texto describe algo mucho más profundo. Ella no solo trabaja; **construye un sistema productivo**. Produce, compra, vende, administra, reinvierte, dirige personas, toma decisiones financieras y genera patrimonio. Cada una de esas actividades revela que comprende un principio fundamental: la bendición de Dios también se administra mediante decisiones inteligentes.

Salomón continúa describiendo su actividad diciendo: «Ciñe de fuerza sus lomos y esfuerza sus brazos. Ve que van bien sus negocios; su lámpara no se apaga de noche.» (Proverbios 31: 17-18).

Estas palabras muestran a una mujer completamente comprometida con la excelencia. La expresión «ve que van bien sus negocios» posee un enorme significado económico. Ella no trabaja sin evaluar resultados. Observa el desempeño de su actividad productiva, analiza si genera beneficios y procura mejorar continuamente. En otras palabras, administra su empresa con responsabilidad.

Este detalle anticipa uno de los principios fundamentales de toda buena administración: lo que no se evalúa, difícilmente puede mejorar. El emprendedor que desea crecer necesita observar permanentemente el funcionamiento de su negocio. Debe conocer la calidad de sus productos, la satisfacción de sus clientes, el comportamiento de sus ingresos, la eficiencia de sus procesos, el volumen de sus ganancias. La Biblia demuestra que la evaluación no es un invento de las escuelas modernas de administración; forma parte de la sabiduría que Dios espera de quienes administran sus bienes.

Peter Drucker afirmaba que ninguna organización puede mejorar aquello que ignora. Aunque la frase suele resumirse como «lo que se mide se mejora», el principio subyacente consiste en dirigir la organización mediante información confiable y decisiones conscientes.[26] La



mujer virtuosa hace precisamente eso. No trabaja a ciegas; conoce la situación de sus negocios.

Sin embargo, el texto no se limita a describir resultados económicos. Inmediatamente revela el propósito que orienta toda su actividad: «Alarga su mano al pobre y extiende sus manos al necesitado.» (Proverbios 31: 20).

Aquí encontramos una de las enseñanzas más importantes de todo el capítulo. La riqueza generada mediante su trabajo nunca termina únicamente en ella misma. La prosperidad se transforma en generosidad. La productividad se convierte en servicio. El emprendimiento produce recursos suficientes para que otras personas también sean bendecidas.

Este principio resulta decisivo para comprender la perspectiva bíblica sobre la generación de riqueza. Dios nunca condena la prosperidad obtenida mediante el trabajo honesto y la administración sabia. Lo que condena es el egoísmo que convierte la riqueza en un fin absoluto. La mujer virtuosa demuestra que ambas realidades pueden convivir armónicamente: administra con excelencia, produce riqueza y mantiene un corazón sensible hacia quienes sufren necesidad.

Christopher J. H. Wright observa que el Antiguo Testamento presenta la prosperidad como una responsabilidad social además de una bendición personal.[27] Los recursos recibidos de Dios debían fortalecer a la familia, sostener al necesitado y contribuir al bienestar de toda la comunidad. La riqueza, desde esta perspectiva, nunca fue concebida como un privilegio aislado, sino como un instrumento para multiplicar el bien.

Elena G. White desarrolla una idea semejante al afirmar que Dios concede prosperidad para que sus hijos se conviertan en canales mediante los cuales su amor alcance a otros. Señala que los recursos confiados por el Señor deben administrarse con espíritu de servicio, recordando siempre que el verdadero propietario de todas las cosas continúa siendo Dios.[28] Esta perspectiva protege al creyente de dos

extremos igualmente peligrosos: despreciar la riqueza o idolatrarla. El dinero ocupa entonces el lugar correcto: un recurso confiado por Dios para cumplir un propósito superior.

La reputación: el activo más valioso de todo emprendimiento

El relato concluye con un detalle que suele pasar inadvertido: «Su marido es conocido en las puertas, cuando se sienta con los ancianos de la tierra.» (Proverbios 31: 23).

En las ciudades antiguas, la puerta constituía el centro de la vida pública, jurídica y comercial. Allí se resolvían conflictos, se celebraban contratos y se tomaban decisiones importantes. El hecho de que el esposo fuera respetado en ese lugar refleja que toda la familia gozaba de una excelente reputación.

Este principio continúa siendo indispensable para cualquier emprendedor. Ninguna campaña publicitaria puede reemplazar el valor de un buen nombre. La confianza tarda años en construirse y puede perderse en un solo instante. Por ello, el creyente debe comprender que su testimonio forma parte de su empresa. La honestidad en los contratos, la puntualidad en los compromisos, la calidad constante del servicio y la transparencia financiera constituyen activos mucho más valiosos que cualquier maquinaria o edificio.

Jim Collins descubrió que las organizaciones verdaderamente extraordinarias desarrollan una cultura basada en principios permanentes y no únicamente en resultados financieros.[29] La Biblia enseña exactamente lo mismo desde hace siglos. El éxito sostenible descansa sobre el carácter antes que sobre la estrategia.

El emprendimiento como ministerio

Al observar la vida de la mujer virtuosa resulta imposible separar su espiritualidad de su actividad económica. Ambas forman parte de una misma vocación. Ella adora a Dios mientras trabaja, honra al Señor mientras administra y bendice a las personas mediante la excelencia de sus productos y servicios. Su emprendimiento no compite con su fe; nace de ella.

Aquí encontramos una de las convicciones del relato de la mujer virtuosa: todo emprendimiento dirigido con integridad puede convertirse

en un ministerio cuando su propósito consiste en glorificar a Dios, servir al prójimo y generar los recursos necesarios para cumplir la misión. Esta afirmación prepara el camino para las palabras de Jesucristo en Lucas 19. Allí el Señor ya no presenta únicamente el ejemplo de una emprendedora sabia; convierte el acto de hacer negocios en una ilustración del Reino de Dios. El puente entre ambos pasajes resulta evidente. La mujer virtuosa demuestra cómo se administra fielmente una empresa; Jesús explica por qué Dios espera que sus hijos multipliquen los recursos que les ha confiado. Y es precisamente allí donde aparece uno de los llamados más desafiantes de todo el Nuevo Testamento: «Negociad entre tanto que vengo.» (Lucas 19: 13). Con esas palabras, el emprendimiento deja de ser simplemente una actividad económica y se convierte en una expresión concreta de la mayordomía del Reino de Dios.

«Hagan negocios con este dinero»: el mandato de Cristo para producir y multiplicar

Si el Antiguo Testamento revela que Dios promete bendecir todo lo que emprenden las manos obedientes, el Nuevo Testamento da un paso más. Jesucristo no solamente confirma el valor del trabajo y de la administración responsable, sino que utiliza el lenguaje de los negocios para explicar cómo espera que sus seguidores administren los recursos que les confía durante el tiempo entre su primera y segunda venida.

Lucas introduce la parábola con una observación significativa. Muchos de los que escuchaban a Jesús pensaban que el Reino de Dios aparecería de manera inmediata. El Maestro sabía que esa expectativa podía conducir a una actitud pasiva, como si lo único que correspondiera hacer fuera esperar. Para corregir esa idea narró la parábola de las minas. «Como la gente lo escuchaba, pasó a contarles una parábola, porque estaba cerca de Jerusalén y la gente pensaba que el reino de Dios iba a manifestarse en cualquier momento» Así que les dijo: «Un hombre de la nobleza se fue a un país lejano para ser coronado rey y luego regresar. Llamó a diez de sus siervos y entregó a cada cual una buena cantidad de dinero. Les instruyó: “Hagan negocio con este dinero hasta que yo vuelva”.» (Lucas 19: 11-13 NVI).

Estas palabras constituyen uno de los textos más sorprendentes del ministerio de Cristo. Jesús pudo haber colocado las siguientes palabras en los labios del hombre rico de la parábola: «Conserven el dinero», «guárdenlo cuidadosamente» o «esperen mi regreso». Sin embargo, utilizó un verbo que implica iniciativa, creatividad, responsabilidad y productividad. La orden fue clara: «Negociad entre tanto que vengo». La traducción Reina-Valera Actualizada 2015 expresa la misma idea diciendo: «Hagan negocios hasta que yo vuelva». Ambas versiones conservan el mismo sentido: el dinero recibido debía ponerse a trabajar.

El verbo griego *pragmateúomai* (πραγματεύομαι), utilizado por Lucas, significa dedicarse a los negocios, comerciar, realizar transacciones comerciales con el propósito de obtener rendimiento.[30] No describe una simple conservación del capital, sino una actividad económica intencional destinada a producir crecimiento y generar ganancias. Jesús escogió deliberadamente ese término porque deseaba enseñar que la fidelidad nunca es pasiva. El discípulo fiel desarrolla, multiplica y hace fructificar aquello que el Señor le ha confiado. Este detalle cambia la manera de comprender la parábola. El problema del tercer siervo no fue haber perdido el dinero. Ni siquiera lo había arriesgado. Su falta consistió en inmovilizar aquello que debía producir. Conservó intacto el capital, pero anuló su capacidad de generar nuevos recursos.

Después de ser coronado rey, «...a su regreso, mandó llamar a los siervos a quienes había entregado el dinero para saber cuánto había ganado cada uno.» (Lucas 19: 15 NVI). Jesús enfatiza el interés del hombre de la parábola por las ganancias. Sin duda, quería establecer una enseñanza para indicarnos que las ganancias es uno de los propósitos por el que se les entregó la cantidad referida.



Cuando el hombre regresó, el primer siervo presentó el resultado de su administración: «Se presentó el primero y dijo: "Señor, su dinero ha producido diez veces más". "¡Hiciste bien, siervo bueno! —le respondió el rey—. Puesto que has sido fiel en

tan poca cosa, te doy el gobierno de diez ciudades".» (Lucas 19: 16-17 NVI). La respuesta del hombre rico resulta extraordinaria. No felicita al siervo simplemente porque conservó el dinero. Lo elogia porque generó altas ganancias. La recompensa tampoco consiste únicamente en recibir más recursos. Recibe mayor responsabilidad. En el Reino de Dios, la productividad conduce a una mayordomía más amplia.

Craig L. Blomberg señala que la parábola enfatiza la responsabilidad del discípulo de utilizar activamente los recursos que Dios le entrega mientras espera el regreso de Cristo.[31] Esa responsabilidad incluye talentos, tiempo, oportunidades, influencia y recursos materiales. Todo debe desarrollarse y producir fruto.

Jesús no escogió accidentalmente la imagen de un negocio. Pudo haber utilizado la agricultura, la construcción o la navegación. Escogió el comercio porque comprendía que los negocios constituyen una de las formas más eficaces de multiplicar recursos y ampliar la influencia. Lejos de presentar la actividad empresarial como algo ajeno a la espiritualidad, la convirtió en una ilustración del funcionamiento del Reino.

Esta observación posee implicaciones para el creyente. Emprender deja de ser simplemente una posibilidad profesional entre muchas otras. Se convierte en una oportunidad extraordinaria para desarrollar los talentos recibidos, producir riqueza de manera honesta y ampliar las posibilidades de servir a Dios y al prójimo.

Michael E. Gerber sostiene que el verdadero emprendedor no crea



únicamente un empleo para sí mismo; construye un sistema capaz de generar valor continuamente.[32] Esa afirmación encuentra un sorprendente paralelo en la parábola de Jesús. El hombre rico de la parábola no esperaba un esfuerzo ocasional. Esperaba un proceso productivo que continuara dando fruto durante su ausencia.

Elena G. White, al comentar esta parábola, afirma que Cristo entrega talentos a todos sus hijos y espera que sean empleados

diligentemente para aumentar su utilidad y ampliar el alcance de su influencia. Escribe que «cada facultad, cada don y cada oportunidad constituyen un capital que debe producir para la gloria de Dios y el bien de la humanidad».[33] Estas palabras muestran que la productividad forma parte de la fidelidad cristiana. Enterrar los talentos nunca fue una expresión de prudencia; fue una manifestación de negligencia.

Aquí aparece una pregunta que cada uno debería responder con absoluta honestidad: Si Cristo regresara hoy y examinara los talentos, conocimientos, oportunidades y capacidades que ha colocado en tus manos, ¿podría decir que han producido fruto o descubriría que permanecen enterrados bajo el miedo, la indecisión o la comodidad?

La pregunta anterior no pretende producir temor. Pretende despertar responsabilidad. El Señor no entregó capacidades para que permanecieran ocultas. Las entregó para que produjeran bendición. Cada habilidad desarrollada, cada empresa construida con integridad, cada empleo generado y cada recurso obtenido honestamente pueden convertirse en una respuesta práctica al mandato de Cristo: «Hagan negocios hasta que yo vuelva.»

Por ello, emprender no constituye únicamente una aspiración económica. Constituye una manera concreta de obedecer a la instrucción de Jesús a multiplicar responsablemente aquello que Él mismo ha confiado a sus discípulos. La empresa deja entonces de ser solamente una fuente de ingresos; se convierte en un instrumento mediante el cual el Reino de Dios continúa produciendo fruto mientras espera el regreso de su Señor.

Del talento al patrimonio: la decisión de convertir las capacidades en riqueza

Una de las preguntas más importantes que un creyente puede hacerse no es cuánto dinero posee en este momento, sino cuánto valor es capaz de crear con los talentos que Dios le ha confiado. La diferencia entre ambas preguntas es enorme. La primera dirige la mirada hacia los recursos presentes; la segunda la orienta hacia el potencial que aún permanece sin desarrollar. Precisamente allí comienza el verdadero emprendimiento.

Con demasiada frecuencia las personas consideran que la riqueza depende exclusivamente del capital económico. Esperan ahorrar una gran cantidad de dinero antes de comenzar un negocio, imaginan que necesitan inversionistas importantes o creen que únicamente quienes nacieron en condiciones favorables pueden construir una empresa. La Biblia presenta una realidad diferente. Dios casi nunca comienza sus grandes obras entregando abundantes recursos financieros; normalmente comienza desarrollando personas capaces de administrar fielmente recursos pequeños.

La historia de José constituye un ejemplo extraordinario. Cuando fue vendido como esclavo, no poseía tierras, propiedades ni capital. Sin embargo, llevaba consigo algo mucho más valioso: integridad, capacidad administrativa, disciplina y confianza en Dios. Esas cualidades lo llevaron primero a administrar la casa de Potifar, luego los recursos de la prisión y, finalmente, la economía del imperio egipcio. La riqueza apareció después de que el carácter y las capacidades demostraron ser dignos de confianza. El patrimonio fue consecuencia de la mayordomía; nunca su punto de partida.

Este principio continúa siendo vigente. El recurso más valioso de un emprendimiento nunca será el dinero. El activo más importante siempre será la persona que dirige la empresa. Ningún capital económico puede compensar la falta de integridad, disciplina, visión o perseverancia. Por el contrario, un emprendedor con carácter sólido puede comenzar con recursos modestos y construir progresivamente una empresa, una organización o un negocio capaz de generar riqueza durante muchos años.

Jim Collins descubrió que las empresas que alcanzan resultados extraordinarios no comienzan necesariamente con mayores recursos, sino con líderes que combinan humildad, disciplina y determinación para perseguir objetivos de largo plazo.[34] Esta conclusión armoniza con la enseñanza bíblica.

Dios acostumbra a confiar mayores responsabilidades a quienes demuestran fidelidad en las pequeñas.

Jesucristo expresó exactamente ese principio al concluir la parábola del hombre rico que fue a recibir un reino: «Pues yo os digo que a todo

el que tiene, se le dará; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.» (Lucas 19: 26).



A primera vista estas palabras pueden parecer difíciles. Sin embargo, dentro del contexto de la parábola adquieren plena claridad. Jesús no está enseñando que Dios favorezca arbitrariamente a unos y perjudique a otros. Está revelando una ley de la mayordomía: quien desarrolla responsablemente los recursos recibidos demuestra estar preparado para administrar responsabilidades mayores. El crecimiento no comienza con la abundancia; comienza con la fidelidad.

Elena G. White comenta este principio con una observación profundamente práctica. Afirma que cada talento utilizado con diligencia aumenta la capacidad para recibir nuevos talentos y ejercer una influencia más amplia.[35] El crecimiento, por tanto, constituye un proceso. Dios no espera que una persona construya una gran empresa en un solo día. Espera que administre correctamente el primer cliente, la primera venta, el primer proyecto y la primera oportunidad.

El dinero sigue al valor

Existe una ley que atraviesa silenciosamente toda la economía y que pocas personas comprenden plenamente: el dinero siempre sigue al valor. Las personas entregan voluntariamente parte de sus recursos cuando perciben que reciben algo útil a cambio. Esta realidad explica por qué algunos emprendimientos prosperan mientras otros desaparecen rápidamente. No basta con abrir un negocio; es indispensable satisfacer una necesidad colectiva, y resolver un problema real mejor que las alternativas existentes.

Jesús enseñó este principio de una manera sorprendentemente sencilla: «Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.» (Mateo 5: 16).



Aunque el contexto inmediato se refiere al testimonio cristiano, la enseñanza contiene una aplicación extraordinaria para el emprendimiento. Las buenas obras generan confianza. La excelencia abre puertas. El servicio crea relaciones duraderas. Cuando un creyente desarrolla un producto de calidad, cumple su palabra, atiende con respeto y trabaja con excelencia, está permitiendo que su luz también brille en el ámbito empresarial.

Michael Porter, uno de los principales especialistas en estrategia competitiva, sostiene que el éxito sostenible depende de ofrecer un valor superior al que reciben los clientes mediante otras opciones disponibles.[36] Desde una perspectiva bíblica podríamos expresar esa misma idea de una manera diferente: el creyente glorifica a Dios cuando sirve tan bien a las personas que ellas experimentan el amor, la excelencia y la integridad del Reino a través de su trabajo.

Por ello, el objetivo del emprendimiento cristiano nunca debería reducirse a vender más. El propósito consiste en servir mejor. Cuando el servicio mejora continuamente, el valor aumenta. Cuando el valor aumenta, las personas están dispuestas a pagar justamente por aquello que reciben. Y cuando el dinero llega como consecuencia de ese valor creado con integridad, la riqueza deja de ser un accidente para convertirse en el fruto natural de un proceso bien orientado.

Emprender es una decisión de obediencia

Después de recorrer las páginas de las Escrituras resulta difícil sostener que el emprendimiento pertenece exclusivamente al ámbito económico. Dios bendice las manos que emprenden. (Deuteronomio 28: 8) Dios concede el poder para producir riqueza. (Deuteronomio 8: 18) La mujer virtuosa construye un patrimonio mediante su actividad empresarial. (Proverbios 31: 10-29) En la parábola, Jesús coloca en los labios del hombre rico que hagan negocio mientras esperan su regreso. En la

misma orden, Jesús deja a los creyentes la indicación de hacer negocios mientras esperamos su venida. En 1 Tesalonicenses 4: 13-18, Pablo alienta a los cristianos a mantener la esperanza en la segunda venida de Jesús, y la resurrección de los muertos. Unos versículos antes, dio la siguiente instrucción: «y que procuréis tener tranquilidad, y ocuparos en vuestros negocios, y trabajar con vuestras manos de la manera que os hemos mandado» (1 Tesalonisences 4: 11). Pablo indica dedicarse a los negocios propios y tener varios oficios. En el versículo 12, expresa las razones: para que no experimenten necesidades y para ejercer influencia positiva entre los incrédulos.

Frente a esta evidencia bíblica surge una conclusión inevitable. Para muchas personas, emprender deja de ser únicamente una oportunidad profesional y se convierte en una respuesta responsable al llamado de Dios de desarrollar plenamente los talentos recibidos. Permanecer inmóvil cuando el Señor ha concedido capacidades para crear valor significa renunciar voluntariamente a una parte del propósito para el cual esas capacidades fueron entregadas.

Por supuesto, no todos fundarán una gran empresa internacional. Algunos desarrollarán un pequeño negocio familiar; otros una consultoría profesional; otros una empresa agrícola, comercial, tecnológica o de servicios. La dimensión del emprendimiento no determina su valor delante de Dios. Lo que realmente importa es que los talentos confiados produzcan el fruto para el cual fueron concedidos.

Por eso, la pregunta que debiéramos plantearnos no es si posee suficientes recursos para comenzar. La pregunta debiera ser: ¿estoy dispuesto a permitir que Dios transforme los talentos que ya puso en mis manos en una fuente permanente de valor, riqueza y bendición para muchas personas? La respuesta a esa pregunta puede marcar el inicio de una nueva etapa en la vida.

Emprender: una decisión que puede cambiar una vida

Cada generación enfrenta desafíos económicos diferentes, pero todas comparten una misma necesidad: descubrir cómo utilizar fielmente los recursos que Dios coloca en sus manos. Algunos reciben abundantes

oportunidades; otros comienzan con recursos limitados. Sin embargo, la Biblia demuestra repetidamente que Dios no determina el futuro de una persona únicamente por aquello que posee, sino por la manera en que administra lo que ha recibido.

Las páginas de las Escrituras nos han presentado a un Dios que promete bendecir las manos que emprenden. Hemos descubierto que Él concede el poder para producir riqueza y que espera que sus hijos desarrollen los talentos confiados con diligencia y fidelidad. La mujer virtuosa nos enseñó que la espiritualidad y el emprendimiento no son caminos opuestos, sino expresiones complementarias de una misma mayordomía. Jesucristo confirmó esta verdad al ordenar a sus siervos: «Hagan negocios hasta que yo vuelva», recordándonos que la productividad también forma parte de la responsabilidad del Reino.

Quizá durante mucho tiempo el emprendimiento fue visto únicamente como una alternativa profesional o como una aspiración reservada para algunas personas con habilidades especiales. La Biblia propone una perspectiva diferente. Emprender significa convertir los dones recibidos de Dios en productos, bienes y servicios que bendigan a otros. Significa crear valor mediante el trabajo excelente, generar riqueza con integridad y administrar esos recursos de tal manera que glorifiquen al Señor y amplíen el alcance de su misión.

Si Dios ha puesto en tus manos conocimientos, experiencia, creatividad, salud, relaciones, oportunidades y la promesa de bendecir todo lo que emprendas, no permitas que esos talentos permanezcan ocultos por el temor o la indecisión. Ora, planifica, prepárate y comienza. Ningún gran emprendimiento nació siendo grande. Todos comenzaron con una decisión tomada por alguien que creyó que podía convertir una oportunidad en un servicio útil para los demás.

Tal vez nunca dirijas una empresa multinacional. Quizá tu emprendimiento sea un pequeño taller, una consultoría profesional, un negocio familiar, una empresa agrícola, una plataforma digital o una organización de servicios. El tamaño del emprendimiento no determinará su valor delante de Dios. Lo que realmente importará será la fidelidad con la que desarrolles los talentos que Él depositó en tus manos.

Recuerda siempre esta secuencia:

Dios bendice para que creemos valor.

El valor bien administrado genera riqueza.

La riqueza administrada con fidelidad financia la misión de Dios.

Cuando estas tres realidades se conjuntan, el emprendimiento deja de ser solamente una actividad económica y se convierte en una expresión de adoración, una manifestación de mayordomía y un instrumento mediante el cual Dios continúa bendiciendo al mundo.

Que la promesa de Moisés acompañe cada proyecto que emprendas: «El Señor mandará bendición a tus graneros y a todo lo que emprenda tu mano. Él te bendecirá en la tierra que el Señor tu Dios te da.» (Deuteronomio 28: 8, RVA-2015).

Has decidido emprender. Sin embargo, antes de abrir tu negocio necesitas comprender un principio que transformará tu manera de pensar para siempre. Muchas personas creen que el dinero nace cuando se vende un producto. La Biblia revela una realidad mucho más profunda. El dinero comienza a generarse mucho antes de la primera venta. Comienza cuando una persona decide crear valor para otros.

---

[1] Davidson, *A Love Song for the Sabbath*, 21–28.

[2] Ludwig Koehler, *The Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament* (E.J. Brill, 2000), 2:648–50.

[3] Kaiser, *Mission in the Old Testament*, 45–54.

[4] Davidson, *Flame of Yahweh*, 35–41.

[5] White, *Palabras de vida del gran Maestro*, 287–90.

[6] Wright, *Old Testament Ethics for the People of God*, 240–58.

[7] Koehler, *The Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*, 2:461–62.

[8] Peter Ferdinand Drucker, *Innovation and Entrepreneurship: Practice and Principles* (Harper & Row, 1985), 19–39.

[9] Howard H. Stevenson y David E. Gumpert, "The Heart of Entrepreneurship", Government Policy and Regulation, Harvard Business Review, el 1 de marzo de 1985, 85–94, https://hbr.org/1985/03/the-heart-of-entrepreneurship.

[10] White, *Palabras de vida del gran Maestro*, 326–34.

[11] Peter Ferdinand Drucker, *The Effective Executive* (Harper & Row, 1967), 117–36.

[12] Michael E. Gerber, *The E-Myth Revisited: Why Most Small Businesses Don't Work and What to Do About It* (Harper Collins, 2009), 45–71.
[13] White, *Palabras de vida del gran Maestro*, 344–50.
[14] Stevenson y Gumpert, "The Heart of Entrepreneurship", 85–94.
[15] Jim Collins, *Good to Great: Why Some Companies Make the Leap... And Others Don't* (HarperCollins, 2001), 63–89.
[16] Elena G. de White, *Obreros evangélicos* (Editorial ACES, 2020), 91–96.
[17] Simon Sinek, *Start with Why: How Great Leaders Inspire Everyone to Take Action* (Penguin, 2009), 37–59.
[18] Peter Ferdinand Drucker, *Management: Tasks, Responsibilities, Practices* (Harper & Row, 1974), 61–70.
[19] Saras D. Sarasvathy, *Effectuation: Elements of Entrepreneurial Expertise* (Edward Elgar Publishing, 2008), 20, https://doi.org/10.4337/9781848440197.
[20] Koehler, *The Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*, 2:310–12.
[21] Davidson, *Flame of Yahweh*, 706–14.
[22] Drucker, *Innovation and Entrepreneurship*, 28–45.
[23] Collins, *Good to Great*, 119–40.
[24] White, *Palabras de vida del gran Maestro*, 353–60.
[25] Stevenson y Gumpert, "The Heart of Entrepreneurship", 85–94.
[26] Drucker, *Management*, 411–25.
[27] Wright, *Old Testament Ethics for the People of God*, 240–66.
[28] White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, 15–28.
[29] Collins, *Good to Great*, 79–104.
[30] Walter Bauer y F. Wilbur Gingrich, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature: A Translation and Adaptation of the Fourth Revised and Augmented Edition of Walter Bauer's* (University of Chicago Press, 1979), 859.
[31] Craig L. Blomberg, *Interpreting the Parables* (InterVarsity Press, 2012), 267–79.
[32] Gerber, *The E-Myth Revisited*, 83–101.
[33] White, *Palabras de vida del gran Maestro*, 352–65.
[34] Collins, *Good to Great*, 33–58.
[35] White, *Palabras de vida del gran Maestro*, 353.
[36] Michael E. Porter, *Competitive Advantage: Creating and Sustaining Superior Performance* (Simon and Schuster, 2008), 37–53.


M
1000
BANCO CENTRAL DE
REPÚBLICA ARGENTINA
REPÚBLICA ARGENTINA
43202237 X

5. | LA GENERACIÓN DEL DINERO

«Acuérdate del Señor tu Dios, porque él es el que te da el poder para hacer riquezas, a fin de confirmar su pacto que juró a tus padres, como en este día.»

Deuteronomio 8:18

El dinero nunca ha sido el punto de partida

A lo largo de la historia, pocas palabras han despertado tantas emociones como la palabra dinero. Para algunos representa seguridad; para otros, libertad. Hay quienes lo consideran el camino hacia una vida mejor y quienes lo miran con desconfianza, como si fuera el origen de todos los males. Alrededor de él se han construido imperios, se han iniciado guerras, se han escrito leyes y se han tomado decisiones que han cambiado el rumbo de naciones enteras. Sin embargo, a pesar de su enorme influencia, pocas personas comprenden realmente cómo nace el dinero y por qué unas personas logran generarlo con relativa facilidad mientras otras trabajan durante toda su vida sin alcanzar estabilidad económica.

Una de las ideas más repetidas en el mundo financiero afirma que «el dinero produce dinero». La frase parece lógica, pero solo describe una parte pequeña de la realidad. Si fuera absolutamente cierta, bastaría con guardar un billete en un cajón para que al cabo de algunos años aparecieran otros a su lado. Todos sabemos que eso nunca ocurre. El dinero, por sí mismo, es incapaz de producir absolutamente nada. Un billete olvidado en una cartera conserva el mismo valor nominal con el que fue guardado; incluso puede perder poder adquisitivo con el paso del tiempo debido a la inflación. El dinero inmóvil no crea riqueza. Solamente espera que alguien con inteligencia, creatividad y disciplina lo convierta en una herramienta productiva.

La Biblia presenta una perspectiva completamente diferente. Antes de hablar de riquezas, habla del carácter. Antes de hablar de ganancias, habla del trabajo. Antes de hablar de abundancia, habla de sabiduría. En las Escrituras, el dinero nunca ocupa el primer lugar; siempre aparece como la consecuencia de principios mucho más profundos. Dios no comenzó entregando fortunas a Adán.

Lo colocó en un jardín para que lo cultivara y lo cuidara. No convirtió a José en administrador de Egipto el primer día que llegó como esclavo. Primero formó en él un carácter íntegro, una extraordinaria capacidad administrativa y una fidelidad inquebrantable. La riqueza llegó después. El dinero fue el resultado visible de una preparación invisible.

Por esa razón podríamos pensar que el dinero no constituye el origen de la riqueza; es una consecuencia del valor que una persona crea para los demás bajo la bendición de Dios.

Esta afirmación cambia completamente la manera de entender la economía. La mayoría de las personas dedica su vida persiguiendo dinero. Las Escrituras enseñan un camino diferente: primero se debe aprender a crear valor. Cuando una persona resuelve problemas, satisface necesidades y sirve con excelencia, el dinero aparece como una consecuencia natural de ese servicio. El dinero no premia simplemente el esfuerzo; recompensa el valor que el esfuerzo produce para otros.

Esta realidad puede observarse en todos los ámbitos de la vida. Un agricultor recibe ingresos porque produce alimentos que otras personas necesitan. Un médico obtiene honorarios porque contribuye a preservar la salud. Un arquitecto diseña espacios donde otros vivirán o trabajarán. Un programador desarrolla herramientas que facilitan tareas complejas. Un empresario organiza recursos, genera empleo y ofrece bienes o servicios útiles para la sociedad. En todos los casos ocurre el mismo fenómeno: el dinero fluye hacia quien crea valor para los demás.



Este principio también se encuentra arraigado en la revelación bíblica. Cuando

Moisés recordó al pueblo el origen de la prosperidad de Israel, escribió: «Acuérdate del Señor tu Dios, porque él es el que te da el poder para hacer riquezas, a fin de confirmar su pacto que juró a tus padres, como en este día.» (Deuteronomio 8: 18).

Obsérvese cuidadosamente el texto. Moisés no afirma que Dios simplemente entregue riquezas. Declara algo mucho más profundo: Dios concede el poder para producirlas. La palabra hebrea *kōaḥ* (כֹּחַ), traducida como «poder», comunica la idea de fuerza, capacidad, competencia, habilidad y energía para realizar una tarea.[1] La riqueza comienza mucho antes del dinero. Comienza en la capacidad que Dios desarrolla en una persona para crear, organizar, producir, administrar y perseverar.

Esta perspectiva posee enormes implicaciones para la mayordomía cristiana. Si Dios concede el poder para generar riqueza, entonces la formación del carácter, el desarrollo de habilidades, la adquisición de conocimientos y el perfeccionamiento profesional forman parte del proceso mediante el cual Él prepara a sus hijos para administrar mayores recursos. El dinero no cae del cielo como una lluvia inesperada. Normalmente llega al final de un proceso de crecimiento personal dirigido por la providencia divina.

Peter F. Drucker escribió que el propósito de toda organización consiste en crear un cliente mediante la creación de valor.[2] Aunque desarrolló esta idea desde la administración moderna, su observación armoniza notablemente con la cosmovisión bíblica. Nadie paga voluntariamente por aquello que no le aporta ningún beneficio. El dinero aparece cuando alguien encuentra una manera honesta de mejorar la vida de otra persona. Por ello, la pregunta más importante para quien desea prosperar no debería ser: ¿Cómo puedo ganar más dinero?, sino: ¿Qué valor puedo crear para servir mejor a los demás?

Elena G. White presenta un principio semejante cuando afirma que Dios espera que cada creyente desarrolle diligentemente los talentos recibidos. Escribe que los dones confiados por el Señor aumentan mediante el uso constante y la dedicación perseverante.[3] La productividad no nace de la casualidad, sino del desarrollo responsable de aquello que Dios ha colocado en nuestras manos. Cada conocimiento adquirido, cada habilidad perfeccionada y cada experiencia acumulada constituyen parte del

capital invisible con el que el Señor prepara a sus hijos para generar recursos que bendigan a otros.

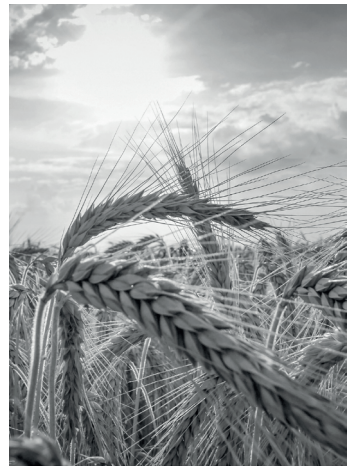
Por ello, antes de estudiar cómo se administra el dinero, cómo se ahorra o cómo se invierte, resulta indispensable comprender cómo se genera. La riqueza verdadera no comienza en una cuenta bancaria. Comienza en una mente renovada por la Palabra de Dios, en un carácter moldeado por el Espíritu Santo y en unas manos dispuestas a crear valor mediante un trabajo excelente. Cuando esas tres realidades se unen, el dinero deja de ser una meta obsesiva para convertirse en la consecuencia natural de una vida productiva.

La generación del dinero no constituye un misterio reservado para unos pocos privilegiados. Responde a principios claros, observables y profundamente bíblicos. Comprenderlos nos permitirá abandonar la búsqueda desesperada del dinero para concentrarse en aquello que realmente lo produce: la creación de valor bajo la bendición de Dios.

¿Qué es realmente el dinero?

Pocas palabras han influido tanto en la historia de la humanidad como la palabra dinero. Su presencia ha impulsado el desarrollo del comercio, la construcción de ciudades, el florecimiento de las artes, el progreso científico y la expansión de las naciones. Al mismo tiempo, su uso indebido ha provocado injusticias, guerras, corrupción y profundas desigualdades sociales. Esta doble realidad demuestra que el dinero posee un enorme poder, pero también revela una verdad frecuentemente olvidada: el dinero no posee voluntad propia. No es bueno ni malo en sí mismo. Su valor moral depende del corazón y de las manos que lo administran.

Es usual ver que se culpa al dinero por las malas decisiones de ciertas personas, como si este fuera un instrumento de Satanás. El dinero en sí mismo no conduce a la perdición del cristiano, ni constituye el instrumento que desvía a los fieles de los caminos del Señor o impulsa a los consagrados a abandonar la iglesia. Carecería de sentido un Dios que, tras conceder el poder para generar riquezas, utilizara estas mismas bendiciones como una trampa para inducir a la infidelidad, la apostasía o la deserción eclesiástica.



La realidad teológica nos recuerda que en la iglesia coexisten el trigo y la cizaña, compartiendo una apariencia sumamente similar. La cizaña también honra a Dios, guarda el sábado, participa en estudios bíblicos, ayuna, diezma, ofrenda y ora; realiza prácticamente las mismas acciones que el trigo, lo que suele confundir a la perspectiva humana. A este grupo se refirió Jesús al citar a Isaías: *«Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí»* (Mateo 15: 8).

La ausencia de Jesús en el lóbulo frontal activa mecanismos conductistas para impresionar y compensar, mediante aparentes buenas acciones, la ausencia real de Cristo en la mente y el corazón. Son ellos quienes reclamarán: *«Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?»* (Mateo 7:22), recibiendo como respuesta: «Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad» (Mateo 7: 23).

De este modo, quienes mantenían una feligresía intachable e incluso realizaban prodigios quedan al descubierto al revelarse que jamás sostuvieron una relación genuina con Dios. Por lo tanto, el dinero no corrompe al verdadero cristiano, sino que actúa como un catalizador que desenmascara la hipocresía y evidencia la falsedad de una espiritualidad superficial.

Con frecuencia se atribuyen al dinero cualidades que en realidad pertenecen al ser humano. Se dice que el dinero corrompe, divide familias o destruye valores. Sin embargo, las Escrituras nunca afirman que el dinero sea el origen del mal. El apóstol Pablo escribió con precisión: «Porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe y fueron traspasados de muchos dolores.» (1 Timoteo 6: 10).

El texto merece una lectura cuidadosa. Pablo no condena el dinero, sino el amor hacia él. La idolatría del dinero convierte un recurso útil en un falso dios capaz de gobernar las decisiones humanas. Cuando el



dinero ocupa el lugar que solo corresponde a Dios, deja de ser un instrumento de servicio para convertirse en un amo exigente que nunca queda satisfecho. El problema, por tanto, no reside en el dinero, sino en la orientación del corazón.

Desde una perspectiva económica, el dinero puede definirse como un medio de intercambio generalmente aceptado, utilizado para adquirir bienes y servicios, medir el valor económico y conservar temporalmente el fruto del trabajo. Esta definición, aceptada por la ciencia económica, explica su funcionamiento, pero resulta insuficiente para comprender su significado desde la cosmovisión bíblica. La Biblia no reduce el dinero a una herramienta comercial. Lo presenta como un recurso confiado por Dios para ser administrado con sabiduría, justicia y generosidad.

Por esa razón, la comprensión bíblica del dinero comienza mucho antes de la economía. Comienza en el relato de la creación. Dios es el dueño absoluto de todas las cosas. David lo expresó con una claridad extraordinaria cuando reunió las ofrendas destinadas a la construcción del templo: «Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer voluntariamente cosas semejantes? Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos.» (1 Crónicas 29: 14).

Esta declaración establece uno de los principios fundamentales: el dinero nunca deja de pertenecer a Dios. Los seres humanos no somos propietarios absolutos; somos administradores temporales de recursos que el Señor coloca bajo nuestra responsabilidad. Esta verdad transforma radicalmente la manera de entender la riqueza. Si el dinero pertenece a Dios, cada decisión financiera posee también una dimensión espiritual.

Jesús reforzó este principio mediante una pregunta dirigida a quienes intentaban comprometerlo políticamente: «Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario. Entonces les dijo: “¿De quién es esta imagen y la inscripción?” Le dijeron: “De César”. Y les dijo:

"Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios".» (Mateo 22: 19-21).

Más allá de la enseñanza sobre la autoridad civil, el pasaje establece una diferencia entre la moneda y la persona. La moneda lleva la imagen del emperador; el ser humano lleva la imagen del Creador. El dinero posee un valor instrumental; la persona posee un valor infinito porque fue creada a imagen y semejanza de Dios. Cuando esta jerarquía se invierte, el dinero termina gobernando a las personas. Cuando se mantiene correctamente, el dinero ocupa el lugar que le corresponde: el de un servidor útil, nunca el de un señor.

El economista Hernando de Soto ha demostrado que el dinero adquiere verdadero significado cuando representa valor real producido por personas, instituciones y bienes capaces de generar riqueza sostenible.[4] Su análisis económico coincide con un principio bíblico esencial: el dinero no crea valor por sí mismo; representa el valor previamente generado mediante el trabajo, la creatividad y la organización responsable de los recursos.

Elena G. White desarrolla una perspectiva semejante al afirmar que Dios confía bienes materiales a sus hijos como un depósito sagrado. Señala que cada recurso recibido debe administrarse con la conciencia de que un día será objeto de evaluación delante del Señor.[5] El dinero, por consiguiente, no constituye un fin independiente, sino una parte de la mayordomía integral que abarca el tiempo, los talentos, la influencia y las oportunidades. Desde esta perspectiva, el dinero puede comprenderse mediante cuatro dimensiones inseparables.

En primer lugar, es un medio de intercambio. Permite que el fruto del trabajo de una persona pueda intercambiarse por el trabajo de otra, facilitando la cooperación y el desarrollo de la sociedad.

En segundo lugar, es una medida de valor. Aunque no puede medir la dignidad humana ni el amor, sí permite asignar un valor económico a bienes y servicios dentro de un mercado.

En tercer lugar, es una reserva temporal de valor. Conserva parte del fruto del trabajo para ser utilizado en el futuro, aunque su poder adquisitivo pueda variar con el tiempo. Y esta es la dimensión que con mayor frecuencia se olvida, es un instrumento de mayordomía. En las manos

de un creyente, el dinero constituye un recurso que debe administrarse conforme a los principios del Reino de Dios. Su verdadero significado no depende únicamente de cuánto representa, sino del propósito para el cual será utilizado.

Por ello, antes de preguntar cuánto dinero posee una persona, conviene formular una pregunta mucho más confrontativa: ¿qué clase de mayordomo es? La respuesta a esa pregunta revelará mucho más acerca de su futuro financiero que el saldo de cualquier cuenta bancaria. El dinero puede perderse y recuperarse; el carácter, la sabiduría y la fidelidad constituyen el verdadero patrimonio desde el cual Dios continúa formando administradores capaces de crear valor, generar riqueza y convertirla en bendición para el mundo.

¿Cómo nace realmente el dinero?

Si se preguntara a un grupo de personas dónde nace el dinero, probablemente aparecerían respuestas diversas. Algunos dirían que nace en los bancos; otros afirmarían que se genera en las empresas; algunos pensarían en las bolsas de valores y otros señalarían a los gobiernos o a las fábricas de moneda. Aunque todas estas instituciones desempeñan un papel importante dentro del sistema económico, ninguna de ellas constituye el verdadero origen del dinero. Los bancos administran capital; los gobiernos emiten moneda; las empresas realizan transacciones; pero el dinero comienza a existir mucho antes de cualquiera de estos procesos. Su origen se encuentra en un principio mucho más sencillo y, al mismo tiempo, mucho más profundo: el dinero nace cuando una persona crea valor para otra.

Esta afirmación transforma completamente la manera de comprender la economía. El dinero no aparece por casualidad ni constituye una recompensa automática por el simple hecho de trabajar. Surge cuando alguien identifica una necesidad, desarrolla una solución útil y la pone al servicio de otras personas. El agricultor cultiva alimentos que otros necesitan; el médico protege la salud; el maestro transmite conocimiento; el constructor levanta viviendas; el empresario organiza recursos para producir bienes y servicios que mejoran la vida de la sociedad. En todos los casos ocurre el mismo fenómeno: primero se crea valor y después aparece el dinero como reconocimiento económico de ese valor.

Esta verdad ya estaba presente en la literatura del Antiguo Testamento. Salomón escribió: «¿Has visto hombre solícito en su trabajo? Delante de los reyes estará; no estará delante de los de baja condición.» (Proverbios 22: 29).

El proverbio no exalta únicamente el esfuerzo físico. La palabra traducida como «solícito» comunica la idea de una persona competente, hábil y excelente en su oficio. La excelencia produce confianza; la confianza abre oportunidades; y las oportunidades generan prosperidad. El camino hacia la abundancia comienza con la calidad del servicio que una persona ofrece a los demás.

El mismo principio aparece en otro proverbio frecuentemente citado: «La mano negligente empobrece; mas la mano de los diligentes enriquece.» (Proverbios 10: 4).

Aquí el contraste no se establece entre ricos y pobres, sino entre dos maneras de vivir. De un lado se encuentra la negligencia, caracterizada por la improvisación, el descuido y la falta de constancia. Del otro aparece la diligencia, entendida como trabajo inteligente, perseverancia y responsabilidad. Salomón enseña que la riqueza no depende únicamente de la cantidad de horas trabajadas, sino de la calidad con que ese trabajo crea valor para otros.

Jesucristo profundizó este principio al enseñar: «Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir.» (Lucas 6: 38).

Aunque el contexto inmediato se refiere a la generosidad, el principio refleja una ley universal del Reino de Dios: quien aporta valor, bendición y servicio a los demás termina recibiendo también bendición. La economía del Reino no comienza con la acumulación egoísta, sino con la disposición de servir. El dinero llega como consecuencia de ese servicio cuando este responde a necesidades reales y se ofrece con excelencia.



Los especialistas en emprendimiento han llegado a conclusiones semejantes. Peter Drucker afirmaba que el propósito fundamental de toda empresa consiste en crear un cliente, es decir, satisfacer una necesidad de tal manera que las personas deseen regresar voluntariamente.[6] Michael Porter explica que la ventaja competitiva sostenible surge cuando una organización crea un valor superior al de las demás alternativas disponibles.[7] Ambos autores, desde la administración moderna, coinciden con un principio que la Biblia enseñó miles de años antes: la prosperidad nace allí donde alguien sirve mejor que los demás.

Por esta razón, resulta más correcto afirmar que: el dinero sigue al valor, que decir simplemente que, el dinero sigue al trabajo. Muchas personas trabajan arduamente realizando tareas que apenas producen beneficio para otros, mientras que otras desarrollan soluciones altamente valiosas que transforman comunidades enteras. El mercado remunera el valor creado, no únicamente el esfuerzo invertido. Esta realidad explica por qué dos personas pueden dedicar el mismo número de horas al trabajo y obtener resultados económicos completamente diferentes.

Aquí conviene hacer una aclaración importante. Desde la perspectiva bíblica, el valor no se mide exclusivamente por el precio de mercado. Una madre que educa a sus hijos, un maestro que forma nuevas generaciones o un médico que salva una vida crean un valor inmenso que muchas veces supera cualquier compensación económica. El dinero constituye una medida útil para el intercambio comercial, pero jamás puede expresar plenamente el valor de una persona ni de su servicio. La dignidad humana continúa estando por encima de cualquier precio.



Sin embargo, cuando el creyente decide emprender un negocio, debe comprender esta ley económica creada por el propio Dios: la sostenibilidad financiera depende de la capacidad para crear valor de manera constante. Un negocio que deja de servir terminará desapareciendo. Una empresa

que deja de resolver problemas perderá sus clientes. Por el contrario, un emprendimiento que cuida a sus clientes, mejora sus productos y responde con excelencia a las necesidades del mercado encontrará oportunidades permanentes para crecer.

Elena G. White escribió que el trabajo diligente, realizado con espíritu de servicio, constituye una de las mayores bendiciones concedidas por Dios al ser humano. Señala que cada facultad desarrollada aumenta la capacidad de ser útil y de ampliar la influencia para el bien.[8] Esa utilidad constituye precisamente el valor del que estamos hablando. El creyente no trabaja únicamente para obtener ingresos; trabaja para convertirse en una bendición. Cuando esa bendición alcanza la vida de otras personas mediante productos y servicios excelentes, el dinero aparece como una consecuencia legítima y honorable.

Por ello, el emprendedor cristiano nunca debería preguntarse únicamente cuánto desea ganar. Esa pregunta, aunque importante, es secundaria. Las preguntas verdaderamente transformadoras son otras: ¿Qué problema importante puedo resolver para mejorar la vida de otras personas de una manera tan excelente que ellas deseen confiar en mi trabajo? ¿Qué necesidades detectadas puedo satisfacer que ningún otro puede hacerlo de manera magistral y excelente como lo hago yo?

La respuesta a esas preguntas determinará el futuro del emprendimiento mucho más que cualquier estrategia de ventas o campaña publicitaria. El dinero llegará después. Primero deberá existir el valor.

Aquí se encuentra una de las leyes más importantes de toda la economía del Reino de Dios: quien persigue únicamente el dinero termina compitiendo con miles de personas por un recurso limitado. Quien dedica su vida a crear valor encuentra oportunidades prácticamente ilimitadas para servir, prosperar y bendecir a otros. Esa es la razón por la cual Dios comienza formando personas antes de confiarles recursos. Porque la riqueza sostenible nunca nace del dinero; nace del carácter, de la honestidad, de la honradez, de la sabiduría, de la excelencia y de la capacidad de crear valor para el prójimo.

Los propósitos bíblicos del dinero

Después de comprender cómo se genera el dinero, surge una pregunta inevitable: ¿para qué quiere Dios que sus hijos produzcan riqueza?

La respuesta a esta pregunta determina toda la filosofía financiera de un creyente. Si el dinero se convierte en un fin, terminará gobernando la vida. Si, por el contrario, se comprende como un recurso confiado por Dios para cumplir propósitos superiores, ocupará el lugar correcto dentro de la existencia humana. El problema nunca ha sido el dinero; el verdadero problema aparece cuando se olvida el propósito para el cual Dios permite que llegue a nuestras manos.

La Escritura presenta una visión extraordinariamente equilibrada. Nunca glorifica la pobreza como una virtud espiritual, ni exalta la riqueza como una evidencia automática del favor divino. La Biblia dirige la atención hacia la fidelidad del ser humano. Un creyente puede disponer de muchos recursos o de pocos, pero en ambos casos será evaluado por la manera en que administró aquello que el Señor le confió. El dinero, por tanto, no constituye una medida de espiritualidad; constituye una prueba de mayordomía.

El dinero satisface las necesidades legítimas de la vida

El primer propósito del dinero es totalmente humano. Dios creó al ser humano con necesidades físicas que deben ser atendidas responsablemente. Alimentación, vestido, vivienda, salud, educación y descanso forman parte del diseño original del Creador. Procurar estos bienes mediante un trabajo honesto no representa una concesión al materialismo, sino una expresión de responsabilidad.

El apóstol Pablo escribió: «Pero si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo.» (1 Timoteo 5: 8).

Estas palabras colocan el trabajo productivo en una dimensión espiritual. Proveer dignamente para la familia no constituye únicamente una obligación social; forma parte del testimonio cristiano. El dinero empleado para satisfacer las necesidades legítimas del hogar cumple un propósito santo porque contribuye a preservar la vida, la dignidad y el bienestar de quienes Dios ha colocado bajo nuestro cuidado.

Elena G. White enseña que Dios desea que sus hijos disfruten responsablemente de los frutos del trabajo honrado y que aprendan a administrar sus recursos con prudencia, evitando tanto el despilfarro

como la privación innecesaria.[9] El equilibrio constituye una característica permanente de la mayordomía bíblica.



El dinero honra a Dios

El segundo propósito del dinero consiste en reconocer públicamente que Dios continúa siendo el verdadero dueño de todas las cosas. La prosperidad nunca debe conducir a la autosuficiencia. Cuanto mayor sean los recursos administrados, mayor debe ser la conciencia de dependencia del Señor. Salomón expresó este principio con palabras memorables: «Honra al Señor con tus bienes y con las primicias de todos tus frutos; entonces tus graneros estarán colmados con abundancia y tus lagares rebosarán de mosto.» (Proverbios 3: 9-10).

El texto no presenta las primicias como una transacción comercial para obtener bendiciones, sino como un acto de adoración. El creyente reconoce mediante sus bienes que todo cuanto posee proviene de Dios. La mayordomía comienza precisamente allí: cuando el dinero deja de ser un símbolo de independencia y se convierte en una expresión de gratitud.

David comprendía perfectamente este principio. Al reunir las ofrendas para la construcción del templo, exclamó: «Porque todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos.» (1 Crónicas 29: 14). Estas palabras resumen toda la enseñanza bíblica de la mayordomía. Nadie entrega realmente algo que ya le pertenezca por derecho absoluto. El creyente administra temporalmente aquello que Dios continúa poseyendo eternamente.

Christopher J. H. Wright observa que la economía del Antiguo Testamento nunca puede separarse de la adoración. Para Israel, administrar los bienes significaba reconocer diariamente la soberanía de Dios sobre la creación y sobre la vida de su pueblo.[10] La economía y la espiritualidad nunca fueron realidades independientes.

El dinero es un indicador del carácter

Pocas áreas revelan con tanta claridad el carácter humano como la administración del dinero. Las palabras pueden ocultar intenciones; las



decisiones financieras rara vez lo hacen. Allí donde una persona decide invertir su tiempo, sus recursos y sus prioridades, termina manifestando aquello que realmente gobierna su corazón.

Jesús declaró: «Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.» (Mateo 6: 21). El Señor no dijo que el corazón sigue al discurso religioso, sino al tesoro. Los recursos económicos revelan cuáles son las prioridades más profundas de una persona. Quien afirma amar a Dios, pero utiliza todos sus recursos exclusivamente para sí mismo, mantiene una contradicción que tarde o temprano saldrá a la luz.

Por esa razón, la Biblia presenta repetidamente el dinero como una prueba de fidelidad. En la parábola del hombre rico que fue a recibir un reino se felicita y se reconoce a dos siervos. El primero había generado diez veces tanto de ganancias. El segundo generó cinco veces tanto de ganancias. Después de informar el volumen de las ganancias, el señor de aquellos siervos los elogió públicamente declarando que eran «bueno» y «fiel». El volumen de las ganancias determinó los adjetivos: «bueno y fiel». Como recompensa por las ganancias generadas y por la fidelidad demostrada se les concedió gobernar sobre diez y cinco ciudades respectivamente. (Lucas 19:16-19). En caso contrario el siervo que no generó ganancias, se le llamó: «siervo malo» (Lucas 19:22). La razón de ese adjetivo fue por no haber generado utilidades. Su recompensa: se le retiró el capital confiado. Los adjetivos «bueno y fiel» revelan el carácter de los siervos. Por eso, el dinero es un indicador del carácter. El Señor no evalúa únicamente los resultados financieros. Evalúa la responsabilidad, la diligencia, la iniciativa y la confianza de sus siervos. El dinero se convierte así en un instrumento mediante el cual Dios revela y forma el carácter de sus administradores.

Randy Alcorn resume acertadamente este principio al afirmar que el dinero posee un extraordinario poder pedagógico: siempre se desplaza hacia aquello que el corazón considera más importante.[11] Aunque

escribe desde una perspectiva contemporánea, su conclusión coincide plenamente con la enseñanza de Jesús.

El dinero sostiene la familia y fortalece la comunidad

La Biblia nunca presenta la prosperidad como una experiencia aislada. La bendición económica tiene una dimensión comunitaria. Los recursos administrados con fidelidad fortalecen a la familia, crean oportunidades de trabajo, favorecen el desarrollo social y contribuyen a la estabilidad de la comunidad.

La mujer virtuosa de Proverbios 31 no trabaja únicamente para beneficio personal. Toda su casa disfruta del fruto de su diligencia. Sus siervas reciben dirección, su familia experimenta seguridad y los necesitados encuentran en ella una mano generosa. La prosperidad adquiere un sentido profundamente relacional.

Este principio continúa siendo extraordinariamente actual. Un emprendimiento bien administrado no solamente mejora la situación económica de quien lo dirige; también crea empleo, impulsa proveedores, beneficia clientes y fortalece la economía local. Cuando el dinero circula como resultado de un trabajo honesto, muchas personas participan de los beneficios generados por ese valor compartido.

El dinero financia la misión de Dios

Existe una diferencia profunda entre la perspectiva del mundo y la perspectiva bíblica acerca del dinero. Para la cultura contemporánea, la riqueza suele representar independencia, comodidad, prestigio o poder. La Biblia, en cambio, presenta una visión mucho más elevada. Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, los recursos económicos aparecen como instrumentos mediante los cuales Dios cumple sus propósitos redentores en la historia. En otras palabras, el dinero nunca fue creado para convertirse en un fin; fue confiado al ser humano para servir a un propósito infinitamente mayor que él mismo: la extensión del Reino de Dios.

Esta verdad puede observarse a lo largo de toda la historia bíblica. Dios prosperó a Abraham para que todas las familias de la tierra fueran bendecidas por medio de él. Bendijo a José para preservar la vida de naciones enteras durante los años de hambre. Concedió abundancia a David para preparar los materiales destinados al templo que levantaría

Salomón. En el Nuevo Testamento, creyentes como Lidia, José de Arimatea, Priscila y Aquila utilizaron sus recursos para sostener la expansión del evangelio. En ninguno de estos casos la prosperidad aparece como un premio al mérito personal. Siempre está ligada a una responsabilidad mucho mayor: colaborar con el cumplimiento del propósito de Dios en el mundo.

David comprendió esta realidad cuando convocó al pueblo para reunir las ofrendas destinadas al templo. Después de contemplar la generosidad de Israel elevó una oración que constituye una de las declaraciones más solemnes que un hombre pudiera pronunciar: «Las riquezas y la gloria proceden de ti, y tú dominas sobre todo; en tu mano está la fuerza y el poder, y en tu mano está engrandecer y dar poder a todos. Ahora pues, Dios nuestro, nosotros alabamos y loamos tu glorioso nombre. Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer voluntariamente cosas semejantes? Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos.» (1 Crónicas 29: 12-14).

Estas palabras destruyen cualquier ilusión de autosuficiencia. David reconoce que incluso la capacidad de ofrendar proviene previamente de Dios. El creyente no sostiene la obra divina con recursos propios; participa del privilegio de devolver al Señor la décima parte de aquello que primero recibió de su mano.

Esta perspectiva transforma radicalmente la manera de entender el éxito económico. La pregunta deja de ser: «¿Cuánto dinero he logrado acumular?» y se convierte en: «¿Cuánto ha avanzado el evangelio gracias a la manera en que administré los recursos que Él me confió?» La respuesta a esta segunda pregunta posee un valor eterno.

Jesucristo confirmó este principio durante el Sermón del Monte al declarar: «No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el óxido corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el óxido corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.» (Mateo 6: 19-21).

Con estas palabras el Señor no condena la administración prudente de los bienes materiales. Más bien invita a sus discípulos a reconocer que toda inversión posee un destino. Algunas producen beneficios temporales; otras

producen resultados eternos. El creyente sabio aprende a utilizar los recursos temporales para alcanzar propósitos que trascienden esta vida. Esa es la inversión más segura y rentable que un ser humano puede realizar.

Elena G. White desarrolla ampliamente este principio al afirmar que Dios concede bienes materiales para que su pueblo participe activamente en la proclamación del evangelio, el alivio del sufrimiento humano y la preparación de un pueblo para el regreso de Cristo. Escribe que «los recursos retenidos egoístamente terminan perdiendo su verdadero propósito, mientras que aquellos consagrados al servicio de Dios producen frutos que permanecerán por la eternidad.»[12] Esta perspectiva eleva el significado del dinero mucho más allá de la economía. Lo convierte en una herramienta de redención.

Desde esta perspectiva, el emprendimiento adquiere una dimensión completamente nueva. El creyente no funda una empresa únicamente para obtener ingresos. Emprende para crear una fuente permanente de recursos que permita sostener dignamente a su familia, bendecir a la sociedad y ampliar continuamente las posibilidades de servir a la causa del Señor. Cada cliente satisfecho, cada empleo generado y cada utilidad administrada con fidelidad pueden convertirse en parte de una cadena de bendiciones que alcanza lugares donde el emprendedor quizá nunca llegará personalmente.

Por ello, el éxito financiero jamás debería medirse únicamente por el tamaño del patrimonio acumulado. El verdadero éxito consiste en contemplar cuántas personas conocieron el amor de Dios, cuántas familias fueron fortalecidas, cuántos proyectos misioneros avanzaron, cuántos estudiantes recibieron educación cristiana, cuántos enfermos encontraron alivio y cuántas iglesias pudieron cumplir su misión gracias a una administración fiel de los recursos confiados por el Señor. Cuando el dinero se coloca al servicio de estos propósitos, deja de ser simplemente riqueza; se convierte en una inversión para la eternidad.



El dinero debe seguir produciendo bendición

Uno de los errores más frecuentes consiste en pensar que la administración termina cuando el dinero ha sido obtenido. La Biblia enseña exactamente lo contrario. Obtener recursos representa apenas el comienzo de la responsabilidad del ser humano. A partir de ese momento surge una nueva tarea: lograr que esos recursos continúen produciendo bien.

La parábola de las minas ofrece nuevamente una enseñanza extraordinaria. El señor no felicitó a sus siervos por conservar intacto el capital recibido. Los felicitó porque lograron multiplicarlo. Cada mina continuó produciendo nuevas minas. La bendición recibida se transformó en una bendición mayor. Este principio prepara el camino para el tema: la inversión responsable. Invertir no consiste simplemente en buscar mayor rentabilidad económica. Desde la perspectiva bíblica significa administrar los recursos de tal manera que continúen generando valor, riqueza y oportunidades para servir. El dinero inmovilizado limita su capacidad de bendecir; el dinero sabiamente administrado amplía continuamente el alcance del bien que puede realizar.

Sin adelantar el contenido, conviene establecer desde ahora un principio fundamental: Dios no solamente desea que sus hijos generen recursos; desea que aprendan a administrarlos con tal sabiduría que continúen produciendo bendición durante muchos años y alcancen generaciones futuras.

Esa perspectiva distingue la mayordomía bíblica de una simple administración financiera. No se trata únicamente de conservar un patrimonio, sino de multiplicar responsablemente la capacidad de servir a Dios y al prójimo.



La ley bíblica de la creación de valor

Después de comprender qué es el dinero, cómo se genera y cuáles son sus propósitos dentro del plan de Dios, surge una conclusión inevitable: la riqueza nunca comienza con el dinero; comienza con la capacidad de crear valor para los demás. Este

principio atraviesa silenciosamente toda la Escritura y explica por qué Dios prosperó a determinadas personas. No fue simplemente porque trabajaban mucho, sino porque su trabajo producía bienestar para otros y contribuía al cumplimiento de los propósitos divinos.

José creó valor al salvar del hambre a millones de personas mediante una administración extraordinaria. La mujer virtuosa creó valor al producir bienes de calidad, administrar eficientemente sus recursos y sostener a su familia. Pablo creó valor fabricando tiendas para no ser carga a las iglesias mientras anunciaba el evangelio. En todos los casos, el dinero fue la consecuencia visible de un servicio útil y excelente.

El mismo principio continúa vigente. Un emprendimiento prospera cuando mejora la vida de las personas. Mientras mayor sea el problema que resuelve y mejor sea la solución que ofrece, mayor será el valor que crea para la sociedad. El dinero no premia únicamente el esfuerzo; reconoce el beneficio que otros reciben gracias a ese esfuerzo.

Jesucristo resumió esta filosofía con una frase que transforma toda la economía del Reino de Dios en la tierra: «El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor; y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo.» (Mateo 20: 26-27).

Aunque el contexto se refiere al liderazgo, el principio también ilumina el emprendimiento. Los negocios más sólidos no nacen del deseo de vender más, sino del compromiso de servir mejor. Quien sirve con excelencia crea confianza; quien crea confianza construye relaciones duraderas; y donde existen relaciones basadas en la confianza, el valor termina convirtiéndose naturalmente en prosperidad.

Peter Drucker expresó una idea semejante al afirmar que el propósito de toda organización consiste en crear y conservar clientes mediante la satisfacción de necesidades reales.[13] La Biblia había enseñado ese principio siglos antes al colocar el servicio como el fundamento de toda grandeza.

Principios para generar dinero bajo la bendición de Dios

Las Escrituras muestran que la generación de riqueza no depende del azar ni de fórmulas secretas. Responde a principios permanentes que cualquier creyente puede cultivar con la ayuda de Dios.

En primer lugar, desarrolla los talentos que Dios te ha confiado. Cada habilidad perfeccionada aumenta la capacidad de servir y, por lo tanto, de crear valor.

En segundo lugar, satisface necesidades reales. Resuelve problemas tangibles. Los emprendimientos que perduran son aquellos que mejoran la vida de las personas de manera honesta y constante.

En tercer lugar, trabaja con excelencia. La calidad abre puertas que la publicidad jamás podrá abrir por sí sola. La reputación continúa siendo uno de los activos más valiosos de cualquier empresa.

En cuarto lugar, administra el dinero con sabiduría. Generar ingresos constituye apenas el comienzo de la mayordomía. Los recursos deberán administrarse con prudencia para cumplir los propósitos que Dios les ha asignado.

Finalmente, nunca pierdas de vista tu misión. El dinero es un excelente servidor, pero un pésimo señor. Cuando permanece bajo el gobierno de Dios, se convierte en un instrumento para sostener a la familia, servir a la comunidad, fortalecer la iglesia y extender el evangelio.

Elena G. White resume admirablemente este equilibrio al afirmar que Dios concede recursos a sus hijos para que sean colaboradores suyos en la bendición de la humanidad y en el avance de su obra.[14] La prosperidad encuentra su mayor significado cuando se convierte en un canal mediante el cual el amor de Dios alcanza a otros.

Conclusión

El dinero ha ocupado un lugar importante en la historia de la humanidad, pero nunca ha sido el centro del plan de Dios. La Biblia enseña que antes del dinero están el carácter, los talentos, el trabajo diligente y el servicio al prójimo. Quien comprende esta verdad deja de perseguir desesperadamente la riqueza y comienza a concentrarse en crear valor bajo la dirección del Señor.

La prosperidad que Dios concede no tiene como propósito alimentar el orgullo ni fomentar la autosuficiencia. Busca formar mayordomos fieles capaces de administrar los recursos con sabiduría, generosidad y visión eterna. Cuando el dinero ocupa ese lugar, deja de ser un ídolo para convertirse en un instrumento del Reino de Dios.

En el capítulo anterior descubrimos que Dios promete bendecir las manos que emprenden. En este capítulo hemos comprendido cómo esas manos comienzan a generar recursos. El siguiente paso consiste en aprender a administrarlos correctamente. Porque no basta con producir dinero; es indispensable saber dirigirlo con sabiduría para que continúe produciendo bendición.

---

[1] Koehler, *The Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*, 2:461–62.

[2] Drucker, *Management*, 61–70.

[3] White, *Palabras de vida del gran Maestro*, 326–34.

[4] Hernando de Soto, *El misterio del capital: por qué el capitalismo triunfa en Occidente y fracasa en el resto del mundo* (Ediciones Península, 2001), 35–58.

[5] White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, 15–32.

[6] Drucker, *Management*, 61–70.

[7] Michael E. Porter, *Competitive Advantage: Creating and Sustaining Superior Performance* (Simon and Schuster, 2008), 3–30.

[8] White, *La educación*, 262–71.

[9] White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, 249–60.

[10] Wright, *Old Testament Ethics for the People of God*, 147–70.

[11] Randy C. Alcorn, *El Principio Del Tesoro: Descubra El Secreto Del Dador Alegre* (Editorial Unilit, 2001), 21–38.

[12] White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, 34–57; 303–18.

[13] Drucker, *Management*, 61–70.

[14] White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, 15–28.

Jun.
Jul.
Aug.
167
186
198
MRC
M-
M+
OFF

6. | LA ADMINISTRACIÓN DEL DINERO

«Además, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel.»
1 Corintios 4:2.

Administrar el dinero es administrar la confianza de Dios

Después de recordar que Dios bendice las manos que emprenden y comprender cómo se genera el dinero, surge una pregunta: ¿qué debe hacerse con los recursos una vez que han sido obtenidos? La respuesta parece sencilla, pero de ella depende gran parte del bienestar espiritual, familiar y financiero de una persona. No basta con generar ingresos; es indispensable administrarlos con sabiduría. La historia está llena de personas que supieron ganar mucho dinero, pero nunca aprendieron a administrarlo, utilizarlo, ni conservarlo. Del mismo modo, existen familias con ingresos modestos que viven con estabilidad, provisión financiera para la vejez y capacidad de bendecir a otros, porque han aprendido el arte de administrar fielmente cada recurso que Dios puso en sus manos.

La administración del dinero no comienza con formato de presupuesto, en una hoja de cálculo, ni en una aplicación financiera. Comienza en el corazón. Antes de distribuir un solo peso, el creyente debe responder una pregunta fundamental: ¿de quién es realmente el dinero que administra? La respuesta determina toda la filosofía financiera de la vida. Si una persona considera que el dinero le pertenece exclusivamente a ella, administrará sus recursos conforme a sus propios intereses y deseos. Pero si reconoce que todo proviene de Dios y que ella actúa únicamente como administradora, cada decisión económica adquirirá una dimensión espiritual.

David expresó esta verdad con una claridad extraordinaria cuando declaró: «Tuya es, oh Señor, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo es el reino, oh Señor, y tú eres excelso sobre todos. Las riquezas y la gloria proceden de ti, y tú dominas sobre todo; en tu mano está la fuerza y el poder, y en tu mano está engrandecer y dar poder a todos.» (1 Crónicas 29: 11-12).

Estas palabras establecen el principio más importante de la administración financiera universal: Dios continúa siendo el propietario absoluto de todos los recursos del universo. El ser humano nunca deja de ser un administrador temporal. Esta verdad produce un cambio en la manera de elaborar un presupuesto, de ahorrar, de invertir y de consumir. El cristiano ya no pregunta simplemente: «¿Qué quiero hacer con mi dinero?». Pregunta: «Señor, ¿cómo deseas que administre lo que me has confiado?»

Jesús enseñó el mismo principio mediante una figura. En sus parábolas, los siervos reciben bienes, talentos o dinero que pertenecen al señor de la casa. Ninguno de ellos es propietario; todos son administradores temporales que un día deberán rendir cuentas. Esa enseñanza alcanza su máxima expresión en las palabras del apóstol Pablo: «Además, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel.» (1 Corintios 4: 2).



Pablo no afirma que se requiere que los administradores sean ricos, brillantes o exitosos. El requisito indispensable es la fidelidad. Dios no medirá únicamente cuánto dinero produjo un creyente durante su vida, sino cómo administró los recursos que le fueron confiados. La fidelidad constituye el criterio supremo del cielo.

Esta perspectiva protege al cristiano de dos errores comunes. El primero consiste en pensar que administrar dinero es una

actividad exclusivamente técnica. Sin duda, requiere conocimientos financieros, disciplina y planificación; pero, antes que todo eso, es un acto de obediencia. El segundo error consiste en reducir la mayordomía al momento de devolver el diezmo o presentar las ofrendas. La Biblia enseña una visión mucho más amplia. La mayordomía abarca cada decisión financiera: cómo se obtiene el dinero, cómo se administra, cómo se invierte, cómo se generan ganancias, cómo se heredan las propiedades y cómo se utiliza para glorificar a Dios y servir al prójimo.

Elena G. White resume este principio con palabras de gran profundidad al afirmar que Dios ha constituido a los seres humanos en administradores de sus bienes y que cada recurso confiado será objeto de una rendición de cuentas. La fidelidad en las cosas materiales forma parte del desarrollo del carácter y prepara al creyente para responsabilidades mayores en el Reino de Dios.[1] La administración del dinero, por lo tanto, no pertenece únicamente al ámbito económico; forma parte del proceso mediante el cual Dios forma administradores para la eternidad.

Comprender esta verdad transforma completamente la relación con el dinero. El creyente deja de verlo como un instrumento para satisfacer únicamente sus deseos personales y comienza a reconocerlo como un recurso sagrado que debe administrarse con inteligencia, prudencia y propósito. La pregunta deja de ser cuánto dinero posee y pasa a ser cuánto honor puede dar a Dios mediante la manera en que administra aquello que Él le ha confiado.

Por esta razón, el primer paso de toda administración financiera no consiste en hacer cuentas, sino en reconocer al verdadero Dueño. Solo después de establecer ese fundamento será posible elaborar un presupuesto que refleje los valores del cielo y no simplemente las prioridades del mercado.

Los principios bíblicos de la administración financiera

Toda buena administración comienza con principios y no con números. Un formato de presupuesto o una hoja de cálculo puede organizar los ingresos y los egresos de una familia, pero jamás podrá producir sabiduría. Un presupuesto correctamente elaborado resulta inútil cuando

quien lo administra carece de disciplina, prioridades claras o una visión espiritual de los recursos. Por esa razón, antes de enseñar cómo elaborar un presupuesto, resulta indispensable comprender los principios que Dios estableció para administrar fielmente las bendiciones que coloca en nuestras manos.

Dios ocupa el primer lugar

El principio más importante de toda administración financiera consiste en reconocer la soberanía de Dios sobre los bienes recibidos. La primera decisión económica de un creyente no consiste en pagar una deuda ni en cubrir un gasto; consiste en reconocer al verdadero Dueño de todos los recursos.

Salomón escribió: «Honra al Señor con tus bienes y con las primicias de todos tus frutos; entonces tus graneros estarán colmados con abundancia y tus lagares rebosarán de mosto.» (Proverbios 3: 9-10).

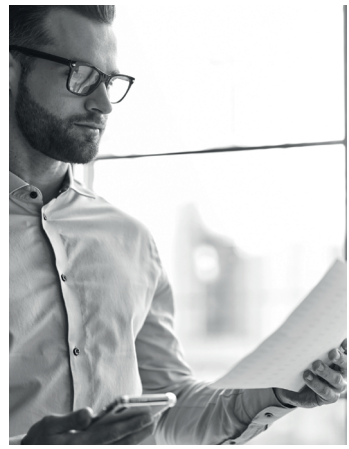
Honrar a Dios con los bienes significa reconocer que cada ingreso constituye primero una bendición recibida antes que una propiedad absoluta. Por esa razón, la devolución del diezmo y la planificación de las ofrendas no representan un gasto más dentro del presupuesto familiar. Constituyen los primeros egresos de mayordomía, mediante los cuales el creyente reconoce que administra recursos pertenecientes al Señor.

La planificación es una expresión de sabiduría

Dios nunca ha promovido la improvisación. Desde el arca construida por Noé hasta la reconstrucción de Jerusalén bajo el liderazgo de Nehemías, las grandes obras bíblicas estuvieron acompañadas de planificación, organización y previsión.

Jesús mismo enseñó este principio cuando declaró: «Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla?» (Lucas 14: 28).

Aunque el contexto inmediato se refiere al costo del discipulado, el principio también resulta aplicable a la administración financiera. La planificación evita decisiones impulsivas, permite asignar correctamente los recursos y ayuda a cumplir los compromisos adquiridos. Un presupuesto no limita la libertad; la protege.



Vivir dentro de las posibilidades que Dios concede

Uno de los mayores peligros de la cultura contemporánea consiste en estimular un estilo de vida basado en el consumo antes que en la capacidad real de pago. Muchas personas intentan aparentar una prosperidad que todavía no poseen, comprometiendo ingresos futuros para satisfacer deseos presentes.

La Escritura propone un camino diferente: «El rico se enseñorea de los pobres, y el que toma prestado es siervo del que presta.» (Proverbios 22: 7).

Este proverbio no condena toda forma de financiamiento legítimo, pero sí advierte acerca del peligro de convertir la deuda en una forma permanente de vida. La administración sabia procura que el nivel de gastos corresponda a los recursos disponibles, evitando que las obligaciones financieras esclavicen a una persona.

Pensar en el mañana también es un acto de mayordomía

La Biblia elogia repetidamente la prudencia. Ahorrar para enfrentar emergencias, prepararse para proyectos futuros y construir un patrimonio responsable no constituye falta de fe, sino una expresión de previsión.

Salomón invita a observar a uno de los más pequeños maestros de la naturaleza: «Ve a la hormiga, oh perezoso; mira sus caminos y sé sabio; la cual, no teniendo capitán, ni gobernador, ni señor, prepara en el verano su comida y recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento.» (Proverbios 6: 6-8).

La hormiga no acumula por avaricia; se prepara para el futuro. Del mismo modo, el creyente administra responsablemente sus recursos pensando no solo en las necesidades del presente, sino también en las responsabilidades que vendrán.

Administrar con una visión eterna

Toda administración financiera cristiana debe mirar más allá del presente. Los recursos materiales son temporales; los frutos espirituales permanecen para siempre. Por ello, cada decisión económica



debe responder a una pregunta sencilla: ¿esta forma de administrar mis recursos glorifica a Dios y contribuye al propósito para el cual Él me los confió?

Jesús resumió esta perspectiva con una invitación que atraviesa todo el Evangelio: «Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.» (Mateo 6: 33).

Cuando el cielo ocupa el primer lugar, el dinero encuentra el suyo. Deja de ser el centro de la vida para convertirse en un instrumento mediante el cual Dios bendice a la familia, fortalece a la iglesia, ayuda al necesitado y hace avanzar su misión en el mundo.

El plan de administración financiera familiar

Los principios solamente transforman la vida cuando encuentran una forma práctica de aplicarse. De poco sirve comprender que Dios es el dueño de todas las cosas si esa convicción no influye en la manera de organizar los ingresos, planificar los egresos y tomar decisiones económicas cada mes. Precisamente para convertir los principios en hábitos resulta indispensable elaborar un presupuesto.

Muchas personas consideran el presupuesto como una restricción. Imaginan que se trata de una lista de prohibiciones destinada a limitar el disfrute del dinero. La realidad es exactamente la contraria. Un buen presupuesto no restringe la libertad; la protege. Permite que cada peso recibido tenga un propósito antes de ser gastado. Evita que las emociones decidan por encima de la razón y ayuda a dirigir los recursos hacia las prioridades verdaderamente importantes.

El presupuesto también evita uno de los errores más comunes en las finanzas familiares: administrar únicamente con base en el dinero disponible en la cuenta bancaria. Cuando las decisiones económicas dependen exclusivamente del saldo del momento, el gasto impulsivo termina reemplazando la planificación. En cambio, cuando existe un plan previamente definido, cada ingreso recibe un destino antes de ser utilizado.

La Biblia refleja este principio de organización. José no esperó la llegada de los años de escasez para actuar. Durante los siete años de abundancia organizó cuidadosamente la recolección, el almacenamiento y la distribución del grano. Aquella planificación permitió preservar la vida de Egipto y de los pueblos vecinos cuando llegó la crisis.

La enseñanza es evidente: las bendiciones deben administrarse cuando abundan, no únicamente cuando comienzan a faltar. De igual manera, el dinero debe administrarse desde que es escaso, no cuando abunda.

Por esa razón, toda familia debería elaborar un presupuesto antes de iniciar el año, y revisarlo antes del inicio de cada mes. Ese presupuesto no debe responder únicamente a preguntas financieras, sino también espirituales y familiares. Debe reflejar cuáles son las prioridades del hogar, qué lugar ocupa Dios dentro de esas prioridades y cuáles son los objetivos que la familia desea alcanzar en el futuro.

Para facilitar este proceso, propongo un orden sencillo que puede adaptarse a cualquier nivel de ingresos.

I. Ingresos

En esta sección se registran todos los recursos que ingresarán durante el mes.

-Salarios.

-Honorarios.

-Utilidades de algún negocio o ventas.

-Comisiones.

-Rentas.

-Dividendos.

-Otros ingresos.

Lo importante es trabajar con cifras reales y no con expectativas inciertas.

II. Devolución al Señor

Antes de planificar cualquier otro egreso, el presupuesto debe reconocer a Dios como la fuente de toda bendición.

En esta sección se registran:

-Diezmo (10 % del ingreso o ganancias netas conforme a la enseñanza bíblica).

-Ofrendas sistemáticas (el porcentaje que cada creyente haya decidido apartar con oración y planificación).

-Ofrendas voluntarias destinadas a proyectos específicos cuando las haya.

Estos recursos forman parte de los egresos del presupuesto, porque salen del flujo de efectivo familiar, pero no pertenecen a la categoría de gastos.

Constituye una expresión de honestidad al devolver al dueño la décima parte que le pertenece. Las ofrendas expresan tangiblemente la adoración al Rey, y el sometimiento bajo.

Al final del capítulo encontrará el formato completo del presupuesto familiar, con un modelo práctico que cualquiera podrá utilizar inmediatamente en la administración de sus finanzas. Ese formato servirá de base para los capítulos posteriores sobre ahorro, patrimonio e inversiones.

III. Formación de patrimonio

Después de reconocer a Dios como el propietario de todos los recursos recibidos, el siguiente paso consiste en pensar en el futuro. Muchas personas trabajan durante décadas, pero nunca logran construir un patrimonio porque consumen prácticamente todo el dinero que producen. La estabilidad financiera no depende únicamente de cuánto dinero se gana, sino de la capacidad para conservar una parte de esos recursos y hacerlos crecer con el paso del tiempo. Quien consume todo cuanto recibe vive permanentemente dependiendo del siguiente ingreso. Quien aprende a reservar una parte de sus recursos comienza a construir tranquilidad para el mañana

La Biblia enseña un camino inteligente debido a que proviene de Dios. La buena administración no solamente atiende las necesidades del presente; también prepara el mañana.

Salomón escribió: «Tesoro precioso y aceite hay en la casa del sabio, pero el hombre insensato todo lo disipa.» (Proverbios 21: 20). Este proverbio presenta dos estilos de vida completamente diferentes. El sabio conserva una parte de los recursos que recibe y los administra prudentemente. El insensato consume todo cuanto llega a sus manos. La diferencia entre ambos no radica únicamente en el nivel de ingresos, sino en la forma como administran esos ingresos.

Por esta razón, el presupuesto debe contemplar un espacio para fortalecer el patrimonio familiar. En esta sección conviene registrar cuatro rubros fundamentales: (1) Fondo para emergencias, destinado a enfrentar situaciones inesperadas sin alterar la estabilidad del hogar, (2) ahorro programado, orientado al cumplimiento de metas futuras previamente definidas, (3) inversiones, que permitirán multiplicar responsablemente los recursos disponibles. Este tema será desarrollado ampliamente en un capítulo posterior, (4). proyectos familiares, se refiere a planes concretos que requerirán financiamiento, como un viaje, estudios universitarios de algún miembro de la familia.

Separar estas cuatro categorías evita uno de los errores más frecuentes: confundir el ahorro con la inversión. Aunque ambos contribuyen al crecimiento financiero, cumplen funciones distintas y deben planificarse de manera independiente.

En los capítulos siguientes estudiaremos cada uno de estos temas con mayor profundidad. Por ahora basta comprender un principio sencillo: no todo el dinero que ingresa debe destinarse al consumo. Una parte debe reservarse para construir seguridad financiera y aprovechar las oportunidades que Dios presente en el futuro.

IV. Gastos de sostenimiento familiar

Solo después de organizar las secciones anteriores se distribuyen los recursos destinados al funcionamiento normal del hogar. Este orden ayuda a evitar que los gastos cotidianos absorban completamente los ingresos antes de cumplir con las prioridades más importantes.

Cada familia puede adaptar este apartado de acuerdo con sus necesidades, pero generalmente incluirá conceptos como:

-Vivienda. (Renta o hipoteca, impuesto predial, mantenimiento de casa).

-Alimentación.

-Transporte.

-Salud.

-Educación.

-Servicios básicos. (Luz, agua, teléfono, internet)



-Ropa.
-Comunicación.
-Recreación.
-Otros gastos necesarios.

La clave no consiste en gastar menos por gastar menos, sino en procurar que cada desembolso responda a una necesidad real y contribuya al bienestar de la familia. El propósito no consiste en eliminar todo gasto que produzca satisfacción, sino en asegurar que cada desembolso responda a una necesidad real y esté en armonía con las posibilidades económicas de la familia. Un presupuesto equilibrado no priva a las personas del disfrute responsable de la vida; las protege del desperdicio, de las compras impulsivas y del endeudamiento innecesario.

Jesús enseñó un principio que también puede aplicarse a la administración financiera: «Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla?» (Lucas 14: 28).

Toda construcción exige planificación. Del mismo modo, toda familia necesita ordenar sus recursos antes de comprometerlos. La disciplina de elaborar un presupuesto mensual constituye una de las herramientas más eficaces para preservar la estabilidad económica y reducir las tensiones que con frecuencia producen las decisiones financieras improvisadas.

V. Balance mensual

Al finalizar cada mes debe verificarse que exista equilibrio entre los ingresos y los egresos.



La fórmula es sencilla: Ingresos − Devolución al Señor − Formación de patrimonio − Gastos de sostenimiento = Saldo disponible

Cuando el resultado es negativo, el presupuesto está indicando que el nivel de gastos supera la capacidad económica de la familia y será necesario hacer ajustes. Los ajustes normalmente indican reducir los gastos sin acorralar a la familia a un bajo nivel de vida. La indicación más oportuna

cuando el resultado es negativo consiste en buscar incrementar los ingresos comercializando una diversidad de productos, bienes o servicios.

Cuando existe un saldo positivo, ese excedente podrá destinarse al fortalecimiento del ahorro, a nuevas inversiones o a proyectos familiares previamente planificados.

El presupuesto no tiene como objetivo controlar a las personas, sino ayudarles a tomar decisiones conscientes. Un hogar que sabe hacia dónde se dirige económicamente enfrenta con mayor serenidad los imprevistos y aprovecha mejor las oportunidades que se presentan.

Estos recursos forman parte de los egresos del presupuesto, porque salen del flujo de efectivo familiar, pero no pertenecen a la categoría de los gastos. Constituyen una decisión espiritual y una expresión de gratitud hacia Dios antes de distribuir el resto de los ingresos. Al colocarlos en una sección independiente, el presupuesto recuerda permanentemente que la primera responsabilidad financiera del creyente no consiste en consumir, sino en reconocer la soberanía del Señor sobre todas las bendiciones recibidas.

Es importante comprender que un presupuesto no pretende controlar la vida de las personas, sino ayudarles a tomar decisiones conscientes. Cada peso que ingresa al hogar debe recibir una asignación antes de ser utilizado. Cuando el dinero no tiene un destino definido, termina siguiendo el camino más fácil: el consumo impulsivo. En cambio, cuando cada ingreso posee un propósito previamente establecido, la familia administra sus recursos con serenidad, evita conflictos innecesarios y avanza con mayor seguridad hacia sus metas.

El balance financiero es una radiografía de la administración del hogar que permite conocer la salud económica de una familia. No basta con registrar ingresos y egresos; es indispensable analizar el resultado que producen las decisiones tomadas durante el mes.

A fin de mes conviene responder cuatro preguntas sencillas: ¿los ingresos fueron suficientes para cubrir todos los compromisos? ¿Se devolvió fielmente al Señor lo que le corresponde? ¿Se logró ahorrar o invertir conforme al plan establecido? ¿Se gastó menos de lo que se recibió?

Las respuestas revelarán mucho más que un simple resultado matemático. Mostrarán si la familia está avanzando hacia sus objetivos o si necesita corregir algunos hábitos financieros.

Un balance saludable no significa necesariamente que sobren grandes cantidades de dinero. Significa que existe orden, planificación y dominio sobre los recursos. La estabilidad financiera no depende exclusivamente del monto de los ingresos, sino de la manera en que estos se administran.

Salomón escribió: «Los pensamientos del diligente ciertamente tienden a la abundancia; mas todo el que se apresura alocadamente, de cierto va a la pobreza.» (Proverbios 21: 5).

La abundancia no aparece como consecuencia del azar, sino del orden, la disciplina y la prudencia. Por esa razón, el presupuesto debe revisarse cada mes. No se trata de un documento que se llena una sola vez y luego se archiva. Es una herramienta dinámica que permite corregir errores, ajustar prioridades y fortalecer progresivamente la economía familiar.

Conviene también realizar una revisión más amplia cada tres meses. Ese momento permite evaluar si las metas financieras se están alcanzando, si el ahorro avanza conforme a lo planeado y si el porcentaje destinado a las distintas áreas continúa respondiendo a la realidad del hogar. La administración responsable requiere constancia, pero también flexibilidad para adaptarse a los cambios que inevitablemente presenta la vida.

Conclusión

Administrar correctamente el dinero constituye mucho más que una habilidad financiera. Es una expresión de sabiduría, disciplina y fidelidad. Dios no solamente desea bendecir a sus hijos con recursos; también anhela que aprendan a utilizarlos de manera responsable para su bienestar, para el fortalecimiento de sus familias y para el avance de su obra.

El presupuesto representa el primer paso práctico hacia esa administración responsable. Lejos de limitar la libertad, proporciona dirección. En lugar de permitir que las circunstancias gobiernen las decisiones económicas, ayuda a que cada recurso responda a un propósito previamente



establecido. Quien aprende a presupuestar deja de reaccionar ante los problemas y comienza a dirigir conscientemente el destino de sus finanzas.

La disciplina de planificar, revisar y ajustar el presupuesto mes tras mes produce resultados que trascienden el ámbito económico. Fortalece la comunicación familiar, reduce tensiones, fomenta el trabajo en equipo y desarrolla hábitos que acompañarán a la familia durante toda la vida. Un presupuesto bien elaborado no solo organiza el dinero; también ayuda a ordenar las prioridades del hogar.

Sin embargo, elaborar un presupuesto no garantiza por sí mismo la prosperidad. El siguiente desafío consiste en aprender a conservar y multiplicar los recursos que permanecen después de cubrir los compromisos del mes. Ahorrar con propósito, proteger el patrimonio e invertir con sabiduría son habilidades que todo creyente necesita desarrollar si desea que las bendiciones recibidas continúen produciendo fruto.

Hasta aquí hemos aprendido a organizar los recursos mediante un presupuesto. La siguiente pregunta surge naturalmente: ¿qué debe hacerse con el dinero que permanece después de cubrir las responsabilidades del mes?

La respuesta nos llevará al siguiente capítulo, donde descubriremos que el ahorro no consiste simplemente en guardar dinero, sino en preparar responsablemente el futuro y construir los cimientos del patrimonio familiar.

---

[1] White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, 15–30.


£500.00
£375.00
Home
Medical
Personal Items
Travel
Utilities
Other
Budget
Actual
Auto
Entertainment
Travel
Food
Utilities
5%
8%

APÉNDICE: PLAN DE ADMINISTRACIÓN FINANCIERA

La buena administración de los recursos divinos requiere tanto de una convicción espiritual como de una herramienta metodológica. Independientemente de tu nivel de experiencia en la elaboración de presupuestos, te proponemos el siguiente modelo práctico diseñado para dar orden, claridad y dirección al flujo financiero de tu hogar.

Este formato te permitirá registrar de manera mensual y anual el destino de cada uno de tus ingresos, garantizando el cumplimiento de tus responsabilidades básicas, el honrar al Señor en primer lugar y la asignación disciplinada de fondos para tu ahorro, inversiones y plan de retiro. Utiliza esta sección como un punto de encuentro familiar donde puedan tomar decisiones financieras sabias, medir sus indicadores de avance y asegurar un rumbo claro hacia la libertad y la multiplicación financiera.

PLAN DE ADMINISTRACIÓN FINANCIERA FAMILIAR

Familia:	Mes:	Año:
Responsable:		

Categoría	Concepto	%	Mensual	Anual	Observaciones
INGRESOS 	Salario				
	Negocios				
	Honorarios				
	Otros				
	TOTAL INGRESOS				

EGRESOS

Categoría	Concepto	%	Mensual	Anual	Observaciones
DEVOLUCIÓN AL SEÑOR 	Diezmo (10%)	10%			
	Ofrendas sistemáticas (%)				
	Ofrendas especiales				
	SUBTOTAL				
DEUDAS 	Tarjetas de crédito				
	Préstamos				
	Pagarés				
	Otras deudas				
	SUBTOTAL				

Categoría	Concepto	%	Mensual	Anual	Observaciones
ATENCIÓN MÉDICA 	Médico				
	Dentista				
	Medicinas				
	Seguros				
	Otros				
	SUBTOTAL				
GASTOS DE SOSTENIMIENTO 	Vivienda / Renta				
	Alimentación				
	Despensa				
	Educación				
	Ropa y calzado				
	Comunicación				
	Otros				
	SUBTOTAL				
SERVICIOS 	Luz				
	Agua				
	Gas				
	Teléfono				
	Internet				
	SUBTOTAL				

Categoría	Concepto	%	Mensual	Anual	Observaciones
TRANSPORTE 	Cuota mensual del auto				
	Gasolina				
	Cambio de aceite				
	Seguro de auto				
	Placas				
	Tenencia				
	Mantenimiento				
	Reparación				
	Pasajes				
	SUBTOTAL				
ENTRETENIMIENTO Y RECREACIÓN 	Restaurante				
	Excursión y paseos				
	Vacaciones				
	SUBTOTAL				
OTROS SEGUROS 	Seguro de vida				
	Otros				
	SUBTOTAL				
FORMACIÓN DE PATRIMONIO 	Fondo de emergencia				
	Ahorro				
	Inversiones				

Categoría	Concepto	%	Mensual	Anual	Observaciones
FORMACIÓN DE PATRIMONIO 	Capital para negocio				
	Proyectos familiares				
	Plan personal de retiro				
	SUBTOTAL				
GASTOS VARIOS 	Artículos de higiene personal				
	Estética / Peluquería				
	Lavandería/Tintorería				
	Suscripciones				
	Regalos y caridad				
	Imprevistos generales				
	Libros y cursos				
TOTAL DE EGRESOS					

TOTAL DE GASTOS	
Ingreso neto disponible	
Total de gastos	
Utilidad / pérdida	



FÓRMULA:
Ingresos - Devolución al Señor - Formación de patrimonio - Gastos

Metas financieras del mes

Meta 1:

Meta 2:

Meta 3:

Meta 4:

Meta 5:

Decisiones familiares

Indicadores de seguimiento

- ☐ Presupuesto equilibrado
- ☐ Diezmo devuelto
- ☐ Ofrendas planificadas
- ☐ Ahorro realizado
- ☐ Inversión realizada
- ☐ Sin déficit



7. | EL AHORRO: PREPARANDO HOY LAS BENDICIONES DEL MAÑANA

«Ve a la hormiga, oh perezoso; mira sus caminos y sé sabio; la cual, no teniendo capitán, ni gobernador, ni señor, prepara en el verano su comida y recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento».

Deuteronomio 8:18

Preparar responsablemente el futuro

La administración del dinero no termina cuando una persona aprende a trabajar, emprender o elaborar un presupuesto. Esos pasos constituyen apenas el comienzo. Una vez obtenidos los recursos y organizada su distribución, surge una pregunta que determinará en gran medida el futuro económico de cualquier familia: ¿qué haremos con la parte de los ingresos que no necesitamos consumir inmediatamente?

La respuesta a esa pregunta marcará la diferencia entre quienes viven permanentemente reaccionando a las circunstancias y quienes construyen, poco a poco, un patrimonio capaz de sostener a su familia, costear sus proyectos, financiar su misión, y ampliar su capacidad para servir a Dios y a los demás.

Vivimos en una cultura que promueve el consumo inmediato. La publicidad persuade constantemente al individuo de que la felicidad consiste en adquirir, experimentar y disfrutar hoy, aun cuando ello comprometa los ingresos del mañana. La facilidad del crédito ha reforzado esa mentalidad, haciendo creer que es posible sostener indefinidamente un estilo de vida superior a la capacidad económica real. Sin embargo, la experiencia demuestra que las decisiones impulsivas producen una satisfacción pasajera, mientras que la disciplina genera estabilidad y libertad.

La Biblia presenta un camino diferente. Enseña que Dios no solamente concede recursos para atender las necesidades presentes, sino también para preparar responsablemente el futuro. El ahorro, por lo

tanto, no debe entenderse como una simple técnica financiera. Constituye una expresión de sabiduría, previsión y dominio propio. Es una disciplina que forma el carácter y prepara al creyente para administrar responsabilidades cada vez mayores.

Esta perspectiva aparece desde la parábola de los talentos. El Señor entregó sus bienes a cada siervo «conforme a su capacidad» (Mateo 25:15). En el libro "Y les entregó sus bienes" se explica que esa capacidad no se refiere únicamente a las habilidades naturales, sino también a cualidades desarrolladas mediante la práctica: diligencia, productividad, organización, lealtad, administración responsable de los recursos y capacidad para ahorrar. Dios confía mayores responsabilidades a quienes han demostrado fidelidad en el manejo de las menores.

Este principio encuentra eco en las palabras de Jesús: «El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto» (Lucas. 16: 10).

La fidelidad no comienza cuando se administran grandes patrimonios. Comienza cuando una persona decide honrar a Dios con los recursos modestos que hoy tiene en sus manos. La disciplina de reservar una parte de cada ingreso para el futuro constituye una escuela donde se forman la prudencia, la paciencia y la visión.

Elena G. White afirma que el Señor prueba a sus hijos por medio del uso que hacen de los bienes temporales. La manera en que administran los recursos presentes revela si están preparados para recibir responsabilidades mayores y participar con mayor amplitud en la obra de Dios.[1] Su pensamiento armoniza plenamente con la parábola de los talentos: la fidelidad en lo pequeño prepara el camino para recibir más.



Resulta interesante observar que los principios defendidos por la educación financiera contemporánea coinciden notablemente con esta enseñanza bíblica. Howard Dayton sostiene que la estabilidad económica comienza cuando las personas aprenden a vivir por debajo de sus

posibilidades y reservan sistemáticamente una parte de sus ingresos para el futuro.[2] Dave Ramsey llega a una conclusión semejante al afirmar que el ahorro constituye el primer paso hacia la libertad financiera porque protege a la familia frente a las crisis y evita que las emergencias se conviertan en deudas permanentes.[3]

La coincidencia no es casual. La investigación financiera moderna ha comprobado, mediante la experiencia y el análisis económico, principios que la Biblia reveló hace siglos. La previsión, la disciplina, el dominio propio y la planificación no son únicamente estrategias financieras; son valores profundamente espirituales que reflejan el carácter del Dios que actúa con orden, propósito y sabiduría.

Por esa razón, este capítulo no pretende enseñar simplemente cómo guardar dinero. Su propósito consiste en demostrar que el ahorro forma parte del plan de Dios para el desarrollo integral del creyente. Mediante él se fortalece el carácter, se protege a la familia, se forman los recursos necesarios para emprender e invertir, y se amplía la capacidad de sostener la misión que Dios ha confiado a cada uno de sus hijos. Como se señala en el libro "Y les entregó sus bienes", los talentos fueron concedidos para generar los recursos que financien la vida, el servicio y el cumplimiento de la misión. El ahorro constituye uno de los puentes que conecta esos talentos con un futuro de mayor utilidad para el Reino de Dios.

La enseñanza bíblica del ahorro

Cuando se habla del ahorro, muchas personas lo consideran un concepto exclusivamente económico. Lo asocian con bancos, inversiones, planes de retiro o estrategias financieras. Sin embargo, una lectura cuidadosa de las Escrituras revela que el ahorro nace mucho antes que las instituciones financieras modernas. Sus raíces se encuentran en la forma misma en que Dios gobierna el universo.

Desde el relato de la creación observamos que Dios actúa con orden, propósito y planificación. Nada ocurre por improvisación. Cada etapa prepara la siguiente y cada recurso es colocado en el momento oportuno para garantizar la continuidad de la vida. Este patrón divino constituye el fundamento de toda buena administración. La previsión no es una invención humana; refleja un atributo del carácter de Dios.

Una gran lección explicita sobre el ahorro aparece en el libro de Proverbios: «Ve a la hormiga, oh perezoso; mira sus caminos y sé sabio; la cual, no teniendo capitán, ni gobernador, ni señor, prepara en el verano su comida y recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento.» (Proverbios 6: 6–8).

A primera vista, este pasaje parece ser únicamente una exhortación contra la pereza. Sin embargo, el texto contiene una enseñanza mucho más amplia. Salomón invita a observar el comportamiento de uno de los seres más pequeños de la creación para descubrir un principio de sabiduría aplicable a toda la vida. La hormiga trabaja durante la abundancia guardando para el futuro. No consume inmediatamente todo lo que obtiene ni espera la llegada del invierno para comenzar a prepararse. Su conducta demuestra previsión, disciplina y constancia.

El énfasis del pasaje no recae únicamente en almacenar alimento. El centro de la enseñanza es la sabiduría. En la literatura sapiencial del Antiguo Testamento, el sabio es la persona que vive conforme al orden establecido por Dios. Por ello, ahorrar no constituye simplemente una decisión económica; representa una manifestación práctica de la sabiduría bíblica.

Esta enseñanza encuentra un desarrollo extraordinario en la historia de José. Después de interpretar los sueños del faraón, anunció que Egipto viviría siete años de abundancia seguidos por siete años de hambre. La solución propuesta por José no consistió en orar esperando un milagro que evitara la crisis. Tampoco aconsejó consumir toda la producción mientras durara la prosperidad. Bajo la dirección de Dios, organizó un sistema de administración mediante el cual se almacenó una parte de las cosechas durante los años de abundancia para sostener a la nación durante el tiempo de escasez (Génesis 41: 33–36).

Este episodio constituye uno de los ejemplos más completos de planificación económica registrados en las Escrituras. La previsión no nació del temor, sino de la confianza en la revelación divina. José creyó la advertencia de Dios y actuó responsablemente. Su fe produjo planificación; y la planificación preservó la vida de pueblos enteros.

Elena G. White observa que Dios concedió a José sabiduría administrativa para preservar la vida de millones de personas y preparar el



cumplimiento de sus propósitos redentores. Señala además que la prudencia y la economía inteligente nunca deben confundirse con incredulidad, porque ambas forman parte de la administración responsable de las bendiciones divinas.[4]

Resulta significativo que las ciencias económicas contemporáneas lleguen a conclusiones semejantes. La planificación financiera moderna recomienda aprovechar los períodos de estabilidad para constituir reservas destinadas a enfrentar las inevitables fluctuaciones económicas. Howard Dayton sostiene que las familias financieramente sanas se preparan para las crisis antes de que estas aparezcan, precisamente porque reconocen que las dificultades forman parte normal de la vida.[5] Morgan Housel añade que la riqueza no depende únicamente de cuánto se gana, sino de la capacidad para conservar recursos suficientes que permitan afrontar la incertidumbre sin perder la libertad de decidir.[6]

La coincidencia entre estos autores y el relato bíblico no es accidental. Ambos describen el mismo principio desde perspectivas diferentes. La revelación lo presenta como una expresión de sabiduría otorgada por Dios; la investigación económica lo confirma mediante la observación del comportamiento humano.

La parábola de los talentos añade un elemento decisivo para comprender la enseñanza bíblica del ahorro. Jesús no elogió a los siervos únicamente porque produjeron ganancias. También destacó la manera responsable en que administraron los bienes confiados. En el libro *"Y les entregó sus bienes"*, se señala que la distribución de los talentos no fue arbitraria. El dueño tomó en cuenta la capacidad demostrada por cada siervo: su diligencia, productividad, organización, lealtad y capacidad para administrar prudentemente los recursos recibidos. Esa observación amplía el significado tradicional de la parábola y permite comprender que el ahorro forma parte del proceso mediante el cual Dios prepara a una persona para recibir mayores responsabilidades.



Por ello, el ahorro no constituye el propósito final de la administración del dinero. Nadie ahorra simplemente para contemplar una cuenta bancaria más grande. El ahorro representa una etapa intermedia dentro de un propósito mucho mayor. Transforma los ingresos en capital; el capital hace posible el emprendimiento y la inversión; y estos, administrados con fidelidad, generan nuevos recursos que sostienen a la familia y amplían la capacidad para servir al Reino de Dios. El ahorro es como un puente entre la obtención de recursos y la construcción de un patrimonio útil para la misión.

En consecuencia, el ahorro no debe entenderse como una actitud de temor frente al futuro, sino como una respuesta de fidelidad frente al presente. Quien ahorra reconoce que Dios es el Proveedor de todas las cosas, pero también acepta que el mismo Dios espera de sus hijos prudencia, previsión y responsabilidad. La fe auténtica nunca reemplaza la buena administración; la inspira y la fortalece.

¿Cuándo comenzar a ahorrar?

Después de comprender que el ahorro forma parte de la sabiduría bíblica y del desarrollo del carácter cristiano, surge una pregunta inevitable: ¿cuál es el momento adecuado para comenzar a ahorrar?

La respuesta más frecuente suele ser: cuando gane más dinero. Muchos imaginan que el ahorro es un privilegio reservado para quienes disfrutan de ingresos elevados. Piensan que primero deben mejorar su salario, liquidar sus deudas, terminar de pagar la casa o alcanzar cierta estabilidad económica. Solo entonces, consideran, llegará el momento de reservar una parte de sus ingresos.

Sin embargo, la experiencia demuestra exactamente lo contrario. Las personas que nunca desarrollaron el hábito de ahorrar cuando administraban cantidades pequeñas difícilmente lo harán cuando sus ingresos

aumenten. Con frecuencia, al crecer el ingreso también crecen el nivel de vida, las obligaciones y los gastos. El problema no radica únicamente en cuánto dinero se recibe, sino en la manera en que se administra.

La Biblia enseña este principio mediante una afirmación de Jesús que trasciende el ámbito económico: «El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto.» (Lucas 16: 10).

Aunque estas palabras aparecen dentro de una enseñanza sobre la administración de los bienes, su alcance es mucho más amplio. Jesús establece una ley del Reino: las grandes responsabilidades se preparan mediante la fidelidad en las pequeñas. Dios no espera que una persona aprenda a administrar correctamente cuando reciba abundancia; espera que demuestre fidelidad con los recursos que hoy posee.

Este principio aparece repetidamente en las Escrituras. David fue pastor antes de ser rey; Eliseo sirvió a Elías antes de dirigir la escuela de los profetas; los discípulos fueron enviados a ciudades pequeñas cercanas antes de recibir la misión mundial. Pareciera que Dios acostumbra a preparar a sus hijos mediante experiencias aparentemente sencillas, porque el carácter se forma en las decisiones cotidianas y no únicamente en los grandes acontecimientos.

La misma lógica se observa en la parábola de los talentos. El señor entregó diferentes cantidades «conforme a la capacidad» de cada siervo (Mateo 25: 15). Esa capacidad no era estática; podía desarrollarse. Comprendía la diligencia, la productividad, la organización personal, la fidelidad y la prudencia en la administración de los bienes confiados.[7] En consecuencia, aprender a ahorrar forma parte del proceso mediante el cual Dios capacita al creyente para asumir responsabilidades mayores.

Elena G. White desarrolla esta misma idea al señalar que Dios observa cuidadosamente la manera en que administramos las bendiciones temporales. La fidelidad en el uso de los bienes materiales constituye una preparación para recibir responsabilidades más amplias y para participar con mayor eficacia en la obra del Señor.[8] El ahorro, por lo tanto, no es únicamente una práctica económica; es una escuela donde Dios fortalece la disciplina, el dominio propio y la visión de largo plazo.

Se puede comprobar que la educación financiera contemporánea coincide con este principio bíblico. George S. Clason afirma que la prosperidad comienza cuando una persona adquiere el hábito de conservar sistemáticamente una parte de todo lo que produce.[9] No recomienda esperar un aumento de salario ni una oportunidad extraordinaria. El cambio comienza con una decisión cotidiana.

Thomas J. Stanley, después de estudiar durante años a personas que construyeron un patrimonio considerable, llegó a una conclusión semejante: la mayoría no inició con grandes ingresos, sino con hábitos constantes de ahorro, consumo moderado y planificación a largo plazo.[10] La riqueza, suele ser consecuencia de la disciplina antes que del nivel de ingresos.

Estas conclusiones confirman un principio que la Biblia había revelado siglos antes. La prosperidad sostenible no comienza cuando cambia la cantidad de dinero que llega a nuestras manos; comienza cuando cambia la manera en que administramos ese dinero.

Por esa razón, la pregunta correcta no es: «¿Cuándo ganaré lo suficiente para ahorrar?», sino: «¿Cuándo comenzaré a desarrollar el hábito del ahorro?» La respuesta bíblica es sencilla: hoy.

Cada ingreso constituye una oportunidad para formar el carácter. Cada decisión de apartar una parte de los recursos fortalece la disciplina y prepara el camino para proyectos mayores. No importa si la cantidad inicial parece pequeña. Lo importante es comenzar. La constancia transforma pequeñas cantidades en grandes resultados, así como la fidelidad en las responsabilidades presentes prepara el camino para las bendiciones futuras.

Esta idea aparece de forma práctica en el plan de vida financiera presentado anteriormente, cuando el lector es invitado a escribir una decisión concreta: «Estoy empezando a ahorrar desde ahora...». Esa sencilla frase resume una profunda verdad espiritual. El futuro financiero nunca comienza mañana; siempre comienza con una decisión tomada hoy.

En consecuencia, el creyente no debe esperar circunstancias ideales para iniciar el ahorro. Debe comenzar con lo que Dios ha puesto actualmente en sus manos. La cantidad podrá aumentar con el tiempo; el hábito debe comenzar ahora.

¿Cuánto debe ahorrar una persona?

Una vez que una persona decide comenzar a ahorrar, surge inmediatamente una segunda pregunta: ¿cuánto debo ahorrar? Mientras que la Biblia establece con claridad la devolución del diezmo y exhorta a la fidelidad en las ofrendas, no determina un porcentaje específico para el ahorro. Esta diferencia no es casual. Dios estableció principios permanentes para la adoración, pero dejó un margen de responsabilidad y discernimiento para la administración de los recursos que permanecen en manos del creyente.

Esta libertad, sin embargo, no significa ausencia de responsabilidad. Al contrario, exige mayor sabiduría. El cristiano no debe preguntar únicamente cuánto puede ahorrar, sino cuánto debería ahorrar considerando las bendiciones que Dios le ha concedido, las necesidades de su familia, los proyectos que desea desarrollar y la misión que el Señor le ha confiado.

La primera enseñanza bíblica aparece nuevamente en el relato de José. Durante los siete años de abundancia no se consumió toda la producción. Bajo la dirección divina se apartó una parte importante de las cosechas para enfrentar los años de escasez (Génesis. 41: 34-36). El texto no pretende establecer un porcentaje universal para todas las generaciones; más bien enseña un principio permanente: la abundancia debe administrarse pensando en el futuro.

Este principio reaparece en el libro de Proverbios: «Tesoro precioso y aceite hay en la casa del sabio; mas el hombre insensato todo lo disipa.» (Proverbios 21: 20).



El contraste no se establece entre ricos y pobres, sino entre el sabio y el insensato. Ambos reciben recursos; la diferencia consiste en la forma de administrarlos. El sabio conserva parte de ellos porque comprende que las oportunidades y las dificultades forman parte normal de la vida. El insensato consume todo lo que recibe y queda indefenso cuando llegan tiempos difíciles.

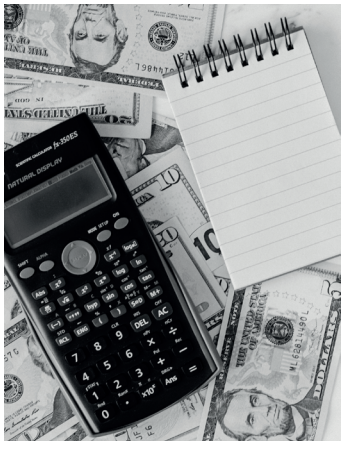
La enseñanza de Jesús también orienta esta decisión. Al explicar el costo del discipulado afirmó: «Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla?» (Lucas 14: 28).

Como ya hemos dicho antes, el contexto inmediato no trata de finanzas personales, el principio resulta plenamente aplicable a la administración del dinero. Toda persona prudente calcula, planifica y organiza sus recursos antes de comprometerlos. El ahorro forma parte de esa planificación responsable.

Elena G. White señala que muchas familias experimentan dificultades económicas no porque Dios haya dejado de bendecirlas, sino porque gastan sin reflexión y permiten que pequeñas erogaciones, aparentemente insignificantes, consuman recursos que podrían fortalecer el bienestar futuro del hogar. La economía inteligente, afirma, no nace de la avaricia, sino del deseo de administrar fielmente las bendiciones recibidas.[11]

La investigación financiera contemporánea confirma este principio. Howard Dayton recomienda que el ahorro deje de depender de las emociones y se convierta en una decisión planificada dentro del presupuesto familiar.[12] Dave Ramsey coincide al afirmar que las personas financieramente estables no esperan que "sobre" dinero para ahorrar; lo apartan desde el momento en que reciben sus ingresos.[13]

Estas conclusiones armonizan plenamente con la enseñanza bíblica. El ahorro no debe ser el resultado accidental de un mes favorable. Debe formar parte del plan financiero desde el principio.



Aunque las Escrituras no fijan un porcentaje obligatorio, la experiencia financiera permite establecer orientaciones prudenciales.

Cuando una familia apenas comienza a desarrollar este hábito, puede proponerse ahorrar una cantidad modesta pero constante. Lo importante no es iniciar con grandes cifras, sino consolidar el hábito. Una vez

establecido, ese porcentaje podrá incrementarse conforme aumenten los ingresos y disminuyan las obligaciones.

La pregunta decisiva no es: «¿cuál es el porcentaje mínimo que puedo ahorrar?» La pregunta correcta es: «¿Cuál es el porcentaje máximo que puedo ahorrar responsablemente sin descuidar mis deberes con Dios, mi familia y mis compromisos legítimos?»

Este cambio de perspectiva transforma completamente la manera de entender el ahorro. Ya no se trata de conservar dinero por temor al futuro, sino de preparar recursos para cumplir propósitos superiores.

Por ello, el ahorro debe contemplar metas claramente definidas. Entre ellas pueden mencionarse: fortalecer el fondo de emergencia, financiar la educación de los hijos, adquirir activos productivos, iniciar un emprendimiento, constituir un plan personal de retiro, disponer de recursos para aprovechar oportunidades que Dios presente, ampliar la capacidad de servir y sostener la misión.

Cuando el ahorro posee un propósito, deja de sentirse como un sacrificio. Cada cantidad reservada representa una inversión en el futuro que Dios desea construir junto con nosotros.

En consecuencia, este libro no propone que ningún cristiano viva sin un plan deliberado de ahorro. La cantidad podrá variar según las circunstancias de cada familia; la disciplina de ahorrar debe permanecer durante toda la vida.

¿Cómo ahorrar? Del deseo al hábito permanente

Si preguntar cuándo ahorrar orienta la decisión y preguntar cuánto ahorrar ayuda a establecer un plan, responder cómo ahorrar permite convertir ese propósito en una realidad. Muchas personas reconocen la importancia del ahorro, incluso desean practicarlo, pero al finalizar cada mes descubren que no reservaron nada. El problema no suele ser la falta de información, sino la ausencia de un método.

La Biblia enseña que los buenos resultados rara vez son producto de la improvisación. Dios actúa mediante principios, orden y planificación. El creyente tampoco debería esperar que la estabilidad financiera aparezca espontáneamente. Debe construirla mediante hábitos que, repetidos con perseverancia, transformen progresivamente su manera de administrar los recursos.

El libro de Proverbios afirma: «Los pensamientos del diligente ciertamente tienden a la abundancia; mas todo el que se apresura alocadamente, de cierto va a la pobreza.» (Proverbios 21: 5).

La palabra hebrea traducida como diligente comunica la idea de una persona constante, cuidadosa y perseverante. No describe a alguien que realiza esfuerzos extraordinarios de manera ocasional, sino a quien mantiene una conducta disciplinada durante largo tiempo. El contraste se establece con quien vive reaccionando impulsivamente a las circunstancias. En consecuencia, la abundancia no depende únicamente del nivel de ingresos; también es el resultado de hábitos sostenidos en el tiempo.

Esta misma idea aparece en la enseñanza de Jesús acerca del constructor prudente. Antes de iniciar una obra importante, el hombre sabio calcula el costo y prepara los recursos necesarios (Lucas. 14:28-30). La planificación antecede a la ejecución. Aplicado a la vida financiera, este principio enseña que el ahorro debe organizarse antes de realizar los gastos y no después de esperar lo que eventualmente pudiera quedar disponible.

Elena G. White insiste repetidamente en que la economía cristiana no consiste en vivir con mezquindad, sino en aprender a distinguir entre las necesidades reales y los deseos pasajeros. Advierte que el desperdicio cotidiano de pequeñas cantidades termina debilitando la economía del hogar y limita la capacidad para sostener la familia y apoyar la causa de Dios.[14] La administración prudente, por el contrario, fortalece el carácter porque desarrolla dominio propio y visión de largo plazo.

La literatura financiera contemporánea confirma esta observación. James Clear, al estudiar el desarrollo de los hábitos, demuestra que los grandes cambios personales no dependen normalmente de decisiones espectaculares, sino de pequeñas acciones repetidas diariamente hasta convertirse en parte natural del comportamiento.[15] Morgan Housel llega a una conclusión semejante al afirmar que el éxito financiero depende menos del conocimiento técnico que de la conducta habitual frente al dinero.[16] Ambos autores, desde perspectivas distintas, corroboran un principio que la Biblia enseñó hace siglos: el futuro se construye mediante decisiones pequeñas mantenidas con fidelidad.

Cuatro hábitos que fortalecen el ahorro



A la luz de estos principios, toda familia puede desarrollar un sistema sencillo que transforme el ahorro en una práctica permanente.

1. Ahorrar antes de gastar

El ahorro nunca debe depender de lo que quede al finalizar el mes. Debe apartarse desde el momento en que se reciben los ingresos. Esta decisión refleja que el futuro ocupa un lugar dentro de las prioridades presentes.

2. Dar un propósito a cada ahorro

El dinero reservado sin un objetivo definido suele terminar utilizándose para cualquier necesidad inmediata. En cambio, cuando cada ahorro tiene un destino específico —proteger a la familia, financiar un emprendimiento, adquirir un activo o preparar el retiro— resulta mucho más fácil conservar la disciplina.

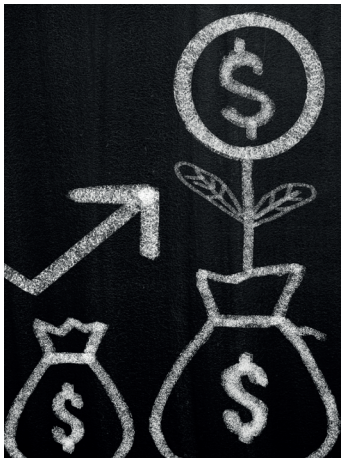
3. Incrementar el ahorro conforme aumentan los ingresos

Uno de los mayores enemigos del patrimonio es el crecimiento descontrolado del estilo de vida. Cada mejora en los ingresos representa una oportunidad para fortalecer el ahorro antes que para aumentar el consumo. De esta manera, la prosperidad económica se traduce también en un crecimiento del patrimonio.

4. Revisar periódicamente los avances

Todo aquello que se mide puede mejorarse. Al finalizar cada mes conviene comparar el ahorro planeado con el realmente alcanzado. Esta sencilla evaluación permite corregir desviaciones, celebrar los avances y mantener viva la motivación.

Estos hábitos, aparentemente simples, poseen un profundo fundamento espiritual. Cada uno de ellos fortalece virtudes que la Escritura considera esenciales para la vida cristiana: diligencia, dominio propio, prudencia, perseverancia y fidelidad.



El ahorro no es el destino; es el comienzo

Existe un error que conviene evitar. Algunas personas convierten el ahorro en el objetivo final de su vida financiera. Acumulan recursos sin un propósito definido y terminan confundiendo la prudencia con la acumulación. La Biblia nunca presenta el ahorro como un fin en sí mismo.

El ahorro constituye un medio. Su propósito consiste en preparar recursos para cumplir responsabilidades futuras, proteger a la familia, aprovechar oportunidades, emprender nuevos proyectos, invertir con sabiduría y sostener con mayor amplitud la misión de Dios.

En otras palabras, el ahorro transforma los ingresos en capital; el capital abre la puerta al emprendimiento, a la inversión y al servicio. Cuando se comprende esta secuencia, ahorrar deja de sentirse como una privación y comienza a percibirse como una inversión en el propósito que Dios tiene para la vida del creyente.

El Plan Personal de Retiro: preparar el invierno de la vida

El ahorro alcanza una de sus expresiones más maduras cuando deja de responder únicamente a necesidades inmediatas y comienza a preparar las etapas futuras de la vida. Una familia puede ahorrar para una emergencia, para un proyecto, para un emprendimiento o para adquirir un activo; pero también debe aprender a ahorrar para aquella etapa en la que la capacidad de producir ingresos disminuya por razones naturales. La Biblia no llama a vivir dominados por el temor al futuro, pero sí enseña a prepararlo con sabiduría.

Muchos creen que la jubilación constituye un asunto exclusivo de los gobiernos, de las empresas o de las instituciones de seguridad social. Sin embargo, la Biblia presenta una perspectiva más amplia. Enseña que la previsión forma parte de la buena administración y que cada generación debe prepararse responsablemente para las distintas etapas de la vida.

Salomón escribió: «Tesoro precioso y aceite hay en la casa del sabio; mas el hombre insensato todo lo disipa.» (Proverbios 21: 20).

Este proverbio distingue dos maneras de vivir. El sabio conserva recursos porque entiende que la vida tiene estaciones. El insensato consume todo lo que recibe porque solo mira el presente. La diferencia no está únicamente en la cantidad de ingresos, sino en la capacidad de mirar más allá del día de hoy. El ahorro para el retiro nace precisamente de esa visión: reconocer que los años de mayor productividad deben preparar los años en los que ya no se podrá generar ingreso con la misma fuerza.

La imagen de Proverbios 6 también resulta iluminadora. La hormiga prepara en el verano su alimento y recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento. Esa conducta permite hablar, en sentido figurado, del invierno de la vida: los años en los que la fuerza física, la energía laboral o las oportunidades de ingreso activo pueden disminuir. Prepararse para esa etapa no es falta de fe; es una forma de prudencia.

Elena G. White aconseja cultivar hábitos de economía, previsión y dominio propio, señalando que el manejo sabio de pequeñas cantidades puede permitir a una familia ahorrar algo después de cumplir sus responsabilidades. Su énfasis no está en la acumulación egoísta, sino en evitar el desperdicio y prepararse para cumplir mejor los deberes de la vida.[17]

La Escritura ofrece otro principio que ilumina este tema: «El bueno dejará herederos a los hijos de sus hijos; pero la riqueza del pecador está guardada para el justo.» (Proverbios 13: 22).

Con frecuencia este versículo se interpreta únicamente en relación con las herencias. Sin embargo, su alcance es mucho mayor. Describe una visión de largo plazo. El hombre sabio no vive exclusivamente para satisfacer las necesidades del presente. Piensa en las generaciones que vendrán después de él y administra sus recursos de tal manera que sus decisiones continúen produciendo bienestar aun cuando haya terminado su vida productiva.

Desde esta perspectiva, preparar el retiro no significa únicamente reunir dinero para la vejez. Significa administrar responsablemente toda la vida para no convertirse innecesariamente en una carga para

la familia cuando disminuyan las fuerzas físicas. También significa conservar la libertad necesaria para seguir sirviendo a Dios, bendiciendo a otras personas durante los años de la vejez.

La teoría financiera contemporánea coincide con este principio. La planeación para el retiro no debe comenzar al final de la vida laboral, sino desde los años productivos. Mientras más temprano se inicia, menos pesada resulta la carga mensual y mayor oportunidad existe para que el capital crezca con el tiempo. Thomas J. Stanley observó que muchas personas que lograron construir patrimonio no lo hicieron por ingresos extraordinarios, sino por hábitos constantes de ahorro, control del consumo y planeación de largo plazo.[18]

Los especialistas en planificación patrimonial señalan que la preparación para el retiro no comienza cuando una persona cumple sesenta años, sino desde el inicio de su vida laboral. Cuanto más temprano se apartan recursos para ese propósito, menor será el esfuerzo necesario y mayores serán las posibilidades de mantener estabilidad e independencia financiera durante la etapa de retiro.

Por eso, el Plan Personal de Retiro no debe entenderse como una preocupación exclusiva de personas mayores. Es una responsabilidad que debe comenzar desde la juventud o desde el momento en que una persona toma conciencia de su futuro financiero. No se trata solamente de dejar de trabajar; se trata de llegar a la madurez con dignidad, libertad y capacidad de seguir sirviendo a Dios, a la familia y a la comunidad.

Un plan de retiro con perspectiva cristiana

El creyente contempla el retiro desde una perspectiva diferente a la de los incrédulos. No trabaja para dejar de servir; trabaja para seguir sirviendo en mejores condiciones. Por esa razón, un Plan Personal de Retiro debería responder, por lo menos, a cinco preguntas fundamentales: ¿cómo cubriré mis necesidades básicas cuando disminuya mi capacidad para trabajar? ¿Cómo protegeré a mi cónyuge si uno de los dos fallece primero? ¿Cómo evitaré que una enfermedad grave destruya el patrimonio construido durante toda una vida? ¿Qué recursos seguirán produciendo ingresos cuando yo ya no pueda hacerlo con la misma intensidad? ¿Cómo continuaré sosteniendo mi misión durante esa etapa de mi vida?

Una fórmula práctica para calcular el retiro

El Plan Personal de Retiro necesita aterrizar en números. Mientras permanezca como una intención general, difícilmente producirá resultados. Por esa razón, conviene utilizar una fórmula sencilla que permita estimar cuánto capital será necesario acumular para sostener la etapa en que disminuya la generación activa de ingresos.

Esta fórmula puede derivarse del principio de Proverbios 21: 20 y de la imagen de Proverbios 6: 8, donde la previsión permite prepararse para el futuro.

1. Establecer la edad en la que se dejará de generar activamente el ingreso familiar o personal.

Cada persona debe definir una edad aproximada. Por ejemplo, alguien podría planificar dejar de generar ingresos activos a los 70 años. No significa que dejará de servir ni de ser útil, sino que reconoce que la fuerza laboral puede cambiar con el tiempo.

2. Proyectar cuántos años se espera vivir después de esa etapa.

No se trata de jugar a ser Dios ni de controlar la vida, sino de planificar con prudencia. Por ejemplo, una persona podría calcular veinte años más de vida después de retirarse de la generación activa de ingresos.

3. Calcular cuánto dinero se necesitará mensual y anualmente para vivir durante esos veinte años.

Si una persona estima que necesitará $10,000 mensuales, entonces requerirá $120,000 anuales. Esta cifra debe considerar alimentación, vivienda, salud, transporte, servicios, apoyo familiar, ofrendas y otros compromisos.



4. Multiplicar los años proyectados de retiro por la cantidad anual necesaria.

Si se proyectan veinte años de vida después del retiro activo y se necesitan $120,000 anuales, el cálculo sería: 20 años × $120,000 = $2,400,000.

5. Identificar esa cantidad como el capital necesario para enfrentar el invierno de la vida.

En este ejemplo, $2,400,000 sería la cantidad estimada para sostener esa etapa. No es una cifra universal; cada familia deberá calcular la suya de acuerdo con su realidad, su país, su costo de vida y sus responsabilidades.

6. Dividir esa cantidad entre los años laborales que quedan por delante.

Si la persona tiene actualmente 40 años y desea dejar de generar ingresos activos a los 65, cuenta con 25 años laborales por delante. Entonces: $2,400,000 ÷ 25 años = $96,000 anuales.

7. Dividir el ahorro anual necesario entre los doce meses del año.

En este caso: $96,000 ÷ 12 meses = $8,000 mensuales.

8. Reconocer esa cantidad como la meta mensual de ahorro para el retiro.

Los $8,000 mensuales representan, en este ejemplo, la cantidad que debería reservarse cada mes para llegar a la meta proyectada. Si la cifra parece alta, no debe producir desánimo, sino claridad. La claridad permite ajustar ingresos, gastos, edad de retiro, años proyectados o estrategia de inversión.

9. Generar ingresos adicionales si la meta mensual supera la capacidad actual.

Este último paso es decisivo. Si el presupuesto actual no permite ahorrar la cantidad necesaria, la solución no consiste únicamente en lamentarse o abandonar el plan. Será necesario generar ingresos adicionales, emprender, mejorar habilidades, reducir gastos innecesarios o invertir con mayor inteligencia. En el ejemplo anterior, la persona necesitaría producir $8,000 adicionales a sus gastos mensuales actuales para cumplir la meta.



Esta fórmula no pretende generar ansiedad. Pretende despertar responsabilidad. Muchas personas nunca preparan su retiro porque nunca se han sentado a calcularlo. Viven confiando en que “algo sucederá”, pero la Biblia no llama a la improvisación. Llama a la sabiduría.

El Plan Personal de Retiro también debe recordar que el creyente no se prepara para dejar de servir. Se prepara para servir con mayor libertad. La etapa madura de la vida puede convertirse en una de las más fructíferas si la persona llega a ella con salud, experiencia, relaciones sólidas, estabilidad espiritual y recursos suficientes para no depender innecesariamente de otros.

Desde esta perspectiva, el retiro no es el final de la productividad. Es una nueva etapa de utilidad. El patrimonio construido durante los años de mayor fuerza debe permitir que la persona continúe bendiciendo a su familia, apoyando la misión de la iglesia, aconsejando a otros y sirviendo a Dios con serenidad. Así, el ahorro para el retiro deja de ser una estrategia egoísta y se convierte en una forma de preparar el futuro para seguir siendo una bendición.

Conclusión

A lo largo de este capítulo hemos descubierto que el ahorro representa mucho más que una práctica financiera. Constituye una disciplina del carácter, una expresión de sabiduría y un acto de responsabilidad delante de Dios. Quien aprende a ahorrar no solamente conserva una parte de sus ingresos; aprende a gobernar sus deseos, a pensar en el futuro y a administrar con fidelidad las bendiciones que el Señor coloca en sus manos.

La Biblia presenta el ahorro como una consecuencia natural de la prudencia. La hormiga prepara su alimento antes de que llegue el invierno (Proverbios. 6: 6-8). José almacenó durante los años de abundancia para sostener la vida durante la escasez (Génesis. 41: 33-36). El sabio conserva recursos mientras el insensato consume todo cuanto recibe (Proverbios 21: 20). Ninguno de estos ejemplos promueve la acumulación egoísta; todos revelan la importancia de vivir con previsión y responsabilidad.

Elena G. White amplía esta enseñanza al recordar que Dios espera que sus hijos administren sabiamente hasta los recursos aparentemente pequeños. La economía inteligente, la previsión y el dominio propio forman parte del desarrollo del carácter cristiano y preparan al creyente para mayores responsabilidades.[19] El ahorro, por tanto, no debe entenderse como una práctica reservada para quienes poseen abundantes

ingresos, sino como un hábito que puede cultivarse desde el comienzo de la vida económica.

También hemos comprobado que la investigación financiera contemporánea confirma estos principios. Los especialistas coinciden en que la estabilidad económica no depende exclusivamente del ingreso, sino del comportamiento financiero. La capacidad para posponer gratificaciones, vivir por debajo de las posibilidades, planificar el futuro y formar patrimonio constituye uno de los factores que mejor explica la prosperidad sostenible.[20] La ciencia económica llega así a conclusiones que la Escritura había establecido muchos siglos antes.

Sin embargo, este capítulo también nos ha permitido comprender que el ahorro no constituye el destino final del dinero. El ahorro cumple una función indispensable, pero intermedia. Su propósito consiste en transformar los ingresos en capital. Ese capital permitirá proteger a la familia, enfrentar emergencias, preparar la etapa de retiro, iniciar nuevos emprendimientos y aprovechar las oportunidades que Dios coloque en el camino.

Aquí conviene recordar una verdad fundamental: el dinero inmóvil se devalúa y pierde parte de su capacidad para cumplir los propósitos de Dios. Aunque el ahorro protege el patrimonio, por sí solo no lo multiplica. Llega un momento en que la buena administración exige dar un paso adicional. Los recursos cuidadosamente acumulados deben comenzar a trabajar de manera inteligente, ética y responsable.

La parábola de los talentos conduce precisamente hacia esa dirección. El señor no elogió a los siervos únicamente porque conservaron los bienes recibidos. Esperaba que los multiplicaran. La fidelidad incluía productividad. La prudencia debía conducir a la generación de nuevos recursos. El ahorro prepara ese momento, pero no lo reemplaza.

Por ello, el siguiente paso en el proceso de administración consiste en aprender a invertir. Invertir no significa especular ni buscar enriquecimiento rápido. Significa poner el capital al servicio de actividades productivas que generen valor, produzcan nuevos recursos y amplíen la capacidad para cumplir los propósitos que Dios ha confiado a cada creyente.

En otras palabras, el ahorro prepara el terreno; la inversión hace fructificar la semilla.

---

[1] White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, Economía y previsión.

[2] Howard L. Dayton Jr., *Your Money Counts: The Biblical Guide to Earning, Spending, Saving, Investing, Giving, and Getting Out of Debt* (Tyndale House Publishers, 2011), caps. 6–8.

[3] Dave Ramsey, *The Total Money Makeover: Classic Edition: A Proven Plan for Financial Fitness* (Thomas Nelson, 2013), caps. 1–3.

[4] White, *Historia de los Patriarcas y profetas, José en Egipto; White, Consejos sobre mayordomía cristiana*, Economia y previsión.

[5] Dayton Jr., *Your Money Counts*, caps. 6–8.

[6] Morgan Housel, *La psicología del dinero: cómo piensan los ricos: 18 claves imperecederas sobre riqueza y felicidad* (Editorial Planeta, 2021), caps. 1–3.

[7] Samuel Mancilla Juárez, *Y les entregó sus bienes*, Semana de Mayordomía (Unión Mexicana Interoceánica, 2023), 7–28.

[8] White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*; White, Palabras de vida del gran Maestro.

[9] George Samuel Clason, *El hombre más rico de Babilonia: Los secretos del éxito desde la Antigüedad* (Reverte-Management, 2022), caps. 1–3.

[10] Thomas J. Stanley y William D. Danko, *El millonario de la puerta de al lado* (Ediciones Obelisco, 2015), caps. 1–3.

[11] White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*.

[12] Dayton Jr., *Your Money Counts*, caps. 6–8.

[13] Ramsey, *The Total Money Makeover*, caps. 4–6.

[14] White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*.

[15] James Clear, *Hábitos atómicos: cambios pequeños, resultados extraordinarios* (Planeta Publishing Corporation, 2023), caps. 1–3.

[16] Housel, *La psicología del dinero*, caps. 4–6.

[17] White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*.

[18] Stanley y Danko, *El millonario de la puerta de al lado*.

[19] White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*.

[14] Dayton Jr., *Your Money Counts; Ramsey, The Total Money Makeover*; Housel, *La psicología del dinero*.



8. | LAS INVERSIONES: HACIENDO FRUCTIFICAR EL CAPITAL

"La inversión responsable no consiste en perseguir la riqueza; consiste en administrar con sabiduría los recursos que Dios ha confiado para que produzcan nuevos frutos en beneficio de la familia, del prójimo y de la misión."

Qué hacer con el capital acumulado

Una vez que una persona aprende a generar ingresos mediante el trabajo y el emprendimiento, a administrarlos por medio de un presupuesto y a reservar una parte para el ahorro, surge una nueva pregunta: ¿qué debe hacerse con el capital acumulado?

Muchas personas responden conservándolo indefinidamente en una cuenta bancaria o en efectivo. Otras, por el contrario, buscan multiplicarlo rápidamente mediante inversiones impulsivas o promesas de altos rendimientos. Ambos extremos pueden conducir a resultados poco satisfactorios. El primero permite que el dinero pierda valor con el paso del tiempo debido a la inflación; el segundo expone el patrimonio a riesgos innecesarios.

La Biblia presenta un camino diferente a las dos actitudes anteriores. Enseña que Dios espera de sus hijos una administración prudente, diligente y productiva de los recursos que les ha confiado. Así como el ahorro representa una expresión de previsión, la inversión responsable constituye una manifestación, obediencia y productividad. Los recursos no fueron entregados únicamente para conservarse, sino también para producir nuevos frutos dentro del marco de los principios divinos.

No obstante, el concepto de inversión suele generar incertidumbre entre muchos cristianos. Algunos la relacionan con la codicia; otros la identifican con la especulación bursátil o con actividades incompatibles con los valores bíblicos. También existen quienes consideran que

invertir equivale a apostar, mientras que otros creen que solamente las personas con grandes fortunas pueden hacerlo.

Estas percepciones, aunque comprensibles, no reflejan adecuadamente el concepto bíblico de la inversión. Invertir no significa perseguir ganancias desmedidas ni asumir riesgos irresponsables. Significa colocar recursos, dinero, tiempo, conocimientos o capacidades, en actividades productivas con el propósito de generar valor y obtener un rendimiento legítimo mediante el trabajo, la creatividad y el servicio.

La economía moderna confirma que las inversiones desempeñan una función esencial en el desarrollo de las familias, las empresas y las naciones. Gracias a ellas se financian nuevos negocios, se construyen hospitales, escuelas, carreteras, centros de investigación y empresas que producen bienes y servicios para millones de personas. Cuando una persona invierte responsablemente, participa indirectamente en ese proceso de creación de valor.

Desde una perspectiva bíblica, esta realidad adquiere mayor significado. Dios es el propietario de todas las cosas (Salmo 24: 1), y el ser humano administra temporalmente los bienes que Él pone bajo su cuidado. Esa administración no se limita a conservar el patrimonio recibido; incluye la responsabilidad de hacerlo fructificar mediante decisiones prudentes que honren al Señor y beneficien a otras personas.

Por esta razón, antes de estudiar los diferentes instrumentos de inversión disponibles en la actualidad, resulta indispensable responder una pregunta fundamental.



¿Existe realmente un fundamento bíblico para invertir?

La respuesta comienza varios siglos antes del nacimiento de Cristo, en uno de los textos sapienciales más reveladores del Antiguo Testamento. Allí, mediante una breve exhortación, Salomón estableció principios que hoy continúan orientando la administración responsable del capital: «Echa tu pan sobre las aguas; porque después de

muchos días lo hallarás. Reparte a siete, y aun a ocho; porque no sabes el mal que vendrá sobre la tierra.» (Eclesiastés 11: 1-2).

Otra traducción la expresa de forma más clara y acorde a nuestro tema de estudio: «Envía tu grano por los mares, y a su tiempo recibirás ganancias. Coloca tus inversiones en varios lugares, porque no sabes qué riesgos podría haber más adelante.» (Eclesiastés 11: 1-2, NTV).

Los dos primeros versículos de Eclesiastés 11, arrojan información sobre la inversión responsable, la diversificación, la paciencia y la previsión. Estos conceptos no constituyen descubrimientos exclusivos de la economía contemporánea. Forman parte de una sabiduría que Dios reveló hace siglos y que continúa siendo extraordinariamente pertinente para quienes desean administrar fielmente los recursos que Él ha colocado en sus manos.

Lo que la Biblia dice sobre la inversión

La inversión suele definirse como la acción de destinar recursos presentes con la expectativa de obtener beneficios futuros. Aunque esta definición es correcta desde la perspectiva económica, resulta incompleta desde la perspectiva bíblica. Las Escrituras presentan la inversión como una expresión de confianza responsable en la providencia de Dios, un acto de prudencia que combina trabajo, paciencia, visión de largo plazo y buena administración.

Lejos de promover la búsqueda desmedida de riqueza, la Biblia enseña que los recursos deben ponerse al servicio de propósitos superiores que produzcan bienestar, desarrollo y bendición para otras personas. Invertir, por lo tanto, no consiste simplemente en buscar rentabilidad; consiste en administrar responsablemente aquello que Dios ha confiado para que produzca frutos conforme a sus propósitos.

La sabiduría procedente del cielo llevó a Salomón a declarar: «Echa tu pan sobre las aguas; porque después de muchos días lo hallarás. Reparte a siete, y aun a ocho; porque no sabes el mal que vendrá sobre la tierra.» (Eclesiastés 11: 1-2). Durante siglos este texto ha sido interpretado principalmente como una exhortación a la generosidad. Sin embargo, el contexto del capítulo y el análisis del idioma hebreo muestran que

la enseñanza es mucho más amplia. Salomón está describiendo principios de sabiduría para actuar en un mundo donde el futuro nunca puede controlarse.

Unas palabras hebreas que iluminan

שָׁלַח (šālaḥ)

El verbo «*šālaḥ*», es traducido como «echa» cuyo significado principal es enviar, poner en marcha, despachar o dejar partir con un propósito.

Cuando se indica «envía tu grano por los mares», es una clara alusión para invertir los recursos económicos. No transmite la idea de desperdiciar o abandonar los recursos, sino de enviarlos deliberadamente para que cumplan una misión.

Esta observación resulta particularmente significativa. El texto no dice que el grano deba permanecer guardado indefinidamente. Tampoco enseña que deba consumirse inmediatamente. Enseña que debe ponerse en movimiento.

Aquí aparece uno de los principios fundamentales de toda inversión: el capital inmóvil difícilmente produce nuevos frutos. Desde Génesis hasta Apocalipsis, la Biblia presenta una economía dinámica. La tierra produce, la semilla germina, los talentos se multiplican, las ovejas se reproducen, los campos generan cosechas y los comerciantes desarrollan intercambios. Dios creó un mundo diseñado para producir fruto.

לֶחֶם (leḥem)

Eclesiastés 11: 1 usa la palabra hebrea «*lehem*», que se traduce como grano o pan, producto del grano. La Nueva Traducción Viviente lo traduce así: «Envía tu grano por los mares, y a su tiempo recibirás ganancias. Coloca tus inversiones en varios lugares, porque no sabes qué riesgos podría haber más adelante.»

En la Biblia, el grano era uno de los activos más valiosos de la época, ya que aseguraba la subsistencia. En Génesis 41: 49 (LBDLA), se dice que «José almacenó grano en gran abundancia.» Egipto se mantuvo poderoso en tiempos de hambruna gracias a esos granos. Reinos enteros se hipotecaron con Egipto a cambio de los granos guardados.

En Deuteronomio, la palabra «granero» se usa para referirse al ahorro económico, y Dios prometió bendecir esos ahorros: «Jehová te



enviará su bendición sobre tus graneros» (Deuteronomio 28: 8). El grano representaba un alto valor económico.

Al traducirse la palabra hebrea «lehem», como «pan», además del alimento cotidiano, puede referirse al sustento, a la provisión y, por extensión, a los recursos que permiten sostener la vida. En este contexto, el pan representa todo aquello que una persona produce mediante su trabajo: el fruto de su esfuerzo, sus recursos, su capital y los bienes que Dios ha colocado bajo su administración. Salomón no está hablando únicamente de un alimento físico. Está hablando de activos, valores, de recursos que el creyente administra.

מַיִם (mayim)

La siguiente palabra clave es «*mayin*», traducida normalmente como aguas, mares o líquido seminal. La expresión «mayin» se relaciona con dos elementos que reproducen la vida. Así que la indicación del lugar para colocar el grano, o los activos, es sobre las aguas o sobre el líquido seminal, y esta figura de lenguaje es porque se espera una reproducción del capital.

Por otro lado, en la literatura hebrea las aguas representan con frecuencia escenarios cambiantes, rutas comerciales, pueblos, incertidumbre e incluso aquello cuyo resultado todavía no puede verse con claridad. El mar constituía para los antiguos hebreos un símbolo de riesgo. Era el camino por donde viajaban las embarcaciones comerciales, pero también un lugar donde podían perderse mercancías, barcos y vidas humanas.

Cuando Salomón invita a echar el «*leḥem*» sobre el «*mayin*», no está promoviendo una acción irracional. Está enseñando que los recursos deben ponerse en movimiento aun cuando el resultado no sea inmediato ni completamente predecible.

Toda inversión responsable comparte esa característica. Nadie puede garantizar con absoluta certeza el resultado futuro de una empresa, de una cosecha, de un negocio o de una inversión financiera.



Sin embargo, la incertidumbre no justifica la inmovilidad. La sabiduría consiste en actuar con prudencia, conocimiento y paciencia. La inversión responsable participa de ese mismo principio creador.

«...a su tiempo recibirás ganancias»

Esta frase es un detalle que suele pasar inadvertido. Salomón añade: «a su tiempo recibirás ganancias» (NTV). Esta expresión enseña tres de los principios más importantes de toda inversión: (1) el plazo, (2) las utilidades y (3) la paciencia.

Las inversiones deben tener fechas específicas de recuperación del capital y, por supuesto, se deben contemplar tanto el tiempo como el volumen de las ganancias o utilidades. Es importante obtener ganancias de manera justa y honesta, sin engaños ni mentiras. La generación de las ganancias es una de las razones por las que Pablo indica que, para tener una vida tranquila, los cristianos deben dedicarse a los negocios y a la práctica de los oficios o profesiones (1 Tesalonicenses 4: 11,12).

Jesús dijo que al regreso del hombre rico que había repartido dinero a sus siervos, los llamó para saber cuánto habían ganado cada uno. «Después de que lo coronaran rey, volvió y llamó a los siervos a quienes les había dado el dinero. Quería saber qué ganancias habían obtenido» (Lucas 19: 15 NTV). Jesús es cuidadoso en no pasar a la ligera esos detalles, porque sin duda quería enseñarnos varias lecciones, entre ellas, la de las ganancias de los negocios en tiempos específicos.

El hombre de la parábola quería saber cuánto había ganado, no cuánto había perdido cada negocio. Los negocios se llaman así porque generan ganancias. Si una transacción de compra y venta no está dejando ganancias, no es un negocio, lo podemos llamar tienda, changarro, entretenimiento, o terapia ocupacional. Para que sea considerado negocio debe estar generando utilidades.

Por eso Jesús narra que el hombre instruyó a sus siervos antes de irse: «hagan negocio con este dinero hasta que yo venga» (Lucas 19: 13).

Al tiempo específico, regresó por las ganancias. Dios autoriza las ganancias, pero detesta las ganancias deshonestas: «escogerás de entre todo el pueblo hombres... que aborrezcan las ganancias deshonestas» (Éxodo 18: 21 LBDA). Una de las características de la mujer virtuosa es que siempre está generando ganancias «no carecerá de ganancias» (Proverbios 31: 11 LBDA).

Vivimos en una cultura acostumbrada a la gratificación inmediata. Muchos desean obtener ganancias rápidas y consideran un fracaso cualquier inversión que no produzca resultados en poco tiempo. La Escritura propone una perspectiva diferente.

Las inversiones sólidas requieren tiempo para desarrollarse. El crecimiento sostenido rara vez ocurre de manera instantánea. La paciencia forma parte del proceso de creación de valor.

La investigación contemporánea confirma este principio. Benjamin Graham observó que el mercado financiero puede experimentar importantes fluctuaciones en el corto plazo, pero que el valor real de una buena empresa suele manifestarse con el paso de los años.[1] Marks añade que una de las mayores ventajas del inversionista disciplinado consiste precisamente en mantener una perspectiva de largo plazo cuando otros actúan dominados por las emociones.[2]

Sin proponérselo, ambos autores llegan a una conclusión que Salomón expresó hace casi tres mil años: los frutos más valiosos requieren tiempo.

«Coloca tus inversiones en varios lugares»

El segundo versículo añade una enseñanza extraordinaria. «Reparte a siete, y aun a ocho; porque no sabes el mal que vendrá sobre la tierra.» (Eclesiastés 11: 2). En el pensamiento hebreo la frase no pretende indicar un número exacto de inversiones, sino comunicar una idea de amplitud y diversificación. En otras palabras, Salomón aconseja no concentrar todos los recursos en un solo instrumento.

Esta indicación no es una invitación a la especulación. A diferencia de la inversión, que busca la preservación del capital y un crecimiento sostenible basado en el valor intrínseco, la especulación asume riesgos financieros elevados apostando a las fluctuaciones de precios a corto plazo. El objetivo de una inversión es la generación de rendimientos y la obtención de ganancias; si un activo genera pérdidas, financieramente

se traduce como un retorno negativo o una minusvalía, diferenciándose de un gasto o consumo ineficiente.

La mujer virtuosa de Proverbios 31 es un modelo de inversionista: «Evalúa un campo y lo compra; con sus ganancias planta una viña» (Proverbios 31: 16 LBDA). Ella realiza un análisis fundamental del activo antes de adquirirlo, evitando decisiones basadas en el impulso económico o la especulación. Al evaluar el terreno, mitiga el riesgo financiero y calcula la viabilidad financiera del proyecto, estimando el periodo de recuperación de la inversión y el punto de equilibrio para comenzar a recibir flujos de efectivo netos.

El pasaje bíblico señala que esta evaluación financiera contempla una estrategia de asignación de capital. Los excedentes generados no se destinan al consumo corriente, sino que se reinvierten en bienes de capital (el viñedo) para generar un interés compuesto. Esto ilustra el principio financiero de que el capital debe ser productivo y multiplicarse antes de ser gastado.

El hombre rico de la parábola de Lucas 19 representa otro perfil de inversionista. El relato muestra que su primera opción no fue el resguardo pasivo del dinero, sino la entrega de capital semilla a intermediarios financieros para que lo operaran y generaran rendimientos superiores a la tasa pasiva del mercado. Mientras los primeros siervos maximizaron el retorno de la inversión, el tercero optó por evitar riesgo, devolviendo el capital intacto pero estancado. Su señor lo reprendió diciendo: «¿Por qué no depositaste mi dinero en el banco? Al menos hubiera podido obtener algún interés de él» (Lucas 19: 23 NTV).

La prioridad del propietario era el rendimiento de la inversión sobre los intereses básicos. Financieramente, mantener el dinero inactivo provoca una pérdida del poder adquisitivo debido a los efectos del entorno económico y el costo de oportunidad. Por ello, ante la incapacidad de hacer productivo el capital, el depósito a plazo o el ahorro bancario representaba la alternativa mínima para obtener rendimientos.

Eclesiastés 11: 2 describe de forma precisa el principio de la diversificación de portafolios: «Coloca tus inversiones en varios lugares». Esta estrategia consiste en distribuir el capital en diferentes clases de activos, sectores económicos e instrumentos financieros para reducir el riesgo

sistemático y evitar que una correlación positiva afecte a todo el patrimonio simultáneamente. Actualmente, esto se implementa distribuyendo el capital en renta fija (como CETES), fondos de inversión, renta variable (acciones), bienes raíces para arrendamiento, o el desarrollo de negocios de productos y servicios.

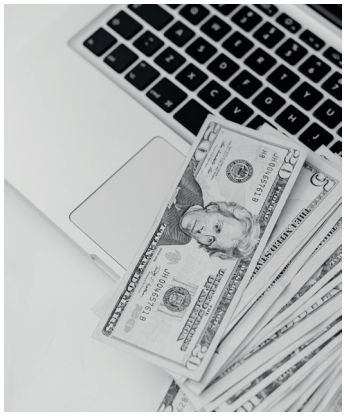
Al diversificar el portafolio, se mitiga el riesgo de volatilidad y se estructuran múltiples fuentes de ingresos mensuales. Este enfoque no responde a un interés individualista, sino a una planeación financiera familiar a largo plazo, cuyo objetivo es consolidar un patrimonio para el retiro y asegurar la transferencia de riqueza intergeneracional. La razón aparece inmediatamente.

«Porque no sabes el mal que vendrá sobre la tierra.»

No se trata de vivir con miedo, sino de reconocer humildemente que el futuro pertenece a Dios y que el ser humano no posee control absoluto sobre los acontecimientos. Esta enseñanza constituye uno de los principios fundamentales de la administración moderna del riesgo.

La teoría contemporánea de portafolios recomienda distribuir las inversiones entre diferentes activos para reducir el impacto que tendría el fracaso de uno solo de ellos. A esta estrategia se le conoce como diversificación, y es considerada uno de los pilares de la inversión prudente.

Este principio aparece ya en el Antiguo Testamento. Mucho antes de la existencia de las bolsas de valores, de los fondos de inversión o de los mercados financieros modernos, la Escritura enseñaba que concentrar todos los recursos en una sola alternativa aumenta innecesariamente el riesgo.



Sin embargo, conviene hacer una precisión importante. La diversificación no elimina el riesgo. Lo administra. La Biblia nunca promete inversiones libres de incertidumbre. Lo que enseña es que la prudencia permite enfrentar esa incertidumbre con mayor sabiduría.

En consecuencia, Eclesiastés 11: 1-2 presenta cuatro principios sobre las inversiones: (1) los recursos fueron dados para

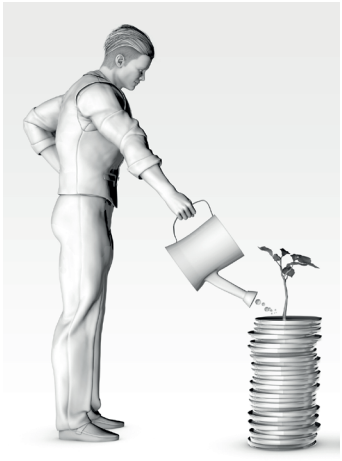
producir fruto y no para permanecer improductivos, (2) toda inversión implica un grado de incertidumbre que debe administrarse con sabiduría. (3) las inversiones responsables requieren paciencia y visión de largo plazo, (4) la diversificación constituye una expresión de prudencia y no de falta de fe. Estos principios, revelados en la Biblia, siguen orientando hoy a quienes desean invertir con responsabilidad.

¿Qué es inversión?

Una vez comprendido que las Escrituras presentan la inversión como una expresión de prudencia y buena administración, resulta necesario responder una pregunta fundamental: ¿qué es realmente una inversión?

En el lenguaje cotidiano suele confundirse la inversión con cualquier actividad relacionada con el dinero. Algunas personas consideran que invertir es simplemente ahorrar; otras piensan que significa comprar acciones, adquirir bienes raíces o abrir un negocio. Incluso hay quienes identifican la inversión con actividades altamente especulativas o con promesas de ganancias rápidas.

Estas confusiones hacen indispensable una definición precisa. Desde el punto de vista financiero, una inversión consiste en destinar recursos presentes a un activo o proyecto con la expectativa razonable de obtener beneficios futuros. Dichos beneficios pueden manifestarse en forma de ingresos periódicos, incremento del valor del patrimonio, protección frente a la inflación o generación de nuevas oportunidades económicas.



Desde la perspectiva bíblica, esta definición puede ampliarse. Invertir consiste en administrar responsablemente los recursos que Dios ha confiado para que produzcan nuevos frutos dentro de los principios del Reino de Dios.

Esta definición incorpora un elemento que normalmente no aparece en los textos financieros: el propósito. La inversión no busca únicamente generar rentabilidad; busca producir valor mediante actividades legítimas, útiles y moralmente correctas.

Invertir no es lo mismo que ahorrar

Aunque ambos conceptos están estrechamente relacionados, no significan lo mismo. El ahorro consiste en reservar una parte de los ingresos para utilizarla en el futuro. La inversión consiste en poner a trabajar esos recursos para que produzcan nuevos rendimientos. El ahorro protege el capital. La inversión procura hacerlo crecer.

Por esa razón, ambos procesos son complementarios. Nadie debería invertir sin haber aprendido primero a ahorrar; pero tampoco resulta prudente mantener indefinidamente todos los recursos inmóviles cuando podrían generar nuevos beneficios mediante inversiones responsables.

Invertir no es especular

Otra confusión frecuente consiste en identificar la inversión con la especulación. La inversión analiza cuidadosamente el activo que se adquiere. Estudia sus riesgos, su capacidad para generar valor y sus perspectivas de largo plazo. La especulación, por el contrario, suele concentrarse principalmente en las variaciones del precio, esperando obtener ganancias rápidas mediante movimientos del mercado que muchas veces son impredecibles.

En términos sencillos, el inversionista compra porque cree en el valor del activo. El especulador compra porque espera vender más caro en poco tiempo. No toda especulación es necesariamente ilícita; sin embargo, cuanto menor es el análisis y mayor la dependencia de factores imprevisibles, mayor será también el riesgo asumido. La prudencia bíblica invita al creyente a evitar decisiones impulsivas y a actuar con conocimiento, paciencia y responsabilidad.

Invertir tampoco significa apostar

Existe una diferencia todavía más grande entre invertir y apostar. Cuando una persona apuesta, el resultado depende esencialmente del azar. No existe un activo que produzca riqueza ni una actividad económica que genere valor para la sociedad.

Cuando una persona invierte, participa en una actividad productiva. El capital financia empresas, proyectos, infraestructura, innovación, vivienda, agricultura o múltiples iniciativas que producen bienes

y servicios útiles para otras personas. Esta diferencia resulta esencial para comprender por qué la inversión responsable puede armonizar con los principios bíblicos, mientras que las actividades basadas exclusivamente en el azar no reflejan los valores de prudencia, trabajo y responsabilidad promovidos por las Escrituras.

Toda inversión implica riesgo

Uno de los errores más comunes consiste en creer que existen inversiones completamente libres de riesgo.[3] La realidad demuestra lo contrario. Todo activo, desde una cuenta bancaria hasta un negocio propio, presenta algún grado de incertidumbre. Incluso conservar dinero en efectivo implica el riesgo de perder poder adquisitivo debido a la inflación. Precisamente por esta razón Salomón aconsejó: «Coloca tus inversiones en varios lugares» (Eclesiastés 11: 2 NTV). La incertidumbre no debe paralizar al creyente. Debe motivarlo a actuar con prudencia.

La inversión comienza mucho antes del dinero

Aunque estamos enfocados en las inversiones financieras, conviene recordar que el primer capital que Dios entrega a cada persona no es el dinero. Es la vida. Y esta vida se vive en un cuerpo. El cuerpo es el segundo activo más valioso, porque es el vehículo a través del cual experimentamos el tiempo. El tiempo es el tercer activo invaluable. Después vienen la salud, el conocimiento, las habilidades, la experiencia, las relaciones humanas y, finalmente, los recursos económicos.

Por ello, una persona puede convertirse en un excelente inversionista mucho antes de comprar su primera acción o adquirir su primer inmueble.

Cada elección inteligente de los nutrientes que se comerá, cada momento dedicado al ejercicio físico, cada elección sabia de lo que se le proveerá a la mente por medio de los sentidos, cada ejecución de los talentos, y competencias, cada hora dedicada al estudio, cada habilidad desarrollada, cada profesión aprendida y cada experiencia acumulada constituyen inversiones que aumentan la capacidad futura para generar recursos. Esta perspectiva permite comprender que la inversión financiera representa solamente una parte de un principio mucho más amplio: Dios espera que todo recurso confiado al ser humano produzca fruto.



Resulta indispensable comprender otro principio que acompaña toda decisión financiera: la relación entre riesgo y rendimiento. Ninguna inversión puede evaluarse correctamente sin entender el equilibrio entre ambos elementos.

La relación entre riesgo y rendimiento

La teoría financiera contemporánea coincide en que el riesgo no puede eliminarse por completo; puede reducirse, diversificarse y administrarse mediante decisiones informadas.[4] Uno de los principios más importantes que todo inversionista debe comprender es que toda inversión implica algún nivel de riesgo. Ignorar esta realidad conduce a decisiones imprudentes; exagerarla produce temor e inmoviliza el capital. La sabiduría consiste en encontrar el equilibrio. Con frecuencia se escucha la expresión: "Quiero una inversión que produzca mucho dinero, que sea completamente segura y que me permita disponer del capital cuando lo necesite." Aunque ese deseo es comprensible, la realidad financiera demuestra que rara vez es posible reunir simultáneamente esas tres características. En términos generales, existe una relación estrecha entre riesgo, rendimiento y liquidez.

Riesgo es la posibilidad de que una inversión produzca un resultado diferente al esperado, incluyendo la pérdida parcial o total del capital invertido.

Rendimiento es el beneficio económico que produce una inversión durante un período determinado.

Liquidez es la facilidad con la que un activo puede convertirse nuevamente en efectivo sin perder valor de manera significativa. Comprender estos tres conceptos permite tomar decisiones más inteligentes y evitar expectativas poco realistas.

El riesgo no siempre es negativo

En el lenguaje cotidiano la palabra «*riesgo*» suele asociarse con peligro. Sin embargo, en el ámbito financiero posee un significado



diferente. El riesgo representa simplemente la incertidumbre respecto del resultado futuro. Por ejemplo, una cuenta bancaria protegida por los mecanismos legales de un país presenta un riesgo relativamente bajo. Una inversión en acciones de una empresa puede experimentar mayores variaciones en su valor y, por lo tanto, implica un riesgo superior. Un negocio nuevo puede ofrecer rendimientos atractivos, pero también enfrenta la posibilidad de fracasar.

La Biblia reconoce esta realidad. Salomón no promete que toda inversión tendrá éxito. Al contrario, afirma: «...porque no sabes el mal que vendrá sobre la tierra.» (Eclesiastés 11: 2). Esta sencilla frase constituye uno de los principios más realistas de toda la literatura sapiencial. El futuro pertenece a Dios. El ser humano puede planificar, investigar y actuar con prudencia, pero nunca controlar completamente los acontecimientos.

Lejos de desanimar al creyente, esta enseñanza invita a desarrollar una actitud de humildad y prudencia. El inversionista responsable reconoce que no posee información perfecta y, precisamente por ello, evita decisiones impulsivas.

Riesgo y rendimiento suelen caminar juntos

La experiencia demuestra que las inversiones con mayor posibilidad de generar altos rendimientos normalmente también presentan mayores niveles de incertidumbre. Por el contrario, las inversiones más seguras suelen ofrecer rendimientos más modestos. Este principio no constituye una regla absoluta, pero sí una tendencia ampliamente observada en los mercados financieros.

Imaginemos dos alternativas: (1) consiste en adquirir un instrumento emitido por un gobierno con sólida capacidad de pago. La probabilidad de recuperar el capital suele ser elevada, pero el rendimiento normalmente será moderado. (2) La segunda alternativa consiste en invertir en una empresa nueva dedicada al desarrollo de tecnología. Si el proyecto tiene éxito, las ganancias podrían ser considerablemente mayores. Sin

embargo, también existe la posibilidad de que el negocio no prospere y parte del capital se pierda.

Ninguna de las dos opciones es buena o mala por sí misma. Todo depende de los objetivos, el horizonte de tiempo, la tolerancia al riesgo y la situación financiera del inversionista. Por esta razón, uno de los mayores errores consiste en perseguir exclusivamente la inversión que promete el rendimiento más alto, sin analizar el riesgo que la acompaña.

La prudencia protege al inversionista

El libro de Proverbios afirma: «El avisado ve el mal y se esconde; mas los simples pasan y reciben el daño.» (Proverbios 22: 3). Este principio resulta plenamente aplicable a las inversiones. La prudencia no significa rechazar toda oportunidad. Significa investigar antes de comprometer los recursos. La verdadera pregunta no es si una inversión tiene riesgo, sino si el inversionista comprende ese riesgo y ha evaluado adecuadamente sus posibles consecuencias.[5]

Un inversionista prudente procura responder preguntas como estas:

¿Entiendo realmente cómo funciona esta inversión?

¿Quién administra mi dinero?

¿Cómo obtiene utilidades este negocio?

¿Cuáles son los principales riesgos?

¿Qué ocurriría si los resultados no fueran los esperados?

¿Estoy dispuesto a asumir ese riesgo?

Estas preguntas, aparentemente sencillas, han evitado innumerables pérdidas patrimoniales.

Desconfiar de las ganancias extraordinarias

Uno de los principios más repetidos por los especialistas en inversión puede resumirse así: «Cuando una promesa de rentabilidad parece demasiado buena para ser verdad, normalmente no es verdad.» A lo largo de la historia han existido innumerables fraudes financieros que ofrecían rendimientos extraordinarios, garantizados y sin riesgo. Muchos de ellos terminaron ocasionando pérdidas millonarias precisamente porque apelaban al deseo humano de obtener grandes beneficios sin asumir los riesgos correspondientes.

La prudencia bíblica invita a desconfiar de ese tipo de promesas. La riqueza construida con paciencia, trabajo y buena administración suele ser más estable que aquella que pretende obtenerse mediante atajos.

El verdadero objetivo no es eliminar el riesgo

Existe una idea equivocada que conviene abandonar desde el principio: no es posible invertir sin riesgo. Incluso mantener todo el dinero en efectivo implica riesgos. La inflación reduce progresivamente su poder adquisitivo; además, se pierde la oportunidad de que esos recursos generen nuevos beneficios.[6]

La meta del inversionista prudente no consiste en eliminar el riesgo, sino en comprenderlo, administrarlo y mantenerlo dentro de límites razonables.

Aquí vuelve a cobrar sentido el consejo de Eclesiastés 11: 2. Diversificar, estudiar antes de invertir, evitar decisiones impulsivas y actuar con paciencia constituyen herramientas que permiten administrar la incertidumbre con sabiduría.

La confianza permanece en Dios

Comprender el riesgo no significa vivir dominado por el temor. Tampoco significa depositar la confianza en la propia capacidad para prever el futuro. La planificación responsable y la confianza en Dios no se oponen; se complementan. El creyente estudia, analiza, compara y toma decisiones prudentes porque reconoce que administrar bien los recursos también forma parte de su obediencia. Al mismo tiempo, comprende que ningún modelo financiero puede sustituir la providencia divina. Esta perspectiva produce equilibrio. Evita tanto la temeridad como la parálisis. Permite actuar responsablemente sin caer en la ilusión de controlar todos los acontecimientos.

Con estos principios elementales en mente estamos preparados para explorar uno de los instrumentos financieros más importantes del mundo moderno: la Bolsa de Valores. Comprender qué es, cómo funciona y cuál es su verdadera finalidad permitirá distinguir entre la inversión responsable y muchas ideas equivocadas que todavía existen alrededor de ella.

La Bolsa de Valores: mucho más que un lugar para comprar y vender acciones

Después de comprender que la inversión forma parte de una administración responsable de los recursos confiados por Dios, surge una pregunta natural: ¿dónde pueden invertirse esos recursos? A lo largo de la historia han existido diversas alternativas, como la agricultura, el comercio, la adquisición de tierras, la construcción de viviendas o el establecimiento de negocios propios. En la actualidad, una de las instituciones más importantes para canalizar el ahorro hacia actividades productivas es la Bolsa de Valores.[7]

Cuando se menciona la expresión "Bolsa de Valores", muchas personas imaginan una enorme sala llena de pantallas, corredores que gritan órdenes de compra y venta o noticias sobre millonarios que ganan y pierden fortunas en cuestión de minutos. Esa imagen, alimentada por películas y noticieros, ha llevado a muchos a pensar que la Bolsa de Valores es un lugar reservado para expertos o para personas dispuestas a asumir riesgos extremos.

Sin embargo, esa percepción está lejos de la realidad. El profesor Zvi Bodie, junto con Alex Kane y Alan J. Marcus, autores de uno de los textos universitarios más utilizados en el mundo sobre inversiones, definen los mercados de valores como el mecanismo mediante el cual el ahorro de millones de personas se canaliza hacia empresas y proyectos que necesitan recursos para crecer.[8]

En términos sencillos, una Bolsa de Valores es un mercado organizado, regulado y supervisado, donde empresas, gobiernos e inversionistas realizan operaciones de compra y venta de valores financieros, principalmente acciones y bonos. Su propósito consiste en facilitar el encuentro entre quienes necesitan recursos para financiar proyectos productivos y quienes desean invertir su capital buscando un rendimiento razonable conforme al riesgo asumido.[9]



Dicho de otra manera, la Bolsa de Valores es un puente. De un lado se encuentran personas que han logrado ahorrar parte de sus ingresos y desean hacer que ese dinero produzca nuevos frutos. Del otro lado están empresas que necesitan recursos para construir una nueva fábrica, desarrollar un medicamento, producir alimentos, crear tecnología, ampliar sus operaciones o generar nuevos empleos.

La Bolsa de Valores une a unos con otros. Cuando esto ocurre, el dinero deja de permanecer inmóvil y comienza a trabajar. Ese es uno de los principios más importantes que se debe comprender: el dinero fue creado para servir a las personas, y una de sus funciones consiste en impulsar actividades que producen valor para la sociedad.

Pensemos en un ejemplo sencillo. Imaginemos una empresa que fabrica sillas escolares. Después de varios años de trabajo ha demostrado que produce muebles de buena calidad y que administra correctamente sus recursos. Ahora desea construir una nueva planta para fabricar el doble de escritorios y abastecer escuelas en otras ciudades.

El problema es que construir esa planta requiere una inversión superior al dinero que la empresa tiene disponible. Tiene varias alternativas: solicitar un préstamo bancario, incorporar nuevos socios o acudir al mercado de valores para obtener recursos. Si decide emitir acciones, miles de personas podrán participar como inversionistas aportando pequeñas cantidades de dinero. Gracias a esos recursos, la empresa podrá crecer, contratar más trabajadores, fabricar más mobiliario y atender a un mayor número de escuelas.



En este ejemplo, la Bolsa de Valores no creó riqueza por sí misma. Lo que hizo fue facilitar que el ahorro de muchas personas financiara una actividad productiva. La Bolsa de Valores no produce riqueza por sí misma. La riqueza se genera cuando las empresas desarrollan nuevos productos, prestan servicios útiles, generan empleo, impulsan la innovación y satisfacen necesidades reales de la sociedad. La bolsa simplemente facilita que el ahorro de millones

de personas llegue a esas empresas para financiar su crecimiento. De esta manera, el capital deja de permanecer improductivo y comienza a participar en la creación de valor económico.[10]

Por esa razón, los economistas consideran que los mercados de valores cumplen una función esencial en el desarrollo económico de un país. Cuando operan con transparencia y bajo una adecuada regulación, permiten que el capital llegue a proyectos capaces de generar empleo, innovación y bienestar.[11] Este principio armoniza con una idea que aparece repetidamente en las Escrituras.

La Biblia enseña que Dios no entregó los recursos para que permanecieran improductivos. En la parábola de los talentos, el señor esperaba que el dinero confiado a sus siervos produjera resultados durante su ausencia (Mateo. 25: 14-30; Lucas. 19: 11-27). No elogió al siervo que simplemente devolvió intacto el capital; reconoció a quienes lo administraron con diligencia y lograron multiplicarlo. Naturalmente, Jesús no estaba enseñando el funcionamiento de una Bolsa de Valores. Su propósito era revelar principios espirituales relacionados con la fidelidad y la responsabilidad. Sin embargo, esos mismos principios ayudan a comprender que Dios valora una administración productiva de los recursos, siempre que se ejerza con honestidad, prudencia y espíritu de servicio.[12]

Aquí conviene aclarar una idea que suele generar confusión. La Bolsa de Valores no es buena ni mala por sí misma. Es una herramienta. Del mismo modo que un cuchillo puede utilizarse para preparar el alimento de una familia o para hacer daño, los mercados financieros pueden emplearse para impulsar empresas que benefician a la sociedad o para alimentar prácticas motivadas por la codicia y la especulación.

Por eso, la pregunta que un cristiano no debe hacerse es: ¿es correcto invertir en la Bolsa de Valores? La pregunta debería ser otra: ¿qué clase de empresas estoy ayudando a financiar con mi dinero? Esa diferencia cambia completamente la perspectiva. El creyente no solo busca una rentabilidad económica. También procura que sus decisiones financieras sean coherentes con los principios que gobiernan su vida.

Ahora sabe que la función principal de la Bolsa de Valores es mucho más sencilla: poner en contacto el ahorro de las personas con empresas

que necesitan recursos para crecer. Comprender este principio es el primer paso para perder el temor y comenzar a estudiar las inversiones con responsabilidad.

¿Qué es una acción?

Después de comprender qué es la Bolsa de Valores, es natural formular una nueva pregunta: ¿qué compra realmente una persona cuando adquiere una acción? La respuesta puede expresarse en una sola frase: compra una pequeña parte de una empresa. Sin embargo, detrás de esa sencilla afirmación existe un concepto que vale la pena comprender.

El profesor Benjamin Graham, considerado el padre de la inversión en valor, enseñó que el inversionista inteligente no debe pensar que compra "papeles" o símbolos que aparecen en una pantalla. En realidad, cuando adquiere una acción, compra una participación en un negocio real.[13] Esta manera de entender la inversión cambia por completo la perspectiva del inversionista.

Pensemos en un ejemplo. Imaginemos una empresa que produce calzado. Después de muchos años de trabajo ha logrado fabricar zapatos de excelente calidad y venderlos en todo el país. Sus propietarios desean construir una nueva planta para aumentar la producción, pero necesitan recursos adicionales. En lugar de solicitar un préstamo, deciden ofrecer una parte de la empresa al público. Para hacerlo, dividen la propiedad en miles o millones de pequeñas partes llamadas *acciones*.

Cada persona que compra una de esas acciones se convierte en propietaria de una pequeña fracción de la empresa. Naturalmente, quien adquiere una sola acción no administrará la empresa ni tomará todas las decisiones. Sin embargo, participa como propietario en la medida de su inversión y espera beneficiarse si la empresa continúa creciendo. Esta es una diferencia fundamental entre invertir y simplemente ahorrar. Cuando una persona deposita su dinero en una cuenta de ahorro, conserva su capital esperando recibir un interés previamente establecido. Cuando compra acciones, se convierte en propietaria de una parte de una empresa. Si la empresa prospera, el valor de su participación puede aumentar y, además, puede recibir una parte de las utilidades cuando la empresa decide distribuir dividendos.[14]



Por esta razón, comprar acciones significa mucho más que adquirir un activo financiero. Significa confiar en la capacidad de una empresa para crear valor mediante el trabajo, la innovación, el servicio y una buena administración. Benjamin Graham insistía en que el precio de una acción y el valor de una empresa no siempre son lo mismo. El mercado puede hacer que el precio suba o baje todos los días; sin embargo, el verdadero inversionista presta mayor atención a la calidad del negocio que a las fluctuaciones momentáneas del mercado.[15]

Esta enseñanza encuentra un interesante paralelo en la Biblia. Jesús afirmó: «Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón» (Mateo 6: 21). Aunque el contexto del pasaje se refiere a las prioridades espirituales, el principio también invita a reflexionar sobre el destino de nuestros recursos. Cada inversión expresa, en cierta medida, aquello que decidimos apoyar con nuestro patrimonio.

Por esa razón, el creyente no debería preguntarse únicamente cuánto puede ganar con una inversión. También debería preguntarse qué clase de empresa está ayudando a crecer. ¿Produce bienes útiles para la sociedad? ¿Genera empleo digno? ¿Actúa con honestidad? ¿Respeta la dignidad de las personas? Estas preguntas no suelen aparecer en los manuales tradicionales de inversiones; sin embargo, constituyen un filtro indispensable para quien desea administrar sus recursos conforme a los principios del Reino de Dios.

En consecuencia, comprar una acción significa mucho más que buscar una rentabilidad económica. Significa convertirse, aunque sea en una proporción pequeña, en copartícipe del desarrollo de una empresa. De ahí la importancia de conocer su actividad, sus valores, la calidad de su administración y el impacto que produce en la sociedad. Cuando el inversionista comprende este principio, deja de ver las acciones como simples números que cambian constantemente de precio. Comienza a ver empresas, personas, proyectos y oportunidades para contribuir al desarrollo económico de manera responsable.



Tal vez pensaba que invertir en acciones era parecido a apostar por un número que sube o baja todos los días. Ahora sabe que una acción representa algo diferente: una participación en una empresa real.

Antes de invertir, no pregunte solamente cuánto puede ganar. Pregúntese también: ¿honraría a Dios siendo uno de los propietarios de esta empresa? Esa sencilla pregunta puede convertirse en uno de los mejores filtros para tomar decisiones financieras responsables.

¿Cómo gana dinero un accionista?

Después de comprender que una acción representa una pequeña participación en una empresa, surge una pregunta lógica: ¿de dónde provienen las ganancias de un accionista? Muchas personas creen que el único propósito de comprar acciones consiste en venderlas más caras unos días después. Esa idea, aunque difundida, representa solo una pequeña parte del funcionamiento del mercado de valores y, con frecuencia, corresponde más a la especulación que a la inversión.

Los especialistas en finanzas coinciden en que un accionista obtiene beneficios principalmente de dos maneras: «por los dividendos que distribuye la empresa y por el incremento en el valor de sus acciones con el paso del tiempo.»[16]

Los dividendos: participar de las utilidades

Imaginemos nuevamente la empresa que fabrica calzado. Después de varios años de trabajo obtiene excelentes resultados. Una vez pagados los salarios, los impuestos, las materias primas y las demás obligaciones, la empresa genera utilidades. La junta de accionistas puede decidir reinvertir esas utilidades para continuar creciendo o distribuir una parte entre quienes son propietarios de la empresa. A esa distribución se le conoce como dividendo.

En otras palabras, un dividendo es la parte de las ganancias que una empresa entrega a sus accionistas como recompensa por haber confiado su capital para financiar el negocio.[17] No todas las empresas pagan

dividendos. Algunas prefieren reinvertir todas sus utilidades para expandirse con mayor rapidez. Otras distribuyen una parte y conservan el resto para financiar nuevos proyectos. Por ello, un buen inversionista no compra acciones únicamente porque una empresa pague dividendos, sino porque considera que se trata de un negocio sólido y bien administrado.

La plusvalía: cuando la empresa vale más

Existe una segunda forma de obtener ganancias. Supongamos que hace diez años una persona compró acciones de una empresa dedicada a fabricar equipos médicos. Durante ese tiempo la empresa abrió nuevas plantas, desarrolló mejores productos, aumentó sus ventas y ganó prestigio internacional. Como consecuencia, muchas personas desean convertirse en accionistas de esa empresa.

Al aumentar la demanda por sus acciones, también aumenta su precio. Si el inversionista decide venderlas, podrá obtener una ganancia conocida como plusvalía. La plusvalía no surge por simple casualidad. Generalmente refleja que la empresa ha incrementado su valor mediante una mejor administración, mayor productividad, innovación y crecimiento sostenido.[18]

Benjamin Graham advertía que el verdadero inversionista no debe obsesionarse con las variaciones diarias del precio de una acción. Lo verdaderamente importante es que la empresa continúe fortaleciendo su capacidad para producir bienes, prestar servicios y generar utilidades de manera consistente.[19]

Por esa razón, la paciencia constituye una de las mayores virtudes del inversionista. Las grandes empresas no construyeron su valor en unas cuantas semanas. Lo hicieron durante años de trabajo, innovación y disciplina. Lo mismo ocurre con quienes invierten en ellas.

Este principio recuerda nuevamente las palabras de Salomón: «Coloca tus inversiones en varios lugares» (Eclesiastés 11: 2 NTV). El texto no promete ganancias inmediatas. El texto es claro: «después de muchos días». La Escritura enseña que los resultados importantes suelen requerir tiempo. Cuando escuche que alguien ganó dinero invirtiendo en acciones, recuerde que existen dos caminos legítimos para obtener ese beneficio. Uno consiste en participar de las utilidades que produce una buena empresa. El otro consiste en acompañar pacientemente su

crecimiento hasta que esa empresa incremente su valor con el paso del tiempo. Ambos requieren algo que no puede comprarse en ninguna Bolsa de Valores: paciencia.

Las inversiones responsables rara vez enriquecen de la noche a la mañana. Pero, acompañadas de disciplina, conocimiento y tiempo, pueden convertirse en una herramienta para fortalecer el patrimonio familiar y servir mejor a Dios mediante una administración sabia de los recursos que Él ha confiado.

¿Cómo reconocer una buena inversión?

Después de comprender qué es una acción y cómo obtiene ganancias un accionista, surge una pregunta inevitable: ¿cómo saber si una empresa merece nuestra confianza? Benjamin Graham, considerado el padre de la inversión en valor, enseñó que el inversionista inteligente no compra acciones; compra una participación en un negocio.[20] Por esa razón, antes de invertir conviene conocer la empresa tan bien como si estuviéramos pensando en convertirnos en uno de sus socios. La Biblia presenta este mismo principio mediante un ejemplo sencillo. Al describir a la mujer virtuosa, afirma: «Evalúa un campo y lo compra; con sus ganancias planta una viña» (Proverbios. 31: 16). Antes de invertir, ella analiza; después decide; finalmente actúa. La prudencia bíblica nunca se opone a la inversión, sino a la improvisación.

Aunque existen numerosos indicadores financieros, todo inversionista puede comenzar respondiendo cinco preguntas fundamentales: ¿entiendo cómo obtiene sus ganancias esta empresa? ¿Su actividad beneficia realmente a la sociedad? ¿Quiénes la administran y qué reputación tienen? ¿Tiene posibilidades razonables de seguir creciendo? ¿Esta inversión armoniza con mis principios cristianos?

Responder estas preguntas ayuda a tomar decisiones más inteligentes y evita dejarse llevar por rumores, emociones o promesas de ganancias extraordinarias.[21] No invierta porque alguien le dijo que una acción "va a subir". Invierta cuando comprenda el negocio y tenga razones para confiar en él. Recuerde: una buena inversión comienza mucho antes de entregar el dinero; comienza cuando el inversionista decide aprender.

No todas las inversiones son para todas las personas

Después de conocer cómo funciona una acción, algunas personas podrían pensar que invertir en la Bolsa de Valores es la mejor opción para cualquier inversionista. Sin embargo, la realidad es diferente. Así como un médico no prescribe el mismo tratamiento a todos sus pacientes, tampoco existe una inversión adecuada para todas las personas.

Los especialistas en planeación financiera coinciden en que una buena inversión depende de varios factores: la edad del inversionista, sus objetivos, el tiempo durante el cual puede mantener invertido su dinero, su situación económica y el nivel de riesgo que está dispuesto a asumir.[22]

Pensemos en dos ejemplos. Un joven de veinticinco años que está comenzando su vida laboral puede permitirse invertir con una perspectiva de largo plazo. Si alguna inversión experimenta una disminución temporal en su valor, tendrá muchos años para recuperarse. En cambio, una persona que está próxima a jubilarse probablemente buscará inversiones más estables, aunque produzcan rendimientos moderados, porque necesitará disponer de esos recursos en un plazo más corto. Ninguno de los dos está equivocado. Simplemente tienen necesidades diferentes.

La Biblia enseña un principio semejante cuando afirma que «todo tiene su tiempo» (Eclesiastés 3: 1). La administración de los recursos también reconoce tiempos distintos para ahorrar, invertir, emprender y utilizar el patrimonio acumulado. Por esta razón, antes de elegir cualquier instrumento financiero conviene responder tres preguntas sencillas: ¿para qué quiero invertir? ¿Cuándo necesitaré ese dinero? ¿Cuánto riesgo puedo asumir sin comprometer la estabilidad de mi familia? Responder honestamente estas preguntas permitirá seleccionar inversiones coherentes con la realidad personal y evitar decisiones impulsivas.



La sabiduría financiera no consiste en copiar las decisiones de otros, sino en elegir aquellas que mejor se ajustan a la

responsabilidad que Dios ha confiado a cada persona. No busque la inversión que hizo rico a alguien más. Busque la inversión que le ayude a alcanzar los objetivos que Dios ha puesto delante de usted y de su familia. La mejor inversión no siempre es la que promete mayores ganancias; muchas veces es la que le permite avanzar con tranquilidad, prudencia y constancia.

El mayordomo que piensa como inversionista

Hasta este momento hemos recordado o aprendido que invertir no consiste en buscar dinero fácil ni en seguir las recomendaciones de moda. Invertir significa tomar decisiones responsables acerca de los recursos que Dios ha puesto en nuestras manos. Sin embargo, existe una diferencia entre tener dinero y pensar como inversionista.

Muchas personas trabajan durante toda su vida, obtienen buenos ingresos e incluso logran ahorrar una cantidad importante. Aun así, nunca desarrollan una mentalidad de inversionista. Conservan su dinero, pero rara vez logran que ese patrimonio crezca de manera significativa. ¿Por qué ocurre esto? Porque un inversionista no se distingue por la cantidad de dinero que posee, sino por la manera en que piensa.

Stephen R. Covey afirmaba que toda mejora duradera comienza con un cambio de paradigma; es decir, con una nueva manera de comprender la realidad.[23] En el ámbito financiero sucede algo semejante. El crecimiento patrimonial comienza cuando aprendemos a ver el dinero no solo como un medio para consumir, sino también como un recurso capaz de producir nuevos recursos. Esta forma de pensar armoniza con la enseñanza de Jesús en la parábola de los talentos. El señor no felicitó a sus siervos simplemente porque conservaron el capital que habían recibido. Esperaba que lo administraran de tal manera que produjera nuevos resultados.[24]



Aquí encontramos uno de los principios más importantes de este libro. El propósito del mayordomo no consiste únicamente en conservar el patrimonio; consiste en hacerlo crecer con sabiduría, integridad y propósito.

Este principio cambia la forma de tomar decisiones. El mayordomo que piensa como inversionista ya no pregunta únicamente: ¿Cuánto cuesta? Ahora también pregunta: ¿Qué rendimiento producirá? Ya no pregunta solamente: ¿Es seguro? También pregunta: ¿Vale la pena asumir este riesgo considerando la posible recompensa? Ya no pregunta únicamente: ¿Puedo comprarlo? Pregunta: ¿Es ésta la mejor manera de utilizar los recursos que Dios me ha confiado?

Howard Marks observa que los mejores inversionistas no eliminan el riesgo; aprenden a comprenderlo, administrarlo y asumirlo cuando las probabilidades favorecen una buena decisión.[25] Ese principio coincide con la prudencia que caracteriza la sabiduría bíblica. La fe nunca ha sido sinónimo de improvisación. Pensar como inversionista tampoco significa perseguir cualquier oportunidad que prometa ganancias elevadas. Significa aprender a distinguir entre una oportunidad y una tentación.

Una inversión prudente se analiza. Una tentación financiera suele presentarse con prisa. Una inversión seria explica sus riesgos. Un fraude promete únicamente beneficios. Una inversión responsable requiere estudio. La especulación invita a actuar sin pensar.

Por ello, el mayordomo inversionista desarrolla un hábito que lo acompaña durante toda la vida: aprende antes de invertir. Mientras otros buscan el camino más rápido para ganar dinero, el mayordomo busca el camino más inteligente para multiplicar los recursos que Dios le ha confiado. Esta es, probablemente, la diferencia más importante entre un especulador y un verdadero inversionista. No aspire únicamente a tener más dinero. Aspire a desarrollar una nueva manera de pensar.

Cuando cambie su forma de tomar decisiones, cambiará también la manera en que administra, ahorra, invierte y multiplica los recursos que Dios le ha confiado. El patrimonio más valioso de un inversionista no es el dinero que tiene en su cuenta. Es la sabiduría con la que toma cada decisión.

¿Dónde puede invertir un mayordomo inversionista?

Después de comprender cómo piensa un inversionista, surge una pregunta práctica: ¿dónde puedo comenzar a invertir? La respuesta

depende de los objetivos de cada persona, de la cantidad de dinero disponible, del tiempo durante el cual puede mantener la inversión y del riesgo que está dispuesto a asumir.

No existe una inversión perfecta para todos. Sin embargo, sí existen instrumentos financieros que, utilizados correctamente, pueden ayudar al creyente a hacer crecer responsablemente el patrimonio que Dios le ha confiado.[26] Algunos privilegian la seguridad. Otros buscan un mayor crecimiento. Algunos producen ingresos constantes. Otros requieren paciencia para alcanzar mejores resultados.

Lo importante no es encontrar la inversión de «moda», sino seleccionar aquella que mejor responda a los objetivos del mayordomo inversionista. A continuación, estudiaremos los principales instrumentos de inversión que actualmente se encuentran al alcance de la mayoría de las personas.

Instrumentos gubernamentales:

Son inversiones respaldadas por el gobierno de un país. Generalmente ofrecen un alto nivel de seguridad, aunque sus rendimientos suelen ser moderados. Constituyen una excelente alternativa para quienes comienzan a invertir o desean proteger una parte de su patrimonio.[27]

Bonos

Cuando un gobierno o una empresa necesita recursos puede obtenerlos mediante la emisión de bonos. Quien adquiere un bono, en realidad está prestando dinero al emisor a cambio del compromiso de recibir intereses y recuperar su capital en una fecha determinada.[28]

Fondos de inversión

Permiten que muchas personas reúnan su dinero para invertir de manera conjunta. Un equipo profesional administra esos recursos y los distribuye entre diferentes instrumentos financieros. Esto facilita la diversificación incluso para quienes disponen de pequeñas cantidades de capital.[29]

Acciones

Representan una participación en la propiedad de una empresa. Su potencial de crecimiento suele ser mayor que el de otros instrumen-



tos, aunque también pueden experimentar fluctuaciones importantes en su precio. Por ello, generalmente se consideran inversiones apropiadas para objetivos de mediano y largo plazo.[30]

Bienes raíces

La adquisición de terrenos, viviendas, locales comerciales o edificios ha constituido durante siglos una forma de preservar y hacer crecer el patrimonio. Además de generar plusvalía, algunos inmuebles producen ingresos periódicos mediante su arrendamiento.[31]

Negocios propios

Con frecuencia, la mejor inversión puede encontrarse en el desarrollo de un negocio o de una empresa propia. Cuando el inversionista posee conocimientos, experiencia y capacidad administrativa, un negocio bien dirigido puede ofrecer rendimientos superiores a muchos instrumentos financieros. Sin embargo, también exige mayor dedicación y preparación.[32]

Hasta aquí puede parecer que todas las alternativas son igualmente convenientes. No lo son. Cada una responde a objetivos distintos, ofrece niveles diferentes de riesgo y requiere horizontes de tiempo específicos. Precisamente por ello, el mayordomo inversionista aprende a combinar distintas herramientas en lugar de depender exclusivamente de una sola. El éxito financiero rara vez depende de encontrar una inversión extraordinaria. Con mayor frecuencia depende de elegir correctamente entre varias buenas alternativas.

La sabiduría consiste en conocerlas, comprender sus diferencias y seleccionar las que mejor contribuyan al cumplimiento de sus objetivos y del propósito que Dios tiene para los recursos que administra.

¿Cuál debería ser mi primera inversión?

Cuando una persona descubre el mundo de las inversiones, suele sentirse abrumada por la cantidad de alternativas disponibles. Escucha hablar de acciones, fondos de inversión, CETES, bienes raíces,



criptomonedas, divisas y muchos otros instrumentos financieros. Entonces surge una pregunta inevitable: ¿por dónde debo comenzar? La respuesta puede sorprender. La primera inversión no siempre es la que promete el mayor rendimiento. Generalmente es aquella que permite aprender, adquirir experiencia y desarrollar confianza sin poner en riesgo el patrimonio familiar.[33]

Ningún agricultor espera cosechar abundantemente el mismo día que siembra. Primero prepara el terreno, selecciona la semilla, la protege y espera pacientemente el tiempo de la cosecha. Del mismo modo, el inversionista comienza construyendo una base sólida antes de buscar inversiones más rentables. Por esa razón, muchos asesores financieros recomiendan iniciar con instrumentos de bajo riesgo mientras se adquiere conocimiento y experiencia. Esta etapa no representa un retraso; constituye una inversión en la formación del propio inversionista.[34]

Aquí aparece un principio que conviene recordar durante toda la vida: El primer objetivo de una inversión no consiste únicamente en producir dinero; consiste en formar un buen inversionista. Un inversionista disciplinado podrá aprovechar mejores oportunidades durante toda su vida. En cambio, quien busca ganancias rápidas sin preparación suele terminar aprendiendo mediante pérdidas que pudieron evitarse. La Biblia presenta un principio semejante cuando declara: «Las riquezas de vanidad disminuirán; pero el que recoge con mano laboriosa las aumenta» (Proverbios 13: 11). El crecimiento sólido rara vez ocurre de manera repentina. Normalmente es el resultado de decisiones prudentes, repetidas con constancia durante muchos años.

Por ello, el mayordomo que piensa como inversionista comprende que invertir no es una carrera de velocidad; es una carrera de resistencia. Su propósito no consiste en enriquecerse rápidamente, sino en construir un patrimonio que le permita servir mejor a Dios, cuidar de su familia y bendecir a otros. No permita que el deseo de ganar más

lo lleve a invertir antes de estar preparado. Comience por aprender. Después invierta pequeñas cantidades. Gane experiencia y, conforme aumenten sus conocimientos, también podrá aumentar gradualmente el tamaño de sus inversiones. Recuerde: el mejor inversionista no es quien gana más en un año, sino quien permanece invirtiendo con sabiduría durante toda la vida.

Instrumentos gubernamentales: un buen lugar para comenzar

Una vez que una persona decide invertir, surge una pregunta práctica: ¿dónde puedo colocar mi dinero si todavía tengo poca experiencia? Muchos especialistas en finanzas recomiendan comenzar con instrumentos emitidos o respaldados por el gobierno, debido a que ofrecen un alto nivel de seguridad y permiten al inversionista familiarizarse con el funcionamiento de los mercados financieros sin asumir riesgos excesivos.[35]

En México, el instrumento más conocido son los Certificados de la Tesorería de la Federación (CETES). Cuando una persona adquiere CETES, en realidad está prestando dinero al Gobierno Federal por un plazo determinado. Al vencimiento de ese plazo, recibe el capital invertido más un rendimiento previamente establecido.[36]

Aunque los CETES no suelen ofrecer los rendimientos más altos del mercado, poseen tres ventajas importantes para quien comienza a invertir: (1) permiten iniciar con cantidades relativamente pequeñas, (2) ofrecen un alto grado de seguridad al estar respaldados por el Gobierno Federal, (3) ayudan al inversionista a desarrollar disciplina, ya que lo acostumbran a separar una parte de sus ingresos para invertirla de manera constante.

Naturalmente, esta seguridad tiene un costo. En períodos de crecimiento económico, otros instrumentos como las acciones o algunos fondos de inversión pueden generar rendimientos superiores. Por esa razón, muchos asesores consideran los CETES como un excelente punto de partida, pero no necesariamente como el destino final de un inversionista que busca hacer crecer su patrimonio a largo plazo.[37]

La Biblia enseña que la sabiduría consiste en avanzar paso a paso. Jesús afirmó: «El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel» (Lucas. 16: 10). Este principio también puede aplicarse a las inversiones. Quien aprende a invertir responsablemente pequeñas cantidades estará mejor preparado

para administrar recursos mayores en el futuro. Si nunca ha invertido, los instrumentos gubernamentales pueden ser una excelente escuela para comenzar. Le permitirán desarrollar el hábito de invertir, comprender el funcionamiento básico de los mercados y adquirir confianza antes de avanzar hacia inversiones con mayor potencial de rendimiento.

Bonos: prestar dinero a cambio de un interés

Otra forma de invertir consiste en adquirir bonos. A diferencia de las acciones, donde el inversionista compra una parte de una empresa, al comprar un bono está prestando dinero a un gobierno o a una empresa durante un tiempo determinado. A cambio, recibe intereses periódicos y, al vencimiento del plazo, recupera el capital invertido.[38]

Los bonos suelen ofrecer mayor estabilidad que las acciones, aunque normalmente producen rendimientos más moderados. Por esta razón, muchos inversionistas los utilizan para equilibrar su portafolio y reducir el riesgo general de sus inversiones.[39] Si las acciones representan participar como propietario, los bonos representan actuar como prestamista. Ambos pueden formar parte de una buena estrategia de inversión, dependiendo de sus objetivos y de su perfil como inversionista.

Fondos de inversión: invertir acompañado por especialistas

Muchas personas desean invertir, pero no cuentan con el tiempo, los conocimientos o la experiencia necesarios para analizar empresas y seleccionar inversiones por sí mismas. Pensando en ellas surgieron los fondos de inversión. Un fondo de inversión reúne el dinero de miles de personas y lo coloca en manos de profesionales que lo invierten en acciones, bonos y otros instrumentos financieros, siguiendo una estrategia previamente definida.[40]

La principal ventaja de los fondos de inversión es que permiten acceder a una cartera diversificada con cantidades relativamente pequeñas de dinero. En lugar de depender del comportamiento de una sola empresa, el inversionista participa en un conjunto de activos cuidadosamente seleccionados. Esta diversificación reduce el riesgo específico de una inversión individual.[41]

Sin embargo, no todos los fondos son iguales. Algunos privilegian la seguridad; otros buscan crecimiento; algunos invierten principalmente en

deuda gubernamental y otros en acciones de empresas nacionales o internacionales. Por ello, antes de invertir conviene conocer el objetivo del fondo y verificar que corresponda a las metas personales del inversionista.

Si todavía no se siente preparado para seleccionar acciones por su cuenta, un fondo de inversión puede ser un excelente punto de partida. Le permitirá comenzar a invertir, aprender gradualmente y beneficiarse de la experiencia de administradores profesionales.

Construyendo un portafolio de inversión

Una vez que el mayordomo aprende a invertir, surge una nueva pregunta: ¿conviene colocar todo el dinero en una sola inversión? La respuesta es sencilla: generalmente no. Así como un agricultor no siembra un solo cultivo ni un empresario depende de un único cliente, el inversionista prudente procura distribuir sus recursos entre diferentes alternativas. Esta práctica, conocida como diversificación, permite disminuir el riesgo sin renunciar al crecimiento del patrimonio.[42]

Un portafolio de inversión es, precisamente, el conjunto de inversiones que una persona reúne para alcanzar sus objetivos financieros. Puede incluir instrumentos gubernamentales, fondos de inversión, acciones, bienes raíces, un negocio propio y otras alternativas compatibles con sus principios y necesidades. No existe un portafolio ideal para todas las personas. Un matrimonio joven probablemente dará mayor espacio a inversiones orientadas al crecimiento, mientras que una familia próxima al retiro buscará proteger una mayor parte de su patrimonio. Lo importante es que el portafolio refleje los objetivos, el horizonte de tiempo y el nivel de riesgo que cada inversionista está dispuesto a asumir.[43]



La Biblia vuelve a recordarnos un principio de equilibrio. El mayordomo fiel administra con prudencia los recursos que Dios le ha confiado, procurando que produzcan fruto sin exponer irresponsablemente el bienestar de su familia. La sabiduría consiste en encontrar un equilibrio entre seguridad, crecimiento y propósito. No busque la mejor inversión. Construya una buena

combinación de inversiones. Con frecuencia, un patrimonio sólido no depende de una decisión extraordinaria, sino de muchas decisiones prudentes tomadas durante varios años.

Planificando la independencia financiera

Toda inversión debería responder a un propósito. Invertir únicamente por invertir rara vez produce buenos resultados. El mayordomo que piensa como inversionista sabe hacia dónde desea llegar y construye un plan para lograrlo. Durante muchos años se habló del Plan Personal de Retiro, porque el objetivo principal consistía en acumular recursos para la vejez. Sin embargo, hoy resulta más apropiado hablar de independencia financiera, ya que el propósito no consiste simplemente en dejar de trabajar, sino en alcanzar la libertad de hacerlo por decisión y no por necesidad.[44]

La independencia financiera no se alcanza mediante una inversión extraordinaria. Es el resultado de hábitos constantes: ahorrar con disciplina, invertir regularmente, reinvertir los rendimientos y permitir que el tiempo haga crecer el patrimonio. Albert Einstein llamó al interés compuesto «la fuerza más poderosa del universo». Aunque la frase ha sido objeto de debate histórico, la idea es correcta: cuando los rendimientos también comienzan a producir rendimientos, el crecimiento del patrimonio adquiere una fuerza extraordinaria.[45]

Por esa razón, el tiempo suele convertirse en el mejor aliado del inversionista. Quien comienza temprano no necesariamente invierte más dinero; simplemente permite que sus inversiones trabajen durante más años.



La Biblia expresa este principio mediante una verdad sencilla: «El que recoge con mano laboriosa las aumenta» (Proverbios. 13: 11). El patrimonio rara vez se construye mediante golpes de suerte. Se edifica con disciplina, perseverancia y decisiones acertadas repetidas a lo largo del tiempo. No espere el momento perfecto para comenzar a invertir. Comience con lo que tiene. Sea constante. Permita que el tiempo, la

disciplina y las buenas decisiones trabajen a su favor. El mejor momento para construir el patrimonio del mañana es hoy.

Plan Personal de Retiro: construyendo hoy la libertad financiera del mañana

La mayoría de las personas piensa en el retiro cuando ya se encuentra cerca de esa etapa de la vida. Sin embargo, los especialistas en finanzas coinciden en que la mejor estrategia consiste en comenzar muchos años antes.[46] El Plan Personal de Retiro no debe entenderse únicamente como un fondo para la vejez. Es una estrategia para construir, paso a paso, la independencia financiera que permitirá afrontar el futuro con tranquilidad, servir con mayor libertad y evitar que la falta de recursos se convierta en una carga para la familia.

Quien comienza a invertir desde joven permite que el tiempo se convierta en su mejor aliado. Cada ahorro, cada inversión y cada rendimiento se suman al esfuerzo realizado anteriormente. Con el paso de los años, el crecimiento del patrimonio deja de depender únicamente del dinero aportado y comienza a sostenerse también por los rendimientos acumulados.[47] Esto explica por qué dos personas que invierten la misma cantidad pueden obtener resultados diferentes. Generalmente, la diferencia no está en cuánto invirtieron, sino en cuándo comenzaron.

La Biblia destaca repetidamente el valor de la previsión. José almacenó alimento durante los años de abundancia para enfrentar los años de escasez (Génesis. 41). La hormiga prepara su alimento durante el verano para disponer de él cuando llegue el invierno (Proverbios. 6: 6-8). En ambos casos encontramos el mismo principio: «quien piensa en el futuro toma mejores decisiones en el presente.»

El Plan Personal de Retiro no pretende alimentar el temor al futuro, sino fomentar una administración responsable del presente. El mayordomo que piensa como inversionista comprende que planificar no significa desconfiar de Dios, sino administrar con sabiduría los recursos que Él ha colocado en sus manos. No espere a que el retiro esté cerca para comenzar a prepararse. Empiece hoy, aunque sea con una cantidad pequeña. Con frecuencia, la decisión más importante no es cuánto invertir, sino dar el primer paso y mantener la constancia.

Del conocimiento a la acción

A lo largo de este capítulo hemos descubierto que invertir no consiste en buscar ganancias rápidas ni en correr riesgos innecesarios. Invertir es administrar con sabiduría los recursos que Dios ha colocado en nuestras manos para que produzcan fruto y contribuyan al bienestar de nuestra familia, de la sociedad y de la misión que Él nos ha confiado.

Hemos aprendido que una Bolsa de Valores no es un casino, sino un mercado donde el ahorro financia actividades productivas. Comprendimos que una acción representa una participación en una empresa; que un bono equivale a prestar dinero a cambio de un interés; que los fondos de inversión permiten invertir acompañado por especialistas; y que un portafolio bien construido protege el patrimonio al distribuir adecuadamente el riesgo.

También descubrimos que la verdadera diferencia no la hacen los instrumentos financieros, sino la mentalidad del inversionista. El mayordomo que piensa como inversionista comprende que Dios no le pide únicamente conservar los recursos, sino administrarlos de tal manera que produzcan el mayor beneficio posible, sin comprometer los principios del Reino de Dios.

Todo este conocimiento tendrá poco valor si permanece únicamente en estas páginas. La mayordomía comienza cuando la información se convierte en decisiones y las decisiones en hábitos permanentes.

Por ello, al terminar este capítulo, lo invito a asumir algunos compromisos personales.

-Elaboraré un presupuesto que me permita destinar una parte de mis ingresos al ahorro y la inversión.

-Construiré un fondo de emergencia antes de asumir inversiones de mayor riesgo.

-Comenzaré a invertir de manera sistemática, aunque inicialmente las cantidades sean pequeñas.

-Continuaré preparándome para comprender mejor los diferentes instrumentos financieros.

-Elaboraré y revisaré periódicamente mi Plan Personal de Retiro.

-Procuraré que mis inversiones sean coherentes con mis principios cristianos.

Enseñaré estos principios a mi familia para que la buena mayordomía trascienda a la siguiente generación.



Ninguna de estas decisiones exige grandes cantidades de dinero. Todas requieren, en cambio, algo mucho más importante: disciplina.

Los grandes patrimonios rara vez se construyen mediante acontecimientos extraordinarios. Generalmente son el resultado de pequeñas decisiones correctas, repetidas durante muchos años. La parábola de los talentos termina con una enseñanza que resume el espíritu de este capítulo. El señor no elogió a sus siervos por la cantidad de dinero que recibieron, sino por la fidelidad con que administraron lo que les había sido confiado. Esa misma fidelidad continúa siendo el fundamento de la mayordomía cristiana.

El mundo admira a quienes acumulan riqueza. Dios honra a quienes administran fielmente los recursos que Él les entrega. Por eso, el propósito final de este capítulo no consiste únicamente en ayudarle a convertirse en un mejor inversionista. Su propósito es mucho mayor. Formar un mayordomo que piensa como inversionista; que busca legítimamente los mejores rendimientos posibles; que administra con prudencia, integridad y visión; y que comprende que cada peso multiplicado con sabiduría representa una oportunidad más para servir a Dios, bendecir a su familia y extender su reino.

Los diez principios del mayordomo que piensa como inversionista

1. Dios es el dueño; yo soy administrador.
2. El ahorro prepara; la inversión multiplica.
3. Toda inversión debe tener un propósito.
4. La prudencia guía la búsqueda de mayores rendimientos.
5. Nunca invierta en lo que no comprende.
6. Diversifique con sabiduría.
7. El tiempo es un aliado del inversionista.
8. El carácter vale más que el capital.
9. La constancia supera a la improvisación.
10. La riqueza es un medio para servir, no un fin para vivir.

---

[1] Benjamin Graham, *El Inversor inteligente* (HarperEnfoque, 2023), 17–25.

[2] Howard Marks, *The Most Important Thing Illuminated: Uncommon Sense for the Thoughtful Investor* (Columbia University Press, 2013), 11–23.

[3] Housel, *La psicología del dinero*, 45–71.

[4] Harry Markowitz, "Portfolio Selection", The Journal of Finance 7, núm. 1 (1952): 55–72, https://doi.org/10.1111/j.1540-6261.1952.tb01525.x.

[5] Marks, *The Most Important Thing Illuminated*, 25–58; Graham, El Inversor inteligente, 18–31.

[6] Housel, *La psicología del dinero*, 45–71.

[7] Zvi Bodie et al., *Investments* (McGraw-Hill Irwin, 2005), 23–41.

[8] Bodie et al., *Investments*, 23.

[9] Frank J. Fabozzi, *Capital Markets: Institutions, Instruments, and Risk Management*, 5a ed. (MIT Press, 2015), 3–18.

[10] Bodie et al., *Investments*, 41–58.

[11] Fabozzi, *Capital Markets*, Fifth Edition, 3–18.

[12] White, *Palabras de vida del gran Maestro*, 303.

[13] Graham, *El Inversor inteligente*, 17–31.

[14] Bodie et al., *Investments*, 51–68.

[15] Graham, *El Inversor inteligente*, 143–64; Burton G. Malkiel, *A Random Walk Down Wall Street: The Best Investment Guide That Money Can Buy* (W. W. Norton & Company, 2023), 121–45.

[16] Bodie et al., *Investments*, 51–72.

[17] Richard A. Brealey et al., *Principles of Corporate Finance* (McGraw Hill, 2025), 75–94.

[18] Malkiel, *A Random Walk Down Wall Street*, 153–76.

[19] Graham, *El Inversor inteligente*, 143–76.

[20] Graham, *El Inversor inteligente*, 35–54.

[21] Marks, *The Most Important Thing Illuminated*, 59–78; Malkiel, *A Random Walk Down Wall Street*, 177–205.

[22] Bodie et al., *Investments*, 9–22; William J. Bernstein, *The Four Pillars of Investing, Lessons for Building a Winning Portfolio*, 2a ed. (McGraw Hill Professional, 2023), 15–36.

[23] Stephen R. Covey, *Los 7 Hábitos de La Gente Altamente Efectiva* (Paidaos, 2013), 23–45.

[24] White, *Palabras de vida del gran Maestro*, 305.
[25] Marks, *The Most Important Thing Illuminated*, 25–59.
[26] Bodie et al., *Investments*, 9–22.
[27] Frederic S. Mishkin, *The Economics of Money, Banking, and Financial Markets* (Pearson, 2019), 118–32.
[28] Brealey et al., *Principles of Corporate Finance*, 59–74.
[29] Brealey et al., *Principles of Corporate Finance*, 59–74.
[30] Graham, *El Inversor inteligente*, 143–76.
[31] Gary W. Eldred, *Value Investing in Real Estate* (John Wiley & Sons, 2002), 15–41.
[32] Drucker, *Innovation and Entrepreneurship*, 127–56.
[33] Graham, *El Inversor inteligente*, 35–54.
[34] John C. Bogle, *The Little Book of Common Sense Investing: The Only Way to Guarantee Your Fair Share of Stock Market Returns* (John Wiley & Sons, 2017), 1–25.
[35] Bodie et al., *Investments*, 85–102.
[36] "Secretaría de Hacienda y Crédito Público, Cetes Directo: Guía para inversionistas", consultado el 15 de julio de 2026, https://www.cetesdirecto.com/sites/portal/inicio.
[37] Bogle, *The Little Book of Common Sense Investing*, 89–103.
[38] Brealey et al., *Principles of Corporate Finance*, 59–74.
[39] Bodie et al., *Investments*, 85–102.
[40] Bogle, *The Little Book of Common Sense Investing*, 47–72.
[41] Markowitz, “Portfolio Selection”, 79–91.
[42] Markowitz, “Portfolio Selection”, 77–91.
[43] Bernstein, *The Four Pillars of Investing*, Second Edition, 109–48.
[44] Malkiel, *A Random Walk Down Wall Street*, 367–89.
[45] Bogle, *The Little Book of Common Sense Investing*, 25–46.
[46] Malkiel, *A Random Walk Down Wall Street*.
[47] Bogle, *The Little Book of Common Sense Investing*, 25–46.


ARKET
SHARE
PROJECT MANAGEMENT
TEAMWORK

9. | CÓMO ADMINISTRAR UN NEGOCIO RENTABLE

Un negocio no fracasa por falta de ventas

Cuando una persona decide abrir un negocio, normalmente lo hace con ilusión, esfuerzo y grandes expectativas. Invierte sus ahorros, dedica largas horas de trabajo y espera que, con el tiempo, el negocio le permita mejorar la calidad de vida de su familia. Sin embargo, la realidad demuestra que miles de empresas desaparecen durante sus primeros años de operación, no porque sus propietarios carezcan de capacidad o porque sus productos sean malos, sino porque nunca aprendieron a administrar correctamente el negocio.[1]

Una de las creencias más comunes entre los emprendedores consiste en pensar que vender mucho equivale a ganar mucho dinero. A primera vista parece lógico. Si las ventas aumentan, también deberían aumentar las ganancias. Sin embargo, la experiencia demuestra que no siempre ocurre así. Existen negocios que venden miles de pesos todos los días y, aun así, terminan endeudados o cierran sus puertas. Por el contrario, otros venden menos, pero administran tan bien sus recursos que generan utilidades constantes y crecen con el paso de los años.

Peter Drucker observó que el propósito de una empresa no consiste únicamente en vender, sino en crear valor de manera sostenible.[2] Para lograrlo, el empresario necesita conocer con precisión cuánto cuesta producir, cuánto gasta para operar y cuál es la utilidad real que obtiene después de cubrir todas sus obligaciones. Mientras esa información no exista, las ventas, por sí solas, pueden crear una falsa sensación de prosperidad.

La Biblia presenta un principio semejante. Jesús enseñó que quien desea construir una torre debe sentarse primero a calcular el costo, para asegurarse de que podrá terminar la obra (Lucas. 14: 28-30). Aunque el contexto del pasaje se refiere al costo del discipulado, la ilustración revela un principio universal: las decisiones importantes requieren planificación y evaluación previa. Ningún constructor prudente comienza una obra sin conocer los recursos que necesitará.

Del mismo modo, ningún empresario debería administrar un negocio sin comprender claramente sus costos, gastos y utilidades.

Administrar un negocio rentable no significa simplemente trabajar más horas. Significa tomar mejores decisiones. El propietario que conoce sus números puede fijar precios adecuados, controlar sus gastos, identificar oportunidades de mejora y reinvertir oportunamente las utilidades. En cambio, quien dirige su empresa únicamente por intuición termina reaccionando a los problemas cuando ya es demasiado tarde.

Por esta razón, antes de aprender a calcular costos o fijar precios, conviene comprender una verdad fundamental que acompañará todo este capítulo: «Las ventas mantienen vivo un negocio; las utilidades le permiten crecer.» Comprender esta diferencia transformará la manera de administrar cualquier empresa, desde un pequeño negocio familiar hasta una organización de mayor tamaño.

La diferencia entre vender y ganar dinero



Muchos propietarios de pequeños negocios responden con entusiasmo cuando alguien les pregunta cómo marchan las ventas. —"Gracias a Dios, estamos vendiendo mucho." Sin embargo, cuando llega el momento de pagar a los proveedores, cubrir la nómina, liquidar los impuestos o retirar un ingreso para la familia, descubren que el dinero no alcanza. La pregunta es inevitable: ¿cómo es posible vender tanto y ganar tan poco? La respuesta es sencilla. «Las ventas no son sinónimo de utilidades.» Toda empresa, negocio, tienda, recibe dinero por la venta de sus

productos o servicios, pero una parte importante de esos ingresos pertenece realmente a otras personas. Con ese dinero deberán pagarse las materias primas, los salarios, la renta, la energía eléctrica, los impuestos, el transporte, el mantenimiento, la publicidad y muchos otros gastos necesarios para que el negocio continúe funcionando. Solamente después de cubrir todos esos compromisos es posible conocer cuánto ganó realmente la empresa.[3]

Pensemos en un ejemplo sencillo. Una pequeña panadería vende durante un mes $300,000 pesos. A primera vista parecería que el propietario obtuvo esa cantidad como ganancia. Sin embargo, al revisar sus cuentas descubre que tuvo que pagar harina, azúcar, mantequilla, levadura, salarios, renta del local, electricidad, gas, impuestos y otros gastos de operación. Al final del mes, después de cubrir todas sus obligaciones, la utilidad fue de $36,000 pesos. La panadería vendió $300,000 pesos, pero ganó $36,000 pesos. Esa diferencia cambia completamente la manera de administrar un negocio. Los especialistas en administración financiera distinguen claramente entre ingresos y utilidades. Los ingresos representan el dinero que entra al negocio por concepto de ventas; la utilidad es el beneficio económico que permanece después de pagar todos los costos y gastos.[4]

Comprender esta diferencia permite tomar mejores decisiones. El propietario de un negocio que únicamente observa el volumen de ventas puede creer que su negocio prospera, cuando en realidad sus utilidades disminuyen. En cambio, quien analiza sus resultados financieros descubre con oportunidad si necesita reducir gastos, ajustar precios o mejorar sus procesos. La Biblia también destaca la importancia de administrar con inteligencia los recursos. Salomón escribió: «Los pensamientos del diligente ciertamente tienden a la abundancia; mas todo el que se apresura alocadamente, de cierto va a la pobreza» (Proverbios. 21:5). La prosperidad rara vez depende del esfuerzo solamente; también depende de la capacidad para planificar y administrar con prudencia.

Por esta razón, el propietario de un negocio no debería sentirse satisfecho únicamente porque vende mucho. La verdadera pregunta es otra: ¿Mi negocio está generando utilidades suficientes para crecer, sostener a mi familia y enfrentar el futuro con estabilidad? Responder

correctamente esa pregunta constituye uno de los primeros pasos para construir una empresa sólida y sostenible.

Costos, gastos y utilidades: tres conceptos que todo dueño de una tienda, negocio o empresa debe dominar

Uno de los errores más frecuentes en los pequeños negocios consiste en utilizar como si fueran sinónimos tres palabras que significan cosas diferentes: costos, gastos y utilidades. Mientras el propietario no comprenda esta diferencia, difícilmente podrá saber si su empresa realmente está ganando dinero. Los especialistas en administración financiera distinguen claramente estos conceptos porque cada uno cumple una función diferente dentro del negocio.[5]

Los costos representan el dinero directamente relacionado con la producción de un bien o la prestación de un servicio. En una panadería, por ejemplo, forman parte del costo la harina, la levadura, el azúcar, la mantequilla y los demás ingredientes utilizados para elaborar el pan. Si la empresa deja de producir, esos costos prácticamente desaparecen.

Los gastos, en cambio, son necesarios para que el negocio funcione, aunque no formen parte directa del producto. La renta del local, el servicio de electricidad, el internet, la publicidad, el sueldo de la secretaria o los honorarios del contador son gastos indispensables para operar la empresa, pero no se incorporan al producto que se vende.

La utilidad es el beneficio económico que queda después de cubrir todos los costos y todos los gastos. Es la recompensa por haber administrado correctamente el negocio y constituye la principal fuente para fortalecer la empresa, enfrentar imprevistos, invertir en nuevos proyectos y mejorar la economía familiar. Un ejemplo sencillo permite comprender esta diferencia.

Supongamos que una cafetería vende durante un mes $250,000 pesos.

Concepto: Ventas

Monto: $250,000

Concepto: Costos de producción

Monto: $130,000

Concepto: Gastos de operación

Monto: $85,000

Utilidad: $35,000



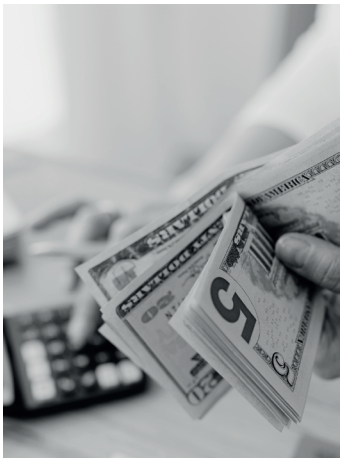
Ahora resulta evidente que el propietario no ganó $250,000 pesos. Esa cantidad corresponde a las ventas. La utilidad real del negocio fue de $35,000 pesos, una vez cubiertos todos los compromisos de la empresa. Peter Drucker afirmaba que aquello que no se mide difícilmente puede administrarse correctamente.[6] Este principio explica por qué tantos negocios trabajan intensamente durante años sin lograr consolidarse. Sus propietarios conocen cuánto venden, pero desconocen cuánto ganan realmente.

La Biblia también relaciona la buena administración con el conocimiento y la planificación. «Con sabiduría se edificará la casa, y con prudencia se afirmará; y con ciencia se llenarán las cámaras de todo bien preciado y agradable» (Proverbios. 24: 3-4). La prosperidad no depende únicamente del esfuerzo. También requiere comprender cómo funciona el negocio y tomar decisiones basadas en información confiable.

Por esta razón, antes de pensar en aumentar las ventas, el empresario prudente procura conocer con exactitud cuánto le cuesta producir, cuánto gasta para operar y cuál es la utilidad que realmente obtiene. Ese conocimiento constituye uno de los cimientos de toda empresa rentable.

Cómo fijar correctamente el precio de venta

Una de las decisiones más importantes que toma el propietario de un negocio es establecer el precio de sus productos o servicios. Un precio demasiado alto puede alejar a los clientes; uno demasiado bajo puede aumentar las ventas y, al mismo tiempo, llevar el negocio a la quiebra. Muchos dueños de pequeños negocios fijan sus precios observando lo que cobra la competencia. Si la tienda de enfrente vende un producto en determinado precio, ellos hacen lo mismo. Aunque este método parece sencillo, también puede ser peligroso. Cada empresa tiene costos diferentes, gastos distintos y objetivos financieros propios. Lo que resulta rentable para un negocio puede generar pérdidas para otro.[7]



Antes de colocar un precio, el propietario de un negocio debe responder una pregunta fundamental: ¿cuánto me cuesta realmente ofrecer este producto o servicio? La respuesta no puede limitarse al costo de la materia prima. También deben considerarse todos los gastos necesarios para que el producto llegue al cliente: renta del local, salarios, electricidad, transporte, publicidad, impuestos, comisiones bancarias, mantenimiento del equipo y otros costos indirectos. Ignorar cualquiera de estos elementos significa correr el riesgo de vender mucho y ganar poco.

Supongamos que una pastelería elabora un pastel cuyo costo de ingredientes es de $250 pesos. Si el propietario decide venderlo en $300 pesos, podría pensar que obtuvo una utilidad de $50 pesos. Sin embargo, al incorporar la parte proporcional de la renta, la energía eléctrica, los salarios, el gas, el empaque y los impuestos, descubre que el costo real asciende a $290 pesos. En consecuencia, la utilidad verdadera no es de $50, sino de apenas $10 pesos. Este ejemplo demuestra por qué tantos negocios trabajan intensamente sin obtener resultados satisfactorios. No venden por debajo del costo de los ingredientes; venden por debajo del costo total del producto.

Una vez conocido ese costo total, el siguiente paso consiste en establecer un margen de utilidad razonable. La utilidad no debe entenderse como un exceso o un privilegio del empresario. Es el recurso que permitirá mantener el negocio, enfrentar imprevistos, reinvertir para crecer y obtener una compensación justa por el trabajo y el riesgo asumidos.[8]

La Biblia enseña que el trabajador es digno de recibir el fruto de su esfuerzo (1 Timoteo. 5: 18). Del mismo modo, el propietario de un negocio que ofrece productos de calidad, presta un servicio honesto y administra con integridad tiene derecho a obtener una utilidad justa. La mayordomía cristiana no promueve el enriquecimiento mediante el abuso, pero tampoco considera virtuoso trabajar sin obtener una retribución adecuada.

Fijar correctamente el precio de venta exige equilibrio. El precio debe ser justo para el cliente, suficiente para sostener el negocio y razonable para recompensar el trabajo realizado. Cuando estos tres elementos se mantienen en armonía, la empresa tiene mayores posibilidades de permanecer y crecer a largo plazo.

La utilidad: el premio por administrar bien

Todo propietario de un negocio espera obtener utilidades. Sin embargo, pocas decisiones influyen tanto en el futuro de un negocio como el destino que se da a esas ganancias.

Cuando una empresa comienza a generar utilidades, es natural que el propietario piense en mejorar su nivel de vida. Después de meses, e incluso años de esfuerzo, considera justo disfrutar del fruto de su trabajo. Ese deseo no es incorrecto. Lo que sí puede convertirse en un error es retirar todas las utilidades del negocio como si fueran dinero disponible para el consumo personal.

Las utilidades cumplen una función mucho más importante que aumentar los ingresos del propietario. Constituyen el principal recurso para fortalecer la empresa, tienda o negocio, modernizar sus instalaciones, adquirir equipo, ampliar inventarios, capacitar al personal y prepararse para enfrentar tiempos difíciles. Una tienda, empresa, o negocios que consume todas sus utilidades limita sus posibilidades de crecimiento; una empresa, tienda o negocio que reinvierte parte de ellas aumenta gradualmente su capacidad para producir más y servir mejor.[9]

Los especialistas en administración coinciden en que las organizaciones sostenibles no distribuyen la totalidad de sus ganancias. Conservan una parte para financiar su crecimiento y reducir su dependencia del endeudamiento.[10] Esta práctica no solo fortalece al negocio, tienda o empresa, sino que también incrementa su valor con el paso del tiempo.

La Biblia presenta un principio semejante al describir a la mujer virtuosa. Después de obtener ganancias, no las destina únicamente al consumo inmediato. Las utiliza para adquirir un campo y plantar una viña (Proverbios. 31: 16). En otras palabras, convierte las utilidades de hoy en fuentes de ingresos para el mañana. Este principio revela una visión de largo plazo que continúa siendo vigente para cualquier propietario de un negocio.

Conviene recordar que el negocio y el propietario no son exactamente la misma cosa. Aunque pertenezcan a la misma persona, el negocio necesita recursos para seguir creciendo. Cuando el empresario retira continuamente dinero sin considerar las necesidades de la empresa, termina debilitando el instrumento que produce esos ingresos. Una administración prudente busca equilibrio. El propietario tiene derecho a recibir un salario, compensación justa por su trabajo, pero también tiene la responsabilidad de conservar los recursos necesarios para asegurar el crecimiento y la estabilidad del negocio.

Con frecuencia, las empresas, tiendas o negocios que permanecen durante décadas no son aquellas que obtuvieron las mayores utilidades en sus primeros años, sino las que aprendieron a reinvertir con inteligencia una parte importante de sus ganancias.

Un caso práctico: La Panadería "El Buen Pan"

Don Ernesto decidió abrir una pequeña panadería en su colonia. Después de varios meses de trabajo, el negocio comenzó a vender $300,000 pesos al mes.

Al revisar cuidadosamente sus registros encontró la siguiente información:

Concepto: Ventas mensuales
Monto: $300,000
Concepto: Materias primas
Monto: $135,000
Concepto: Sueldos
Monto: $45,000
Concepto: Renta
Monto: $18,000
Concepto: Servicios
Monto: $9,000
Concepto: Transporte y distribución
Monto: $6,000
Concepto: Publicidad y otros gastos
Monto: $12,000
Utilidad del mes: $75,000

Al observar la utilidad, Don Ernesto pensó en retirar los $75,000 pesos para realizar mejoras en su casa. Sin embargo, después de conversar

con su contador comprendió que el negocio necesitaba comprar un horno más eficiente, ampliar el inventario de materias primas y crear un fondo para atender reparaciones imprevistas.

Finalmente tomó la siguiente decisión:

a. **$30,000** como remuneración para su familia.

b. **$35,000** para reinvertir en el crecimiento del negocio.

c. **$10,000** para crear una reserva destinada a emergencias.

Cinco años después, la panadería había duplicado su capacidad de producción, abrió una segunda sucursal y generaba empleo para más familias. El crecimiento no fue producto de un golpe de suerte. Fue el resultado de administrar con prudencia las utilidades y comprender que cada peso reinvertido fortalecía el futuro de la empresa.

El flujo de efectivo: la sangre que mantiene vivo un negocio

Existen tiendas, negocios o empresas rentables que han cerrado sus puertas. A primera vista parece una contradicción. ¿Cómo puede quebrar un negocio, tienda o empresa que obtiene utilidades? La respuesta suele encontrarse en un concepto que muchos pequeños empresarios o propietario de pequeños negocios desconocen: el flujo de efectivo.

El flujo de efectivo representa el dinero que entra y sale del negocio durante un período determinado. No basta con vender mucho ni con obtener utilidades sobre el papel. La tienda, negocio o empresa necesita disponer de efectivo suficiente para pagar oportunamente a proveedores, empleados, impuestos, servicios y demás compromisos.[11]

Imaginemos una mueblería que vende una sala en $50,000 pesos. El cliente firma un contrato y acuerda pagar dentro de noventa días. La venta quedó registrada y, desde el punto de vista contable, existe una utilidad. Sin embargo, durante esos tres meses el empresario deberá pagar madera, barniz, salarios, electricidad y transporte. Si no cuenta con efectivo suficiente, el negocio enfrentará dificultades, aunque la venta haya sido excelente.



Por esa razón, muchos propietarios de negocio afirman que la utilidad es importante,

pero el efectivo mantiene viva la empresa. Una buena administración procura que exista un equilibrio entre las ventas a crédito y las ventas de contado, controla cuidadosamente los plazos de cobro y evita comprometer más dinero del que realmente puede pagar.[12]

La Biblia presenta un principio semejante al exhortar a actuar con prudencia y previsión. El sabio no administra únicamente lo que espera recibir; administra responsablemente lo que ya tiene en sus manos. Esa actitud evita decisiones impulsivas y fortalece la estabilidad del hogar y del negocio (Proverbios 27: 23-24).

Todo propietario de un negocio debería hacerse periódicamente cuatro preguntas:

1. ¿Cuánto dinero ingresó realmente este mes?
2. ¿Cuánto dinero salió del negocio?
3. ¿Cuánto efectivo tengo disponible hoy?
4. ¿Podré cumplir puntualmente mis compromisos del próximo mes?

Responder estas preguntas con información confiable proporciona una visión mucho más clara de la salud financiera de la empresa que observar únicamente el volumen de ventas. Un negocio puede sobrevivir algunos meses con utilidades pequeñas. Lo que difícilmente puede soportar es quedarse sin efectivo para seguir operando.

Principios para administrar un negocio rentable

Al llegar a este punto, conviene recordar siete principios que resumen una buena administración empresarial:



1. Las ventas no garantizan utilidades.
2. Todo precio de venta debe calcularse a partir del costo real del producto, bien o servicio.
3. Los costos y los gastos deben conocerse y controlarse permanentemente.
4. Las utilidades fortalecen el negocio cuando se administran con prudencia y se reinvierte una parte de ellas.
5. El flujo de efectivo determina la capacidad de una empresa para seguir operando.

6. Las decisiones deben basarse en información y no únicamente en intuiciones.

7. La buena administración honra a Dios porque refleja fidelidad en el manejo de los recursos confiados.

Estos principios no garantizan el éxito de un negocio, tienda o empresa. Ningún método puede eliminar completamente la incertidumbre propia de la actividad económica. Sin embargo, aumentan significativamente las probabilidades de construir un negocio estable, rentable y capaz de permanecer a través del tiempo.

Administrar un negocio exige mucho más que entusiasmo y esfuerzo. Requiere comprender cómo funciona el dinero dentro de la empresa y tomar decisiones fundamentadas en principios sólidos. Cuando el empresario o el propietario de un negocio combina ese conocimiento con diligencia, integridad y dependencia de Dios, crea condiciones favorables para que su trabajo produzca frutos duraderos.

El punto de equilibrio: ¿cuánto necesita vender un negocio para no perder dinero?

Una de las preguntas más importantes que debe responder todo dueño de negocio, tienda o empresa es la siguiente: ¿cuánto necesito vender cada mes para cubrir todos mis costos y gastos? Sorprendentemente, muchos propietarios desconocen la respuesta. Trabajan intensamente, atienden clientes, pagan proveedores y realizan numerosas actividades, pero nunca han calculado cuánto necesita vender realmente su negocio para dejar de perder dinero.

Conocer esta cifra proporciona tranquilidad y permite tomar decisiones con mayor seguridad. Los especialistas en administración la denominan punto de equilibrio, porque representa el momento en que la empresa deja de perder dinero, aunque todavía no obtiene utilidades.[13]

Veamos un ejemplo. Supongamos que una cafetería tiene gastos fijos mensuales por $80,000 pesos. Después de analizar sus costos descubre que, en promedio, por cada peso vendido dispone de un margen suficiente para cubrir esos gastos. Al realizar sus cálculos concluye que necesita vender aproximadamente $200,000 pesos mensuales para cubrir todos sus costos y gastos. Mientras las ventas permanezcan por

debajo de esa cantidad, el negocio perderá dinero. Cuando las ventas superen ese nivel, comenzará a generar utilidades.

Esta información transforma la manera de administrar una tienda, negocio o empresa. El propietario deja de trabajar con incertidumbre y comienza a establecer metas concretas. Ya no piensa únicamente: "Necesito vender más". Ahora sabe exactamente cuánto necesita vender para sostener su negocio y a partir de qué momento comenzará a obtener ganancias.

Jesús utilizó una enseñanza semejante cuando habló de quien desea construir una torre. Antes de comenzar, dijo, debe sentarse y calcular si cuenta con los recursos suficientes para terminarla (Lucas 14: 28-30). Aunque la ilustración se refiere al costo del discipulado, también refleja un principio administrativo permanente: las decisiones importantes deben sustentarse en cálculos responsables y no únicamente en el entusiasmo.

Por esta razón, todo empresario debería conocer tres cifras fundamentales de su negocio:

a. Cuánto vende cada mes.

b. Cuánto necesita vender para cubrir todos sus costos y gastos.

c. Cuánto debe vender para alcanzar la utilidad que espera obtener.

Cuando estas tres respuestas son claras, la administración deja de depender de la intuición y comienza a apoyarse en información confiable. Esa diferencia suele marcar el camino entre un negocio que sobrevive con dificultad y otro que crece de manera sostenida.[14]

La reinversión: el secreto del crecimiento sostenible

Todo dueño de negocio o empresario llega, tarde o temprano, al momento de decidir qué hará con las utilidades de su negocio. Algunos las destinan casi por completo al consumo personal. Otros las reinvierten para fortalecer la empresa. La diferencia entre ambas decisiones suele reflejarse claramente algunos años después.

La reinversión consiste en destinar una parte de las utilidades para mejorar la capacidad del negocio de producir mayores ingresos en el futuro. En lugar de consumir todas las ganancias, el dueño del negocio o empresario las convierte en nuevas herramientas de crecimiento.[15]

Pensemos nuevamente en la panadería "El Buen Pan". Después de



varios meses de trabajo, el propietario obtuvo utilidades constantes. Con ese dinero pudo haber cambiado de automóvil o realizado gastos personales. Sin embargo, decidió adquirir un horno con mayor capacidad de producción. La decisión implicó un sacrificio temporal, pero pocos meses después la panadería producía más piezas de pan en menos tiempo, reducía sus costos de operación y atendía un mayor número de clientes. La utilidad que ayer parecía un ingreso terminó convirtiéndose en una inversión que aumentó la capacidad de generar nuevas utilidades.

Este es uno de los principios que distinguen a los dueños de negocios o empresarios que permanecen durante muchos años de aquellos que desaparecen rápidamente. Los primeros comprenden que el negocio necesita crecer antes que el nivel de vida de su propietario. Jim Collins observó que las empresas que perduran toman decisiones pensando en el largo plazo y no únicamente en los resultados inmediatos.[16] Ese principio también puede aplicarse a los pequeños negocios. Reinvertir no significa privarse indefinidamente de disfrutar el fruto del trabajo; significa comprender que algunas decisiones producen beneficios mucho mayores cuando se piensa en el futuro.

La Biblia presenta este mismo principio mediante la ley de la siembra y la cosecha. El agricultor guarda una parte de la cosecha como semilla para la siguiente temporada. Si consumiera toda su producción, disfrutaría de una abundancia momentánea, pero comprometería la cosecha del año siguiente. Del mismo modo, el empresario prudente comprende que una parte de las utilidades debe regresar al negocio para asegurar su crecimiento y su permanencia.

Naturalmente, la reinversión también requiere equilibrio. No sería prudente que el propietario retirara todas las utilidades para su consumo personal, pero tampoco lo sería privar continuamente a su familia del fruto legítimo de su trabajo. Cada miembro de la familia involucrado merece ser remunerado con justicia. La buena administración



busca armonizar ambas responsabilidades: atender las necesidades del hogar y, al mismo tiempo, fortalecer el negocio, tienda o empresa que provee esos recursos.

Cuando un negocio reinvierte de manera constante, aumenta su capacidad para producir, competir, innovar y servir mejor a sus clientes. Con el paso del tiempo, ese crecimiento beneficia no solamente al propietario, sino también a sus colaboradores, a sus proveedores, a sus clientes y a la comunidad donde desarrolla sus actividades. En otras palabras, la reinversión convierte las utilidades de hoy en las oportunidades de mañana.

El negocio no es su cartera: aprenda a separar las finanzas

Uno de los errores más frecuentes en los pequeños negocios consiste en tratar el dinero del negocio, tienda o empresa como si fuera dinero personal. El propietario paga la despensa con recursos del negocio, utiliza la caja para cubrir gastos familiares, retira efectivo cuando lo necesita y, al final del mes, ya no sabe cuánto ganó realmente la tienda, negocio o empresa.

Aunque esta práctica parece inofensiva, puede convertirse en una de las principales causas del fracaso empresarial. Cuando las finanzas personales y las del negocio se mezclan, desaparece la posibilidad de conocer con precisión la situación económica de la empresa. El empresario deja de saber si el negocio produce utilidades o si simplemente está consumiendo el capital que tanto esfuerzo le costó formar.[17]

Imagine que una pequeña papelería obtiene durante el mes una utilidad de $40,000 pesos. Sin llevar un control adecuado, el propietario utiliza parte de ese dinero para pagar colegiaturas, realizar compras familiares, cubrir una reparación del automóvil y financiar unas vacaciones. Al concluir el mes observa que la cuenta bancaria del negocio está casi vacía. Entonces llega a la conclusión de que la empresa no deja dinero, cuando en realidad el problema no fue la falta de utilidades, sino la ausencia de disciplina financiera.

Toda tienda, o empresa, por pequeña que sea, debe aprender a funcionar como una unidad independiente. El negocio genera ingresos, paga sus costos y gastos, obtiene utilidades y destina una parte al crecimiento. El propietario, por su parte, debe recibir una remuneración previamente definida por el trabajo que realiza dentro de la empresa, de la misma manera que ocurriría con cualquier otro colaborador.[18]

Esta práctica ofrece varias ventajas. Permite conocer con exactitud la rentabilidad del negocio, facilita la elaboración de presupuestos, mejora el control del flujo de efectivo y evita que los problemas económicos de la familia afecten innecesariamente la operación de la empresa.

La Biblia enseña que la fidelidad comienza con el orden. Jesús afirmó: «El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel» (Lucas 16: 10). La buena administración requiere distinguir claramente aquello que pertenece al negocio de aquello que corresponde a las necesidades personales del propietario. Cuando existe ese orden, las decisiones se toman con mayor objetividad y la tienda, negocio o empresa adquiere bases más sólidas para crecer.

Una práctica sencilla puede marcar una gran diferencia: abrir una cuenta bancaria exclusiva para el negocio, registrar todos los ingresos y egresos de la empresa y establecer una cantidad fija que el propietario retirará periódicamente como remuneración. Este hábito, aunque parece simple, ayuda a conservar la salud financiera de la tienda, negocio o empresa y fortalece la disciplina del dueño o empresario.

Administrar un negocio rentable exige mucho más que vender. Requiere respetar el patrimonio de la tienda, negocio o empresa como un recurso que debe protegerse y desarrollarse. Cuando el propietario comprende esta diferencia, deja de ver el negocio como una caja de donde puede tomar dinero en cualquier momento y comienza a tratarlo como un patrimonio que merece crecer y permanecer.

Errores que debe evitar

a. Fijar precios copiando a la competencia.
b. Confundir ventas con utilidades.
c. Mezclar el dinero del negocio con el dinero familiar.
d. Retirar todas las utilidades.
e. Administrar por intuición y no con información.

---

[1] Gerber, *The E-Myth Revisited*, 1–25.

[2] Drucker, *Management*, 61–78.

[3] Gerber, *The E-Myth Revisited*, 47–68.

[4] Drucker, *Management*, 799–822; Brealey et al., *Principles of Corporate Finance*, 25–39.

[5] Drucker, *Management*, 799.

[6] Drucker, *The Effective Executive*, 1–18.

[7] Gerber, *The E-Myth Revisited*, 103–24.

[8] Drucker, *Management*, 799–822.

[9] Drucker, *Management*, 805–22.

[10] Gerber, *The E-Myth Revisited*, 171–96.

[11] Eugene F. Brigham y Joel F. Houston, *Fundamentals of Financial Management* (Cengage Learning, 2015), 55–78.

[12] Drucker, *Management*, 805–22.

[13] Charles T. Horngren et al., *Cost Accounting: A Managerial Emphasis* (Pearson/Prentice Hall, 2012), 381–406.

[14] Brigham y Houston, *Fundamentals of Financial Management*, 84–98.

[15] Drucker, *Management*, 805–22.

[16] Jim Collins, *Empresas que sobresalen: Por qué algunas sí pueden mejorar la rentabilidad y otras no* (Deusto, 2011), 87–116.

[17] Gerber, *The E-Myth Revisited,* 89–102.

[18] Drucker, *Management*, 158–72; Brian Tracy, *The Way to Wealth* (McGraw-Hill Companies,Incorporated, 2006), 95–109.



10. | CONSTRUYENDO UN PATRIMONIO CON PROPÓSITO

¿Por qué algunas personas construyen patrimonio y otras no?

Pocas preguntas despiertan tanta curiosidad como esta. Todos conocemos personas que han trabajado durante décadas, han recibido buenos ingresos y, sin embargo, al llegar a la jubilación poseen poco patrimonio. También conocemos casos opuestos: personas con ingresos modestos que, gracias a una administración prudente, lograron construir estabilidad económica para ellas y sus familias.

¿Por qué ocurre esta diferencia?

La respuesta no suele encontrarse en la suerte, el nivel de estudios o el salario. Tampoco depende exclusivamente del tipo de trabajo que una persona desempeña. En la mayoría de los casos, la diferencia está en la manera de administrar los recursos disponibles y en las decisiones financieras que se toman de manera constante a lo largo de la vida.[1]

Construir un patrimonio no significa simplemente acumular dinero. Un patrimonio está formado por todos aquellos bienes y recursos que poseen valor y que contribuyen a proporcionar estabilidad y bienestar a una persona o a una familia. Puede incluir una vivienda, un negocio, inversiones, ahorros, terrenos o cualquier otro activo que, administrado correctamente, conserve o incremente su valor con el paso del tiempo.

Esta diferencia es importante porque muchas personas confunden ingreso con patrimonio. El ingreso es el dinero que se recibe periódicamente

por el trabajo, una profesión o un negocio. El patrimonio, en cambio, es el resultado de las decisiones tomadas con ese ingreso durante muchos años.

En otras palabras, el ingreso permite vivir; el patrimonio proporciona estabilidad y crea oportunidades para el futuro.

La Biblia presenta este principio desde el Antiguo Testamento. Durante los siete años de abundancia en Egipto, José no consumió todos los recursos disponibles. Bajo la dirección de Dios, organizó un sistema de almacenamiento que permitió preservar alimentos para enfrentar los años de escasez (Génesis 41: 46-57). Aquella decisión no solo salvó la economía de una nación; también demostró que la previsión constituye una expresión de sabiduría.

El libro de Proverbios presenta una enseñanza semejante al afirmar: «El hombre de bien deja herencia a los hijos de sus hijos» (Proverbios 13: 22). Esta declaración revela que el patrimonio no se construye pensando únicamente en el presente. También considera el bienestar de las generaciones futuras.

La investigación contemporánea coincide con este principio. Morgan Housel observa que las personas que alcanzan estabilidad financiera no necesariamente son las que obtienen mayores ingresos, sino aquellas que desarrollan hábitos constantes de ahorro, inversión y paciencia.[2] Benjamin Graham llegó a una conclusión semejante al señalar que el éxito financiero depende menos de encontrar oportunidades extraordinarias que de mantener una conducta prudente y disciplinada durante muchos años.[3]



Estas observaciones permiten comprender una verdad fundamental: el patrimonio no se construye mediante decisiones espectaculares, sino mediante cientos de decisiones correctas repetidas con perseverancia.

Por esta razón, conviene conocer los factores que reducen silenciosamente el valor de nuestros recursos. El primero de ellos es la inflación.

La inflación: el enemigo silencioso del patrimonio

La mayoría de las personas piensa que su patrimonio disminuye únicamente cuando pierde dinero o realiza una mala inversión. Sin embargo, existe un fenómeno mucho más silencioso que afecta a todos, incluso a quienes conservan intactos sus ahorros: la inflación.

La inflación es el aumento sostenido del precio de los bienes, productos y servicios a lo largo del tiempo. En términos sencillos, significa que el mismo dinero compra cada vez menos cosas.[4]

Imagine que hoy puede llenar el carrito del supermercado con $2,000 pesos. Si la inflación continúa durante varios años, probablemente necesitará $2,500 o $3,000 pesos para adquirir exactamente los mismos productos. El dinero no desapareció de su bolsillo; simplemente perdió parte de su poder de compra.

Por esta razón, mantener el dinero ahorrado durante muchos años sin hacerlo producir puede resultar costoso. Aunque la cantidad permanezca igual, su valor real disminuye con el paso del tiempo.

La Biblia ilustra un principio semejante en la parábola de los talentos. El siervo que escondió el dinero no lo perdió físicamente, pero tampoco permitió que produjera fruto (Mateo 25: 14-30). La enseñanza principal de la parábola es la fidelidad en la mayordomía, pero también muestra que los recursos confiados por Dios deben administrarse de manera productiva y no permanecer inactivos.

Los economistas coinciden en que uno de los mejores medios para proteger el patrimonio consiste en invertir responsablemente en activos que, a largo plazo, tengan posibilidades de crecer por encima de la inflación.[5]

Comprender este principio cambia la manera de ver el ahorro. Ahorrar es necesario, pero ahorrar sin un propósito de inversión puede significar perder capacidad de compra con el paso de los años.

El interés compuesto: cuando el dinero comienza a trabajar para usted

Si la inflación reduce lentamente el valor del dinero, el interés compuesto produce el efecto contrario: permite que el patrimonio crezca de manera acelerada con el paso del tiempo.

El interés compuesto consiste en obtener rendimientos no solamente sobre el dinero invertido, sino también sobre los rendimientos acumulados anteriormente. En otras palabras, el dinero comienza a producir más dinero.[6]

Supongamos que una persona invierte $100,000 pesos. Si cada año obtiene un rendimiento y decide reinvertirlo, al año siguiente los nuevos rendimientos se calcularán sobre una cantidad mayor. Este proceso, repetido durante muchos años, explica por qué el tiempo es uno de los mejores aliados del inversionista disciplinado.

Burton G.Malkiel y Charles D. Ellis, registran que Einstein llamaba al interés compuesto «la fuerza más poderosa del universo».[7] Benjamin Graham argumentó que Albert Einstein popularizó la expresión de que el interés compuesto era «la octava maravilla del mundo». Aunque la frase es discutida históricamente, la idea refleja una realidad financiera ampliamente aceptada: comenzar temprano suele ser más importante que invertir grandes cantidades más adelante.[8]

La Escritura enseña un principio semejante al afirmar que lo poco administrado con fidelidad puede producir mucho fruto (Lucas 16: 10). El crecimiento rara vez ocurre de manera instantánea; generalmente es el resultado de la constancia y la buena administración.

Por ello, quien comienza a invertir con disciplina, aunque sea con cantidades pequeñas, permite que el tiempo se convierta en uno de sus mayores aliados para construir un patrimonio.

El costo de oportunidad: el precio oculto de cada decisión financiera

Cada vez que una persona toma una decisión financiera, también está renunciando a otra alternativa. A esa renuncia los economistas la llaman “costo de oportunidad”. En términos sencillos, es el beneficio al que se renuncia por haber elegido una opción en lugar de otra.[9]

Este concepto está presente en la vida diaria, aunque muchas veces no lo percibimos. Una familia que decide destinar sus ahorros a cambiar de automóvil quizá deba posponer la compra de una vivienda. Un empresario que utiliza todas las utilidades para gastos personales probablemente tendrá que esperar para adquirir maquinaria que aumente



la productividad de su negocio. En ambos casos, la decisión tiene un costo que no siempre aparece en una factura, pero que influye en el patrimonio futuro.

Pensemos en un ejemplo: una persona recibe un bono de $150,000 pesos. Tiene dos opciones: utilizarlo para realizar un viaje o invertirlo en un instrumento financiero que genere rendimientos durante varios años. Ambas decisiones pueden ser legítimas. Sin embargo, si elige el viaje, el costo de oportunidad será todo el crecimiento que ese dinero pudo haber producido si hubiera permanecido invertido. Si decide invertirlo, el costo de oportunidad será renunciar al disfrute inmediato del viaje.

El costo de oportunidad no pretende decir qué decisión es correcta o incorrecta. Su propósito es ayudar a comprender que toda decisión tiene consecuencias, incluso aquellas que no son evidentes en el momento de tomarlas.

La Biblia enseña un principio semejante cuando exhorta a vivir con sabiduría, aprovechando bien el tiempo y los recursos que Dios concede (Efesios 5: 15-17). La buena mayordomía implica evaluar las alternativas antes de decidir, considerando no solo el beneficio inmediato, sino también sus efectos en el futuro.

Los inversionistas exitosos comprenden este principio. Antes de comprometer su dinero, comparan distintas opciones, analizan los riesgos, estiman los posibles beneficios y procuran elegir aquella alternativa que contribuya mejor al cumplimiento de sus objetivos financieros.[10]

Construir un patrimonio requiere aprender a formular una pregunta sencilla antes de tomar cualquier decisión importante: si elijo esta opción, ¿a qué estoy renunciando?

Responderla con honestidad permite tomar decisiones más conscientes y administrar con mayor sabiduría los recursos que Dios ha puesto bajo nuestro cuidado.



Los cuatro pilares de un patrimonio sólido

Muchas personas creen que el patrimonio se limita al dinero que poseen o a las propiedades que han adquirido. Sin embargo, esa visión resulta incompleta. Un patrimonio verdaderamente sólido se construye sobre varios pilares que se fortalecen mutuamente. Si uno de ellos falla, todo el conjunto se debilita.

El primer pilar: generar ingresos

Ningún patrimonio puede construirse sin una fuente constante de ingresos. Ya provengan de un empleo, una profesión, un negocio o inversiones, los ingresos representan el punto de partida. Sin embargo, recibir dinero no garantiza la formación de un patrimonio. Lo importante no es solamente cuánto se gana, sino qué se hace con ese dinero después de recibirlo.[11]

El segundo pilar: conservar lo que se ha ganado

No todo el dinero que ingresa debe destinarse al consumo. Una parte debe protegerse mediante el ahorro, el control de los gastos y una administración prudente. Muchas personas trabajan intensamente durante años, pero nunca logran conservar una parte significativa de sus ingresos porque todo termina destinándose al consumo inmediato.

El libro de Proverbios describe al sabio como aquel que administra con prudencia los recursos que posee, mientras que el necio los consume sin pensar en el mañana (Proverbios 21: 20).

El tercer pilar: hacer crecer el patrimonio

Conservar el dinero constituye un buen comienzo, pero no basta para proteger el patrimonio a largo plazo. Como vimos anteriormente, la inflación reduce progresivamente el poder adquisitivo del dinero. Por ello, una parte del patrimonio debe colocarse en activos que tengan posibilidades razonables de aumentar su valor con el tiempo.

Aquí adquieren importancia el ahorro para la inversión, la diversificación, los negocios bien administrados y los instrumentos financieros estudiados

en el capítulo anterior. El objetivo no consiste en especular, sino en permitir que el patrimonio crezca de manera responsable y sostenible.[12]

El cuarto pilar: proteger el patrimonio

Construir un patrimonio requiere años de esfuerzo; perderlo puede ocurrir en poco tiempo. Por esa razón, la buena administración también incluye proteger aquello que tanto costó construir.

La protección del patrimonio implica evitar deudas innecesarias, mantener reservas para emergencias, contar con seguros cuando sean convenientes, elaborar un testamento y revisar periódicamente la situación financiera de la familia. Estas medidas no reflejan falta de fe, sino prudencia. Del mismo modo que José almacenó grano para enfrentar los años de escasez, la persona sabia procura prepararse para los imprevistos sin vivir dominado por el temor.

Cuando estos cuatro pilares trabajan juntos (generar, conservar, hacer crecer y proteger) el patrimonio deja de depender únicamente del esfuerzo diario y comienza a convertirse en una fuente de estabilidad para la familia y de oportunidades para servir a otros.

Errores que destruyen un patrimonio

Construir un patrimonio requiere tiempo, disciplina y constancia. Destruirlo, en cambio, puede ocurrir con unas cuantas decisiones equivocadas. La buena noticia es que la mayoría de esos errores pueden evitarse cuando se conocen con anticipación.

Vivir permanentemente por encima de los ingresos

Uno de los mayores enemigos del patrimonio es convertir el consumo en un estilo de vida. Cuando una persona gasta sistemáticamente más de lo que gana, tarde o temprano recurrirá al endeudamiento para sostener ese ritmo de vida. Con el tiempo, la deuda sustituye al ahorro y hace imposible la inversión.[13]

No planificar el futuro

Muchas personas administran sus recursos pensando únicamente en el presente. Carecen de metas financieras, no preparan su retiro, no constituyen un fondo de emergencia y no consideran las necesidades futuras de su familia. La previsión fue una de las características que distinguieron

la administración de José en Egipto y continúa siendo una virtud indispensable para quienes desean construir un patrimonio duradero (Génesis 41: 33-36).

Buscar ganancias rápidas

La promesa de obtener altos rendimientos en poco tiempo ha llevado a innumerables personas a perder parte de su patrimonio. En las finanzas, como en muchos otros aspectos de la vida, los rendimientos extraordinarios suelen ir acompañados de riesgos extraordinarios. Benjamin Graham advertía que el inversionista prudente no persigue oportunidades espectaculares; busca decisiones sólidas y sostenibles.[14]

Descuidar la preparación financiera

El mundo financiero cambia constantemente. Nuevos productos, nuevas tecnologías y nuevos riesgos aparecen cada año. Quien deja de aprender termina tomando decisiones basadas en rumores, emociones o consejos poco confiables. La educación financiera constituye una de las mejores inversiones que una persona puede hacer para proteger su patrimonio.

Olvidar el propósito del patrimonio

Quizá el error más profundo consiste en pensar que el patrimonio es un fin en sí mismo. La Biblia enseña que Dios confía recursos a sus hijos para administrarlos fielmente, servir a otros y sostener su obra. Cuando el patrimonio se convierte únicamente en un símbolo de éxito personal, pierde el propósito para el cual fue construido.

Jesús preguntó: «¿Qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?» (Marcos 8: 36). Estas palabras recuerdan que la verdadera prosperidad no se mide únicamente por el tamaño del patrimonio, sino también por la manera en que este glorifica a Dios y beneficia al prójimo.

Construir un patrimonio con propósito significa reconocer que los bienes materiales son un medio y no un fin. Administrados con sabiduría, proporcionan estabilidad a la familia, crean oportunidades para servir y permiten participar en financiar la misión que Dios ha asignado.

---

[1] Drucker, *Management*, 805–22.

[2] Housel, *La psicología del dinero*, 45–71.

[3] Graham, *El Inversor inteligente*, 15–36.

[4] N. Gregory Mankiw y Esther Rabasco, *Principios de economía* (Ediciones Paraninfo, S.A., 2007), 623–46.

[5] Malkiel, *A Random Walk Down Wall Street*, 343–66.

[6] Bogle, *The Little Book of Common Sense Investing*, 25–46.

[7] Burton G. Malkiel y Charles D. Ellis, *Los elementos de la inversión: lecciones para toda clase de inversores* (HOEPLI EDITORE, 2024), 6.

[8] Graham, *El Inversor inteligente*, 37–56.

[9] Mankiw y Rabasco, *Principios de economía*, 4–8.

[10] Bernstein, *The Four Pillars of Investing*, Second Edition, 15–36; Graham, El Inversor inteligente, 57–75.

[11] Stanley y Danko, *El millonario de la puerta de al lado*, 17–42.

[12] Bogle, *The Little Book of Common Sense Investing*, 47–73.

[13] Stanley y Danko, *El millonario de la puerta de al lado*, 89–112.

[14] Graham, *El Inversor inteligente*, 315–40.



11. CODICIA Y AVARICIA: CUANDO LA NEGLIGENCIA SE DISFRAZA DE ESPIRITUALIDAD

¿Por qué muchos cristianos tienen miedo a prosperar?

Hemos estudiado principios como el ahorro, la inversión, el emprendimiento, la administración de los negocios y la construcción de un patrimonio. Todos ellos tienen un propósito común: enseñar a administrar fielmente los recursos que Dios pone en nuestras manos. Sin embargo, al llegar a este punto, muchos creyentes podrían formular una pregunta sincera: ¿no corre el cristiano el riesgo de volverse codicioso cuando busca prosperar económicamente?

La inquietud no es nueva. Durante siglos, algunos han llegado a pensar que existe una oposición entre la espiritualidad y la prosperidad material. Para ellos, hablar de inversiones, utilidades, patrimonio o crecimiento financiero resulta casi incompatible con una vida de fe. En consecuencia, muchos creyentes trabajan con diligencia, pero evitan emprender; ahorran poco porque consideran innecesario planificar el futuro; desconfían de las inversiones por temor a ser materialistas y, en ocasiones, llegan a considerar la escasez económica como una evidencia de mayor consagración.

Paradójicamente, esa manera de pensar ha producido el efecto contrario al que pretende evitar. Mientras algunos cristianos han confundido la prosperidad con la codicia, otros han utilizado la codicia y la avaricia como argumentos para justificar la falta de previsión, el desinterés por desarrollar sus talentos y la negligencia en la administración de los recursos que Dios les ha confiado. De ese modo, dos pecados que la Biblia

condena terminan convirtiéndose, involuntariamente, en una excusa para no producir, no emprender, no invertir y no planificar el futuro. Así, se ha producido una separación artificial entre dos cosas que la Biblia nunca separó: La espiritualidad y la administración de los recursos.

Como consecuencia, muchos creyentes piensan algo como esto: si invierto, soy materialista. Si emprendo, estoy amando el dinero, si quiero utilidades, soy codicioso, si construyo patrimonio, soy avaro, si ahorro, me falta fe. Y entonces ocurre algo grave. La negligencia comienza a verse como una virtud espiritual. La Biblia no contrapone la espiritualidad con la prosperidad; enfrenta la idolatría con la mayordomía. Presenta un equilibrio entre la espiritualidad y la administración de los recursos, condenando la codicia y la avaricia, pero también exigiendo diligencia, productividad, previsión y una mayordomía fiel.

Las Escrituras presentan un panorama diferente. Desde el principio, Dios encomendó al ser humano la responsabilidad de cultivar, desarrollar y administrar la creación (Génesis 1: 28; 2: 15). Esa comisión implicaba trabajo, organización, productividad y responsabilidad. Después del pecado, el trabajo continuó formando parte del propósito divino, aunque acompañado de esfuerzo y dificultad (Génesis 3: 17-19). En ningún momento la Biblia presenta la diligencia económica como una actividad opuesta a la espiritualidad. Por el contrario, la fidelidad en el trabajo y en la administración de los bienes aparece repetidamente como una expresión de obediencia a Dios.



Jesús mismo ilustró este principio en la parábola de los talentos. El siervo aprobado no fue aquel que escondió el talento para evitar riesgos, sino quien lo administró responsablemente y produjo nuevos recursos para su señor (Mateo 25: 14-30). La aprobación no descansó en la cantidad recibida, sino en la fidelidad demostrada al multiplicarla. Es imposible disminuir la gravedad de la codicia y de la avaricia. Ambos pecados son denunciados claramente por las Escrituras y han destruido innumerables

vidas. Lo que sí demuestra la Biblia es que la diligencia no es codicia, el ahorro no es avaricia, la inversión responsable no es idolatría y la construcción de un patrimonio con propósitos correctos forma parte de una mayordomía fiel.

Comprender esta diferencia resulta indispensable para desarrollar una cosmovisión bíblica de las finanzas. Mientras la codicia convierte las riquezas en un dios, la mayordomía las reconoce como un recurso confiado temporalmente por Dios para sostener a la familia, servir al prójimo y financiar la misión. Esa es la diferencia fundamental que enseña la Biblia.

La falsa dicotomía entre la espiritualidad y la prosperidad

Una de las ideas más persistentes en algunos ambientes religiosos sostiene que cuanto más espiritual es una persona, menos interés debería mostrar por los asuntos económicos. Según esta manera de pensar, planificar las finanzas, invertir, emprender o procurar un patrimonio podría interpretarse como una señal de mundanalidad o de excesivo apego a las riquezas. Sin embargo, esa conclusión no surge de una lectura equilibrada de las Escrituras, sino de una confusión entre el uso correcto de los bienes y el amor desordenado por ellos.

La Biblia no presenta el trabajo productivo como un obstáculo para la vida espiritual. Desde el jardín del Edén, Dios colocó al ser humano para que cultivara y cuidara la tierra (Génesis 2: 15). El trabajo no apareció como consecuencia del pecado; lo que apareció después de la caída fue el esfuerzo y el sufrimiento asociados a él (Génesis 3: 17-19). Trabajar, producir y administrar forman parte del propósito original de Dios para la humanidad.

Los sabios de Israel también entendieron esta realidad. El libro de Proverbios elogia repetidamente la diligencia, la previsión y el esfuerzo responsable. «La mano de los diligentes enriquece» (Proverbios 10: 4), mientras que la pereza conduce a la pobreza (Proverbios 6: 6-11). En ninguna parte se presenta la prosperidad obtenida mediante el trabajo honesto como un motivo de vergüenza. Lo que se condena es la riqueza conseguida mediante el fraude, la opresión o la injusticia. (Proverbios 10: 4; 13: 11; 22: 29; Deuteronomio 8: 18; Mateo 25: 14-30; Colosenses 3: 23-24).

Jesús tampoco enseñó que sus seguidores debían vivir en la improductividad. Al contrario, en la parábola de los talentos elogió a los siervos que hicieron producir los bienes confiados por su señor y reprendió al que, por miedo, decidió enterrarlos (Mateo 25: 14-30). La diferencia entre ambos no estuvo en la cantidad recibida, sino en la fidelidad demostrada al administrarla.

Esta enseñanza tiene implicaciones para los cristianos. Dios no nos llama únicamente a conservar los recursos que pone en nuestras manos; nos llama a administrarlos con sabiduría para que produzcan fruto. La productividad no es un enemigo de la espiritualidad; cuando se desarrolla con integridad y con un propósito correcto, constituye una expresión de fidelidad.

Por ello, resulta necesario distinguir entre dos ideas que con frecuencia se confunden. La Biblia no condena el deseo de progresar; condena el deseo de progresar a cualquier precio. No reprueba la generación de riqueza; reprueba la obtención de riqueza mediante la injusticia o su uso egoísta. No censura la planificación financiera; censura la autosuficiencia que excluye a Dios de los planes.

Cuando esta diferencia no se comprende, algunos creyentes terminan justificando su falta de preparación, su desinterés por emprender o su negligencia financiera apelando a una supuesta espiritualidad que las Escrituras nunca enseñan. Paradójicamente, mientras procuran evitar la codicia, dejan de desarrollar responsablemente los talentos, oportunidades y recursos que Dios les ha confiado. La codicia y la avaricia son pecados reales y peligrosos, confundir la mayordomía fiel con esos pecados ha privado a muchos cristianos de cumplir plenamente el propósito de Dios para sus recursos.

La codicia: cuando el deseo desplaza la voluntad de Dios

Después de comprender que la prosperidad no es enemiga de la espiritualidad, conviene responder una pregunta fundamental: ¿qué es realmente la codicia? En el lenguaje cotidiano suele llamarse codicioso a todo aquel que desea progresar económicamente o que procura mejorar su situación financiera. Sin embargo, la Biblia utiliza el término con un significado mucho más preciso.



En el Antiguo Testamento, uno de los verbos más utilizados es ***ḥāmad*** (חָמַד) , que significa desear intensamente o anhelar. Dependiendo del contexto,

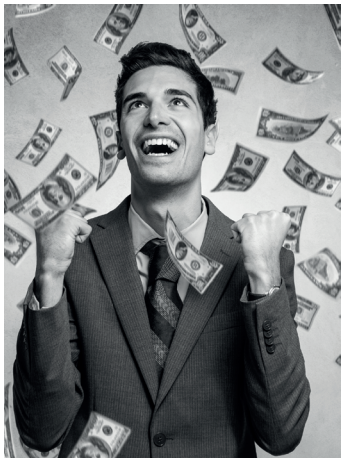
ese deseo puede ser legítimo o pecaminoso. El problema aparece cuando el deseo se dirige hacia aquello que Dios ha prohibido o hacia lo que pertenece al prójimo. Por esa razón, el décimo mandamiento declara: «No codiciarás... cosa alguna de tu prójimo» (Éxodo 20: 17). La codicia comienza en el corazón mucho antes de manifestarse en las acciones.[1]

El Nuevo Testamento amplía este concepto mediante términos como epithymía y pleonexía. Ambos describen un deseo desordenado que termina dominando la voluntad de la persona. No se trata simplemente de querer mejorar la condición económica, sino de permitir que el afán por poseer riquezas controle las decisiones, los valores y la relación con Dios.[2]

La codicia, por lo tanto, no se mide por la cantidad de dinero que una persona procura conseguir o por el volumen de dinero que posee, sino por el lugar que ese dinero ocupa en su corazón. Un hombre con pocos recursos puede ser profundamente codicioso, mientras que otro con abundantes bienes puede administrarlos con humildad, generosidad y fidelidad.

El ejemplo de Acán ilustra claramente este principio. Lo que lo condujo a la ruina no fue el valor económico del lingote de oro o del manto babilónico, sino el deseo desordenado que lo llevó a desobedecer explícitamente la orden de Dios (Josué 7: 20-21). La codicia siempre promete satisfacción, pero termina produciendo esclavitud.

En este punto conviene corregir una idea que ha limitado la comprensión bíblica de las finanzas. La codicia no consiste en generar riqueza mediante el trabajo honesto, desarrollar un negocio rentable, invertir con prudencia o recibir utilidades legítimas. Tampoco consiste en procurar el bienestar económico de la familia o planificar el futuro. Todas estas actividades pueden formar parte de los propósitos del cielo



para las finanzas cuando se realizan conforme a los principios de Dios.

La codicia aparece cuando el deseo de poseer desplaza la voluntad de Dios, cuando el dinero determina las decisiones morales, cuando el éxito económico se convierte en el propósito supremo de la vida o cuando se está dispuesto a sacrificar la integridad para obtener mayores beneficios.

Por eso el apóstol Pablo no escribió que el dinero fuera la raíz de todos los males. Escribió que el amor al dinero es el origen de toda clase de males (1 Timoteo 6: 10). La diferencia no es un simple detalle gramatical; constituye uno de los principios más importantes de las finanzas bíblicas. El problema nunca ha sido el recurso administrado, sino el corazón que lo administra.

En consecuencia, el creyente no debe preguntarse únicamente cuánto desea prosperar, sino por qué desea prosperar y para qué utilizará los recursos que Dios ponga en sus manos. La respuesta a esas preguntas revelará si está actuando como un mayordomo fiel o si ha comenzado a transitar el camino de la codicia.

La avaricia: cuando las riquezas ocupan el lugar de Dios

Si la codicia representa el deseo desordenado por obtener aquello que no se tiene, la avaricia describe la actitud de quien, habiendo obtenido bienes o riquezas, se aferra egoístamente a ellos y hace de su acumulación el propósito de su vida.

En el Antiguo Testamento, uno de los términos más utilizados para describir la avaricia es betsa (עֹשֶׁ֥ק). Esta palabra no se refiere simplemente a obtener

ganancias, sino a la ganancia deshonesta, al lucro obtenido mediante el abuso, la opresión, el fraude o la violación de la justicia. Los profetas denunciaron repetidamente este pecado porque destruía la vida de los más vulnerables y corrompía a toda la sociedad.[3]

Por esta razón, la avaricia nunca debe confundirse con el legítimo deseo de mejorar la condición económica mediante el trabajo honrado.

La Biblia no condena las utilidades obtenidas con integridad; condena las ganancias obtenidas sacrificando la verdad, la justicia y el amor al prójimo.

Los profetas Jeremías y Ezequiel denunciaron a quienes utilizaban su posición para enriquecerse a costa del pueblo. Los jueces aceptaban sobornos, los comerciantes engañaban con medidas falsas y los poderosos explotaban a quienes no podían defenderse. En todos esos casos, el problema no era la riqueza; era la manera en que había sido obtenida y el lugar que ocupaba en el corazón de quienes la poseían. (Éxodo 23: 8; Levítico 25: 35-37; Jeremías 22: 17; Proverbios 15: 27; Lucas 12: 15-21; Colosenses 3: 5).

Jesús también advirtió: «Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee» (Lucas 12: 15).

Sus palabras no condenan la posesión de bienes, sino la falsa seguridad que algunas personas depositan en ellos. La riqueza puede proporcionar comodidad, pero nunca puede sustituir a Dios ni garantizar el verdadero sentido de la vida.

El relato del rico insensato ilustra esta realidad. Aquel hombre obtuvo una cosecha extraordinaria y decidió ampliar sus graneros para almacenar toda su producción. Su error no consistió en cosechar abundantemente ni en construir graneros más grandes. El problema fue creer que su riqueza garantizaba su futuro y que podía vivir únicamente para disfrutar de sus bienes, olvidando completamente a Dios y a los demás (Lucas 12: 16-21).

Esta diferencia merece toda nuestra atención. La previsión no es avaricia. El ahorro no es avaricia. La inversión responsable no es avaricia. La construcción de un patrimonio para sostener a la familia, servir al prójimo y apoyar la misión de Dios tampoco es avaricia.

La avaricia aparece cuando las riquezas dejan de ser un recurso administrado y se convierten en el centro de la existencia. El avaro ya no posee sus bienes; son sus bienes los que terminan poseyéndolo. Por esa razón, el Nuevo Testamento identifica la avaricia como una forma de

idolatría (Colosenses 3: 5). No porque el dinero sea un dios, sino porque el corazón humano puede llegar a otorgarle el lugar que únicamente corresponde al Señor.

La diferencia entre un mayordomo fiel y un avaro no se encuentra en el tamaño de su patrimonio, sino en la disposición de su corazón. El mayordomo reconoce que todo pertenece a Dios y administra sus bienes para glorificarlo. El avaro vive para conservar y aumentar aquello que considera exclusivamente suyo a costa de violar principios.

Esta es la razón por la que la mayordomía nunca debe confundirse con la avaricia. Mientras la avaricia esclaviza, la mayordomía libera. Mientras la avaricia acumula para sí misma, la mayordomía administra para el Reino de Dios.

Los cristianos que leen la Biblia evitan:

Confundir riqueza con codicia.
Confundir ahorro con avaricia.
Pensar que la pobreza garantiza espiritualidad.
Usar la Biblia para justificar la negligencia financiera.
Olvidar que Dios pedirá cuentas de todo recurso administrado.

La mayordomía: el equilibrio entre la negligencia y la codicia

Después de estudiar el significado bíblico de la codicia y la avaricia, surge una pregunta inevitable: ¿Cuál es entonces la actitud que Dios espera de sus hijos frente al dinero y las riquezas? La respuesta de las Escrituras no se encuentra en ninguno de los dos extremos. Dios no aprueba la codicia ni la avaricia, pero tampoco aprueba la negligencia, la improductividad o el desperdicio de los talentos que ha confiado a sus hijos. El modelo bíblico es la mayordomía.

La mayordomía parte de una verdad fundamental: Dios es el dueño de todo, y el ser humano únicamente es administrador de lo que ha recibido (Salmos 24: 1; Hageo 2: 8). Esta perspectiva transforma completamente la relación con el dinero. El mayordomo no trabaja para convertirse en dueño absoluto de las riquezas; trabaja para administrar fielmente los recursos que pertenecen a Dios.

Por esta razón, la Biblia presenta la diligencia como una virtud y no como un defecto. El proverbista afirma que «la mano de los diligentes

enriquece» (Proverbios 10: 4) y añade que «¿Has visto hombre solícito en su trabajo? Delante de los reyes estará» (Proverbios 22: 29). La prosperidad que nace del trabajo honesto nunca es presentada como motivo de vergüenza, sino como el resultado natural de la diligencia, la disciplina y la bendición divina.

Del mismo modo, las Escrituras enseñan la importancia de la previsión. La hormiga almacena alimento durante el verano para enfrentar el invierno (Proverbios 6: 6-8). José organizó reservas durante los años de abundancia para sostener a Egipto en el tiempo de escasez (Génesis 41). Los padres tienen la responsabilidad de hacer provisión para sus hijos (2 Corintios 12: 14), y el hombre prudente deja herencia a los hijos de sus hijos (Proverbios 13: 22). Todos estos ejemplos muestran que planificar el futuro no es una falta de fe; es una expresión de sabiduría.

En este punto conviene recordar una verdad: el dinero es un excelente siervo, pero un pésimo señor. Cuando el dinero se convierte en el objetivo de la vida, aparece la codicia. Cuando se acumula egoístamente, surge la avaricia. Pero cuando se administra para glorificar a Dios, sostener a la familia, servir al prójimo y financiar la misión, cumple el propósito para el cual fue confiado.

Por ello, un cristiano puede dirigir una empresa, invertir con prudencia, generar utilidades, construir un patrimonio y dejar herencia a sus hijos sin apartarse de la voluntad de Dios. Lo que nunca podrá hacer es utilizar esos recursos para explotar a otros, alimentar su orgullo o sustituir con ellos su dependencia del Señor.



La diferencia no está en el tamaño del patrimonio, sino en la fidelidad del mayordomo. Este es el equilibrio que muchos creyentes necesitan recuperar. Durante años algunos han pensado que la solución frente a la codicia consiste en producir menos, evitar las inversiones o renunciar al crecimiento económico. Sin embargo, la Biblia propone un camino distinto. La respuesta al

mal uso de las riquezas no es dejar de administrarlas; es administrarlas conforme a los principios que Dios no ha indicado.

En consecuencia, la pregunta que todo cristiano debería hacerse no es: «¿Es correcto prosperar?», sino: «¿Estoy administrando la prosperidad que Dios me concede para cumplir sus propósitos o solamente para satisfacer los míos?» La respuesta a esa pregunta revela la diferencia entre un dueño de una tienda, empresa o negocio exitoso y un mayordomo fiel. El primero puede construir un gran patrimonio; el segundo procura que ese patrimonio también glorifique a Dios.

---

[1] Koehler, *The Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*, vol. 2.

[2] Bauer y Gingrich, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature*.

[3] Koehler, *The Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*, vol. 2, בְּ.


TESTAMENTO
ULTIMAS VOLUNTADES
FE PÚBLICA NOTARIAL

12. | EL TESTAMENTO: LA ÚLTIMA DECISIÓN DE UN SER HUMANO

¿Por qué un cristiano debería preparar su testamento?

El tema del testamento no suele ser agradable. Muchas personas evitan siquiera mencionarlo porque piensan que redactarlo equivale a prepararse para morir o, peor aún, que hacerlo puede atraer la muerte. Como consecuencia, miles de familias enfrentan conflictos legales, económicos y emocionales que pudieron haberse evitado con una decisión tomada a tiempo.

Sin embargo, un testamento no es un documento para la muerte; es un acto de responsabilidad hacia la vida de quienes permanecen. No se redacta pensando en quien parte, sino en el bienestar del cónyuge, de los hijos y de las personas que dependerán del patrimonio que Dios permitió construir.

Sabemos que la mayordomía cristiana abarca mucho más que administrar el dinero del presente. También implica pensar con sabiduría en el futuro. El creyente administra sus ingresos, sus inversiones, sus negocios y su patrimonio con una visión que trasciende el momento actual. Precisamente por eso, el testamento constituye una parte natural de una buena planificación financiera.

Las Escrituras muestran que la herencia nunca fue un asunto secundario. Desde los días de Abraham, la transmisión ordenada del patrimonio formó parte de la vida familiar y de la organización del pueblo de Dios. Cuando Abram creyó que no tendría descendencia, expresó su preocupación de que un siervo heredaría sus bienes. Dios respondió

que el heredero sería un hijo nacido de él (Génesis 15: 2-4). A partir de ese momento, la herencia quedó estrechamente vinculada con la continuidad de su familia y con el cumplimiento de los propósitos divinos.

Más adelante, Dios mismo estableció normas para regular la distribución de las propiedades entre las familias de Israel. Aquellas disposiciones no tenían únicamente un propósito económico; buscaban preservar la estabilidad de los hogares, proteger a los descendientes y evitar conflictos entre las tribus (Números 27: 8-11; Levítico 25: 23-28). La herencia, por lo tanto, fue presentada como una responsabilidad espiritual antes de convertirse en una institución jurídica. El libro de Proverbios resume este principio con una afirmación ampliamente conocida: «El hombre bueno deja herencia a los hijos de sus hijos» (Proverbios 13: 22). El énfasis del proverbio no está únicamente en los bienes materiales, sino en la prudencia de quien vive pensando más allá de su propia existencia. De manera semejante, el apóstol Pablo escribió: «Los hijos no deben ahorrar para los padres, sino los padres para los hijos» (2 Corintios 12: 14). Estas palabras revelan que la previsión económica forma parte de las responsabilidades naturales de quienes administran un hogar.

La misma convicción aparece en los escritos de Elena G. White. Al referirse al otorgamiento del testamento, escribió: «La muerte no llegará un día más temprano, hermanos, porque hayáis hecho vuestro testamento». Con esta sencilla declaración elimina uno de los temores más comunes que impiden a muchas personas actuar con responsabilidad. Elaborar un testamento no acelera la muerte; simplemente demuestra que el mayordomo está administrando con sabiduría los bienes que Dios puso bajo su cuidado.[1]



Los especialistas en planeación patrimonial llegan a una conclusión semejante. Denis Clifford afirma que un testamento bien elaborado constituye una de las herramientas más eficaces para proteger a la familia, reducir conflictos y asegurar que el patrimonio sea distribuido conforme a la voluntad del propietario.[2] Gerry W. Beyer añade

que la ausencia de un testamento suele trasladar esa decisión a los tribunales y a las disposiciones legales, las cuales no siempre reflejan los deseos del fallecido.[3]

Por estas razones, preparar un testamento no debe entenderse como un acto de pesimismo, sino como una expresión de amor, previsión y responsabilidad. El mayordomo fiel administra con diligencia mientras vive y también procura que, cuando el Señor lo llame al descanso, el patrimonio que administró continúe cumpliendo un propósito de bendición para su familia y de honra para Dios. Así el testamento representa uno de los últimos y más importantes actos de fidelidad en la vida de un mayordomo cristiano.

La herencia: una responsabilidad espiritual antes que una obligación legal

Mucho antes de que existieran los códigos civiles, las notarías o los procedimientos sucesorios, la Biblia ya hablaba de la responsabilidad de transmitir ordenadamente el patrimonio familiar. La herencia no nació como una figura jurídica; surgió como una expresión de amor, previsión y responsabilidad hacia las generaciones futuras.

La primera referencia importante aparece en la historia de Abraham. Al no tener descendencia, manifestó su preocupación de que uno de los siervos de su casa sería su heredero. Dios respondió que la herencia correspondería al hijo que nacería de sus propias entrañas (Genesis 15: 2-4). Más que resolver un problema familiar, este episodio muestra que la transmisión del patrimonio era una práctica conocida y aceptada desde tiempos antiguos.

Siglos más tarde, cuando Israel estaba por entrar en la tierra prometida, Dios estableció normas precisas para la distribución de las propiedades. El propósito no era únicamente repartir bienes, sino preservar la estabilidad económica de las familias y asegurar que cada generación contara con los recursos necesarios para su sustento (Números 27: 8-11). Incluso se dispuso que la tierra no se vendiera de manera permanente, porque, en última instancia, pertenecía a Dios (Levítico 25: 23).

Estas disposiciones revelan un principio que continúa siendo válido: Dios se interesa no solo en la forma en que obtenemos nuestros bienes, sino también en la manera en que los transmitimos a quienes dependen de nosotros.

Este principio también aparece en los escritos de Elena G. White. Al referirse a la preparación del testamento, aconseja que este se redacte de forma que resista cualquier revisión legal y añade que, al disponer de los bienes, no debe olvidarse la responsabilidad de atender las necesidades del cónyuge y de los hijos, pero tampoco la causa de Dios. Su consejo refleja un notable equilibrio: proteger a la familia sin perder de vista el compromiso espiritual adquirido durante toda la vida.[4]

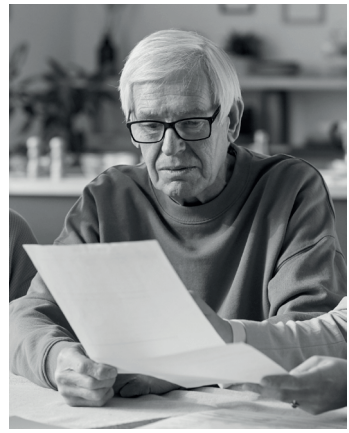
Los especialistas en planeación patrimonial llegan a conclusiones similares. Charles D. Fox IV señala que un plan sucesorio bien estructurado no solo distribuye bienes; también reduce la incertidumbre, evita litigios y facilita la continuidad del patrimonio familiar.[5] Gerry W. Beyer añade que una planificación anticipada permite que la voluntad del propietario prevalezca sobre las reglas generales de la sucesión testamentaria, disminuyendo así el riesgo de conflictos entre los herederos.[6]

Preparar un testamento no debe verse únicamente como el cumplimiento de un requisito legal. Es una decisión que refleja amor por la familia, respeto por el patrimonio construido con años de esfuerzo y responsabilidad frente a las consecuencias que nuestra ausencia puede dejar en quienes más amamos. En otras palabras, el testamento no comienza ante un notario; comienza con la decisión de no dejar el futuro de la familia al azar.

El testamento: una expresión de amor, previsión y protección para la familia

La mayoría de las personas piensa en un testamento como un documento jurídico. Sin embargo, antes de ser un instrumento legal, es una declaración de responsabilidad hacia quienes continuarán la vida cuando nosotros ya no estemos. Cuando una persona fallece sin haber dejado instrucciones claras sobre la distribución de su patrimonio, sus familiares no solo enfrentan el dolor de la pérdida. Con frecuencia también deben afrontar incertidumbre, trámites prolongados, gastos inesperados y, en algunos casos, conflictos que terminan deteriorando la unidad familiar. Lo que pudo resolverse mediante una decisión tomada con serenidad, termina decidiéndose en medio del duelo.[7]

Por el contrario, un testamento bien elaborado brinda tranquilidad. Permite que el cónyuge conozca la voluntad del testador, protege a los



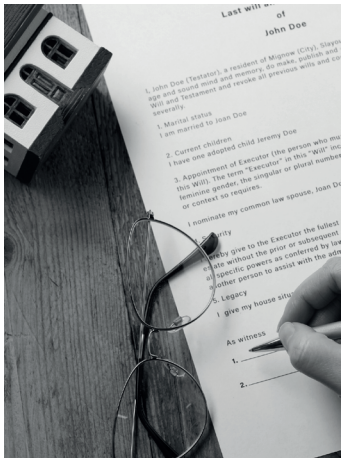
hijos menores o dependientes, facilita la administración de los bienes y reduce significativamente las posibilidades de desacuerdos entre los herederos. El propósito principal del testamento no consiste en repartir propiedades, sino en proteger a las personas.

Esta perspectiva armoniza con el principio bíblico de previsión. A lo largo de las Escrituras, Dios llama a sus hijos a actuar con prudencia antes de que lleguen los tiempos difíciles. José almacenó alimentos antes de la hambruna; la hormiga prepara su sustento durante el verano; el hombre prudente edifica sobre la roca antes de la tormenta. En todos estos ejemplos, la previsión no refleja temor, sino sabiduría.

Lo mismo ocurre con el testamento. Nadie sabe cuándo terminará su vida. La juventud, la salud o el éxito profesional no ofrecen garantía alguna. Preparar un testamento significa reconocer esa realidad con serenidad y asumir la responsabilidad de evitar problemas innecesarios a quienes más amamos.

Elena G. White expresó este principio con notable claridad al escribir: «Los que aguardan hasta el momento de morir para disponer de su propiedad, la entregan a la muerte más bien que a Dios. Al hacerlo así, muchos están obrando en forma directamente contraria al plan de Dios bosquejado claramente en su Palabra.»[8]

Estas palabras invitan a actuar mientras todavía existe plena libertad para decidir. El testamento debe ser el resultado de una reflexión responsable, no de la presión de una enfermedad terminal o de la cercanía de la muerte. Los especialistas en planeación patrimonial coinciden en este punto. Denis Clifford afirma que una de las decisiones más importantes que puede tomar un padre de familia es preparar oportunamente su plan sucesorio, porque hacerlo permite proteger a los seres queridos y evitar que sean otros quienes decidan el destino del



patrimonio.[9] De manera semejante, Gerry W. Beyer señala que la planificación anticipada reduce costos, evita litigios y facilita el cumplimiento de la verdadera voluntad del propietario.[10]

Preparar un testamento también representa una oportunidad para poner orden en la información familiar. Es conveniente que el cónyuge o las personas de confianza sepan dónde se encuentran las escrituras de las propiedades, las pólizas de seguros, los documentos bancarios, las inversiones, las deudas y los demás activos importantes. La falta de esta información suele ocasionar pérdidas económicas, largos procesos de investigación y, en ocasiones, bienes que nunca llegan a ser reclamados por los beneficiarios legítimos. El testamento, por sí solo, no sustituye una buena administración familiar. Pero forma parte de ella. Es el paso final de una vida organizada y responsable, porque permite que los bienes acumulados durante años continúen cumpliendo el propósito para el cual fueron obtenidos: brindar seguridad a la familia y honrar a Dios mediante una administración ordenada. En consecuencia, el verdadero acto de amor no consiste únicamente en dejar bienes; consiste en dejar claridad, orden y tranquilidad a quienes continuarán administrándolos.

¿Cómo elaborar un testamento?

Después de comprender la importancia espiritual y familiar del testamento, surge una pregunta natural: ¿cómo puede una persona elaborar un testamento correctamente? Contrario a lo que muchos imaginan, elaborar un testamento no es un procedimiento complicado. Tampoco está reservado para personas con grandes fortunas. Toda persona que haya formado un patrimonio, por pequeño que sea, debería considerar la conveniencia de expresar claramente su voluntad respecto del destino de sus bienes.

El testamento es un acto personal, libre y revocable mediante el cual una persona dispone de sus bienes y derechos para después de su fallecimiento. Mientras conserve plena capacidad legal, podrá modificarlo

cuantas veces considere necesario. De hecho, el último testamento válido deja sin efecto los anteriores, salvo disposición expresa en contrario. Aunque la legislación puede variar entre estados, el procedimiento suele seguir una secuencia semejante.

Haga un inventario de su patrimonio

El primer paso consiste en identificar claramente los bienes que forman parte de su patrimonio. Esto incluye propiedades, cuentas bancarias, inversiones, vehículos, negocios, seguros, derechos patrimoniales y cualquier otro activo de valor. Elaborar este inventario no solo facilita la redacción del testamento, sino que también ayuda al propietario a conocer con precisión lo que ha recibido de Dios y cómo desea distribuirlo.

Defina quiénes serán sus herederos

La siguiente decisión consiste en determinar quiénes recibirán los bienes. Generalmente el patrimonio se destina al cónyuge, a los hijos o a otros familiares dependientes, aunque la legislación también permite realizar legados específicos y beneficiar a otras personas o instituciones, dentro de los límites que establece la ley. Esta decisión merece reflexión y oración. Un testamento no debe redactarse impulsado por el enojo, la presión o los conflictos familiares del momento, sino buscando justicia, equilibrio y protección para quienes realmente dependen del testador.

Nombre un albacea de absoluta confianza

El albacea será la persona responsable de cumplir las disposiciones del testamento. Por ello debe tratarse de alguien íntegro, prudente, organizado y capaz de actuar con imparcialidad. Si existen hijos menores de edad o personas incapacitadas legalmente, también será necesario prever el nombramiento del tutor conforme a la legislación aplicable.

Acuda con un notario público

Una vez definidas estas decisiones, el testamento debe formalizarse ante un notario público, quien verificará la capacidad legal del otorgante, redactará el instrumento conforme a su voluntad y garantizará que cumpla los requisitos establecidos por la ley. Este procedimiento brinda seguridad jurídica tanto al testador como a sus herederos.

Revise periódicamente su testamento

La vida cambia constantemente. Nacen hijos y nietos, algunos familiares fallecen, se adquieren nuevos bienes o se venden propiedades. Por ello, el testamento no debe considerarse un documento definitivo e inamovible. Conviene revisarlo cuando ocurran cambios importantes en la familia o en el patrimonio para asegurarse de que continúe reflejando la verdadera voluntad del otorgante.

Preparar un testamento exige algunas horas; no prepararlo puede significar años de conflictos para la familia. El sabio no posterga las decisiones importantes. Actúa mientras tiene la libertad y la claridad necesarias para hacerlo. En este sentido, elaborar un testamento no significa esperar la muerte; significa ejercer responsablemente el derecho de decidir el destino del patrimonio que Dios permitió construir.

Aspectos legales que todo testador debe conocer

Muchas personas posponen la elaboración de su testamento porque consideran que se trata de un procedimiento complicado o reservado para abogados. En realidad, conocer algunos principios básicos del derecho sucesorio permite comprender que el proceso es mucho más sencillo de lo que comúnmente se piensa. En términos generales, el testamento es un acto personal, libre y revocable. Esto significa que nadie puede otorgarlo en representación de otra persona, que debe expresar la voluntad del testador sin presiones externas y que puede modificarse cuantas veces sea necesario mientras conserve capacidad legal. Estas características protegen la libertad de quien dispone de su patrimonio y garantizan que prevalezca su verdadera voluntad.

Por regla general, el testamento se formaliza ante un notario público. El testador expresa claramente su voluntad, el notario redacta el documento conforme a ella y posteriormente le da lectura para confirmar que refleja exactamente lo que el otorgante desea. Sólo después de esa revisión se procede a la firma y autorización del instrumento. Este procedimiento busca evitar errores, interpretaciones ambiguas o conflictos futuros.

La legislación también contempla situaciones especiales para proteger los derechos de todas las personas. Existen disposiciones específicas cuando el testador no puede firmar, presenta discapacidad visual,

auditiva o desconoce el idioma en que se redactará el documento. En estos casos intervienen testigos o intérpretes, de manera que nadie quede impedido de ejercer este derecho por razones físicas o de comunicación.

Otro aspecto de gran importancia es el nombramiento del albacea. Esta persona será la responsable de cumplir la voluntad expresada en el testamento, administrar temporalmente el patrimonio y realizar los actos necesarios para entregarlo a los herederos. Por ello conviene elegir a alguien con integridad, capacidad de organización y la confianza de la familia. Si existen hijos menores de edad o personas legalmente incapaces, también puede designarse un tutor para proteger sus intereses.

El testador también puede establecer determinadas disposiciones dentro de los límites que fija la ley. Por ejemplo, puede constituir legados específicos, reconocer derechos de usufructo, prever pensiones alimenticias para personas con derecho a recibirlas y distribuir sus bienes conforme a su voluntad. Al mismo tiempo, la legislación prohíbe ciertas cláusulas contrarias al orden público o a la libertad personal, como imponer condiciones relacionadas con el matrimonio o establecer prohibiciones permanentes para disponer de los bienes heredados.

Es importante recordar que el último testamento válido deja sin efecto los anteriores, salvo que el propio testador disponga expresamente otra cosa. Por ello, cada vez que cambian las circunstancias familiares o patrimoniales conviene revisar el documento para asegurarse de que continúa reflejando la verdadera voluntad del otorgante. Conviene distinguir entre sucesión testamentaria y sucesión intestamentaria. Cuando existe un testamento válido, el procedimiento consiste principalmente en ejecutar la voluntad expresada por el testador. En cambio, cuando una persona fallece sin testamento, la ley determina quiénes serán los herederos y en qué orden heredarán. Aunque este mecanismo protege a la familia, con frecuencia implica mayores trámites, costos adicionales y la posibilidad de conflictos entre los interesados.



Conocer estos principios no convierte al lector en especialista en derecho sucesorio, pero sí le proporciona la información necesaria para comprender el proceso y acudir al notario con seguridad. La asesoría jurídica continuará siendo indispensable para cada caso particular; sin embargo, la decisión de preparar un testamento comienza mucho antes de la firma del documento: comienza con la convicción de actuar responsablemente.

La última decisión también revela el corazón

Toda persona dejará una herencia. La única diferencia es que algunos decidirán conscientemente cómo hacerlo, mientras que otros dejarán esa responsabilidad en manos de terceros. Elaborar un testamento no es un acto motivado por el temor, sino por la responsabilidad. Es reconocer que la vida es temporal, que los bienes materiales fueron confiados por Dios por un tiempo limitado y que también debemos administrarlos con sabiduría cuando ya no podamos hacerlo personalmente.

El patrimonio representa años de trabajo, sacrificio y disciplina. Permitir que, por falta de previsión, ese esfuerzo termine generando conflictos familiares, gastos innecesarios o largos procesos judiciales contradice los principios de prudencia que la Biblia establece. Preparar un testamento significa proteger a quienes amamos, facilitar la transición del patrimonio y procurar que nuestros bienes continúen siendo una bendición y no una causa de división.

Sin embargo, existe una herencia aún más valiosa que cualquier propiedad o inversión. Los hijos y los nietos recordarán el carácter, la integridad, la generosidad y la fe mucho después de haber distribuido los bienes materiales. El patrimonio puede agotarse; los principios permanecen.



Por ello, el mejor testamento no es necesariamente el que reparte más riqueza, sino el que refleja una vida administrada con sabiduría, justicia y amor. Cuando los bienes se distribuyen con orden, cuando la familia queda protegida y cuando los valores que

guiaron toda una vida también quedan como herencia, el testamento deja de ser un simple documento legal y se convierte en el último acto de responsabilidad de una vida bien vivida.

Dios no nos pedirá cuentas por la cantidad de bienes que logramos reunir, sino por la fidelidad con que administramos todo lo que puso bajo nuestro cuidado, incluso la manera en que decidimos transmitirlo a la siguiente generación.

La mayoría de los libros sobre finanzas terminan cuando la persona construye un patrimonio. El cristiano tiene la obligación espiritual de ir un paso más allá hasta completar el ciclo:

1. Dios bendice y provee talentos.
2. Dios provee los recursos.
3. El mayordomo emprende.
4. Usa los talentos y transforma las bendiciones en riquezas.
5. Produce las riquezas
6. Administra correctamente.
7. Ahorra.
8. Invierte.
9. Construye un patrimonio rentable.
10. Protege su corazón de la codicia y la avaricia.
11. Protege el patrimonio.
12. Lo transmite responsablemente.
13. Finalmente deja un legado espiritual.

La educación financiera centra sus enseñanzas en generar riquezas, administrarla, invertir, generar utilidades, construir un patrimonio, disfrutar el dinero. La Biblia presenta un camino trascedente y superior: transmitirlo a la siguiente generación y dejar un legado.

---

[1] White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, 342.

[2] Denis Clifford, *Plan Your Estate* (NOLO, 2016), 3–10.

[3] Gerry W. Beyer, *Texas Wills and Estates: Cases and Materials: Seventh Edition* (AuthorHouse, 2015), 1–12.

[4] White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, 342.

[5] Charles D. Fox IV, *Estate Planning Basics*, 2a ed. (West Academic Publishing, 2016), 1–18.

[6] Beyer, *Texas Wills and Estates*, 15–28.

[7] Secretaría de Gobernación, "Preguntas frecuentes Mes del Testamento", gob.mx, consultado el 15 de julio de 2026, http://www.gob.mx/segob/articulos/preguntas-frecuentes-mes-del-testamento.

[8] White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, 339.

[9] Clifford, *Plan Your Estate*, 5–18.

[10] Beyer, *Texas Wills and Estates*, 18–32.



APÉNDICE: TESTAMENTO

Es un acto personalísimo, revocable y libre, por el cual una persona capaz dispone de sus bienes y derechos, y declara o cumple deberes para después de su muerte. Art. **1192** del Código Civil vigente en el Estado de Nuevo León. Instrumento por el cual disponemos de nuestros bienes, derechos y obligaciones para después de nuestra muerte. Es individual, solo lo otorgan personas mayores de edad, en pleno uso de sus facultades mentales, capacidad civil y natural, y mayores de 16 años. Art. **1203** del Código Civil vigente en el Estado de Nuevo León.

Condiciones para su otorgamiento ante Notario Público:

Art. **1409**.- El testador expresará de modo claro y terminante su voluntad al Notario. El Notario redactará por escrito las cláusulas del testamento, sujetándose estrictamente a la voluntad del testador y las leerá en voz alta para que este manifieste si está conforme.

Art. **1411**.- Cuando el testador declare que no sabe o no puede firmar el testamento, uno de los testigos firmará a ruego del testador y este imprimirá su huella digital.

Art. **1413**.- El que fuere enteramente sordo; pero que sepa leer, deberá dar lectura a su testamento; si no supiere o no pudiere hacerlo, designará una persona que lo lea a su nombre.

Art. **1414**.- Cuando el testador sea una persona con discapacidad visual, o no pueda o no sepa leer, se dará lectura al testamento dos veces

una por el notario como está prescrito en el artículo **1409**, y otra en igual forma, por uno de los testigos u otra persona que el testador designe.

En el supuesto de que el testador hubiere optado por utilizar el sistema de escritura Braille, él mismo realizará la segunda lectura, Este hecho quedará asentado en el instrumento público.

Art. **1415**.- Cuando el testador ignore el idioma del país, si puede escribirá su testamento que será traducido al español por el intérprete a que se refiere el artículo **1400**. La traducción se transcribirá como testamento en el respectivo protocolo y el original, firmado por el testador, el intérprete y el notario, se archivará, en el apéndice correspondiente del notario que intervenga en el acto.

Si el testador no puede o no sabe escribir, el intérprete escribirá el testamento que dicte aquél y leído y aprobado por el testador, se traducirá al español por el intérprete que debe concurrir al acto, hecha la traducción se procederá como se dispone en el párrafo anterior. Si el testador no puede o no sabe leer, dictará en su idioma el testamento al intérprete, traducido este se procederá como dispone el primer párrafo de este artículo. En este caso el intérprete podrá intervenir, además como testigo de conocimiento.

Beneficios al otorgar un Testamento:

Se evitan conflictos familiares y se favorece la conservación de los bienes.

Art. **369**.-. Reconocimiento de hijo nacido fuera de matrimonio.

Art.**470**.- Nombrar tutor testamentario. Todas las personas pueden heredar, con excepción de los que se encuentre en los supuestos de los artículos **1213, 1220, 1221, 1222**. del Código Civil vigente en el Estado de Nuevo León. (Por razón de delito son incapaces de adquirir por testamento o por intestado; el médico que haya asistido al testador durante su última enfermedad; así como el cónyuge, ascendientes, descendientes y hermanos del médico; el notario y los testigos que intervinieron en él testamento, y sus cónyuges, descendientes, ascendientes o hermanos; Los ministros de los cultos no pueden ser herederos por testamento de los ministros del mismo culto o de un particular con quien

no tengan parentesco dentro del cuarto grado. La misma incapacidad tienen los ascendientes, descendientes, cónyuges y hermanos de los mismos ministros, respecto de las personas a quienes estos hayan prestado cualquiera clase de auxilios espirituales, durante la enfermedad de que hubiere fallecido o de quienes hayan sido directores espirituales los mismos ministros. El heredero por testamento, que muera antes que el testador o antes de que se cumpla la condición; el incapaz de heredar y el que renuncie a la sucesión no transmiten ningún derecho a sus herederos. Art. **1233** del Código Civil vigente en el Estado de Nuevo León.

Art. **1394**.- Las disposiciones testamentarias caducan y quedan sin efecto, en lo relativo a los herederos y legatarios:

I.- Si el heredero o legatario muere antes que el testador o antes de que se cumpla la condición de que dependa la herencia o el legado;

Condiciones que se pueden establecer en un Testamento:

Art.**1241**.- Cualquier condición que sea posible de cumplir legal o físicamente

Art.**1256**.- Usufructo, pensión alimenticia, por el tiempo que permanezca viudo o soltero.

Art.**1366**.- Legados de usufructo, uso, habitación, o servidumbre vitalicios a personas físicas o por 20 años a empresas morales. Qué no se puede testar:

Art.**1252**.- Condiciones de no dar o de no hacer.

Art.**1255**.- Condición de tomar o dejar de tomar estado civil de matrimonio.

Art.**1379**.- Prohibiciones de enajenar.

Qué obligaciones se debe incluir en las cláusulas testamentarias:

Art. **1265**.- 1. Pensión alimenticia en los casos siguientes:

I.- Descendientes menores de dieciocho años;

II.- Descendientes que estén imposibilitados para trabajar, se encuentren libres de matrimonio o concubinato y vivan honestamente, aun cuando fueren mayores de dieciocho años;

III.- Al cónyuge supérstite, siempre que esté impedido de trabajar, se encuentre libre de matrimonio o concubinato y viva honestamente;

IV.- A los ascendientes;

V.- A la persona con quien el testador vivió como si fuera su cónyuge durante los dos años que precedieron inmediatamente a su muerte o con quien tuvo hijas o hijos, siempre que ambos hayan permanecido libres de matrimonio durante el concubinato.

VI.- A los hermanos y demás parientes colaterales dentro del cuarto grado, si están incapacitados o mientras que no cumplan dieciocho años, si no tiene bienes para subvenir a sus necesidades.

Revocación de Testamentos:

Los testamentos otorgados con anterioridad se revocan en automático a menos que el testador exprese que deja subsistente en todo o en parte el anterior. Art.-**1391** del Código Civil vigente en el Estado de Nuevo León. Se puede revocar el último testamento dejando subsistente el anterior. Art.**1393**.- del Código Civil vigente en el Estado de Nuevo León.[1]

---

[1] Los aspectos legales corresponden al Código Civil del Estado de Nuevo León. Las disposiciones pueden variar entre las entidades federativas, por lo que el testador debe consultar la legislación aplicable en su estado y recibir asesoría notarial.



13. | EL LEGADO QUE PERMANECE: DEVOLVER EL PATRIMONIO AL DUEÑO

Dios sigue siendo el Dueño

Toda decisión relacionada con el patrimonio comienza respondiendo una pregunta fundamental: ¿quién es el verdadero dueño de los bienes que administramos? La respuesta que ofrece la Biblia es clara y consistente desde el primer libro de las Escrituras hasta el último: Dios nunca ha renunciado a su derecho de propiedad sobre la creación. Él es el Creador de todas las cosas y, por esa razón, continúa siendo su legítimo Dueño.

Esta afirmación constituye el fundamento de toda enseñanza bíblica de la administración. Si Dios es el propietario absoluto, entonces el ser humano no puede considerarse dueño independiente de aquello que posee. Casas, terrenos, empresas, inversiones, cuentas bancarias y cualquier otra clase de patrimonio forman parte de los bienes que el Señor confía temporalmente a sus hijos para que los administren conforme a su voluntad.

David expresó esta verdad con extraordinaria claridad cuando escribió: «De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo, y los que en él habitan» (Salmos 24: 1). Muchos años después, al reunir las ofrendas destinadas a la construcción del templo, volvió a reconocer públicamente el mismo principio: «Porque todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos» (1 Crónicas 29: 14).

Estas palabras poseen una profunda implicación financiera. David no consideró que estuviera entregando a Dios una parte de su patrimonio

personal; reconoció que todo cuanto había administrado procedía originalmente del Señor. Su ofrenda no representaba una disminución de sus bienes, sino el reconocimiento de la verdadera propiedad divina.

La misma enseñanza aparece reiteradamente a lo largo de las Escrituras. Dios declara: «Mía es la plata y mío es el oro» (Hageo 2: 8). Asimismo, afirma: «Porque mía es toda bestia del bosque, y los millares de animales en los collados» (Salmos 50: 10). Incluso al establecer las leyes relacionadas con la tierra prometida, recordó al pueblo de Israel que ninguna propiedad podía entenderse como una posesión absoluta: «La tierra no se venderá a perpetuidad, porque la tierra mía es; pues vosotros forasteros y extranjeros sois para conmigo» (Levítico 25: 23).

Este principio transforma por completo la manera de comprender la riqueza. Desde la perspectiva bíblica, el patrimonio no constituye un derecho absoluto del ser humano, sino una responsabilidad delegada por Dios. El creyente disfruta legítimamente de los bienes que administra, trabaja para incrementarlos y procura utilizarlos sabiamente en favor de su familia y de la sociedad; sin embargo, nunca deja de reconocer que el verdadero propietario continúa siendo el Señor.

Ángel Manuel Rodríguez señala que la administración cristiana encuentra su fundamento precisamente en el reconocimiento de la soberanía de Dios sobre toda la creación. Si Dios es el Creador, también es el propietario de cuanto existe; por consiguiente, la relación del creyente con los bienes materiales debe entenderse siempre a la luz de esa realidad.[1]



En la misma línea, Richard M. Davidson observa que el mandato otorgado al ser humano en Génesis nunca implicó una transferencia de propiedad. Dios confirió autoridad para ejercer un gobierno responsable sobre la creación, pero esa autoridad debía reflejar el carácter del Rey del universo. El dominio humano era representativo y delegado, no absoluto.[2]

Esta comprensión también aparece en los escritos de Elena G. White, quien afirma

que Dios ha confiado bienes a sus hijos como un depósito sagrado del cual deberán rendir cuentas. Los recursos materiales no constituyen una posesión independiente, sino talentos confiados por el Señor para ser administrados con sabiduría, fidelidad y generosidad.[3]

Estas declaraciones coinciden con uno de los principios fundamentales de la planificación patrimonial moderna. El especialista en planificación patrimonial Joan Lanzagorta sostiene que el patrimonio no debe entenderse únicamente como una acumulación de bienes, sino como un conjunto de recursos administrados conforme a objetivos y propósitos claramente definidos.[4] Desde la perspectiva bíblica, esos propósitos encuentran su orientación definitiva en la voluntad de Dios, verdadero Dueño de todo cuanto existe.

Comprender esta verdad cambia radicalmente la forma de ver el patrimonio. Mientras una persona se considere propietaria absoluta de sus bienes, cualquier acto de generosidad parecerá una pérdida. En cambio, cuando reconoce que todo procede de Dios y que Él continúa siendo el Dueño, la administración adquiere un significado completamente distinto. La pregunta deja de ser: «¿Qué quiero hacer con lo que es mío?» y se transforma en otra mucho más profunda: «¿Cómo desea el Dueño que administre lo que ha puesto bajo mi cuidado?»

Esta pregunta abre la puerta a uno de los conceptos más importantes de este capítulo. Si Dios continúa siendo el propietario y el ser humano administra bienes que pertenecen a otro, ¿cómo describen las Escrituras esa relación? La respuesta se encuentra en un verbo hebreo que recorre toda la Biblia y que expresa la esencia misma de la administración delegada: רָמַשׁ (*shāmar*). El concepto jurídico moderno del fideicomiso encuentra uno de sus antecedentes teológicos en el verbo hebreo *shāmar*.

Dios transfirió el derecho de usufructo a sus criaturas, pero Él siguió siendo el Dueño

Después de establecer que Dios conserva el derecho absoluto de propiedad sobre toda la creación, surge una pregunta inevitable: si Dios nunca dejó de ser el Dueño, ¿qué fue exactamente lo que entregó al ser humano? La respuesta se encuentra en el relato de la creación. Después de

formar al hombre y a la mujer a su imagen, Dios les dijo: «Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sojuzgadla, y señoread...» (Génesis 1: 28). Posteriormente, «Tomó, pues, Jehová Dios al hombre y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase» (Génesis 2: 15).

Estos dos pasajes han sido interpretados, en ocasiones, como una transferencia de propiedad sobre la tierra. Sin embargo, una lectura cuidadosa del texto revela una realidad distinta. Dios otorgó autoridad para cultivar, desarrollar y administrar la creación, pero nunca renunció a su derecho de propiedad. El dominio concedido a la humanidad fue funcional, no absoluto; administrativo, no patrimonial.

Desde la perspectiva jurídica contemporánea, esta relación guarda semejanza con la figura del usufructo. El usufructuario tiene derecho a usar, disfrutar y obtener los frutos de un bien ajeno, pero la propiedad permanece en manos del propietario. Aunque la Biblia no emplea este término jurídico, el principio que presenta es notablemente semejante: Dios conserva el dominio sobre la creación y confía al ser humano la responsabilidad de administrarla conforme a su voluntad.

Esta distinción es fundamental para comprender toda la enseñanza bíblica sobre el patrimonio. Si el hombre hubiera recibido la propiedad absoluta de la tierra, podría disponer de ella sin restricciones. Pero la Escritura muestra justamente lo contrario. Dios establece límites, da instrucciones, exige fidelidad y, finalmente, pide cuentas. Estas características solo son comprensibles cuando se reconoce que el administrador ejerce una autoridad derivada del verdadero Dueño.

Richard M. Davidson observa que el mandato de «señorear» la creación nunca autorizó una explotación arbitraria ni una independencia respecto de Dios. La autoridad conferida al ser humano debía ejercerse como representación del gobierno divino, reflejando el carácter del Creador en la forma de administrar la tierra.[5] De manera semejante, Gerhard F. Hasel explica que el dominio humano descrito en Génesis debe entenderse como una función de servicio y responsabilidad, no como una licencia para apropiarse de la creación.[6]

Este principio también aparece de forma constante en la legislación del Antiguo Testamento. La tierra podía cultivarse, heredarse e incluso transmitirse dentro de la familia, pero nunca dejaba de pertenecer al



Señor. Por eso la Ley establecía el año del jubileo, mediante el cual las propiedades regresaban a su familia original (Levítico 25). La razón de esta disposición no era económica, sino teológica: «La tierra no se venderá a perpetuidad, porque la tierra mía es» (Levítico 25: 23). La propiedad humana, por tanto, era siempre relativa; la propiedad divina, absoluta.

Elena G. White resume este principio con palabras que mantienen plena vigencia:

> "Dios ha hecho de los hombres sus mayordomos. Los bienes que ha puesto en sus manos son los medios que Él ha provisto para la proclamación del evangelio. A quienes se demuestren administradores fieles les confiará mayores responsabilidades."[7]

Estas declaraciones muestran que Dios no entrega sus bienes para que el ser humano se independice de Él, sino para que participe responsablemente en el cumplimiento de sus propósitos. Esta comprensión también armoniza con los principios de la planificación patrimonial moderna. Joan Lanzagorta afirma que la verdadera riqueza no depende únicamente de la cantidad de bienes acumulados, sino de la capacidad para administrarlos con propósito y visión de largo plazo.[8] Desde la perspectiva bíblica, ese propósito trasciende el bienestar personal: incluye la familia, el servicio al prójimo y el avance de la misión de Dios.

En consecuencia, el patrimonio no representa una propiedad absoluta, sino un encargo temporal. Dios concede el derecho de usar los recursos, disfrutar legítimamente de ellos, hacerlos producir y transmitirlos responsablemente a la siguiente generación; sin embargo, el propietario continúa siendo Él.

Esta realidad prepara el camino para comprender uno de los conceptos más profundos de la administración bíblica. Dios entregó bienes para ser administrados sin transferir la propiedad. El término hebreo **רמַׁש (*shāmar*)**, cuyo estudio revela que el concepto jurídico moderno del



fideicomiso encuentra uno de sus antecedentes teológicos en este verbo, expresa la responsabilidad de custodiar fielmente aquello que pertenece a otro.

La idea de la propiedad en fideicomiso nació en la mente de Dios

Las instituciones jurídicas no aparecen de manera espontánea. Generalmente surgen para dar respuesta a necesidades que la sociedad enfrenta con el paso del tiempo. El fideicomiso, tal como hoy lo conocen los sistemas jurídicos modernos, constituye uno de esos instrumentos. Su finalidad consiste en permitir que un propietario confíe determinados bienes a otra persona para que los administre conforme a un propósito previamente establecido, sin perder por ello el derecho de propiedad.

Aunque esta figura recibió su desarrollo técnico muchos siglos después, el principio que la sustenta puede identificarse desde las primeras páginas de la Biblia. Las Escrituras presentan un modelo en el que Dios conserva la propiedad absoluta de la creación y confía su administración al ser humano para que la custodie, la desarrolle y finalmente responda por ella delante del verdadero Dueño.

En este contexto adquiere especial importancia el verbo hebreo שָׁמַר *(shāmar)*, utilizado en Génesis 2: 15 para describir la responsabilidad conferida a Adán: «Tomó, pues, Jehová Dios al hombre y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase.» Los principales léxicos del Antiguo Testamento definen shāmar como guardar, custodiar, proteger, vigilar, preservar o cumplir fielmente una responsabilidad confiada.[9] El término comunica la idea de custodiar diligentemente aquello que ha sido puesto bajo el cuidado de una persona.

Esta observación resulta especialmente significativa para el tema que estamos desarrollando. El concepto jurídico moderno del fideicomiso encuentra uno de sus antecedentes teológicos en el verbo hebreo shāmar. No porque shāmar sea la traducción literal de «fideicomiso», sino porque expresa el mismo principio fundamental: un propietario

confía bienes a un administrador para que los custodie conforme a un propósito determinado, conservando siempre la propiedad sobre ellos.

En el relato del Edén, Dios nunca entregó el jardín como una propiedad absoluta de Adán. Lo colocó allí para cultivarlo y guardarlo (shāmar). El jardín seguía siendo de Dios; Adán recibió el encargo de administrarlo fielmente. Desde el principio quedó establecida una diferencia esencial entre propiedad y administración.

Esta interpretación encuentra un respaldo particularmente interesante en otro pasaje donde aparece el mismo verbo. Después del regreso del arca del pacto a Quiriat-jearim, la Escritura declara: «Llevaron, pues, el arca de Jehová a la casa de Abinadab, situada en el collado, y santificaron a Eleazar, su hijo, para que guardase el arca de Jehová» (1 Samuel 7: 1). El verbo traducido «guardase» es nuevamente שָׁמַר *(shāmar)*. El relato es extraordinariamente revelador. A Eleazar se le confirió la responsabilidad de custodiar el arca del pacto, protegerla y velar por ella. Sin embargo, nadie entendería que aquella encomienda implicaba una transferencia de propiedad. El arca seguía perteneciendo exclusivamente a Dios. Eleazar recibió una misión, no un derecho de dominio. Fue constituido responsable de conservar aquello que pertenecía al Señor hasta que este dispusiera otra cosa.

Precisamente aquí encontramos uno de los paralelos más claros con la administración fiduciaria. El concepto jurídico moderno del fideicomiso encuentra uno de sus antecedentes teológicos en el verbo hebreo *shāmar*. Así como Eleazar recibió un bien sagrado para custodiarlo sin convertirse en propietario, también el ser humano recibe de Dios bienes materiales para administrarlos sin que la propiedad deje de pertenecer al Creador.

La misma idea aparece repetidamente en la organización del santuario. Dios ordenó que los levitas guardaran (*shāmar*) el tabernáculo y todos sus utensilios (Número 3: 7-8). Su responsabilidad consistía en proteger aquello que había sido consagrado al Señor. Administraban los bienes del santuario, pero jamás podían considerarlos propios. Algo semejante ocurre en Números 18: 5, donde los sacerdotes debían guardar

(*shāmar*) el servicio del santuario para que el culto se desarrollara conforme a las instrucciones divinas. Nuevamente, el verbo expresa una responsabilidad delegada, no un derecho de propiedad.

Este patrón se repite una y otra vez a lo largo de las Escrituras. Quien guarda (shāmar) recibe una responsabilidad; quien entrega conserva la propiedad. El administrador responde por la fidelidad con la que desempeña el encargo recibido. Por ello puede afirmarse que la Biblia presenta, desde el Edén, un modelo de administración cuyos principios coinciden con los elementos esenciales de la administración fiduciaria contemporánea. El concepto jurídico moderno del fideicomiso encuentra uno de sus antecedentes teológicos en el verbo hebreo shāmar, porque en todos estos pasajes aparece la misma estructura: un dueño, un patrimonio, un administrador, un propósito específico y una futura rendición de cuentas.

Richard M. Davidson observa que el mandato dado al ser humano en Génesis debe entenderse como una comisión sagrada de servicio y responsabilidad delante de Dios, nunca como una autorización para apropiarse de la creación.[10] Del mismo modo, Ángel Manuel Rodríguez recuerda que toda la doctrina bíblica de la administración descansa sobre la convicción de que el creyente es responsable ante Dios por el uso de los bienes que le fueron confiados.[11]

Cuando esta verdad se comprende, el patrimonio adquiere un significado completamente nuevo. Ya no representa una riqueza acumulada para satisfacer únicamente intereses personales. Se convierte en un depósito confiado temporalmente por el Dueño del universo, quien espera que sea administrado con sabiduría, integridad y fidelidad hasta el día en que el administrador deba rendir cuentas.

El huerto del Edén: el primer modelo de administración fiduciaria

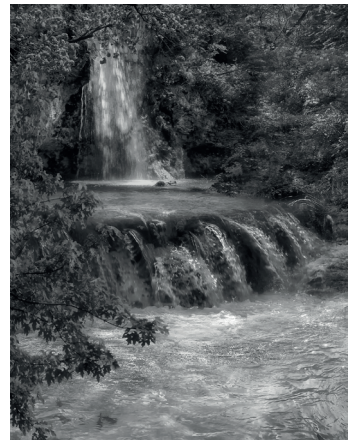
Los principios más importantes de la Biblia suelen presentarse primero en forma de relato y, posteriormente, desarrollarse mediante leyes, profetas y enseñanzas. Así ocurre con el matrimonio, el sábado, la familia y también con la administración de los bienes. Mucho antes de que existieran los sistemas jurídicos modernos, Dios estableció en el huerto del Edén un modelo de administración cuyos elementos

fundamentales coinciden con los principios que hoy caracterizan a la administración fiduciaria.

En un fideicomiso intervienen, por lo menos, tres elementos esenciales: un propietario que constituye el patrimonio; un administrador que recibe el encargo de custodiarlo y administrarlo; y un propósito específico que orienta la gestión de esos bienes. Aunque la Biblia no utiliza esta terminología jurídica, el relato del Edén presenta esa misma estructura teológica. El propietario es Dios. Él creó la tierra, plantó el huerto, produjo sus árboles y colocó allí al ser humano (Génesis 2: 8-9). Nada de cuanto existía había sido originado por Adán; todo procedía de la voluntad creadora de Dios.

El administrador es el ser humano. Dios colocó a Adán en el jardín «para que lo labrara y lo guardase» (Génesis 2: 15). Como ya se ha señalado, el verbo שָׁמַר (*shāmar*) expresa la responsabilidad de custodiar aquello que ha sido confiado por otro. Adán recibió autoridad para administrar el huerto, pero nunca dejó de depender del verdadero Dueño. El propósito también fue definido por Dios. El jardín debía ser cultivado, desarrollado y conservado conforme a las instrucciones del Creador. Incluso el árbol del conocimiento del bien y del mal recordaba diariamente que la autoridad humana tenía límites y que la propiedad absoluta permanecía en Dios. La obediencia en relación con un solo árbol constituía un reconocimiento práctico de quién era el verdadero Señor del huerto.

Esta observación permite comprender mejor una afirmación central de este capítulo: el concepto jurídico moderno del fideicomiso encuentra uno de sus antecedentes teológicos en el verbo hebreo shāmar. En el Edén aparecen reunidos los elementos esenciales de una administración fiduciaria: un propietario que conserva el dominio, un administrador que recibe un encargo y un patrimonio que debe ser custodiado conforme a la voluntad del dueño.



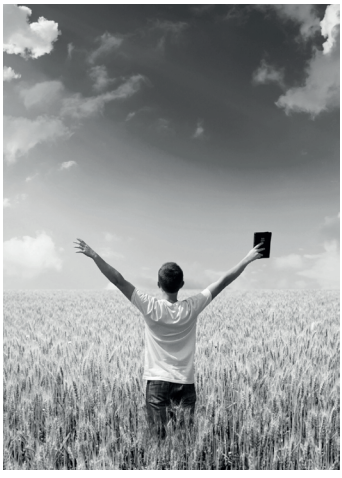
El jurista Fernando Sucre Míguez, al explicar la naturaleza del fideicomiso, destaca

que esta institución se fundamenta en la confianza depositada por el constituyente en quien administrará determinados bienes para cumplir un fin previamente establecido.[12] Aunque su análisis pertenece al ámbito jurídico, resulta sorprendente observar cómo ese mismo principio aparece ya delineado en el relato de la creación. Dios confió al ser humano la administración de la tierra para que desarrollara los propósitos establecidos por el propio Creador.

La diferencia esencial entre la perspectiva bíblica y algunas concepciones modernas radica en que, en la Biblia, el administrador nunca sustituye al propietario. La autoridad siempre permanece subordinada a la voluntad del Dueño. Por eso la administración no constituye un derecho ilimitado, sino una responsabilidad moral y espiritual.

Este modelo también explica por qué las Escrituras presentan continuamente el tema de la rendición de cuentas. El administrador no responde por ser propietario, sino precisamente porque administra bienes ajenos. Jesús retomó este mismo principio en varias de sus parábolas. El señor entrega talentos a sus siervos, les asigna responsabilidades y, al regresar, les pide cuentas de la manera en que administraron lo recibido (Mateo 25: 14-30). La estructura es la misma que aparece desde el Edén: confianza, administración y evaluación.

Elena G. White desarrolla este principio al afirmar que Dios ha confiado recursos a sus hijos para que los empleen en beneficio de la humanidad y para el avance de su obra. La fidelidad no consiste únicamente en conservar los bienes, sino en administrarlos de acuerdo con los propósitos del Señor.[13] En otras palabras, el administrador fiel no pregunta cuánto puede retener para sí, sino cómo puede utilizar mejor aquello que el Dueño puso bajo su cuidado.



Esta comprensión transforma la manera de ver el patrimonio. El creyente deja de considerarlo como una posesión absoluta y comienza a verlo como un depósito temporal. El patrimonio ya no representa únicamente seguridad económica; se convierte

en un instrumento para servir a Dios, bendecir a la familia, ayudar al prójimo y fortalecer la misión de la iglesia.

Por ello, el verdadero éxito financiero no consiste simplemente en acumular riqueza, sino en administrar fielmente los recursos que Dios ha confiado. La pregunta decisiva ya no es cuánto posee una persona, sino qué hará con aquello que el Señor puso en sus manos.

Devolver al Dueño

Una de las preguntas más importantes que todo creyente debería hacerse no es cuánto patrimonio logrará acumular durante su vida, sino qué hará con ese patrimonio cuando concluya su vida. Desde la perspectiva bíblica, la respuesta no comienza en el derecho sucesorio ni en la planeación patrimonial; comienza con el reconocimiento de que el verdadero Propietario nunca dejó de ser Dios.

Quien comprende esta verdad descubre que la administración financiera no termina cuando se devuelve el último diezmo, se entrega la última ofrenda o se concluye una vida de trabajo. La fidelidad también alcanza el momento en que una persona decide cuál será el destino final de los bienes que Dios puso bajo su cuidado.

Desde los primeros capítulos de este libro hemos observado que Dios concede bendiciones, permite al ser humano emprender, trabajar y generar riquezas, administrar el dinero, ahorrar, invertir, generar utilidades, y construir un patrimonio. Nada de ello contradice la fe cristiana. Por el contrario, la diligencia, la prudencia y la previsión forman parte de la buena administración. Sin embargo, la Escritura recuerda constantemente que el patrimonio nunca deja de ser un medio para cumplir los propósitos de Dios y nunca un fin en sí mismo.

David comprendió esta realidad al final de su vida. Después de reunir abundantes recursos para la construcción del templo, declaró delante de toda la congregación: «Porque todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos» (1 Crónicas. 29: 14). Estas palabras poseen un profundo significado patrimonial. David no estaba devolviendo únicamente una ofrenda; estaba reconociendo públicamente que toda su riqueza había sido administrada en nombre del verdadero Dueño. El rey comprendió que el patrimonio adquirido durante toda una vida encontraba su

mayor propósito cuando contribuía a la adoración de Dios y al fortalecimiento de su obra.

Este principio se observa repetidamente en las Escrituras. Abraham edificó altares; David preparó materiales para el templo; hombres y mujeres sostuvieron el ministerio de Jesús con sus recursos (Lucas 8: 1-3); los creyentes del Nuevo Testamento compartieron voluntariamente sus bienes para el crecimiento de la iglesia (Hechos 4: 32-37). En todos estos casos aparece una misma convicción: los recursos materiales alcanzan su mayor valor cuando participan en el cumplimiento de la misión de Dios.

Por esta razón, la decisión de destinar parte del patrimonio para la proclamación del evangelio no debe entenderse como una disminución de la herencia familiar ni como una obligación impuesta por la iglesia. Constituye una expresión voluntaria de gratitud, confianza y adoración. Primero se cumple responsablemente con el deber de proteger al cónyuge y a los familiares dependientes; posteriormente, el creyente puede disponer libremente de una parte de sus bienes para que continúen apoyando la causa de Dios aun después de su muerte. Este orden refleja tanto el equilibrio bíblico como la responsabilidad moral hacia la familia.

Elena G. White exhorta a los creyentes a no postergar esta decisión. Señala que muchas personas dejan para el final de la vida la organización de sus bienes, cuando ya no poseen la misma claridad mental o las mismas posibilidades de actuar con serenidad. Por ello recomienda poner los asuntos patrimoniales en orden mientras todavía se disfruta de salud y capacidad para decidir libremente.[14] Esta recomendación no responde únicamente a razones prácticas; refleja el principio de que la fidelidad también debe expresarse en la manera como planificamos el destino final de los recursos que Dios nos confió.

En este contexto, la donación patrimonial adquiere un significado profundamente espiritual. No representa un acto impulsivo ni una decisión motivada por la emoción del momento. Es el resultado de una vida que ha reconocido continuamente la soberanía de Dios sobre los



bienes materiales. Quien ha vivido administrando para el Señor encuentra natural concluir esa administración destinando parte de su patrimonio para que la misión continúe avanzando.

El especialista en administración cristiana Howard Dayton observa que el patrimonio constituye una oportunidad para extender la influencia del Reino de Dios más allá de la propia existencia. La verdadera medida del éxito financiero no reside únicamente en cuánto se acumula, sino en cuánto permanece produciendo frutos para la gloria de Dios después de la muerte del administrador.[15] Esta perspectiva armoniza plenamente con el modelo bíblico presentado a lo largo de este libro.

Así, devolver una parte del patrimonio al Dueño no significa empobrecer a la familia ni disminuir el valor de una herencia. Significa reconocer que el Dios que sostuvo toda una vida continúa obrando después de la muerte de sus hijos y que los recursos administrados con fidelidad pueden seguir anunciando el evangelio, formando discípulos y llevando esperanza a nuevas generaciones.

Cuando un creyente toma esta decisión mediante los instrumentos legales correspondientes, su patrimonio deja de ser únicamente una herencia familiar para convertirse también en un legado misionero. Los bienes continúan cumpliendo el propósito para el cual fueron confiados desde el principio: servir al verdadero Dueño y participar en la extensión de su Reino.

La donación a favor de la iglesia: una decisión espiritual con respaldo jurídico

La decisión de destinar una parte del patrimonio para sostener la misión de Dios pertenece al ámbito de la fe. Sin embargo, la manera de formalizar esa decisión pertenece al ámbito de la responsabilidad jurídica. La Biblia enseña que los creyentes deben actuar «decentemente y



con orden» (1 Corintios 14: 40), principio que también debe reflejarse en la administración del patrimonio.

Una convicción espiritual merece un instrumento legal adecuado. Así como un matrimonio requiere una formalización jurídica para producir determinados efectos civiles, también la voluntad de beneficiar a la iglesia debe expresarse mediante los mecanismos previstos por la ley. La buena intención, por sí sola, no garantiza que el patrimonio llegue efectivamente al destino que el donante desea. Por esta razón, la legislación mexicana reconoce procedimientos específicos para que las personas puedan realizar donaciones a favor de las asociaciones religiosas legalmente constituidas. Estas disposiciones no tienen como propósito limitar la generosidad, sino ofrecer certeza jurídica tanto al donante como a la institución que recibirá los bienes.[16]

La donación constituye un acto libre y voluntario mediante el cual una persona transmite determinados bienes para cumplir un fin legítimo. En el caso de las asociaciones religiosas, la ley establece requisitos destinados a proteger los derechos de todas las partes involucradas y asegurar que la transmisión del patrimonio se realice con transparencia, legalidad y pleno respeto a la voluntad del donante. Esto significa que quien desee beneficiar a la Iglesia Adventista del Séptimo Día no necesita improvisar ni recurrir a procedimientos informales. Puede recibir orientación del departamento de Servicios Fiduciarios de su Asociación o Unión, así como del notario público competente, para preparar correctamente la documentación correspondiente y cumplir con los requisitos establecidos por la legislación vigente. De esta manera, la voluntad expresada por el donante contará con la protección jurídica necesaria para hacerse efectiva.[17]

Es importante destacar que la donación patrimonial nunca debe realizarse en perjuicio del cónyuge, de los hijos o de aquellas personas que legítimamente dependen del donante. La Escritura enseña que quien

no provee para los suyos «ha negado la fe» (1 Timoteo 5: 8). En armonía con este principio, la planificación patrimonial cristiana procura mantener un equilibrio entre la responsabilidad familiar y el compromiso con la misión. El amor hacia la familia y la generosidad hacia la causa de Dios no son valores opuestos; ambos forman parte de una misma administración fiel.

Desde esta perspectiva, la donación deja de percibirse como una disminución del patrimonio y se comprende como la culminación de una vida de fidelidad. Después de haber trabajado con diligencia, administrado con prudencia, protegido a la familia y organizado responsablemente la sucesión patrimonial, el creyente puede decidir que una parte de los bienes continúe proclamando el evangelio cuando él ya no esté presente.

El especialista cristiano Ron Blue afirma que una planificación patrimonial verdaderamente sabia responde tres preguntas fundamentales: ¿cómo cuidaré de mi familia?, ¿cómo administraré responsablemente mis bienes?, y ¿qué impacto eterno tendrán los recursos que Dios puso bajo mi cuidado?[18] La tercera pregunta es precisamente la que distingue la planificación patrimonial cristiana de cualquier otra estrategia financiera. No se limita a distribuir bienes; busca extender la influencia del Reino de Dios hacia las generaciones futuras.

Por ello, la formalización legal de una donación no representa el final de una historia financiera, sino el comienzo de un legado que continuará produciendo frutos mucho después de que el administrador haya concluido su carrera terrenal. La ley proporciona el instrumento; la fe da sentido a la decisión. En consecuencia, la preparación de los documentos correspondientes no debe verse como un trámite meramente administrativo. Constituye un acto de previsión, responsabilidad y coherencia con las convicciones que guiaron toda una vida. Cuando la voluntad espiritual se une a una adecuada planeación jurídica, el patrimonio puede seguir cumpliendo el propósito para el cual fue confiado por Dios: bendecir a las personas y sostener la proclamación del evangelio.

La recompensa

Toda vida terminará. Toda administración de los recursos económicos llegará a su final. Ningún administrador permanece indefinidamente al

frente de los bienes que le han sido confiados. Llega el momento en que las responsabilidades pasan a otras manos y el administrador comparece ante quien le confió el patrimonio. La Biblia enseña que esta realidad no solo describe la experiencia humana; constituye también un principio espiritual. La vida entera es una administración temporal cuyo desenlace culmina en un encuentro con Dios.

Jesús expresó esta verdad mediante una frase que resume el propósito de toda administración fiel: «Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor» (Mateo 25: 21). Resulta significativo que la recompensa no se otorgue por la cantidad de bienes administrados, sino por la fidelidad demostrada en su administración. Los dos primeros siervos de la parábola recibieron exactamente la misma aprobación, aunque habían administrado cantidades diferentes. El criterio del Señor nunca fue el tamaño del patrimonio, sino la integridad del administrador.

Este principio atraviesa todo el mensaje de las Escrituras. Dios no promete la salvación a quienes acumularon mayores riquezas ni a quienes dejaron el patrimonio más grande. La recompensa está reservada para quienes administraron fielmente aquello que recibieron. El éxito, desde la perspectiva del Reino de Dios, no se mide por el saldo de una cuenta bancaria, sino por la obediencia con la que se emplearon los recursos confiados.

El apóstol Pablo expresó la misma idea al escribir: «Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel» (1 Corintios 4: 2). Obsérvese que Pablo no menciona inteligencia, capacidad empresarial o éxito financiero. El requisito indispensable es la fidelidad. Todas las demás habilidades adquieren valor únicamente cuando se ejercen bajo ese principio.

Esta verdad también transforma la comprensión del legado. Muchas personas dedican toda una vida a preguntarse cuánto dejarán a sus hijos. Esa preocupación es legítima y responde al deber bíblico de proveer para la familia. Sin embargo, existe una pregunta todavía más importante: ¿qué dirá Dios acerca de la manera en que administré lo que

puso en mis manos? La respuesta a esa pregunta trasciende cualquier herencia material. Los bienes permanecerán en esta tierra; el carácter del administrador será lo único que comparecerá delante del Señor.

Elena G. White escribió que el verdadero valor de la vida no se mide por la cantidad de posesiones acumuladas, sino por la fidelidad con la que se utilizaron para bendecir a otros y para sostener el avance de la causa de Dios.[19] La riqueza utilizada para servir al prójimo, fortalecer a la iglesia y anunciar el evangelio trasciende la existencia terrenal porque participa de los propósitos permanentes del Reino de Dios. Esta perspectiva devuelve al patrimonio su verdadero lugar. El dinero nunca fue el objetivo de la administración; fue únicamente una herramienta. Las inversiones nunca constituyeron el destino final; fueron instrumentos para multiplicar los recursos que Dios confió. El testamento nunca fue simplemente un documento legal; fue una expresión de responsabilidad hacia la familia. De la misma manera, la donación a favor de la misión no representa una pérdida patrimonial, sino la decisión consciente de permitir que una parte de los bienes continúe proclamando el evangelio cuando el administrador haya terminado su carrera en esta vida.

Al mirar retrospectivamente el recorrido de este libro, comprendemos que todos los temas convergen en un mismo punto. El trabajo, el ahorro, el presupuesto, las inversiones, los negocios, la administración del patrimonio, la protección de la familia y la planificación sucesoria encuentran unidad en una sola pregunta: ¿cómo puedo glorificar a Dios con los recursos que Él puso bajo mi cuidado? La respuesta no se encuentra únicamente en una decisión aislada, sino en un estilo de vida. El administrador fiel honra a Dios mientras trabaja, mientras invierte, mientras protege a su familia, mientras sirve a la iglesia y también cuando decide el destino final de su patrimonio. Su mayor anhelo no consiste en ser recordado por la magnitud de su riqueza, sino por la fidelidad con la que administró aquello que pertenecía al Señor. Por ello, el legado más valioso que un creyente puede dejar no es una cuenta bancaria, una empresa o una propiedad. Es el testimonio de una vida que reconoció, desde el principio hasta el final, que Dios sigue siendo el Dueño.

Conclusión

Las finanzas bíblicas nunca tuvieron como propósito enriquecer al creyente para que encontrara seguridad en sus bienes. Su propósito siempre fue formar administradores que reflejaran el carácter de Dios en la manera de obtener, administrar y compartir los recursos confiados a su cuidado.

El patrimonio puede desaparecer; los mercados cambian; las inversiones suben y bajan; las empresas nacen y terminan. Sin embargo, la fidelidad permanece. Ella acompaña al creyente durante toda la vida y será reconocida por Cristo cuando concluya la administración terrenal. Al cerrar este libro, deseo invitar al lector a mirar sus bienes con una perspectiva diferente. No los considere únicamente como el fruto de su esfuerzo, sino como un depósito sagrado confiado por Dios. Adminístrelos con sabiduría. Disfrútelos con gratitud. Proteja a su familia con responsabilidad. Apoye la misión con generosidad. Y cuando llegue el momento de entregar la administración, hágalo con la serenidad de quien sabe que ha servido fielmente al verdadero Dueño. Porque, al final, la mayor recompensa no será el patrimonio que dejamos en esta tierra, sino escuchar de labios de nuestro Señor: «Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu Señor.»

Al cerrar este libro, recuerde que algún día dejará su casa, sus cuentas bancarias, sus inversiones, sus empresas y todo aquello que administró durante su vida. Nada de eso podrá llevar consigo. Lo único que permanecerá será el testimonio de su fidelidad y las vidas que fueron bendecidas por medio de los recursos que Dios puso en sus manos. Si su patrimonio fortaleció a su familia, alivió la necesidad del prójimo y contribuyó al avance del evangelio, habrá cumplido el propósito para el cual le fue confiado. Entonces comprenderá que la verdadera riqueza nunca consistió en lo que acumuló, sino en lo que administró para la gloria de Dios. Y cuando el Dueño le pida cuentas de su administración, podrá escuchar la recompensa que todo creyente anhela recibir: «Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor» (Mateo 25: 21).

---

[1] Rodriguez, *Stewardship Roots*, 9–16.
[2] Davidson, *Flame of Yahweh*, 47–52.
[3] White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*.
[4] Joan Lanzagorta, *La guía Burros de la planeación financiera personal* (Grupo Editorial Patria, 2014), 21–27.
[5] Davidson, *Flame of Yahweh*, 47–52.
[6] Gerhard F. Hasel, *Understanding the Living Word of God* (Pacific Press Pub. Association, 1980), 63–67.
[7] White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, 25.
[8] Lanzagorta, *La guía Burros de la planeación financiera personal*, 31–35.
[9] Francis Brown et al., *A Hebrew and English Lexicon of the Old Testament* (Hendrickson, 2020), 1036–38.
[10] Davidson, *Flame of Yahweh*, 47–52.
[11] Rodriguez, *Stewardship Roots*, 11–18.
[12] Fernando Sucre Míguez, "Origen del Fideicomiso", Central Fiduciaria, 2020, https://www.centralfiduciaria.com/origen-del-fideicomiso/.
[13] White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, 33.
[14] White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, 323–31.
[15] Howard Dayton, *Su Dinero Cuenta* (Crown Financial Ministries, Incorporated, 2004), 201–10.
[16] "Donaciones a Asociaciones Religiosas", Asuntos Religiosos, 2022, https://www.gob.mx.
[17] Asuntos Religiosos, "Donaciones a Asociaciones Religiosas".
[18] Ron Blue, *Splitting Heirs: Giving Your Money and Things to Your Children Without Ruining Their Lives* (Moody Publishers, 2008), 25–41.
[19] White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, 346.



APÉNDICE: DONACIÓN A ASOCIACIONES RELIGIOSAS

Donación es un contrato por el que una persona transfiere a otra, gratuitamente, una parte o la totalidad de sus bienes presentes. Art. **2226** del Código Civil vigente en el Estado de Nuevo León La donación puede ser pura, condicional, onerosa o remuneratoria.

Pura es la donación que se otorga en términos absolutos, y condicional la que depende de algún acontecimiento incierto.

La donación es un acto jurídico que requiere el consentimiento para que se perfeccione, esto es; es perfecta desde que el donatario la acepta y hace saber la aceptación al donador. Art. **2234** del Código Civil vigente en el Estado de Nuevo León.

Condiciones para su otorgamiento ante Notario Público:

El Notario Público es la autoridad para dar fe y formalizar la voluntad en una Donación, a fin de que sea ratificada su firma y sea reconocida la voluntad de las partes de donar y de aceptar la misma.

El Notario cuidará de que el instrumento que formalice la Donación no represente la totalidad del patrimonio del Donante, siendo nula la donación que comprende la totalidad de los bienes del donante, si éste no se reserva en propiedad o en usufructo lo necesario para vivir según sus circunstancias.

Cuando el o los donantes sean personas de sesenta años o más, el notario que expida el instrumento público de donación estará obligado

a informar al donante la posibilidad de incluir en el contrato una cláusula de usufructo vitalicio a su favor sobre los bienes otorgados a los donatarios Art. **2240** y **2241** Bis del Código Civil vigente en el Estado de Nuevo León

Beneficios al otorgar una Donación:

Se evitan conflictos familiares, conservación de los bienes y se protege el patrimonio familiar (cuando se realizan a favor de hijos o padres)

Todas las personas pueden donar, y ser donatarias, pero las donaciones hechas simulando otro contrato a personas que conforme a la ley no puedan recibirlas, son nulas, ya se hagan de un modo directo, ya por interpósita persona. Art **2252**.- del Código Civil vigente en el Estado de Nuevo León.

ASOCIACIONES RELIGIOSAS

Las iglesias y las agrupaciones religiosas tendrán personalidad jurídica como asociaciones religiosas una vez que obtengan su correspondiente registro constitutivo ante la Secretaría de Gobernación, en los términos del **Art. 6** de la Ley de Asociaciones Religiosas y Culto Público

Las Asociaciones Religiosas se regirán internamente por sus propios estatutos, los que contendrán las bases fundamentales de su doctrina o cuerpo de creencias religiosas y determinarán tanto a sus representantes como, en su caso, a los de las entidades y divisiones internas que a ellas pertenezcan.

Las Asociaciones Religiosas son iguales ante la ley en derechos y obligaciones.

Las Asociaciones Religiosas tendrán derecho a aportar bienes suficientes para cumplir con su objeto; dedicar y cuidar que se cumpla la función de su objeto en los bienes que se adquieren **Art. 7** de la Ley de Asociaciones Religiosas y Culto Público, absteniéndose de lucrar o comercializar dichos bienes.

Las Asociaciones Religiosas pueden celebrar todo tipo de actos jurídicos para el cumplimiento de su objeto siendo lícitos y siempre que no persigan fines de lucro; usar en forma exclusiva, para fines religiosos, bienes propiedad de la nación. Para lo cual estarán sujetos a los reglamentos respectivos y a las logísticas para su debida autorización.

DECLARATORIA DE PROCEDENCIA

La Secretaría de Gobernación resolverá sobre el carácter indispensable de los bienes inmuebles que pretendan adquirir por cualquier título las Asociaciones Religiosas. Para tal efecto emitirá declaratoria de procedencia en los casos siguientes:

Cuando se trate de cualquier bien inmueble;

En cualquier caso de sucesión, para que una asociación religiosa pueda ser heredera o legataria;

Cuando se pretenda que una asociación religiosa tenga el carácter de fideicomisaria, salvo que la propia asociación sea la única fideicomitente; y, cuando se trate de bienes raíces respecto de los cuales sean propietarias o fideicomisarias, instituciones de asistencia privada, instituciones de salud o educativas, en cuya constitución, administración o funcionamiento, intervengan asociaciones religiosas por sí o asociadas con otras personas **Art. 17** de La Ley de Asociaciones Religiosas y Culto Público.

Condiciones para su otorgamiento ante Notario Público:

Art. 18.- Las autoridades y los funcionarios dotados de fe pública que intervengan en actos jurídicos por virtud de los cuales una asociación religiosa pretenda adquirir la propiedad de un bien inmueble, deberán exigir a dicha Asociación el documento en el que conste la declaratoria de procedencia emitida por la Secretaría de Gobernación.

Los funcionarios dotados de fe pública que intervengan en los actos jurídicos antes mencionados deberán dar aviso al Registro Público de la Propiedad que corresponda, que el inmueble de que se trata habrá de ser destinado a los fines de la asociación, para que aquél realice la anotación correspondiente.

Obligaciones que se deben cumplir en las donaciones a favor de una Asociación Religiosa:

Los trámites que formalicen la transmisión de bienes a favor de La Asociación Religiosa les serán aplicables las disposiciones fiscales en los términos de las leyes de la materia. **Art 19**.- de La Ley de Asociaciones Religiosas y Culto Público.

Las Asociaciones Religiosas nombrarán y registrarán ante las Secretarías de Gobernación y de Cultura, a los representantes responsables de los templos y de los bienes que sean monumentos arqueológicos, artísticos o históricos propiedad de la nación. Las mismas estarán obligadas

a preservar en su integridad dichos bienes y a cuidar de su salvaguarda y restauración, en los términos previstos por las leyes. Los bienes propiedad de la nación que posean Las Asociaciones Religiosas, así como el uso al que los destinen, estarán sujetos a esta ley, a la Ley General de Bienes Nacionales y en su caso, a la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicos, Artísticos e Históricos, así como a las demás leyes y reglamentación aplicables.

Transmisión de bienes de las Asociaciones Religiosas:

Las Asociaciones Religiosas podrán transmitir sus bienes, por cualquier título, a otras Asociaciones Religiosas. Los bienes nacionales que estuvieren en posesión de las Asociaciones regresarán, desde luego, al pleno dominio público de la nación. **Art 16**.- de la ley de asociaciones Religiosas y Culto Público.

Las personas morales, denominadas Asociaciones Religiosas pueden adquirir por donación o compra venta bienes de particulares o del estado de los denominados bienes nacionales siempre y cuando cumplan con la autorización por parte de la secretaría de gobernación y obtengan el certificado de procedencia y con los lineamientos anteriormente citados.[1]

---

[1] La información del apéndice corresponde al Código Civil del estado de Nuevo León. Las disposiciones varían entre entidades federativas. El donante deberá consultar a un Notario Publico para recibir la información correspondiente a su caso. En las oficinas de la IASD, hay una persona encargada de hacer las gestiones para darle formalidad legal a las donaciones.

BIBLIOGRAFÍA

Alcorn, Randy. Money, *Possessions, and Eternity*. Tyndale House Publishers, 2011.

Alcorn, Randy C. *El Principio Del Tesoro: Descubra El Secreto Del Dador Alegre*. Editorial Unilit, 2001.

Asuntos Religiosos. "Donaciones a Asociaciones Religiosas". 2022. https://www.gob.mx.

Bauer, Walter, y F. Wilbur Gingrich. *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature: A Translation and Adaptation of the Fourth Revised and Augmented Edition of Walter Bauer's*. University of Chicago Press, 1979.

Bernstein, William J. *The Four Pillars of Investing, Lessons for Building a Winning Portfolio*. 2a ed. McGraw Hill Professional, 2023.

Beyer, Gerry W. *Texas Wills and Estates: Cases and Materials: Seventh Edition*. AuthorHouse, 2015.

Blomberg, Craig L. *Interpreting the Parables*. InterVarsity Press, 2012.

Blomberg, Craig L. *Neither Poverty Nor Riches: A Biblical Theology of Material Possessions*. Eerdmans Publishing Company, 1999.

Blomberg, Craig L. *Neither Poverty Nor Riches: A Biblical Theology of Material Possessions*. Apollos/InterVarsity Press, 1999.

Blue, Ron. *Splitting Heirs: Giving Your Money and Things to Your Children Without Ruining Their Lives*. Moody Publishers, 2008.

Bodie, Zvi, Alex Kane, y Alan J. Marcus. *Investments*. McGraw-Hill Irwin, 2005.

Bogle, John C. *The Little Book of Common Sense Investing: The Only Way to Guarantee Your Fair Share of Stock Market Returns*. John Wiley & Sons, 2017.

Brealey, Richard A., Stewart C. Myers, Franklin Allen, y Alex Edmans. *Principles of Corporate Finance*. McGraw Hill, 2025.

Brigham, Eugene F., y Joel F. Houston. *Fundamentals of Financial Management*. Cengage Learning, 2015.

Brown, Francis, Edward Robinson, Samuel Rolles Driver, Charles Augustus Briggs, y Wilhelm Gesenius. *A Hebrew and English Lexicon of the Old Testament*. Hendrickson, 2020.

Brueggemann, Walter. Sabbath as Resistance: *Saying No to the Culture of Now*. Westminster John Knox Press, 2014.

Brueggemann, Walter. *Theology of the Old Testament*. Fortress Press, 1997.

Clason, George Samuel. *El hombre más rico de Babilonia: Los secretos del éxito desde la Antigüedad*. Reverte-Management, 2022.

Clear, James. *Hábitos atómicos: cambios pequeños, resultados extraordinarios.* Planeta Publishing Corporation, 2023.

Clifford, Denis. *Plan Your Estate*. NOLO, 2016.

Collins, Jim. *Empresas que sobresalen: Por qué algunas sí pueden mejorar la rentabilidad y otras no*. Deusto, 2011.

Collins, Jim. *Good to Great: Why Some Companies Make the Leap... And Others Don't*. HarperCollins, 2001.

Covey, Stephen R. *Los 7 Hábitos de La Gente Altamente Efectiva*. Paidaos, 2013.

Davidson, Richard M. *A Love Song for the Sabbath*. Biblical Research Institute, 1988.

Davidson, Richard M. *Flame of Yahweh: Sexuality in the Old Testament*. Baker Publishing Group, 2007.

Dayton, Howard. *Su Dinero Cuenta*. Crown Financial Ministries, Incorporated, 2004.

Dayton Jr., Howard L. *Your Money Counts: The Biblical Guide to Earning, Spending, Saving, Investing, Giving, and Getting Out of Debt*. Tyndale House Publishers, 2011.

Drucker, Peter Ferdinand. *Innovation and Entrepreneurship: Practice and Principles*. Harper & Row, 1985.

Drucker, Peter Ferdinand. *Management: Tasks, Responsibilities, Practices*. Harper & Row, 1974.

Drucker, Peter Ferdinand. *The Effective Executive*. Harper & Row, 1967.

Eldred, Gary W. *Value Investing in Real Estate*. John Wiley & Sons, 2002.

Fabozzi, Frank J. *Capital Markets: Institutions, Instruments, and Risk Management*. 5a ed. MIT Press, 2015.

Fox IV, Charles D. *Estate Planning Basics*. 2a ed. West Academic Publishing, 2016.

Frankl, Viktor E. *El hombre en busca de sentido*. Círculo de Lectores, 1999.

Gane, Roy. *Altar Call*. Diadem, 1999.
Gerber, Michael E. *The E-Myth Revisited: Why Most Small Businesses Don't Work and What to Do About It*. Harper Collins, 2009.
Gobernación, Secretaría de. "Preguntas frecuentes Mes del Testamento". gob.mx. Consultado el 15 de julio de 2026. http://www.gob.mx/segob/articulos/preguntas-frecuentes-mes-del-testamento.
Graham, Benjamin. *El Inversor inteligente*. HarperEnfoque, 2023.
Hamilton, Victor P. *The Book of Genesis, Chapters 1-17*. Vol. 1. New International Commentary on the Old Testament. Eerdmans, 1990.
Hasel, Gerhard F. *Understanding the Living Word of God*. Pacific Press Pub. Association, 1980.
Hipona, Agustín de. *Confesiones*. Books on Demand, 2023.
Horngren, Charles T., Srikant M. Datar, y Madhav V. Rajan. *Cost Accounting: A Managerial Emphasis*. Pearson/Prentice Hall, 2012.
Housel, Morgan. *La psicología del dinero: cómo piensan los ricos: 18 claves imperecederas sobre riqueza y felicidad*. Editorial Planeta, 2021.
Jr, Howard L. Dayton. *Your Money Counts: The Biblical Guide to Earning, Spending, Saving, Investing, Giving, and Getting Out of Debt*. Tyndale House Publishers, 2011.
Kaiser, Walter C. *Mission in the Old Testament: Israel as a Light to the Nations*. Baker Academic, 2000.
Kittel, Gerhard, Geoffrey William Bromiley, y Gerhard Friedrich. *Theological Dictionary of the New Testament*. Vol. 2. Eerdmans, 1964.
Koehler, Ludwig. *The Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*. Vol. 2. E.J. Brill, 2000.
Lanzagorta, Joan. *La guía Burros de la planeación financiera personal.* Grupo Editorial Patria, 2014.
Malkiel, Burton G. *A Random Walk Down Wall Street: The Best Investment Guide That Money Can Buy*. W. W. Norton & Company, 2023.
Malkiel, Burton G., y Charles D. Ellis. *Los elementos de la inversión: lecciones para toda clase de inversores*. HOEPLI EDITORE, 2024.
Mancilla Juárez, Samuel. *Y les entregó sus bienes*. Semana de Mayordomía. Unión Mexicana Interoceánica, 2023.

Mankiw, N. Gregory, y Esther Rabasco. *Principios de economía*. Ediciones Paraninfo, S.A., 2007.

Markowitz, Harry. "Portfolio Selection". *The Journal of Finance* 7, núm. 1 (1952): 77–91. https://doi.org/10.1111/j.1540-6261.1952.tb01525.x.

Marks, Howard. *The Most Important Thing Illuminated: Uncommon Sense for the Thoughtful Investor*. Columbia University Press, 2013.

Mishkin, Frederic S. *The Economics of Money, Banking, and Financial Markets*. Pearson, 2019.

Porter, Michael E. *Competitive Advantage: Creating and Sustaining Superior Performance*. Simon and Schuster, 2008.

Ramsey, Dave. *The Total Money Makeover: Classic Edition: A Proven Plan for Financial Fitness*. Thomas Nelson, 2013.

Rodriguez, Angel M. *Stewardship Roots*. Stewardship Ministries. Department of Church Ministries, General Conference of Seventh-day Adventists, 1994.

Sarasvathy, Saras D. *Effectuation: Elements of Entrepreneurial Expertise*. Edward Elgar Publishing, 2008. https://doi.org/10.4337/9781848440197.

"Secretaría de Hacienda y Crédito Público, Cetes Directo: Guía para inversionistas". Consultado el 15 de julio de 2026. https://www.cetesdirecto.com/sites/portal/inicio.

Sinek, Simon. *Start with Why: How Great Leaders Inspire Everyone to Take Action*. Penguin, 2009.

Soto, Hernando de. *El misterio del capital: por qué el capitalismo triunfa en Occidente y fracasa en el resto del mundo*. Ediciones Península, 2001.

Stanley, Thomas J., y William D. Danko. *El millonario de la puerta de al lado*. Ediciones Obelisco, 2015.

Stevenson, Howard H., y David E. Gumpert. *"The Heart of Entrepreneurship"*. Government Policy and Regulation. Harvard Business Review, el 1 de marzo de 1985. https://hbr.org/1985/03/the-heart-of-entrepreneurship.

Stott, John. *The Message of Ephesians*. InterVarsity Press, 2021.

Sucre Míguez, Fernando. "Origen del Fideicomiso". *Central Fiduciaria*, 2020. https://www.centralfiduciaria.com/origen-del-fideicomiso/.

Tracy, Brian. *The Way to Wealth*. McGraw-Hill Companies,Incorporated, 2006.

VanGemeren, Willem. *New International Dictionary of Old Testament Theology & Exegesis*. Zondervan Publishing House, 1997.

Waltke, Bruce K., y Cathi J. Fredricks. *Genesis: A Commentary*. Zondervan, 2001.

Wenham, Gordon John. *Genesis 1-15*. Vol. 1. Word Biblical Commentary. Zondervan Academic, 2017.

White, Elena G. *El discurso maestro de Jesucristo*. Inter-American Division Publishing Association, 2012.

White, Elena G. *Profetas y reyes*. Inter-American Division Publishing Association, 2008.

White, Elena G. de. *Consejos sobre mayordomía cristiana*. Editorial ACES, 2020.

White, Elena G. de. *El camino a Cristo*. Editorial ACES, 2020.

White, Elena G. de. *El Deseado de todas las gentes*. Editorial ACES, 2020.

White, Elena G. de. *La educación*. Editorial ACES, 2020.

White, Elena G. de. *Obreros evangélicos*. Editorial ACES, 2020.

White, Elena G. de. *Palabras de vida del gran Maestro*. Editorial ACES, 2020.

White, Ellen G. *Historia de los Patriarcas y profetas: el gran conflicto entre el bien y el mal ilustrado en la vida de los santos de la antigüedad*. Asociación Publicadora Interamericana, 2008.

Wright, Christopher J. H. *Knowing Jesus Through the Old Testament*. Langham Publishing, 2014.

Wright, Christopher J. H. *Old Testament Ethics for the People of God*. InterVarsity Press, 2004.

Wright, Christopher J. H. *The Mission of God: Unlocking the Bible's Grand Narrative*. InterVarsity Press, 2006.